

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

Facultad de Filosofía y Letras

Dpto. de Prehistoria y Arqueología

"LA II EDAD DEL HIERRO EN SEGOVIA"

Vol. II

por Joaquín BARRIO MARTÍN

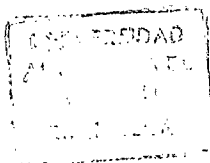
dirigida por Dra. M^a Concepción BLASCO BOSQUED

Catedrática de Prehistoria de la U.A.M.

Ve Be

Madrid, Junio de 1989.

LA DIRECTORA



Reg BC 45657

CAPITULO QUINTO:

INVENTARIO DE YACIMIENTOS:

Este esquema de trabajo responde a la necesidad de presentar y dar una ligera explicación de los parámetros utilizados en el análisis de cada uno de los yacimientos catalogados como pertenecientes a la II Edad del Hierro dentro de la provincia de Segovia, tanto en los aspectos englobados dentro de lo que definimos como "arqueología interior", como en los de "arqueología exterior". En especial en estos últimos, puesto que habitualmente se han reducido a una mera representación cartográfica.

El desarrollo de este inventario en modo alguno se reduce a un mero listado de materiales o restos arqueológicos, ni a una simple señalización de los territorios de explotación o los suelos cultivados, aunque estos sean los datos presentados como punto de partida, sino que afrontaremos en cada momento los comentarios necesarios para su mejor comprensión. Incluso habremos de realizar valoraciones de tipo cronológico o estratigráfico que hagan comprensible la realidad de los datos, ofrecidos como un conjunto de materiales y elementos englobados bajo el epíteto de "arqueológicos".

ANÁLISIS DE LOS TERRITORIOS ARQUEOLÓGICOS

El presente capítulo no pretende ser otra cosa que una aproximación a la explotación del territorio por parte de cada uno de los asentamientos en particular, lo que nos proporcionará, a su vez, una visión general a este respecto de todo el conjunto. Es pues, un intento de análisis del aprovechamiento económico de los recursos de cada uno de los núcleos habitados durante este período protohistórico en la provincia de Segovia; a este ámbito de la actividad económica se pueden y se deben circunscribir los datos y las conclusiones a las que lleguemos a través de dicho estudio. Difícilmente podrán extraerse otros elementos que configuren aspectos sociales o culturales de la vida de dichas gentes. Sin embargo, a pesar de lo restringido que de entrada puede parecer la utilización de estos métodos de análisis territorial y locacional (de ninguna manera debe olvidarse a arqueólogos y prehistoriadores que la base teórica metodológica fundamental procede de los estudios geográficos aunque su puesta a punto de cara a su utilización en las investigaciones prehistóricas se deba a teóricos de esta materia; de este modo Haggett (1976) nos sirve como compilador de las diversas teorías sobre la geografía humana y Higgs, Vita-Finzi (1970,1972), Hodder u Orton los autores que hicieron una adaptación, y en numerosos aspectos una corrección, de dicho método para proporcionarle validez en el estudio de las sociedades primitivas) los datos por ellos proporcionados son los únicos que de una forma globalizador

pueden obtenerse sin la necesidad de contar con la excavación completa de cada uno de los asentamientos; y aún hay más. ciertos aspectos económicos relativos a la utilización del suelo, la distribución de las masas forestales o la explotación de pastizales o recursos minerales, no ofrecen datos en ningún muestreo arqueológico, por muy exhaustivo que éste sea, habiendo desaparecido o siendo modificados sustancialmente por el paso del tiempo, y por tanto, el acercamiento a su reconstrucción sólo puede hacerse de una forma hipotética. En este sentido, la objetividad proporcionada por el contraste científico cuando los elementos son proporcionados en el registro arqueológico se ve seriamente afectada; sin embargo, se abre otro campo de "objetividad distinta" cuya verosimilitud siempre podrá ponerse en tela de juicio, pero que por efecto del paso del tiempo se ha convertido en la "única objetividad posible".

Con ello queremos introducirnos en el estudio de lo que se ha venido a denominar "arqueología exterior", por contraposición a la metodología clásica que casi en exclusividad se ocupaba de analizar los datos proporcionados por el "interior" del yacimiento, basándose sólo en los modelos tradicionales de rango tipológico; en modo alguno vamos a desechar los resultados que pueda ofrecernos esta segunda vía analítica, sino a integrarlos en un modelo general donde se combinen ambos tipos. Además, sería un desprecio imperdonable soslayar los datos proporcionados por las excavaciones de los yacimientos, pues en ellos existen numerosos elementos de análisis que nos proporcionan

suficientes pistas de cara al estudio paleoecológico proporcionado por la arqueología exterior.

Quizás antes de nada es preciso definir cada uno de los conceptos de análisis espacial en que nos vamos a mover; de nuevo tenemos que hacer alusión al artículo citado de Ruiz Zapatero y Fernández Martínez (1984). Estos autores describen sucintamente los tres conceptos acuñados por la metodología al respecto:

- Territorio de Explotación (SET), definido como el área a la que de forma habitual tienen acceso los pobladores de un hábitat determinado. Será el término y el contenido al que haremos alusión con mayor asiduidad.

- Territorio Anual, circunscrito al área total explotada a lo largo de todo un año; para poblaciones típicamente agrícolas puede ser el mismo territorio de explotación de su único asentamiento, mientras que para agricultores móviles o cazadores éste puede enmarcar varios yacimientos. A este respecto, por nuestra parte hemos de hacer constar que incluso en economías agrícolas plenamente sedentarias como las de la II Edad del Hierro pueden explotarse recursos fuera del territorio de explotación, como serían los pastizales serranos durante el verano por medio del desplazamiento de un pequeño grupo de individuos, sin llegar a establecer un campamento fijo.

- Captación del yacimiento (SC), en la que se integrarían cada uno de los puntos de origen o áreas de procedencia de los variados elementos explotados en el yacimiento; el conocimiento preciso de estas captaciones es

más dificultoso, aunque ello habría de introducir una variable de minuciosidad científica en el análisis espacial de cada uno de los asentamientos.

Así, el análisis de los territorios arqueológicos englobados en el espacio geográfico de la provincia de Segovia seguramente nos proporcionará un conocimiento más exhaustivo sobre aspectos relativos al poblamiento (ubicación y funcionalidad de los hábitats, distribución y relaciones entre éstos, intensificación en la explotación de los recursos, incidencia de éstos en la dispersión de los poblados,...) y sistemas económicos de los pueblos protohistóricos habitantes de las tierras meridionales del Centro de la Cuenca del Duero.

Por el momento, desconocemos a realización de otros estudios en este mismo sentido para alguna de las diferentes áreas que integran el espacio natural de la Meseta Norte, y, por tanto, este estudio podrá ser una pauta a seguir, y un modelo a juzgar y corregir. Un área privilegiada en este sentido ha sido el Valle del Ebro, donde los estudios se han prodigado con mayor frecuencia, desde el ya clásico de Burillo para el Valle Medio del Ebro (1980), hasta los más recientes del mismo autor (1984), de Ruiz Zapatero y V. Fernández Martínez (1983, 1984), de Bachiller (198...) o de Royo Guillén (1984); como colofón debe citarse el Coloquio de Arqueología Espacial celebrado en Teruel durante 1984, en el cual también están ausentes los estudios de análisis territorial de la Meseta Norte. Indudablemente carecemos de numerosos datos para

poder realizar un estudio de las características del ya citado de Ruiz Zapatero y V. Fernández (1983) para el yacimiento de Cortes de Navarra, donde el asentamiento fue excavado en su totalidad, y dónde la investigación arqueológica, a pesar de ser antigua, ha proporcionado abundantes y valiosos datos sobre fauna, flora, cultivos agrícolas, explotación de recursos minerales, así como un conocimiento de la totalidad de las viviendas, lo que ha permitido una evaluación demográfica, de otro modo imposible de precisar. Ante ello, el panorama ofrecido por los asentamientos motivo de nuestra tesis es bastante desalentador, puesto que carecemos de abundancia de excavaciones, y cuando éstas se ha llevado a cabo, como es el caso de Cuéllar, aún están muy lejos de exhumar los restos de todo el yacimiento. Sin embargo, quizás por ello incidir en un modelo de análisis de estas características puede resultar harto beneficioso para la investigación; si esperamos a contar con todos los datos, cosa que nunca se podrá llevar a cabo totalmente, puesto que la destrucción ha afectado a muchos asentamientos, estaríamos cercenando unas posibilidades, aunque mínimas de afrontar la interpretación histórica de numerosos aspectos, sobre todo económicos y poblacionales, de la vida de estos pueblos protohistóricos de la Meseta Norte.

La importancia de este modelo teórico ha sido resaltada por Fernández Martínez y Ruiz Zapatero con las siguientes palabras, que a nuestro entender resumen las ideas que hasta aquí venimos expresando:

"La aproximación paleoeconómica territorial, sobre todo

en la mayoría de las aplicaciones en las que no se cuenta con suficiente información "interior" de todos los yacimientos -y éste es el caso de la mayor parte de los asentamientos integrantes de la Edad del Hierro en tierras segovianas-, va a servir principalmente para la búsqueda de estructuras que expliquen la distribución espacial de aquellos, bien sea inductivamente generando modelos, bien deductivamente comprobando hipótesis apriorísticas. En este sentido la técnica no es más que un procedimiento operacional de ligar la teoría con los datos arqueológicos y por ello puede considerarse como un ejemplo de teoría de alcance medio (middle-range theory) en el sentido que le da BINFORD y nunca una teoría general del comportamiento".(1984,p.56).

A todas luces, se trata pues, de hacer un intento por aplicar a nuestro espacio geográfico y etapa cultural determinada una metodología arqueológica actualmente vigente en muchos de los estudios sobre la pre y protohistoria de la Península Ibérica. De entrada queremos dejar muy claro que no se trata de realizar una aplicación al pie de la letra de todos los fundamentos teóricos que componen este modelo de estudio; como muy bien afirmara E. de Alvaro (1983,p.198-199), idea expresada con posterioridad por por autores como Ruiz Zapatero y V. Fernández,(1984) o Royo Guillén (1984), es evidente la dificultad o mejor "...la imposibilidad de trasplantar modelos de asentamiento de una parte a otra del mundo sin más. Toda organización espacial del territorio de una comunidad prehistórica responde de alguna manera a su estructura social, y ésta tiene que cambiar necesariamente de

un grupo humano a otro, por lo menos no ser igual en todas partes, de manera que cada comunidad tiene su propio modelo de asentamiento, y no existe ninguno válido para todas las comunidades prehistóricas del mundo." (E. de Alvaro 1983, pp.198-199).

De una forma sistemática, puesto que no creemos que nuestro cometido sea especialmente el análisis de los fundamentos teóricos del método (Coloquios como el de Arqueología Espacial antes citado han dedicado una parte importante de sus sesiones a discutir, refutar o confirmar dichos planteamientos epistemológicos), podemos resumir del siguiente modo las bases de este modelo:

-La finalidad consiste en lograr una reconstrucción del territorio (S.C.A) explotado por cada uno de los asentamientos localizados en un espacio geográfico determinado con una tecnología de trabajo accesible durante dicho período prehistórico (dicho acentecimiento se ha venido denominando con la palabra "captación" en referencia a su significado en la Geomorfología). Este territorio se venía a entender como un espacio equidistante o radial en todos sus puntos a el núcleo formado por el hábitat.

A partir de esto, se pueden definir en tres niveles progresivos las hipótesis teóricas del método:

Nivel I. Existe una relación indirecta distancia-beneficio, en razón de lo cual la intensificación en la captación de recursos se va aminorando conforme nos alejamos del núcleo; a este respecto Haggett (1976. p.207) hablaba de que los productos menos exigentes en cuanto a cuidado en su

explotación estarían localizados más lejos del centro, siendo los métodos de trabajo menos intensivos cuando aumenta la distancia del centro.

La crítica a este primer nivel vendría determinada por el hecho de que esta "distribución radial de actividades" alrededor del núcleo no siempre debe darse, en razón a que las características del medio físico alrededor de un asentamiento no son idénticas en todas sus direcciones, salvo casos excepcionales; además, esta intensificación progresiva no tiene por qué ser radial obligatoriamente, sino que puede tener una mayor incidencia en una zona determinada del territorio partiendo de las necesidades de aprovisionamientos básicos. A pesar de todo, la adopción de los círculos concéntricos como delimitación básica y teórica de un territorio se ha configurado, sin duda, como el menos malo de los modelos "geométricos" de distribución de territorios.

Tampoco podemos descartar la variación que se ha producido en el medio físico, no los grandes rasgos geomorfológicos que tal como indicábamos en el capítulo referente a los aspectos geográficos, apenas han sufrido alteración, sino en los suelos y su potencialidad agrológica, y, sobre todo, en el medio "vegetal" (bosques, pastizales,...), lo que ha dado lugar, en muchos casos a un ambiente ecológico muy distinto, fruto del cual también han cambiado los recursos por éste aportados.

Dentro de este mismo nivel, uno de los puntos más contradictorios y de evaluación más complicada es el referido a la distancia dada a este territorio, para el cual se ha

adoptado... como mal menor la malla regular del "círculo"; en este sentido las conclusiones extraídas de la geografía locacional (Chisholm, Lee, von Thünen, Haggett,...) están en la base de dicho planteamiento teórico de territorio. De este modo se ha aceptado comúnmente la distancia de una hora de camino alrededor del asentamiento equivalente aproximadamente a cinco kilómetros como el territorio explotado por poblados agrícolas sedentarios, como es el caso de los establecimientos de la Edad del Hierro existentes en nuestro área en estudio, y de dos horas, equivalentes a diez kilómetros para los campamentos con un sistema de economía depredadora. De todos modos, aceptadas estas premisas, lo importante es establecer el territorio "real" a partir de las horas de camino evaluadas "in situ"; a nivel teórico, se viene reconociendo un tiempo de media hora más cada trescientos metros de ascensión topográfica. De este modo, la figura obtenida del territorio de explotación variará de su forma ideal dependiendo de la orografía del medio físico, estableciéndose su perímetro en relación a la distancia siocrónica.

Tampoco hemos de descartar la crítica concerniente a la variación de las sistemas de explotación de dicho territorio así como a las técnicas utilizadas para tal cometido. En contraste con el modelo establecido por Higgs y Vita-Finzi para las poblaciones natufienses del área Palestina, durante la Edad del Hierro en la Meseta Norte, y en general en toda Europa, los sistemas agrícolas de producción de alimentos han

variado, lo mejor han progresado, adoptando técnicas de laboreo más depuradas: arados de tracción animal, abonado con estiércol orgánico de los suelos, algún método rudimentario de regadío mediante acequias, sistemas de transporte con carros...., lo que debió de influir notoriamente en la delimitación del territorio potencial, así como en la intensificación en su explotación al permitir un menor coste energético. Todos estos hechos influyeron de un modo decisivo en el establecimiento de la extensión del territorio que circunda cada uno de los yacimientos. Esta misma capacidad de respuesta técnica es la que incide de una forma sustancial a la hora de considerar el área de un kilómetro alrededor de la asentamiento como "territorio esencial", a la que hipotéticamente se la supone explotada al cien por cien; la intensidad en la explotación de los recursos de las áreas más alejadas irá disminuyendo progresivamente, en unos valores que los teóricos del método consideraron en 50%, 33%, 25%, 20%, según se avanzaba un kilómetro en la distancia desde el núcleo habitado. Este argumentación tiene una validez insoslayable en cuanto a la desaceleración de la intensidad, pero resulta muy difícil encajarlo en unos parámetros tan encorsetados como los expresados en dichas cifras; así por ejemplo, el estiramiento de una zona de aluvión a lo largo de un curso de agua de excelente potencial agrícola lógicamente produce una distorsión en el modelo teórico, produciéndose con seguridad la explotación intensiva de dichos suelos sin tener en cuenta esas distancias marcadas. A esta última premisa podría responderse con el hecho de que no tienen por

qué existir una relación directa entre el porcentaje de tipo de suelo y el porcentaje de tipo de explotación, pero tendiéndose con toda probabilidad a la "optimización de los recursos disponibles" (R. Zapatero et alli 1984,p63-64).

Nivel II. Los pueblos primitivos asumen e interpretan la idea definida por el axioma del nivel I, adecuando el sistema de poblamiento la ley del mínimo esfuerzo para obtener el máximo beneficio: esto es, estableciendo sus asentamientos en los puntos o nudos centrales desde donde la explotación de un territorio sea más positiva. Así las sociedades ubican su hábitat y crean una estructura en el medio físico dividiéndolo en categorías de base territorial. Si esto lo remitimos además, a sociedades plenamente agrícolas, necesitadas más si cabe de un uso ordenado de la tierra -una categorización mayor-, nos encontraremos con un comportamiento aún más territorial.

A esta base teórica pueden contraponerse una serie de premisas a tener muy en cuenta; en primer lugar, la existencia de razones muy diferentes a las económicas en el momento de la elección de un punto como asentamiento estable. Conceptos tan importantes como los definidos bajo el término de "geoestrategia" parecen tener un papel crucial durante este período protohistórico, plagado de revueltas y luchas, a la hora de buscar los emplazamientos de la población. Razones como el control de una ruta de comunicación importante o la introducción de ciertos productos en un mercado regional también pueden estar en la base de esta distribución de

poblamiento durante la etapa protohistórica motivo de nuestro estudio. De este modo, la subsistencia entendida como único factor determinante de los asentamientos abandona su papel para conjuntarse con otros elementos influyentes.

Quizás a este complejo de interrelaciones se refería Haggett(1976, p.125) al decir que "... el desarrollo real de las pautas de poblamiento regional es un producto de múltiples variables, entre las cuales las condiciones sociales juegan un papel tan importante como el medio...". Sin embargo, no desecha el grado de validez que pueden tener los modelos básicos elementales a la hora de establecer los patrones de dispersión de poblamiento. Para el autor el "fracaso" de la malla regular como modelo para explicar la distribución actual del poblamiento no es sorprendente. De enorme interés resulta para los estudios de patrones de hábitats las puntualizaciones que dicho autor realiza sobre este asunto, bajo el calificativo de "distorsión de mallas". Define tres grupos de factores cuya incidencia debe tenerse muy en cuenta:

a) Distorsión por aglomeración. (En Prehistoria este aspecto es muy difícil de evaluar plenamente al desconocer la totalidad de los poblados, y cuando esta variable es conocida, seguramente entonces se ignora a ciencia cierta las características demográficas -cantidad de habitantes por casa, cantidad total del poblado, estructura familiar...-).

b) Distorsión por localización de recursos. Según el modelo teórico que con antelación hemos analizado en el

Nivel I, los recursos estarían disponibles uniformemente; sin embargo, la realidad es que éstos se encuentran localizados de una forma muy irregular. De este modo, la necesidad siempre presente de su aprovechamiento surte una tracción diferente sobre la localización del poblamiento, lo que a su vez distorsiona la malla regular (Una malla básica regular que él concibe en los exágonos de Thissen). Como desarrollo de este planteamiento describe una serie de casos bien cotejados en la geografía locacional actual, que a su vez podrían ser corregidos por la comprobación de otras realidades distintas:

- . Recursos uniformes; producirían el tipo de malla regular descrito de tipo poligonal.

- . Recursos zonales; la polarización en un área restringida de un recurso muy apreciado, por ejemplo excelentes tierras de cultivo, dan lugar a un tipo de patrón de asentamiento concentrado alrededor de dicho recurso.

- . Recurso lineal; los casos más evidentes serían un curso de agua o una vía de comunicación. Este patrón se ha mostrado muy desarrollado durante la etapas prehistóricas.

- . Recurso puntual; en dicha catalogación engloba Haggett pozos, lagunas, o un destacado emplazamiento defensivo en cuyo entorno se ubica la población dispersa necesitada de dicho recurso natural o de dicha posición geoestratégica para su propia supervivencia.

c) Distorsión debida a la evolución histórica. Es sin duda una de los factores más difícil de evaluar, pero a la

vez es el que mejor permite contar con una base de análisis siempre remitida al patrón detectable en momentos inmediatamente precedentes. De este modo, se contaría con dos tipos de poblamiento (Mitchell 1954), el poblamiento primario ubicado en los valles de los ríos, según este autor, y el secundario, evolucionado a partir de éste, dispuesto en los interfluvios. Chisholm (1962) concretó una serie de razones para un cambio de tipo difusionista de unidades de poblamiento nuevas y más pequeñas alrededor de unidades antiguas y mayores:

1.- Transformaciones socioeconómicas en la tenencia de la tierra, y quizás en su sistema de explotación.

2.- Desaparición de la necesidad de aglomeraciones defensivas.

3.- Eliminación de factores drásticos, como pueden ser enfermedades.

4.- Mejoras técnicas en el suministro de agua, mediante nuevos sistemas, como aljibes, contenedores rupestres, pequeñas balsas en cursos de agua secundarios,...

Sin duda, la persistencia de todos estos factores, y otros más que la geografía locacional no menciona, tales como la necesidad de contar con unos servicios administrativos, con aprovisionamiento inmediato de productos manufacturados, u objeto del comercio,.... No podemos olvidar que el proceso de formación de los centros urbanos en la Protohistoria de Europa según la teoría de Wells (1984-1988) responde a estas necesidades comerciales como motivación más importante.

Manteniéndonos en este mismo análisis, Ruiz Zapatero y

V. Fernández (1984, T.4,pg.45) ponen de relieve que la organización y ocupación del territorio puede venir explicada, en cierta medida, por la dinámica de desarrollo prehistórico de la región (en este caso hacen referencia expresa al Bajo Aragón). La mentablemente carecemos de los datos suficientes en este momento para poder analizar dicha dinámica de desarrollo poblacional durante el Borne Final en la provincia de Segovia, horizonte inmediatamente precedente al que nosotros estamos estudiando, si bien existen ciertos elementos para su valoración. Aún más difícil resulta el conocimiento de estos aspectos en los inicios de la Edad del Hierro, ante la mayor escasez de datos y restos arqueológicos.

A título orientativo vamos a mencionar los tres modelos utilizados por estos autores en su análisis de la distribución del poblamiento en el Bajo aragón durante el B.Final/ Primera Edad del Hierro:

- . Áreas regionales locales, cuya organización se articula en torno a un curso fluvial, con una relación e intercomunicación viable. Los interfluvios sirven de límite a los territorios de cada una de las áreas.

- . Las micro-regiones. Definen la concentración de poblamiento en ciertas áreas del propio curso o región, con una ocupación densa y una continuidad de poblamiento.

- . El asentamiento, en que varía no sólo su ubicación diferenciada de unos otros, sino las dimensiones, y por tanto su capacidad demográfica, lo que a su vez, permitiría evaluar la superficie cultivable necesaria en dicho

hábitat.

Nivel III. Recogería la hipótesis en que se manifiesta una relación entre función y localización; así conociendo la segunda se puede conocer o argumentar la primera (R. Zapatero y V. Martínez, 1983, p.373,recogen a Roper (1979),p120). Este último nivel es que con mayor dificultad puede evaluarse, puesto que los solos datos económicos extraídos del análisis territorial del yacimiento resulta tremendamente aventurado establecer con cierto grado de verosimilitud la función desempeñada por el yacimiento. Sin duda siempre puede reaalizarse una valoración somera. En este sentido son más necesarios que nunca los restos arqueológicos, a través de los cuales se pueda extraer un conocimiento acertado de su trama urbana, de los edificios o elementos singulares de ésta capaces de desempeñar funciones especiales (religiosas, administrativas, manufactureras,...), de los objetos fruto del comercio importador o exportador,..., a partir de los cuales puede rastrearse más fácilmente la función desempeñada.

Otra de las variables a tener muy en cuenta de cara a definir la función propia de un asentamiento determinado es el tamaño; por otra parte es una de las variables más fácilmente mensurables a partir de métodos exclusivamente propectores. Indudablemente a la hora de valorar el tamaño nos vamos a encontrar con un hándicap tan importante como es el nivel de arrasamiento de muchos hábitat por efecto de la erosión o bien por el enmascaramiento bajo las estructuras urbanas de ciudades actuales (Cuéllar, Segovia o Coca, sería

los tres ejemplos más claros con que nosotros contamos).

En este sentido se acepta comúnmente que los centros de mayor población, esto es de mayor tamaño en superficie, disponen de una gama más amplia de bienes y servicios de los de un tamaño menor (Haggett, 1976, pp.148,ss). La geografía locacional define la relación entre las variables tamaño y número de funciones como una relación curvilínea, no geométrica, puesto que el crecimiento superficial de un núcleo no lleva implícito la misma proporción de funciones.

Y en último lugar habría que tener en cuenta el concepto de jerarquía, entendido en relación a las funciones a desempeñar por cada uno de los núcleos; dicho concepto, fuertemente encajado en la distribución del poblamiento de esta etapa protohistórica (Burillo, 1980, y Burillo 1981...) vendría a distorsionar más si cabe el modelo ideal de distribución de territorios basado en los modelos hexagonales o en los círculos concéntricos como división espacial teórica de un paisaje indiferenciado. De este modo la consideración primaria del método entendiendo cada asentamiento como un núcleo con un sistema cerrado es puesta en tela de juicio, sobre todo en estas etapas finales protohistóricas, en que tanto los sistemas económicos de producción como la dinámica social se manifiestan con un notable carácter de singularidad. a par de este modo, se debe clasificar a los asentamientos de realidades términos definidos por Haggett: (Tabla 4.1. p.117).

. Conforme al tamaño de la población: metrópolis,

ciudades, villas, aldeas,...

Conforme las funciones integradas en cada asentamiento: lugares centrales y lugares no centrales en la vieja tipología de Christaller (1933).

Quizás como última precisión al método habría que añadir que toda esta base teórica, para adquirir su plena valoración, precisaría ser cotejada con los datos procedentes de la excavación minuciosa de cada uno de los asentamientos; la contraposición entre la base teórica y el hecho empírico manifestado en los objetos y restos daría como resultado el estado de verosimilitud de la hipótesis planteada. Sin embargo, es preciso ser realistas, puesto que dicha situación en la investigación prehistórica de los poblados de esta época en la provincia de Segovia nunca o muy difícilmente podrá conseguirse. Tal vez por ello, y ante un hecho tan concluyente, merezca la pena realizar el esfuerzo que supone la creación de un modelo de análisis "hipotético".

Con ello damos por concluido el análisis de los conceptos metodológicos a partir de los cuales vamos a trazar las pautas seguidas tanto en la recogida de datos para la confección de los mapas de "territorios arqueológicos", como en los de "distribución del poblamiento" y en la confección de la dinámica de dispersión de núcleos.

LOS DATOS DE LA ARQUEOLOGIA INTERIOR:EL HABITAT

¿Qué entendemos por "arqueología interior" en el análisis de nuestros yacimientos?. Por un lado, recoge todo el amplio bagaje inmerso en el concepto más tradicional de las investigaciones prehistóricas, el referido exclusivamente a un estudio de las tipologías de artefactos hallados en el propio asentamiento (hoy se viene agrupando bajo el apelativo de "cultura material"); y por otro, un análisis detallado de las características físicas del punto de ubicación, así como de las estructuras habitacionales o defensivas que o integran.

Hemos optado por analizar en primer lugar los datos referidos bajo la denominación de "arqueología interior", puesto que del conocimiento de sus restos materiales (por ejemplo, molinos de granito, fragmentos óseos de fauna doméstica o salvaje, minerales,...) pueden extraerse valoraciones imprescindibles a la hora conocer los recursos explotados del medio o sus posibles lugares de procedencia (el problema de la captación -nosotros nos atendremos a la llamada "captación anual"- puede tener así aspectos de mayor objetividad).

Este es el marco de un cometido que pasamos a detallar de una forma más puntual, donde recogeremos alguno de los siguientes aspectos:

I. Datos bibliográficos sobre el yacimiento, si es que éste no es inédito. Investigaciones realizadas, tanto en prospección como en excavación arqueológica. Estado de su conocimiento en el momento actual.

II.El asentamiento:

a)Características físicas del hábitat.Geomorfología. Elementos ambientales. Ubicación y emplazamiento. Extensión y superficie:Se puede hacer una división de dimensiones, en los siguiente términos:

-Menores de 0,2 Has.

-0,2 a 0,5 Has.

-0,5 a 1,6 has.

-+ de 4 Has.

(El dato podrá servirnos para con posterioridad realizar una valoración y calificar los núcleos en relación a su tamaño. Ya en el momento de realizar el análisis de explotación de territorios arqueológicos hemos tenido somerramente en cuenta dicho aspecto).

Altitud, altura relativa,orientación (De estos aspectos se puede decir que están subordinados a la elección del emplazamiento y a las peculiaridades orográficas de cada comarca).

Recursos hídricos del asentamiento (fuentes, manantiales, pozos artesianos,...).Habitualmente tenemos la consciencia del recurso hídrico con una ubicación preferente en el territorio exterior, y tampoco se puede descartar como un factor existente en el interior de los asentamientos, mediante la presencia de fuentes, o de aljibes, que recogieran el agua de lluvia posibilitando el autoabastecimiento durante todo o gran parte del año. Esparza pone en tela de juicio (1987,p.134.)la importancia decisiva que se ha venido dando al factor agua en forma de ríos o cursos de agua de cierta entidad, como

elemento condicionante a la hora de elegir un emplazamiento determinado. Por otra parte, el eje fluvial puede valorarse con caracteres distintos además de como recurso de la naturaleza: vía de comunicación natural, aglutinador de recursos de suelo de calidad óptima por la presencia muy generalizada en sus orilla de tierras ricas de aluvión o de zonas bajas donde crecen excelentes y frescos pastos.

En definitiva, parece lógico hablar de una serie de factores naturales que pueden haber incidido en la elección del hábitat o emplazamiento determinado, sin descontar que entre ellas quizás hayan estado el azar o la propia casualidad, o, muy importante, la presencia de un poblamiento histórico... Este último dato no hay que perderlo de vista; a él aludiré con más detalle en el comentario inicial sobre la importancia y la valoración de los análisis de explotación de territorios arqueológicos.

De todos estos aspectos quizás el que ha tenido mayor importancia ha sido el referente a la tipología del emplazamiento. Para ello contamos con una abundante bibliografía en que se nos ofrecen sistematizaciones en gran medida muy semejantes: Wattenberg (1959), Bachiller (1986), Esparza (1987) Llanos (1974). (En este punto es preciso valorar en justicia las teorías de la geografía urbana, por ejemplo en P. George, quien define el emplazamiento "...como el marco concreto topográfico, el punto exacto elegido entre los distintos o varios que presentan los mismos factores de posición,..."). Seguimos la tipología definida por este último

autor, a la hora de calificar cada uno de los emplazamientos, puesto que creemos que se trata de las más completa, pero de ningún modo dejaremos de hacer alusión al resto de ella o a las apreciaciones realizadas por alguno de los autores, sobre todo las referidas preferentemente a nuestro área en estudio, tal como sucede con las seriaciones de Wattemberg.

En líneas generales esta es la clasificación de tipos de hábitats que vamos a seguir (Sólo hacemos alusión a los tipos básicos de Llanos (1974)):

- .Tipo A. Hábitat en llano sin defensa natural.
- .Tipo B. En Espolón.
- .Tipo C: En escarpe.
- .Tipo D. En colinas amesetadas.

La ubicación puede estar en función de una serie de hechos a rastrear:

- .Económicos.
- .Políticos.
- .Históricos. Quizás se pueden evaluar bajo el concepto de geoestratégicos.

Sin duda, en un emplazamiento va a ser preciso valorar su polifuncionalidad; es muy difícil pensar en una sola función concreta desechando todas las demás, buscando ilusamente tipos puros. Es muy posible que la riqueza del sistema de población consolidado durante la II Edad del Hierro esté en íntima relación con esta indiscutible polifuncionalidad.

Otro dato a tener en cuenta son las condiciones de

visibilidad o comunicaciones ópticas del yacimiento (Balil 1977; Burillo 1980, pp.263-266). Creemos que se trata de un elemento de primera magnitud a encajar dentro del concepto de "geoestrategia", y sin duda, uno de los más importante, al evaluar su posición de dominio sobre un territorio o sobre unas comunicaciones o rutas subyacentes o visibles o trazadas por el mismo yacimiento.

La distancia entre asentamientos así como la relación entre la distancia y tamaño de éstos puede haber influido de algún modo en el emplazamiento.

b) Organización del espacio de asentamiento:

Aspectos estructurales

Arquitectura defensiva (La arquitectura defensiva encierra un espacio interior en el que se desarrollan una serie de funciones, fundamentalmente la de vivienda, transformación de alimentos y el desarrollo manufacturero. de guarda y custodia de ganados.. Otras funciones especiales, de carácter religiosos o civil-administrativo que exigen un conocimiento de mayor especificidad son muy difíciles de precisar por el momento): Murallas, fosos, piedras hincadas, defensas naturales,.....

Frente a ello, el papel del territorio es otro, y en él también se desarrollan otro cúmulo de funciones muy importantes, centradas fundamentalmente en la explotación de los recursos, mediante el laboreo de tierras, el pastoreo de ganados, la recolección de frutos silvestres, caza, pesca,...

Existe una función específica y ambivalente en cuanto a su ubicación, por lo cual resulta de difícil y problemático

cotejo: las necrópolis. En cuanto a su ubicación se encuentran fuera del emplazamiento del propio hábitat, si bien en sus inmediaciones; sin embargo su función nada tiene que ver con las llevadas a cabo fuera del mismo asentamiento en la explotación del territorio. De este modo quizás sea más oportuno incluir las necrópolis como una función específica, pero más en conexión con las adjudicadas al propio hábitat.

Arquitectura doméstica: Viviendas, calles, edificios singulares,.... Con un interés específico en estas tres vertientes: planeamiento urbano, tipología de plantas, análisis de los elementos constructivos,..... El análisis funcional de la arquitectura doméstica se encuentra perfectamente encuadrado en lo que hoy se viene definiendo con el calificativo de "arqueología del microespacio" (Una amplia valoración así como ejemplos de análisis específicos se puede encontrar en el Coloquio de Arqueología Espacial dedicado al estudio del microespacio llevado a cabo en Teruel (1986). Para la etapa prerromana contamos con un buen número de trabajos, algunos de ellos de gran utilidad para nuestro cometido (1986, tomo 9)). Acogerse a dichos conceptos, supone plantearse un análisis, siempre que contemos con datos suficientes para ello, de mayor interdependencia entre los objetos de la cultura material y el espacio habitacional donde los encontramos inmersos mediante la excavación arqueológica, y en el cual éstos desempeñaron el papel para el que fueron concebidos. La valoración de esta interdependencia consigue rastrear con mayor precisión la vida cotidiana de las gentes que habitaron dicho asentamiento o dicha casa.

C) Restos muebles:

Bajo este calificativo recogemos lo que comúnmente se viene considerando como "restos arqueológicos", localizados a través de una propección sistemática, de una excavación o como ocurre en la mayor parte de los yacimientos segovianos, fruto de un hallazgo casual.

.Objetos cerámicos y arcillosos.

.Objetos metálicos.

.Objetos pétreos.

.Objetos óseos.

Todos estos grupos conformarían lo que se viene definiendo como "industrias manufacturera" (El análisis específico valorando tanto las técnicas productivas como las seriaciones tipológicas, e investigando la significación cultural de cada elemento se efectuará en el siguiente Capítulo, puesto que en este momento sólo pretendemos recoger y mostrar ordenadamente la documentación).

La estratigrafía.

Sólo vamos a poder contar con datos estratigráficos en dos de los yacimientos inventariados en el Catálogo: Cuellar, y en menor medida, y muy referencialmente, Coca. La significación de la estratigrafía vienen dada porque nos permite realizar una valoración cronológica precisa de los hallazgos, cuyo fin es primordial si se quiere encarar una tesis sobre aspectos de la historia de los hombres. Permite afrontar en muchos casos la explicación de los distintos elementos aportados por la arqueología interior, así como una

perfecta ordenación de éstos.

Y como conclusión una valoración histórica y cronológica del yacimiento a partir, sobre todo, de los datos de la cultura material.

d) documentación gráfica del yacimiento, y de la cultura material.

.Cartografía específica: Mapa 1:12.000 aprox.

.Dibujos de materiales.

.Inventarios, y descripción de materiales.

LA ARQUEOLOGIA EXTERIOR: EL TERRITORIO.

No necesita ningún comentario amplio, por ser comunmente aceptado, el hecho de que la vida de estas gentes se desarrolla en un territorio y en medio determinado; de éste extraen los recursos necesarios, en él desarrollan sus actividades productivas, sobre él planifican su porvenir, En definitiva, sin su encaje en un determinado territorio inmediato no se puede o es muy difícil entender el desarrollo de un asentamiento determinado. Entre uno y otro, asentamiento y territorio, se produce una interdependencia, fruto de los cual han de surgir todo un espectro de respuestas, aunque éstas apenas excedan en numerosas ocasiones el nivel de la más inmediata supervivencia. De este modo, las respuestas de la "arqueología exterior" van a tener su reflejo en datos de cultura material u otros restos del hábitat proyectados en el análisis de la "arqueología interior", y viceversa. Así pues, reiteramos una vez más, el intento por nuestra parte de realizar un análisis conjunto, sin colocar en campos cerrados los datos extraídos bien del asentamiento-hábitat, bien del territorio.

(En este punto debería encajarse el comentario personal sobre el "análisis de territorios arqueológicos" (Wordstar.Capit.sex). Se trata de una valoración personal y puntualizaciones al método, en ningún caso es una base teórica sólida para el establecimiento de una nueva metodología, puesto que sólo hemos procedido a realizar una adecuación de

dicho desarrollo metodológico conforme a nuestra idea de "hacer prehistoria" y a las propias necesidades de nuestra área y período en estudio).

a) Definición del territorio de explotación:

Seguramente el planteamiento de los límites del territorio es una de las cuestiones que mayor polémica han suscitado desde el surgimiento de dichos modelos teóricos; si ya fue motivo de discusión entre los estudiosos de la Geografía Humana, su controversia se mantiene entre prehistoriadores y arqueólogos, tal como hemos puesto de relieve en páginas precedentes.

Por nuestra parte, nos hemos movido en unos parámetros que han dado como resultado la siguiente plasmación cartográfica:

-De entrada marcamos con círculos el territorio de explotación ideal:

1.-Círculo de 5 kms (para todos los yacimientos). Supondría el cálculo ideal de una hora de camino en un territorio sin obstáculo topográficos; en terrenos llanos a grandes rasgos pudo coincidir con el territorio real de explotación.

2.-Círculo de 7 Kms, como ampliación hipotética del territorio de explotación en aquellos yacimientos que se pueden calificar como "ciudades" o grandes poblados, ello en razón de la variable existente entre el tamaño o superficie del yacimiento y el territorio necesario

para su sostenimiento.

3.-Línea discontinua marcando la distancia isocrónica. calculando los porcentajes necesarios conforme la topografía del territorio; se podría definir como el territorio "real" (BAILEY Y DAVIDSON 1983).. Sin embargo, este territorio real no sólo lo hemos calculado conforme esta constante topográfica, sino que por nuestra parte creemos preciso tener en cuenta otros datos tales como las posibilidades de explotación en cada zona del territorio evaluados a través de la cartografía o del conocimiento real sobre el medio físico. De este modo, en ciertos yacimientos hemos marcado mediante flechas "la expansión hipotética del territorio de explotación" (En cada caso particular razonaremos convenientemente en función de qué hacemos tal expansión, así como dirección de ésta).

b) La explotación económica del territorio:

Partiendo del hecho que estamos estudiando pueblos de economía agropecuaria, lo más importante sería conocer las posibilidades de aprovechamiento de los suelos en razón de su distinta calidad edafológica, de la realidad de explotación existente en este momento o de la explotación histórico-tradicional de éstos. Como habíamos puesto de relieve en nuestro primer capítulo, para ello es preciso contar con los dos factores más influyentes en el aprovechamiento agrícola de cualquier área:

- Las condiciones climáticas.
- Las limitaciones topográficas.

Es muy importante tener en cuenta las posibles

reliquias de la explotación tradicional, o de los restos de su vegetación natural o climática, evaluable através de sus respectivos Mapas.

Los recursos:

1.- La vegetación. Seguramente sea el recurso que más ha sido transformado por la actividad del hombre. Los procesos de desforestación iniciados desde la más remota antigüedad y de una gran incidencia en los momentos cronológicos a que hacemos referencia, así como los procesos de repoblación actual, han dado como resultado un cambio brusco en el paisaje; sin embargo, de vez en cuando nos encontramos con focos relictos de vegetación en su estado natural. Según Gilman se subestimarían las zonas de monte. Partiendo de unas características climatológicas muy similares entre la época prerromana y la presente, la vegetación potencial sería asimilable, , tal como ha quedado expresado en el capítulo primero. En este análisis del territorio de explotación de cada yacimiento haremos una valoración puntual de este aspecto , frente a la apreciación general que se refería a toda la provincia.

-Bosques.

_Praderas naturales.

El tipo de recursos ofrecidos por el medio forestal se puede sintetizar en los siguientes: materiales de construcción de los bosques y leña para los hogares, además de los recursos alimenticios propios de una recolectores

selectos: bellotas, hongos o setas,....frutos silvestres como moras,etc...

2.- Los suelos: El uso moderno de los suelos recogido a través de los datos aportados por los mapas agrológicos o bien del conocimienmtto directo sobre el terreno, es el único factor que se viene utilizando para aproximarse a los usos potenciales que tuvieron en el pasado; por otro lado, al contrario de lo que ha sucedido en zonas como el Sudeste almeriense, donde muy acertadamente Gilman ha puesto de manifiesto el carácter antropogénico de los suelos, en la provincia de Segovia las características edàfológicas desde la etapa prerromana no deben haber cambiado de forma apreciable, aunque sí haya sucedido un deterioro como resultado de la continuada explotación secular.

A este respecto, los procesos erosivos que parecen haber afectado,al contrario de lo que sucede en otras regiones peninsulares como la que acabamos de citar del Sudeste, deben haber tenido muy escasa incidencia en la formación de los suelos actuales, salvo excepciones puntuales.

Clasificación de los suelos: (En el establecimiento de estas categorías han influido criterios estrictamente personales; hemos procurado hacer una sistematización de mayor amplitud que la de tres categorías realizada por Ruiz Zapatero-Fernández Martínez (1984, tomo 1, pg.63) y de menor que la usada por Ruiz-Molinos (1984,toma 4, pp.194-196) evaluada de 1 a 10.

1-Tierras de aluvión. Son tierras escasas pero de una producción agrícola asegurada; incluso en las vegas bajas de algunos ríos tuvieron la posibilidad de ser explotadas por medio de simples acequias, proporcionándonos la posibilidad de un regadio incipiente, local y minoritario del que sólo cabe su evaluación hipotética.

2-Tierras calificadas de "productivo agrícola"; son terrenos de buena calidad, aptos para los cereales de secano, siempre con producciones medias, y necesitadas en mayor medida que las anteriores de unas buenas condiciones climáticas para la obtención de la cosecha.

3-Tierras "potencialmente de producción agrícola"; podrían entrar en el calificativo de tierras marginales, cuya producción sería muy escasa. Se tiene constancia de su explotación en época medieval y moderna, cuando la presión demográfica fue muy fuerte sobre la tierra; esto, sin duda, no sucedió en estas etapas protohistóricas, por lo que hay que pensar en terrenos sin explotar, aún colonizados por los bosques. Quizás sólo fueron tierras abiertas en las inmediaciones de los poblados. Sin embargo, esta ausencia de posible laboreo, no supone que sean terrenos improductivos, puesto que se debieron aprovechar otros recursos: pastos de temporada, frutos de recolección, leña, madera de construcción,...

4-Tierra "poco productivas"; con este calificativo hemos querido denominar los terrenos de peor calidad de cara a su aprovechamiento agrícola. En ellos debió darse un monte bajo de poca embergadura, sobre suelos de afloramientos rocosos o sin ningún tipo de materia orgánica; así mismo

recogería los escarpes montañosos donde las condiciones climatológicas y la inclinación de las pendientes impiden la formación de una cubierta vegetal. Otro caso característico en nuestra provincia de terrenos improductivos para una agricultura tradicional (hoy la modernización tecnológica del campo y la obtención con gran facilidad de acuíferos subterráneos han dado como resultado el cultivo en regadío de amplias extensiones) serían las arenas albenses de la inmensa Tierra de Pinares.

5-Prados y pastizales; bajo este calificativo hemos querido agrupar una categoría de tierras cuya utilización preferente y tradicional ha sido su aprovechamiento para la ganadería, estante o trashumante; en algunos casos son tierras bajas, anegadas en invierno y primavera, junto a los cauces de los ríos o de las lagunas endorréicas, y en otros praderas del piedemonte montañoso o en la cuerda de ciertas cumbres (prados naturales de altura). Su explotación ha sido ganadera, bien por rebaños estantes que diariamente se desplazaban desde el asentamiento a dichos lugares, o bien por rebaños que en una transhumancia de corto recorrido realizaban desplazamientos estacionales, sobre todo a la base del Sistema Central. Son estos pastizales de la vertiente norte de la Sierra los que sirvieron de lugar de pastoreo a los ganados trashumantes de largo recorrido bajo el dominio de la Mesta.

La calificación de estas tierras como praderas no quiere decir que los rebaños no podían pastar en las tierras explotadas agrícolamente; muy al contrario, el sistema de producción utilizado, como poco de año y vez, debió permitir un aprovechamiento de rastrojeras y barbecheras durante cierta

parte del año.

3.-La comunidad ecológica propia de cada yacimiento. Este factor no es difícil rastrearlo a través de los restos faunísticos de las excavaciones que con claridad revelan la existencia de un amplio grupo de animales domésticos y otro más reducido de fauna salvaje; pero para tal cometido sólo poseemos los datos obtenidos de los análisis osteológicos del yacimiento de Cuéllar. Desconocemos si existen análisis similares de otros yacimientos como Ayllón, Coca, ..., donde en algún momento de han realizado excavaciones arqueológicas. Sin embargo, aún no contando con estos datos de primera mano, no es difícil reconstruir la comunidad ecológica de los diversos yacimientos o mejor de todo el entorno provincial, puesto que las comunidad hoy presente como un residuo de especies protegidas debe de ser a grandes rasgos la misma que existió en esos momentos. Las condiciones medioambientales tampoco han cambiado tanto como para provocar un vuelco radical en las especies existentes. (Haremos un análisis de la comunidad ecológica provincial, con delimitación de las distintas áreas específicas.) Lo que sí se ha producido en el momento actual es la desaparición de algunas especies, y la drástica reducción de otras. La desaparición de un medio de vida tan necesario para éstas como es el bosque sin duda ha llevado implícita dicha transformación más cuantitativa que cualitativa.

El aprovechamiento de dichos recursos de la comunidad ecológica se realizó mediante la caza, o la pesca.

4.- Los recursos hídricos.

Sin duda, es otros de los aspectos claves a tener en cuenta en la explotación del territorio. Es aceptado comúnmente como un recurso de primera magnitud en la vida de un asentamiento y el aprovechamiento de su territorio inmediato. La importancia del factor agua fue destacada por M. Derruau (1964) calificando al manatíal como elemento regulador del nacimiento de una geografía urbana. La carencia de tecnologías al respecto hizo que éste recurso fuese de mayor trascendencia.

Así, nos encontramos con ríos, todos ellos pequeños afluentes con un caudal de escasas proporciones pero muy seguro (en cuanto a la variación de caudal entre la época actual y el período en estudio, ya planteábamos en el Capítulo Primero la posibilidad de un mayor caudal y más constante en ese período protohistórico; así parece confirmarse de las escasas noticias recogidas de las fuentes clásicas sobre los ríos de la Meseta), fuentes, arroyos, manantiales (la desaparición de muchos de estos puntos de agua en el momento presente responden tanto a unas condiciones climatológicas de menores índices de pluviosidad en los últimos años, como al desmedido aprovechamiento de los acuíferos subterráneos, hecho éste que ha provocado el drástico descendimiento del nivel freático), lagunas endorreicas, pozas

5.- Los recursos minerales.

Sólo excepcionalmente vamos a encontrarnos con recursos de minerales metálicos en el conjunto de yacimientos segovianos. Más bien, como veremos posteriormente

dicho recurso es necesario englobarlo entre los correspondientes al "área de captación anual". No ocurre lo mismo con otros recursos minerales, abundantes y a la mano en cualquiera de los asentamientos estudiados.

.Minerales metálicos:Hierro, Cobre, Plata, Estaño,...

.Minerales no metálicos:

. Piedras de construcción de tipo local.

. Piedras especiales.

. Arcillas. (Se han tomado los datos contenidos en los mapas topográficos, tanto de las series antiguas, como modernas o los editados por el Ejército...)Tampoco faltan las noticias personales o el conocimiento proporcionado por la Antropología o la Etnología, en especial el referido a la investigación de alfares hoy desaparecidos.

c) Las vías de comunicación:

La explotación de territorio supone obligatoriamente la necesidad de contar con unas vías de comunicación de tipo local en forma de pequeñas sendas o caminos carreteros. Estas vías hacen posible un sistema básico de transporte en que los productos circulan desde el territorio al hábitat y los hombres a la inversa para extraer dichos recursos. Sin embargo, en otras ocasiones podían pasar o llegar frente a estos hábitats rutas de mayor importancia, cuyo fin era el de conectar unos asentamientos con otros. Un tercer tipo de rutas de comunicación tendría una trascendencia más allá de los propios límites locales conectando entre sí unas regiones o unas áreas geográficas con otras.

La existencia de estas rutas serían imprescindible para afrontar de una forma aceptable la explotación de su territorio, tanto el inmediato del que extraen los medios para la vida diaria, como el anual ("territorio de captación"), mediante el cual se lleva a cabo el aprovechamiento de recursos fuera del área inmediata del propio yacimiento, entre lo que cabe destacar los pastizales del piedemonte serrano, algunos minerales metálicos y piedras para la fabricación de molinos de mano. (Los posibles recursos de captación anual han sido marcados cartográficamente en un mapa provincial en que se ubica el propio yacimiento).

d) Fuentes para la recogida de documentación:

A la hora de plantearnos el análisis de los distintos territorios de explotación, necesitamos contar con una serie de elementos documentales, con una procedencia diversificada; de forma sistemática serían los siguientes:

-Los datos extraídos de la propia excavación: restos de fauna, botánicos,....que permitan aproximarnos al máximo a la comunidad ecológica existente en dicha etapa prerromana. Son documentación más importante, por encima de cualquier otra; sin embargo, lamentablemente, sólo contamos con los datos del yacimiento de Cuéllar, y ésto, en una medida muy escasa en lo referente a los botánicos.

-Del análisis directo del medio, donde se observa el uso de la moderna agricultura junto a la incidencia o

modificiación efectuada en los cultivos tradicionales. El uso moderno de la tierra puede rastrearse a través de los mapas agrológicos. En zonas como la estudiada siguen manteniéndose en líneas generales los cultivos tradicionales con las típicas producciones de cereales de secano. (Lo que sí habría cambiado fundamentalmente es la tecnología usada para hacer frente a la explotación). En nuestro país la modernización de los campos (adopción de una tecnología diferente a la tradicional de arado romano, sembradura de año y vez, abonado orgánico muy escaso,. . . .) sólo se ha producido a partir de mediados de los años siguientes a la postguerra; de este modo los datos contenidos en el Catastro del Marqués de la Ensenada- agricultura y ganadería- realizado en el siglo XVIII, suelen ser de una enorme utilidad. Incluso datos posteriores en que se recoge el tipo de producciones y la dedicación de la tierra, como es el diccionario de Madoz también pueden aportarnos alguna luz al respecto. La agricultura del siglo XVIII es una agricultura muy tradicional, en cierta medida comparable a la romana, con la cual tampoco parece excesivo la diferencia en cuanto a cultivos (Gilman 1986).

A este respecto hacemos uso de la cartografía siguiente:

.Mapas de Cultivos y Aprovechamientos de la provincia de Segovia (Hojas 1:50.000). No dispone esta provincia de los Hojas del Mapa Agrológico.

.Mapas Topográficos de IGN (1:50.000).

.Mapas Metalogenéticos.

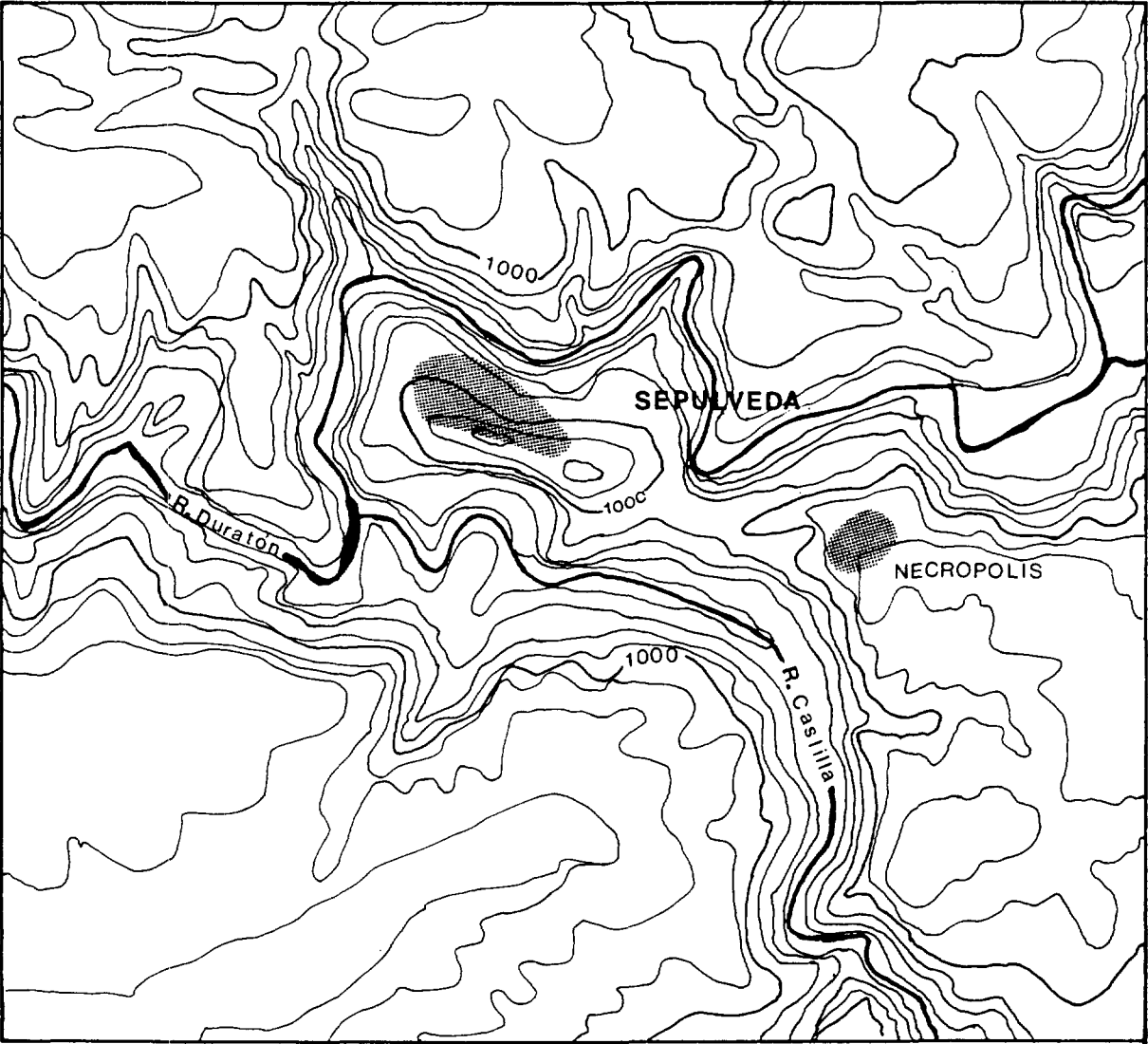
.Mapa de vegetación Potencial de Segovia (1:200.000).

-Los escasos datos rastreados en las fuentes clásicas, referidos a la explotación del territorio: agricultura, ganadería, pastoreo, caza, pesca, recolección de frutos del bosque,...

-Los datos económicos antiguos que documentan un sistema de producción tradicional. Poseemos un buen estudio a cargo de García Sanz para la provincia de Segovia, donde hace uso de la documentación económica a partir del siglo XVI, y donde se analizan con minuciosidad los datos ofrecidos por el Catastro del Marqués de la Ensenada, y por otras fuentes de rango local o provincial.

En este mismo ámbito de los datos económicos antiguos se puede colocar la documentación ofrecida por el Diccionario de P. Madoz (siglo XIX). Su validez estriba en la minuciosidad con que trata cada localidad.

-La Antropología y la Etnología nos ofrecen de vez en cuando un conocimiento sobre usos y explotaciones tradicionales; se valora por su carácter referencial no analógico.



YACIMIENTO: SEPULVEDA.

I.Arqueología interior: El hábitat.

Aunque no en exceso, frente a otros yacimientos segovianos, el de Sepúlveda cuenta con una bibliografía abundante, mediante la cual se van exponiendo de un modo detallado los restos arqueológicos aparecidos como fruto de hallazgos casuales o de una prospección sistemática, aunque esporádica, de su núcleo urbano. Las primeras noticias sobre las posibilidades de poblamiento durante época prerromana de este espolón ubicado entre los ríos Caslilla y Duratón se las debemos a Córñide, en un escrito de 1795, recogido años más tarde por Somorrostro (1868, Anexo 11), pero aquí no comenta el autor la existencia real del yacimiento constatable a partir de restos arqueológicos, sino que se remite a analizar la hipotética ubicación en este espacio de la Confluenta citada por Ptolomeo.

A mediados del presente siglo, Molinero da a conocer a través de unos cuantos artículos un conjunto de materiales: fragmentos cerámicos, espada de antenas atrofiadas, restos de "un toro de piedra"?,..., que le permitirán la perfecta adscripción cronológica a la Edad del Hierro, tanto del poblado como de la necrópolis del mismo ubicada en el sitio de La Picota (Molinero, 1949, pp.580-ss; 1950, 1950, pp.644-645; 1952, pp.60-62 y 201, Mapa 4, n.190). En esas mismas fechas O. Gil Farrés publica un conjunto de armas de hierro, posiblemente

pertencientes al ajuar de una tumba de la misma necrópolis de La Picota (1952, pp.315-317; 1954, pp.29-31). Años más tarde, Molinero en su obra general recogerá la documentación gráfica de alguno de estos hallazgos (Molinero, 1971, Lámina.CXXVIII, fig.1). Recientemente y de un modo muy sucinto A. Zamora ha recogido la importancia de este yacimiento durante la Edad del Hierro (A. Zamora 1987, p.39.).

Por el momento no se han realizado excavaciones arqueológicas que contribuyan de una forma clara al conocimiento de dicho yacimiento, y por tanto, carecemos de cualquier dato estratigráfico al respecto.

Las características geomorfológicas del punto de ubicación, un paquete sedimentario calizo originado en el Cretácico, contribuyen a la formación de su excelente emplazamiento. Todo este bloque ha sido cortado en profundidad por los ríos Duratón y Caslilla, con desniveles cercanos al centenar de metros. El asentamiento prerromano, y el actual, de Sepúlveda está emplazado en la superficie creada por la confluencia de ambos ríos. Más en concreto, el hábitat de la II Edad del Hierro se debió localizar, a tenor de la dispersión de hoy se observa de los restos materiales correspondientes a éste, en el mismo extremo de esta confluencia, entre el Cerro de la Iglesia del Salvador y el final del escarpe, ocupando toda la loma del Cementerio y sus alrededores. Aunque los restos aparecen en todo este perímetro arrastrados hacia las vertientes de ambas cornisas, su mayor concentración se produce en las inmediaciones de la Puerta de la Fuerza, en el área septentrional comprendida entre ambos

cerros que disfruta de menor pendiente. La superficie, aún a pesar de la distorsión ocasionada por los fuertes arrastres de materiales, podría estar entre 3-4 Has; sin embargo, creemos que en función de las propias necesidades defensivas del castro, el espacio de este asentamiento debió prolongarse (encerraderos de ganados,...) a todo el espigón entre los dos ríos, hasta la actual línea de muralla situada en la Plaza de la Villa.

La altitud del yacimiento de Sepúlveda se sitúa entre 1020-1040, con una altura relativa sobre el fondo del valle cercana a los 100 mts. Sin embargo, esta altitud apenas si le permite un control visual del entorno inmediato del valle del Duratón hasta poco más allá del enclave de la Ermita de S. Julián (otro núcleo constatado con poblamiento durante la II Edad del Hierro); hacia el Este se puede ver con cierta dificultad las buenas tierras de la vega del Arroyo de la Hoz, principal sector de suelos de cultivo en el territorio de explotación de Sepúlveda. Y en la lejanía, aguas arriba del Caslilla, la vertiente serrana y el paso de Somosierra. El único punto con el que presenta una clara intervisibilidad es con el ya citado de la Ermita de S. Julián.

El principal recurso hídrico con el que cuenta el hábitat para su aprovisionamiento, a parte de un par de fuentes de "escaso caudal" citadas por Madoz, es el río Duratón mediante el acceso hoy utilizado por el camino que sale de la Puerta de la Fuerza. El Caslilla no muestra un acceso tan practicable. No se puede descartar nunca el uso de aljibes fácilmente tallables en la caliza del cerro, si bien hoy es una pura especulación.

En función de estas características físicas de emplazamiento, el hábitat de Sepúlveda se encajaría en el Tipo B (Hábitat en espigón fluvial) de Llanos (1974).

Más difícil resulta realizar cualquier apreciación sobre la organización del espacio interior de este asentamiento prerromano. A partir de su ubicación y de la dispersión de sus restos podría arguirse la existencia de una zona usada en viviendas y otro mucho más amplia, al Este, cuyo función, como ocurre en otros castros de la Meseta Norte, sería la de servir para encerrar ganados. Lo que sí queda claro es la necesidad de ubicar la línea de defensa artificial cerrando el estrecho pasillo dejado por las hoces del Duratón y el Caslilla, que en este punto tienden casi a estrangularse. Sería a demás, la única defensa necesaria puesto que su contorno está suficientemente defendido por el propio emplazamiento del castro. En el área inmediata a la Puerta de la Fuerza se debió disponer otra línea defensiva puntual, que protegiese, tal como lo vemos en la actualidad, el acceso del camino del río.

Nada conocemos de la estructura, planta o trama urbana del poblado; sólo se pueden atisbar los materiales utilizados a través de los restos de sillarejo calizo y de fragmentos de adobes aparecidos en superficie en algunos puntos, a través de los cuales se evidencia un nivel de destrucción por incendio.

Como conjunto de material mueble presentamos los restos recogidos en una visita al yacimiento durante 1986; se encuentra integrado por los siguientes elementos (Aunque no hicimos una prospección selectiva descartando los restos de

cerámica más tosca frente a los de mejor factura, si descartamos aquellos que no mostraban ninguna significación destacable: fragmentos de galbo sin decoración, fragmentos de base,...., a la hora de hacer una valoración del hábitat):

- Objetos arcillosos:

.Cerámica a mano, representada por tan sólo un par de fragmentos de cuenco, pero muy característicos en cuanto a su forma hemiesférica, factura ciudada y cocción reductora de color negro intenso, acabado bruñido, etc... del Horizonte Cogotas IIa, contando además uno de ellos con la típica decoración incisa "a peine". (Fig. n.46 y 47).

.Cerámica a torno, totalmente mayoritaria (98 fragmentos frente a los dos anteriores), con unos caracteres habituales en las producciones celtibéricas más clásicas: bordes ondulados y en palo de golf, formas globulares, cuencos o copas de pie bajo, decoraciones pictóricas de bandas, líneas onduladas, semicírculos concéntricos, lazos,... Da la impresión de tratarse de un conjunto vascular de cierta homogeneidad, representativo de la etapa celtibérica más clásica, con una cronología que puede centrarse en torno a los siglos III-II. Sería el material más representativo del final de la Edad del Hierro en el poblado. Un pequeño lote de este grupo se diferencia por sus formas y decoraciones: arcos colgados o en metopa, bandas onduladas,... del resto de conjunto, pudiendo encajarse con mayor seguridad entre las producciones celtibéricas tardías (a partir del s.I a.C.) comunes en yacimientos de la Meseta Norte cercanos a Sepúlveda (Roa, Clunia,...).

- Objetos metálicos:

Sólo hemos encontrado un pequeño bloque de escorias de hierro como único dato revelador de la actividad metalúrgica dentro de este poblado, lo cual no está en discordancia con la existencia de una fase secundaria de manufactura de objetos de uso cotidiano, bien constatable en otros yacimientos de este período.

- Objetos pétreos:

En este caso disponemos de dos fragmentos de afiladeras de forma cuadrangular confeccionadas en arenisca, y un fragmento de mayores proporciones perteneciente a un molino circular realizado en granito grisáceo de grano fino.

- Objetos óseos:

Entre el pequeño conjunto de huesos recogidos se encuentra un mango cilíndrico con perforación central de pequeñas dimensiones, que debió corresponder a un cuchillo o estilete. Esta perfectamente trabajado por abrasión, y no muestra rastro de ninguna decoración. Esta confeccionado en un hueso de un animal de tamaño grande (bóvido, équido,), a tenor del espesor de la masa ósea necesaria.

Como valoración a partir del conocimiento de este conjunto de elementos muebles, se puede rastrear no sólo su encaje cronológico aproximativo (nunca concluyente mientras no dispongamos de datos u objetos de cronología absoluta), sino también algunos aspectos de la actividad económica desarrollada dentro del poblado, tales como la manufactura de

piezas de hierro (con seguridad, según hemos anotado ya, piezas de uso doméstico o en laboreo de los campos, dejando la producción del armamento y otros elementos más refinados en manos de talleres o de metalúrgicos ambulantes); una industria ósea local y la molturación de harinas u otros frutos para el consumo. Elementos como la cerámica celtibérica y las afiladeras o las piedras de molino se obtendrían por medio del comercio en unos casos, o bien mediante la explotación directa fuera de su territorio inmediato (serían objetos, por tanto, enmarcados en la denominada "captación anual" -SCA- del yacimiento); en el segundo de los casos desde la Sierra, por lo demás no tan alejada de nuestro yacimiento (en torno a 20-25 Kms. a través del valle del Caslilla).

Además de conocer el poblado, en este caso disponemos de la situación de la necrópolis; se localiza frente al poblado, en la loma conocida como La Picota, hoy en pleno casco urbano, y perfectamente visible desde el asentamiento. Su conocimiento procede de los dos hallazgos de tumbas realizados en obras de construcción a mediados de los años cincuenta, y dados a conocer por Molinero y Gil Farrés respectivamente (1949) y (1952). Nada más se conoce desde entonces. Cada uno de estos hallazgos, que nosotros de una manera convencional, vamos a llamar "Tumba I" y "Tumba II", se componía de los siguientes elementos:

-Tumba I: Estaba integrado por una espada de antenas atrofiadas de 39 cms de larga, a falta de la punta, con los gabilanes en "S" y la escotadura del brocal de tendencia trapezoidal. La empuñadura globular está decorada con hilos de

plata embutidos. La hoja de filos paralelos lleva nervio central y dos haces de nervaduras en cada una de las caras. El resto de los materiales son un corto número de fragmentos de cerámica a torno típica "celtibérica" decorados con bandas o motivos curvilíneos.

-Tumba II: En este caso también se compone de un ajuar metálico del que forman parte los siguientes elementos:

- . Espada de hierro de antenas atrofiadas (39 ctms de longitud), con empuñadura globular, gavilanes en "S" y escotadura de tipo trapezoidal. La hoja es de filos paralelos, con nervio central y dos haces de nervaduras en cada cara.

- .Punta de lanza de hierro (28,7 ctms.), con enmangue tubular incompleto y hoja de cutro mesas muy apuntada.

- .Punta de lanza, más corta que la anterior, (218 ctms), completa, con enmangue tubular y hoja lanceolada de cuatro mesas.

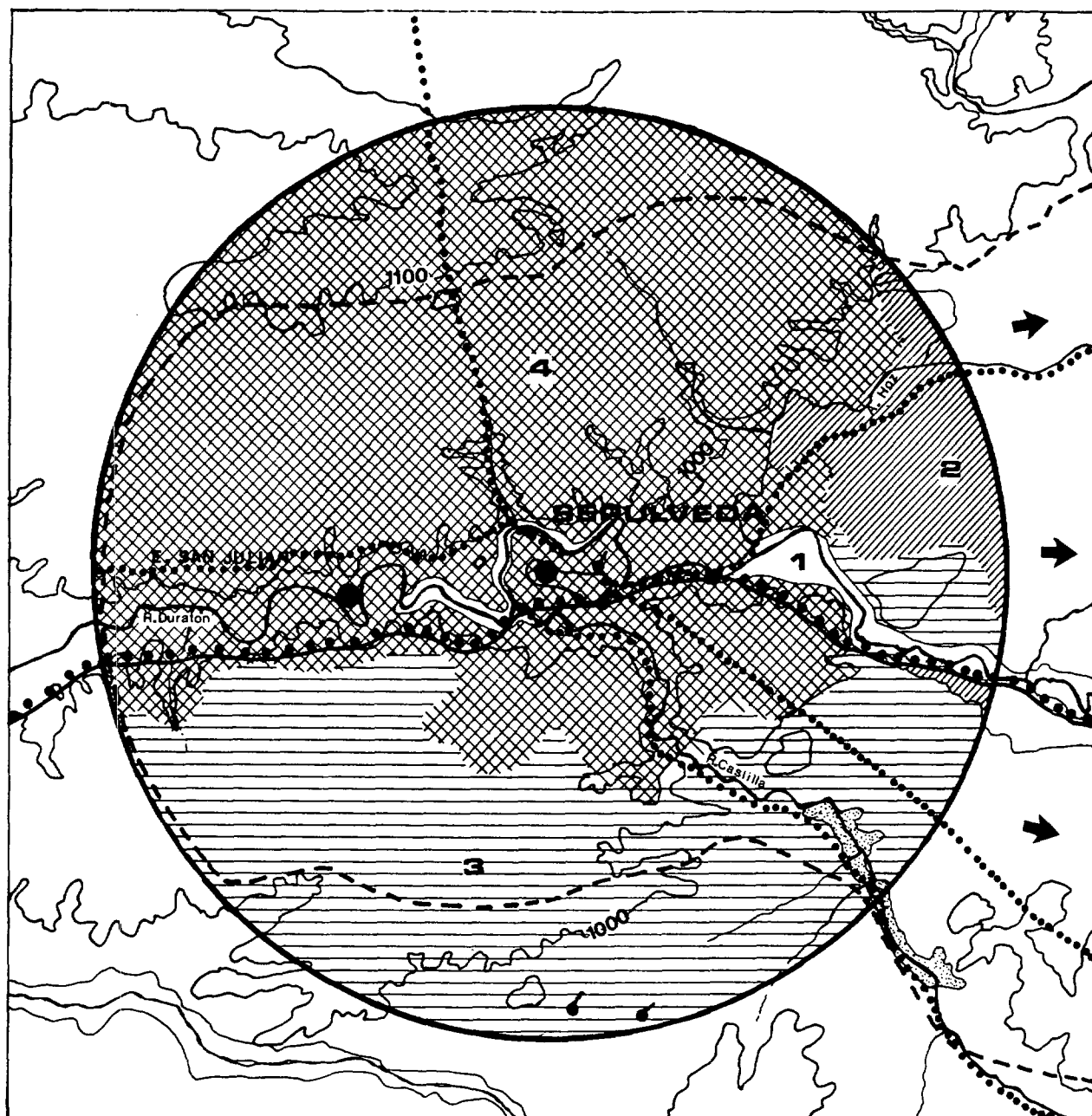
- .Fíbula de bronce de las denominadas anulares hispánicas "semifundidas", con resorte de charnela y guardapuntas en el puente.

En este caso no existen documentados otros materiales arqueológicos como integrantes de la "tumba".

A falta de elementos de cronología absoluta que ofrezcan una precisión mayor, los materiales de estos dos hallazgos pertenecientes a sendas "tumbas" de las atribuidas a guerreros o personajes militares tendrían una datación entre los siglos IV-III a.C, poniendo en evidencia las enormes conexiones existentes tanto con el "Grupo de la Cultura del Tajo" como con el área nuclear de Cogotas, en el extremo






suroccidental de la Meseta.

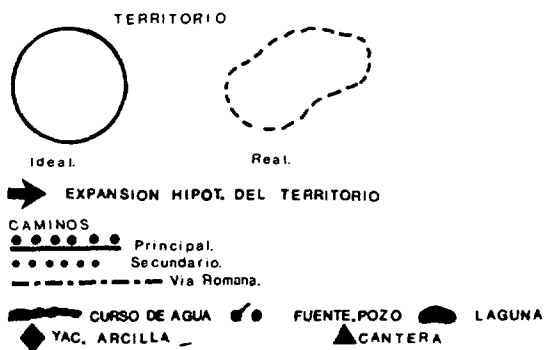
Como resumen de los diferentes elementos de la "arqueología interior" del yacimiento de Sepúlveda, puede establecerse el desarrollo de este hábitat, de emplazamiento tan común con la mayor parte de los castros de la II Edad del Hierro, a partir de mediados del siglo IV a.C., momento que representarían los fragmentos "a peine" y el armamento de hierro, con un período de eclosión durante la etapa celtibérica clásica (III-II a.C.), prolongable, sin duda, hasta entrado el siglo I.a.C., en función de los escasos fragmentos de cerámica celtibérica "tardía".

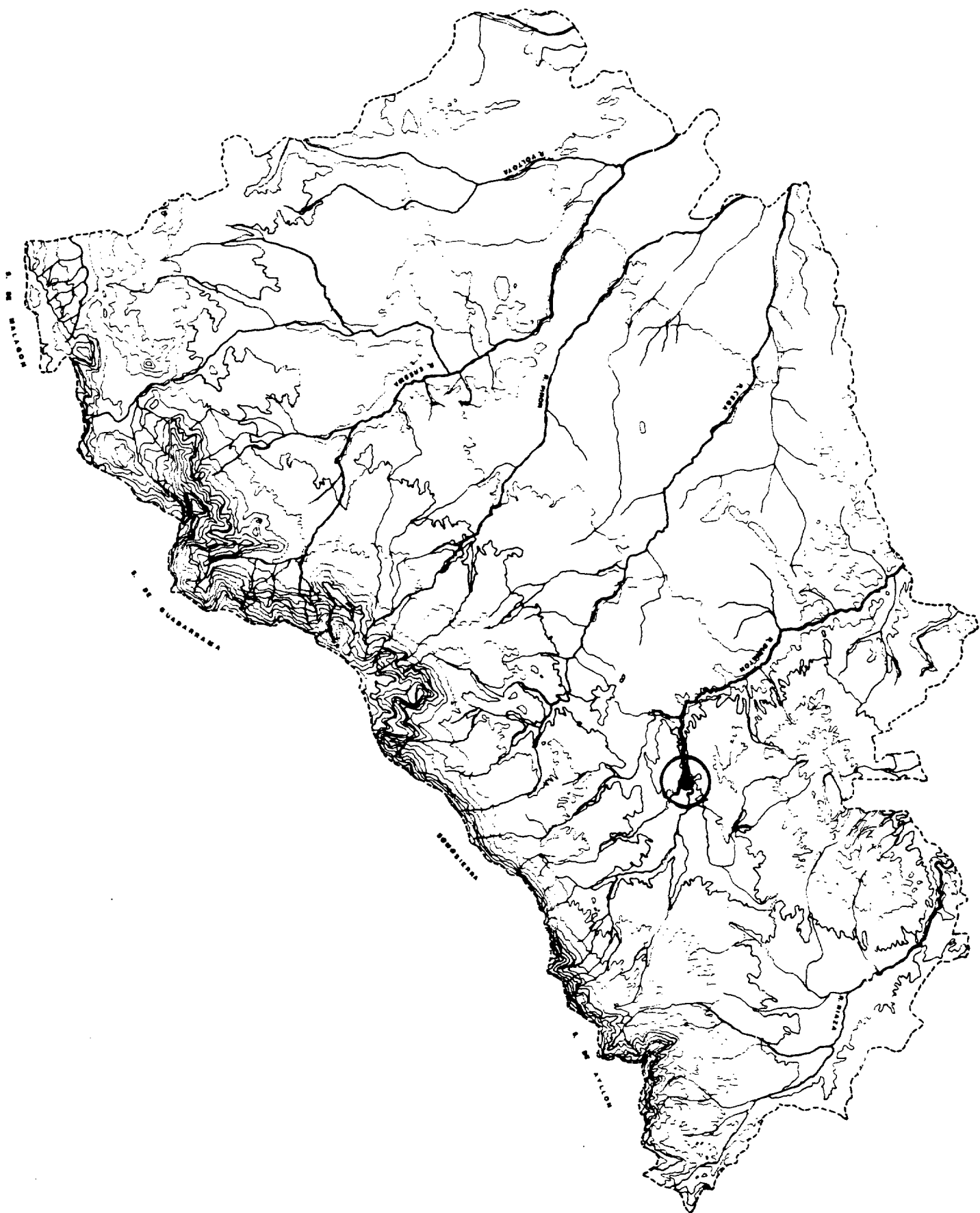


Escala 1:50.000

0 1 2 3 4 5 kms.

- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES





II.Arqueología exterior:El territorio.

(Ver Mapa de la Fig.)

En función de la superficie definida con los datos disponibles como propia del asentamiento, hemos trazado un territorio ideal basado en un círculo de 5 Kms de radio; sin embargo, las características topográficas que rodean el asentamiento suponen una dificultad inherente para dicho trazado. Tanto el valle del Duratón, como el del Caslilla con su profundo encajamiento se convierten en el máximo impedimento para las comunicaciones, y por tanto para la explotación del territorio. Aunque suponen una prolongación en el tiempo de marcha en modo alguno significan impedimento total para el acceso. De este modo, al Norte del yacimiento la línea diacrónica vendría a corresponderse con la curva 1100 mts mientras que al Sur lo haría con la curva 1000, en su pasada por la actual localidad de Consuegra de Murera. Sin embargo, el territorio es muy posible que tuviese un área de expansión más allá del propio cálculo diacrónico en su sector Este, en la confluencia del Duratón con el Arroyo de la Hoz, donde se encuentra los únicos terrenos de buena calidad y perfectamente adaptable a un cultivo agrícola; quizás pudo llegar su expansión hasta la rica vega que forman un poco más arriba los ríos Duratón y Serrano.

Es importante tener muuy en cuenta a la hora de plantear la explotación económica de este territorio una serie de factores naturales, condicionantes prioritarios de sus recursos agropecuarios. En primer una climatología de

características duras: precipitaciones medias anuales en torno a los 450-550 mm.; temperaturas entre 8-12 C. de media pero con el grave inconveniente de estar expuesto a un periodo de heladas entre 7 y 8 meses y a un extremado periodo seco cercano a 4 meses. Y en segundo lugar unos rasgos geológicos eespecíficos, con más de un 75% de territorio ocupada por terrenos pertenecientes al Cretácico, donde la roca aflora a menos de 50 cm. de la superficie, y sólo un 20% de terrenos miocenos en el sector Este y un 5% , ubicado en la vega del Duratón, surgidos durante el Cuaternario. A estos factores geológicos y litológicos habría que unir la gran altitud de todo el territorio en torno a 1000-1100 mts, lo que redunda en el rigor del clima.

A pesar de estos condicionantes naturales, los índices agrológicos apuntan como viables, sobre todo, los cultivos de crereales de secano, sin descartar leguminosas, horatalizas o frutales, con una potencialidad de tipo medio-bajo (en torno a 10 en el índice de Turc), en una gran dependencia con las mayores o menores limitaciones que pongan los los factores climáticos, en concreto las heladas.

En cuanto a la vegetación se refiere, la situación actual es terriblemente desalentadora; nos encontramos ante un espacio casi en sus totalidad desforestado, a fin de utilizar sus tierras en cultivos durante épocas de gran presión demográfica. El posterior abandono de estos suelos ha dado paso a un matorral muy ralo, que en ocasiones se resume en ralos tomillares y carderas, aprovechadas como pobres pastizales de temporada. A pesar de tal panorama, contamos aún

con un par de ejemplos en se mantienen restos de la vegetación original: el monte de encinas (*Quercus ilex*.) ubicado en el pago del Cerro del Castillejo, al Norte de Sepúlveda, y la colonia ripícola del Caslilla y Duratón, integrada por chopos álamos y otras variedades afines. Tomando como punto de partida estos datos, la reconstrucción que puede hacerse de su vegetación potencial es la de una formación de tipo Durilignosa presidida por bosquetes esclerófilos de hoja perenne donde predomina la encina, junto a otras plantas de porte menor (M.Á.P.A. 1980, Hoja 431, p.9). Otros autores como Rivas-Martínez y Saenz de Rivas en su Mapa de vegetación potencial precisan algo más las características de esta formación: un primer dominio de sabinas albares con algunas encinas al Noroeste y al Sur del territorio; una segunda comunidad presidida por la encina con algunos ejemplares de sabinas localizada al Noreste; un tercer dominio en toda la cornisa de la margen izquierda del Duratón encabezada por los quejigos; y en último lugar un cuarto dominio representado por las choperas y alamedas de las márgenes de los ríos, de una gran similitud a lo que hoy nos encontramos.

Esta hipotética situación de la vegetación no debía de permanecer intacta al comienzo de la Edad del Hierro, puesto que en este área definida por el curso medio del Duratón se constata una abundante población en etapas precedentes, pero sobre todo durante el Bronce Final con el llamado Horizonte Cogotas I. Ello debió de surtir un efecto desforestador al menos en las inmediaciones del valle, donde difícilmente se van recuperar las especies con su antiguo porte, dadas las adversas condiciones climáticas.

De este modo, se debía presentar un territorio con amplios rodales desforestados, en un proceso que con toda seguridad se agudizó en los inicios de la II Edad del Hierro, cuando tenemos constancia de una población más numerosa dedicada, al menos en alguna medida, a la explotación agrícola del territorio. Y es lógico suponer que fuesen las tierras de mayor calidad, parte del sector Este, las que más pronto perdiesen el bosque. Es muy posible que el resto del espacio permaneciese a grandes rasgos con la vegetación boscosa que enumeramos con antelación, si bien no hay que descartar un clareado producto del abastecimiento de madera para construcción y leña, con lo cual el monte permitiría un aceptable aprovechamiento como pastizal.

El siguiente recurso que vamos a mencionar son los suelos, cuya importancia se ha considerado de primera magnitud en la explotación de un territorio arqueológico. En el Mapa adjunto puede observarse que al menos un 50% del área lo hemos calificado como terrenos "poco productivos", donde predominaría el bosque y el matorral, instalados sobre suelos calizos cretácicos donde la roca aflora a escasos centímetros. Un 30% del territorio lo ocupan tierras también sobre substratos calizos, pero éstos a mayor profundidad, con lo cual su posible uso agrícola se eleva, aunque su calificativo como tierras de carácter marginal con producciones medias o bajas redunda muy poco en favor de su laboreo. Siguiendo el orden de porcentajes el tercer grupo lo formarían las tierras de buena producción agrícola, con una superficie variable entre 15-16% del total; se asientan sobre suelos profundos, de

origen Mioceno, ocupando todo el sector Noreste, a una distancia media de 2'5-3 Kms. El 5% que resta lo integran las tierras de aluvión de la vega del Duratón, entre el pueblo epónimo y el molino Giriego. Por lo demás, algunos prados frescos se localizan en las inmediaciones del curso del Caslilla.

A tenor de estos datos se muestra más que patente la escasez de buenas tierras para cultivos agrícolas; sin embargo, por otro lado las posibilidades de pastos y montes de muy buena calidad en gran parte de su territorio permitirían el mantenimiento de una amplia cabaña ganadera, de mayor peso económico que la agricultura, como ha sido y sigue siendo característico en la actualidad. Basta para cotejar tales afirmaciones con echar mano de los datos aportados por García Sanz para mediados del siglo XVIII. Aunque los datos se refieren a todo el Sector II, que engloba el denominado Macizo de Sepúlveda, las características físicas que lo definen son perfectamente compartidas por nuestro territorio. En él el aprovechamiento se distribuiría del siguiente modo: Sembradura 33,3 %, prados 1,6%, monte 22,8%, erial a pasto 10,4%, improductivo 31,3% (1977, p. 127, Cuadro 15). Un panorama, si integramos improductivo, más monte más erial, cuyos porcentajes son muy similares a los evaluados con antelación (El mismo autor hace una evaluación de su importancia ganadera, cuyo detalle no queremos traer a colación, pero sí destacar la importancia de dicho sector económico frente a otros sectores provinciales).

Porcentajes muy similares pueden extraerse de los Mapas de Aprovechamientos (Hoja 431, Escala 1:50.000. "Sepúlveda")

para aquellos términos sobre los cuales se extendería el territorio de explotación arqueológica, con un predominio de las tierras calificadas como Barbecho blanco (agronómicamente este tipo se define como tierras de baja calidad aunque en alguna medida aptas para las labores de secano) frente a otras más apropiadas para el cultivo agrícola.

Por cuanto se refiere a la "denominada comunidad ecológica", las posibilidades ofrecidas por un medio natural donde abundaron el bosque y el matorral son muy amplias de cara al mantenimiento de una fauna típica variada, donde no debieron de faltar los animales salvajes de que se tiene constancia en otros yacimientos como ciervos, jabalí, conejos, liebres, aves, o peces.... Poco más se puede añadir a este planteamiento hipotético sin contar con datos osteológicos procedentes de la excavación del yacimiento.

Por su parte, los recursos hídricos del exterior se encuentran mayormente integrados por los aportes del Duratón, Caslilla y de la Hoz, así como los regatos menores que a ellos fluyen. En su conjunto son más que suficientes para el abastecimiento de la población, si es que no fueron autosuficientes con las fuentes localizadas en el yacimiento, de los ganados, y, al menos hipotéticamente, para un regadío muy elemental de algunas tierras de aluvión de la vega del Duratón, donde tradicionalmente se han ubicado pequeñas huertas.

Y como último grupo de recursos habríamos de mencionar

los minerales. Toda el área territorial es rica minerales "petreos", en razón del afloramiento calizo, como lo era el espacio del mismo asentamiento, con lo cual estan cubiertas las necesidades para su uso en construcción; incluso algunas de estas piedras, las procedentes de las cornisas superficiales más duras de la margen izquierda del Duratón, sirvieron para la realización de molinos de mano. Más difícil resulta precisar la localización de vetas o terrenos arcillosos aptos para la producción alfarera, puesto que geológicamente nos encontramos en una zona de predominio calizo. Sin embargo, siempre se puede disponer de los barros con alto contenido en greda de los cauces fluviales de cara a la confección de adobes, tapial o cerámicas groseras. El área más próxima rica en arcillas para alfarería se localiza en la inmediata Tierra de Fresno.

Sólo nos resta analizar el tercero de los apartados en que hemos dividido el análisis de los "territorios arqueológicos", referido a las hipotéticas rutas que discurren por este espacio, haciendo posible, además, su explotación. Entre las que destacarían por su carácter más local nos encontramos con las siguientes:

- Ruta del Caslilla; aguas arriba conduce hacia las faldas de la Sierra, donde se localizan zonas de praderas naturales y algunos focos de yacimientos de minerales metálicos.

- Ruta del Arroyo de la Hoz; un camino local necesario si se quiere hace posible la explotación de la

fértiles tierras de su vega. Su acceso al yacimiento coincidiría con el mismo que hoy utiliza la carretera procedente de El Olmo.

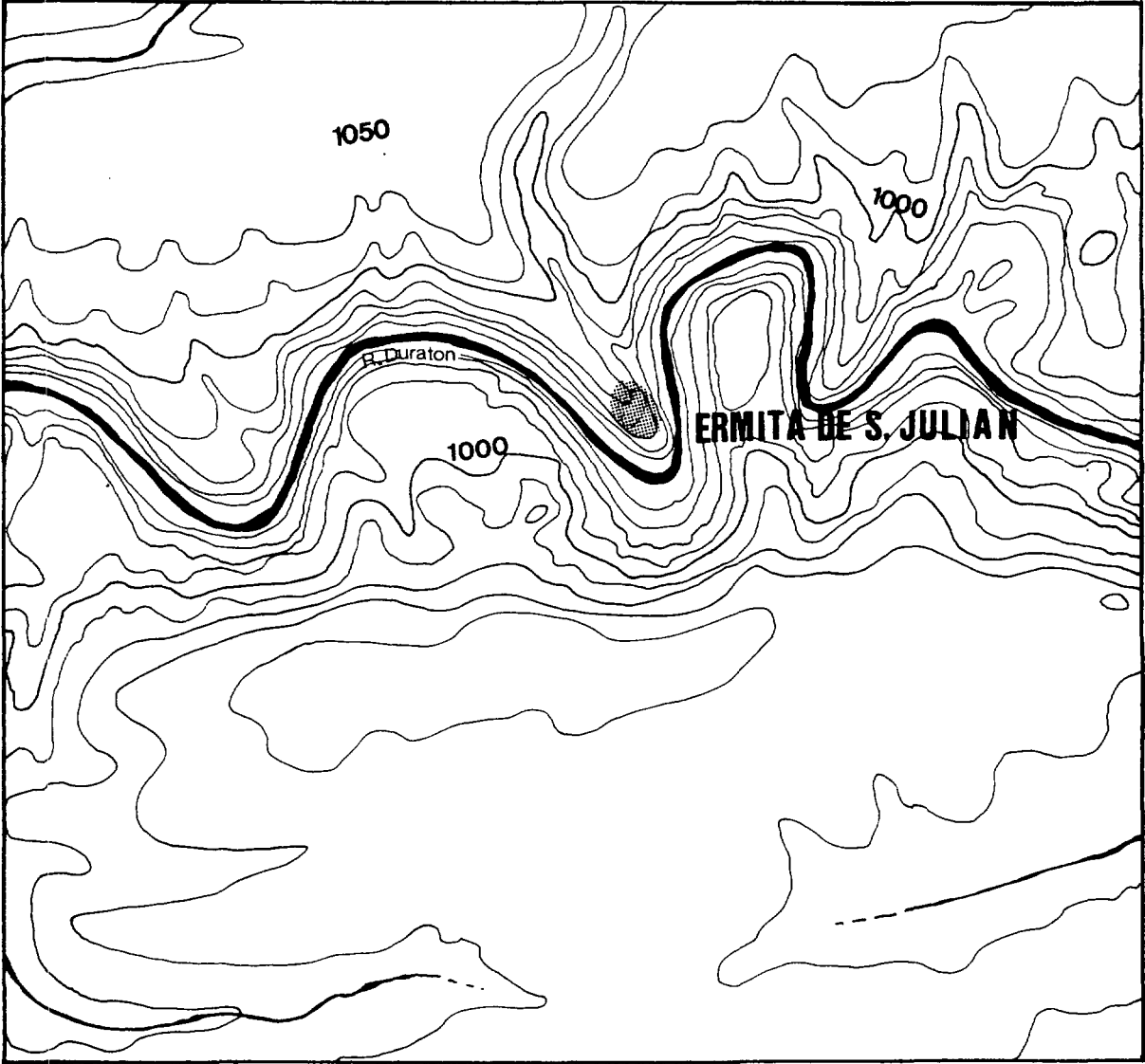
- Ruta hacia el Norte, aprovechando para su acceso el barranco existente en la margen derecha frente al mismo yacimiento; hoy aún persiste un camino carretero con un paso del río por un puente de piedra. Mediante este camino se accedería a la ruta que debió recorrer la margen izquierda del río, como poco hasta el cercano paraje de la Ermita de S. Julián, punto donde se ubicó un pequeño núcleo de población prerromana.

- Tradicionalmente ha sido considerado de gran importancia el camino que desde Sepúlveda conducía al Puerto de Somosierra a través del interfluvio del Caslilla y Duratón; su trazado aún hoy puede seguirse saliendo de la Villa por el sitio de la Picota (punto de ubicación de la necrópolis), con lo cual se evitan los problemas de bajada y remonte de los valles, calificado como el principal problema para el acceso al yacimiento, conduciéndose en línea recta hasta el convento de la Orden y la Venta Juanilla, desde donde remontaría el Puerto por el acceso natural, utilizado por la Carretera Nacional I.

Por su parte entre las que se pueden considerar como principales tendríamos el corredor natural del Duratón; en su trazado aguas arriba contactarían con el pequeño núcleo celtibérico de Duratón, conduciendo tanto a los pasos de Somosierra como a todo el sector serrano más oriental, y por ende hacia yacimientos como Ayllón o Riofrío de Riaza. Aguas abajo por la margen izquierda llevaría hasta los cercanos

enclaves de La Mesilla y los Muladadres, y de ahí en dirección al Valle del Duero.

Tampoco puede descartarse que este territorio fuese recorrido trasversalmente por uno de los posibles trazados de la vía Segovia-Tiermes, como planteábamos en su momento, sobre todo, teniendo en cuenta la importancia del yacimiento romano de Duratón.



YACIMIENTO:ERMITA DE SAN JULIAN

I.Arqueología interior: El hábitat.

El presente yacimiento, ubicado en el lugar que después abría de ocupar la Ermita de San Julián, dispone para su conocimiento de una documentación muy reducida. Por otro lado, el enclave presenta un total arrasamiento como efecto de una erosión de arrastre fuera de la cornisa calcárea, encontrándose los restos arqueológicos de las distintas épocas en el cauce del río Duratón (Edad del Bronce hasta Edad Media de un modo casi ininterrumpido, lo que evidencia el alto valor que como núcleo poblacional ha tenido este asentamiento); ello imposibilita en gran medida, una proyección con garantías. Este yacimiento, que la bibliografía tradicional coloca en el término de Castrillo de Sepúlveda, hay corresponde a Sepúlveda.

La totalidad de la documentación bibliográfica nos la proporciona Molinero. En el catálogo de yacimientos de la provincia de Segovia que éste autor publica en 1950 ya lo encontramos adscrito a la Edad del Hierro (1950, pp.643). Años más tarde publica un conjunto de restos arqueológicos cerámicos procedentes de dicho núcleo. De esta documentación gráfica, en que la mayoría de los fragmentos corresponden al Bronce Final, podemos entresacar los escasos ejemplares representativos de la II Edad del Hierro. Estos se resumen exclusivamente a cerámica a torno pintada, con motivos típicos de la etapa celtibérica: bandas, semicírculos concéntricos, (1971, Lám. CXXVIII, 185-16, 17, 18, 19,; Lám CXXXVII, 194-8, 13, 15, 19, y 21). (Ver fig.....). Siendo

conscientes de lo reducido de la documentación, a pesar de ello, creemos que es posible englobar en este período cultural el yacimiento de la Ermita de San Julián; las propias características del yacimiento, con un arrasamiento total, inducen a pensar que será muy difícil poder conseguir elementos más concluyentes.

En lo referente a la localización del enclave arqueológico, podemos decir que el hábitat está ubicado en el mismo borde de la cornisa rocosa, en unos de los puntos donde el Duratón traza uno de sus meandros más cerrados, creando con ello unas condiciones defensivas inmejorables, puesto que sólo su lado Norte queda accesible. Su altitud está en torno a los 960 mts, con una altura relativa sobre el río cercana a los 80 mts. A pesar de esta posición encaramada, el control sobre el territorio se remite sólo al curso del río, y a los escarpes rocosos de ambas orillas. Es muy importante el dominio visual del yacimiento de Sepúlveda, del cual en cierta medida debe depender y en cuyo territorio de explotación se halla establecido; apenas los separan en línea recta un par de kilómetros. Estas características locacionales permiten encajar este yacimiento entre las denominadas "torres" por las fuentes históricas del momento; tipológicamente se correspondería con el un modelo intermedio entre los tipos B (en espolón fluvial) y C (en escarpe) de la seriación de LLanos (1974).

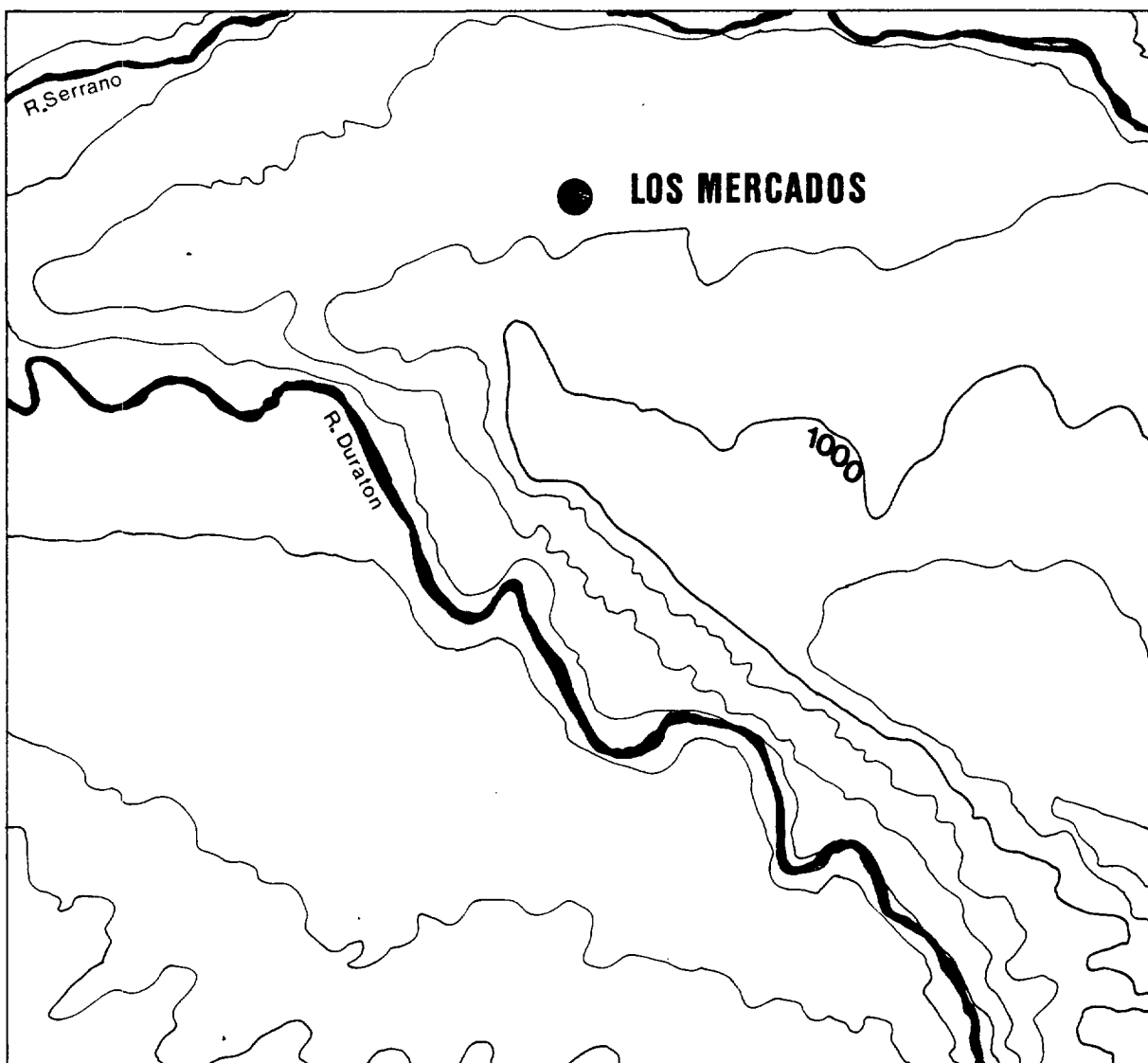
Ningún otro dato podemos avanzar sobre su arqueología interior; no quedan restos de posibles defensas, ni de construcciones. El arrasamiento es total.



II. La arqueología exterior: El territorio.

En lo referente al territorio, nos remitimos a todos los datos ya aportados para el yacimiento de Sepúlveda, puesto que el explotado por este yacimiento de la Ermita de San Julián estaría inmerso en aquel; en realidad podríamos decir que comparten la explotación de los mismos recursos. Incluso podemos adelantar que este pequeño núcleo sería subsidiario de las manufacturas, funciones o servicios emitidos por el de mayores defensivas, mientras que él incidiría en el aporte de los recursos explotados en el territorio. Su papel, si observamos el Mapa de Explotación se debió de centrar en la ganadería y el aprovechamiento de los recursos del monte. Más difícil resulta pensar en un laboreo de tierras, puesto que las de mediana y buena calidad están muy alejadas y con un acceso difícil desde este asentamiento.

Además, las comunicaciones entre ambos están muy claras a través del camino natural que remontando el Duratón por Castrogoda recorrería en su totalidad esta cornisa derecha del río.



YACIMIENTO: LOS MERCADOS (DURATON).

I. Arqueología interior: El hábitat.

A pesar de la falta de una investigación minuciosa tanto en prospección como en excavación en dicho yacimiento, los escasos datos materiales conocidos encajables en este período cronológico nos han conducido a plantearnos su existencia desde dicha etapa prerromana. Quizás en razón a esta obscura definición de los elementos arqueológicos otros autores en trabajos muy recientes no han creído oportuno calificar o simplemente han ignorado su integración dentro de la II Edad del Hierro. No hay que perder de vista a la hora de rastrear este tipo de restos, la importancia del yacimiento romano superpuesto, que muy posiblemente ha destruido y sepultado el pequeño hábitat de sus predecesores.

Las primeras noticias sobre la posible existencia de un hábitat prerromano surgen como resultado de la valoración que J. de Córñide (Somorrostro,.....) hace sobre este área de la provincia de Segovia durante la etapa prerromana a raíz de los importantes hallazgos romanos descubiertos por el arquitecto J. de Villanueva a finales del siglo XVIII. En ese momento plantea la posibilidad de que pueda tratarse de Confluenta, la ciudad mencionada por las fuentes clásicas y aún con ubicación desconocida (A cerca de dicho tomentario nos remitimos a lo expresado en el Capítulo II, pp..., a fin de no ser reiterativos). Años más tarde, en la primera catalogación

cultural de yacimientos de la provincia de Segovia, Molinero engloba dentro de la Edad del Hierro este asentamiento de Duratón (Molinero, 1950,p.644). Los materiales que le dan pie a dicha nominación los recoge con posterioridad entre el inventario y la documentación gráfica de su obra general de 1971 (Molinero, 1971,Lams. VIII,XXVII, LXI, LXII y CXXIX. En algunas de ellas repite los mismos materiales).

El asentamiento se ubicaría en el lugar denominado Los Mercados, donde aún se conservan visibles los restos arquitectónicos de un gran edificio romano. Es un emplazamiento a campo abierto sin ningún tipo de defensa natural, correspondiente por tanto ccon el Tipo A de LLanos (1974); al igual que otros muchos elementos, desconocemos cualquier característica concerniente a la posible extensión del asentamiento. De todos modos, y ya lo dejamos entreveer en líneas anteriores, nosotros nos inclinamos por suponer un hábitat de pequeñas dimensiones, tal vez una o dos estructuras donde vivirían sendas unidades familiares, localizado en los terrenos inmediatos explotados (tierras de labor o pastos), sin ninguna pretensión de defensa frente al ataque de grupos, y con seguridad encajable en la línea de los deminados "caseríos" (Blasco, 1987,p.302). Estas características de emplazamiento hacen en extremo vulnerable la conservación de cualquier tipo de restos.

Este pequeño caserío se encuentra ubicado en medio de los terrenos miocénicos existentes entre la desembocadura de los ríos Serrano y Duratón, con una altitud aproximada de 980 mts; la falta de un emplazamiento en altura impide un crontrol

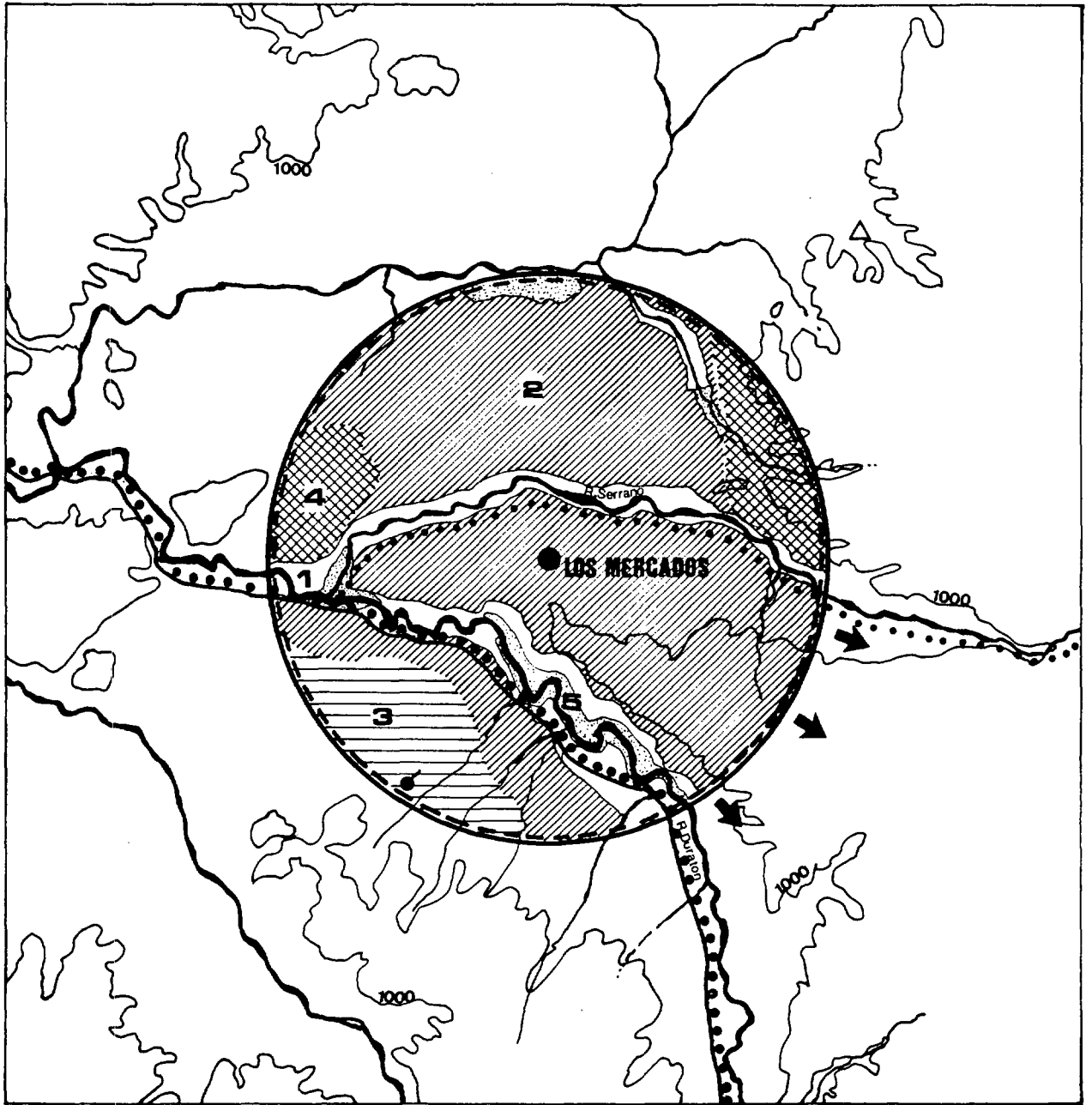
amplio sobre el territorio, quedando éste centrado exclusivamente en un escaso tramo de la vega del Serrano, y dejando a sus espaldas el valle del Duratón. Desde aquí no se observa ningún otro núcleo, puesto que Sepúlveda, el más inmediato, está tapado por el crestón calizo de La Loma.

Otros factores de interés a considerar en la elección de este emplazamiento, factores que a nuestro modo de ver persistirán a la hora de efectuar la elección el yacimiento romano, son la inmediatez de los recursos hídricos y de una buenas tierras de cultivo (A este hecho no debe ser ajena la Geografía Humana actual, puesto que en este corto tramo de la vega del río Serrano se hallan enclavados cuatro núcleos de población: Corralejo, El Olmo, Villarejo y La Serna de Duratón, algunos de ellos hoy prácticamente deshabitados). La distancia establecida entre el río y el propio asentamiento hay que planteársela como medio de evitar posibles inundaciones en este tramo del curso fluvial, donde el río apenas si va encajado.

Como ya hemos indicado más arriba desconocemos cualquier noticia relativa a la organización del espacio del asentamiento, así como cualquier rastro de sus elementos estructurales. Ello se hace extensivo a los datos estratigráficos, al no estar publicados los trabajos de campo realizados en la década de los cuarenta con el fin de descubrir el asentamiento romano de Los Mercados.

Por lo que se refiere a los datos de la cultura material, (Fig.) contamos exclusivamente con los

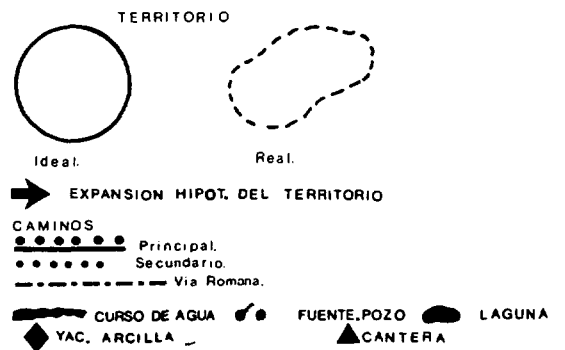
proporcionados por Molinero en su momento: dos bolas de cerámica decoradas con incisiones, impresiones y puntillados, típicas de la etapa celtibérica de la Meseta, y una cuenta de collar de pasta vítrea, con goterones de coloración más intensa, (generalmente denominadas de motivos oculados), de características asimilables a otras aparecidas en poblados o necrópolis de la época dentro de la Meseta Norte, en proporciones escasas. Más difícil resulta encajar la fíbula de puente y pie alzado, si bien por su extrema simplicidad podría paralelizarse con las típicas prerromanas, clasificación que le atribuye Molinero (1971, p.136 y Lám. LXI, fig.2), si bien la característica de presentar un apéndice de botón en el punto más elevado del puente es inusual entre fíbulas de la Edad del Hierro.

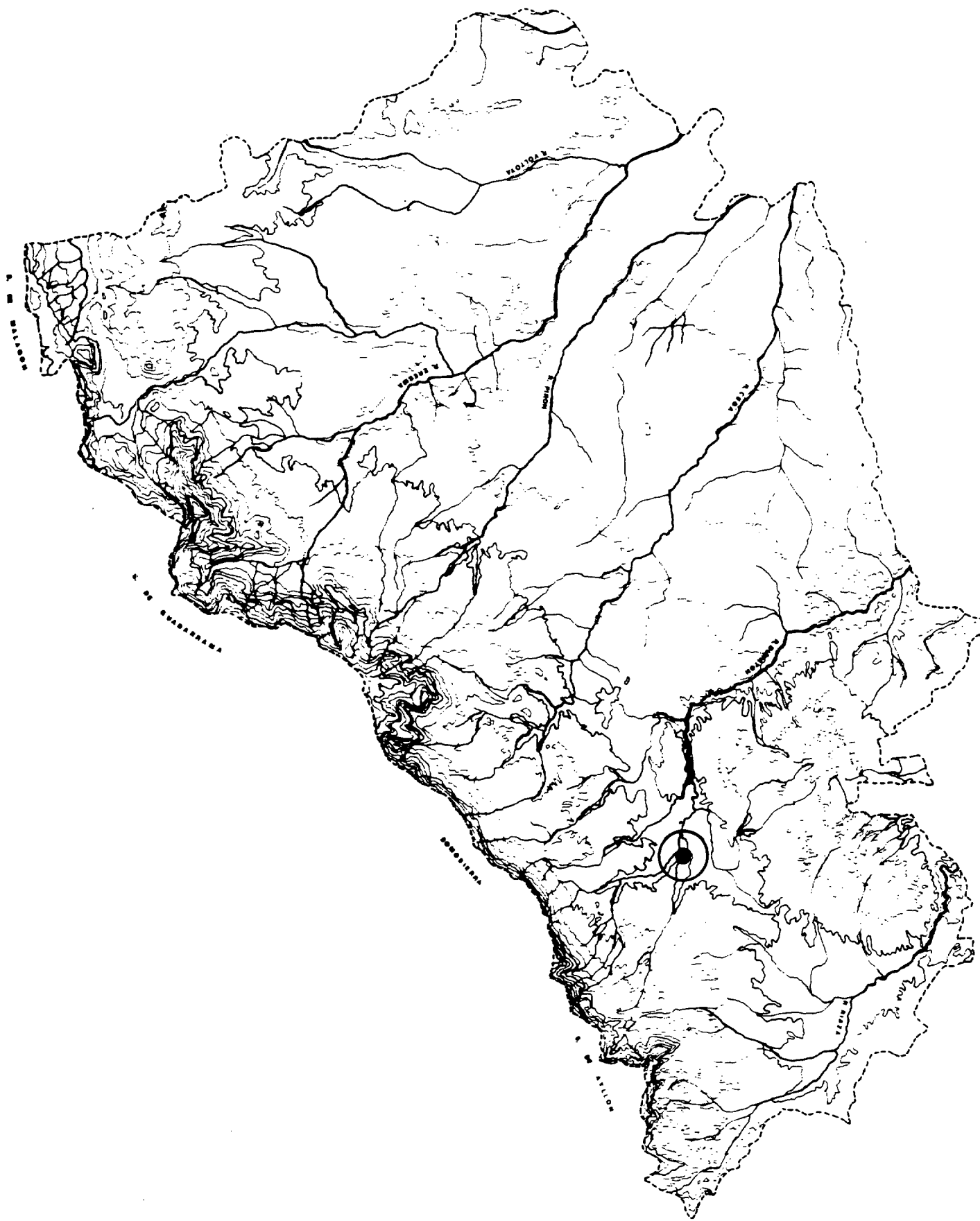


Escala 1:50.000



- 1 TIERRA DE ALUVION
- 2 PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3 POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4 POCO PRODT. MONTE
- 5 PRADOS Y PASTIZALES





II.Arqueología exterior:El territorio.

Como consecuencia de las características definidas para el asentamiento ("caserío" de pequeñas proporciones, sin defensa natural, dedicado con muchas posibilidades al cultivo agrícola, y a las actividades de aprovechamiento de los pastos inmediatos al curso fluvial,...), cuya superficie sería mucho menor que el de Sepúlveda, por ejemplo, el territorio de explotación necesariamente sería más reducido. Por ello hemos planteado la utilización de un espacio de 3 Kms. de radio como territorio "ideal". Analizando las características topográficas, cuya variación en todo el círculo apenas varía en 60 mts de la zona mas elevada a la más baja, y la práctica inexistencia de accidentes orográficos que impidan el fácil traslado en cualquier dirección, es muy posible que el territorio "real" coincida en líneas generales con el círculo trazado. Quizás las correcciones deban hacerse pensando en la intromisión por el Este del territorio definido para Sepúlveda, prolongando ligeramente la explotación del asentamiento de Duratón en las tierras aguas arriba de los ríos.

En cuanto a las condiciones agroclimatológicas persistirían las ya definidas para Sepúlveda, en líneas generales, en función de las cuales es posible llevar a cabo una agricultura basada en cereales y leguminosas de secano cuya variación de producciones está en íntima relación con las dureza o la bonanza del clima. Seguramente como una limitación

haya que considerar la posibilidad de inundación de los terrenos inmediatos al curso del río en ciertos tramos durante el invierno y la primavera; este hecho, si bien impide la sembradura de dichos terrenos, por otro lado surte un efecto muy positivo en el crecimiento de los pastos, que de este modo pueden permanecer frescos hasta bien entrado el verano.

El Mapa de vegetación potencial nos presenta un espacio dominado por tres comunidades permanentes: Rebollares (*Quercetum pyrenaica*) en el interfluvio entre los ríos Duratón y Serrano sobre suelos pobres en bases; encinares (*Quercetum rotundifoliae*) con alguna sabina albar (*Juniperus thurifera*) sobre los suelos ricos en bases con substrato calizo al Norte del Serrano y al Sur del Duratón (topónimos como El Chaparral, frente a Corralejo confirmaría este planteamiento); y una amplia comunidad ripícola en las inmediaciones de los cursos fluviales. De esta cubierta vegetal quedan muy pocos lugares sin desforestar en la actualidad, si bien topónimos como el mencionado o datos recogidos por Madoz (alude a un bosque de carrascos y de robles en el sector Este de dicho territorio y a una vegetación ripícola de álamos negros) atestiguan la existencia de esta típica cubierta vegetal, que ya durante el período prerromano debió sufrir abundantes claros para conseguir terrenos de labor o de pastos. Este último autor citado expresa la importancia y calidad de los prados "de riego y de seco" ubicados en las inmediaciones de las riberas de ambos ríos; echando una ojeada al topográfico se observa el alto porcentaje de topónimos con el nombre de "prados" o "praderas".

Las características geológicas de la zona varían

notablemente de las analizadas para Sepúlveda; aquí nos encontramos con una mayoría terrenos de origen miocénicos , salvo la terraza inmediata al curso de los ríos de formación cuaternaria, quedando reducidos los calcáreos al Sur del pueblo de Duratón. Ello hace posible el asiento de suelos más profundos y útiles para el cultivo.

En la clasificación que hemos efectuado de cara a la explotación del territorio durante la etapa prerromana, (Ver Mapa), se observa que cerca del 75% de tierras aceptarían perfectamente los cultivos agrícolas con unos rendimientos medio-altos, mientras el resto se divide entre un 7% de suelos "potencialmente productivos", un 5% de "poco productivos" (en ambos casos espacios seguramente poblados por el bosque), otro 5% de "tierras de aluvión" aptas para el cultivo de cereales o de posibles zonas de riego, y el resto 8% cubierto por las praderas de ribera (instaladas sobre terrenos cuaternarios de aluvión) y pastizales.

Además, el territorio posee una gran suficiencia de recursos hídricos aportados por el Serrano y el Duratón, y por los pequeños regatos que van a desaguar por la orilla izquierda de éste último. No ocurre lo mismo con otro tipo de recursos como los minerales, al carecer la zona de focos metalogenéticos; los más cercanos estarían en la base de la Sierra. Tampoco es abundante en yacimientos arcillosos o en piedra para construcción, si bien para éstos el aprovisionamiento se pudo realizar desde las cercanas canteras de Sepúlveda y para aquellos de los contiguos terrenos arcillosos de la Tierra de Fresno (hemos anotado en el Mapa la

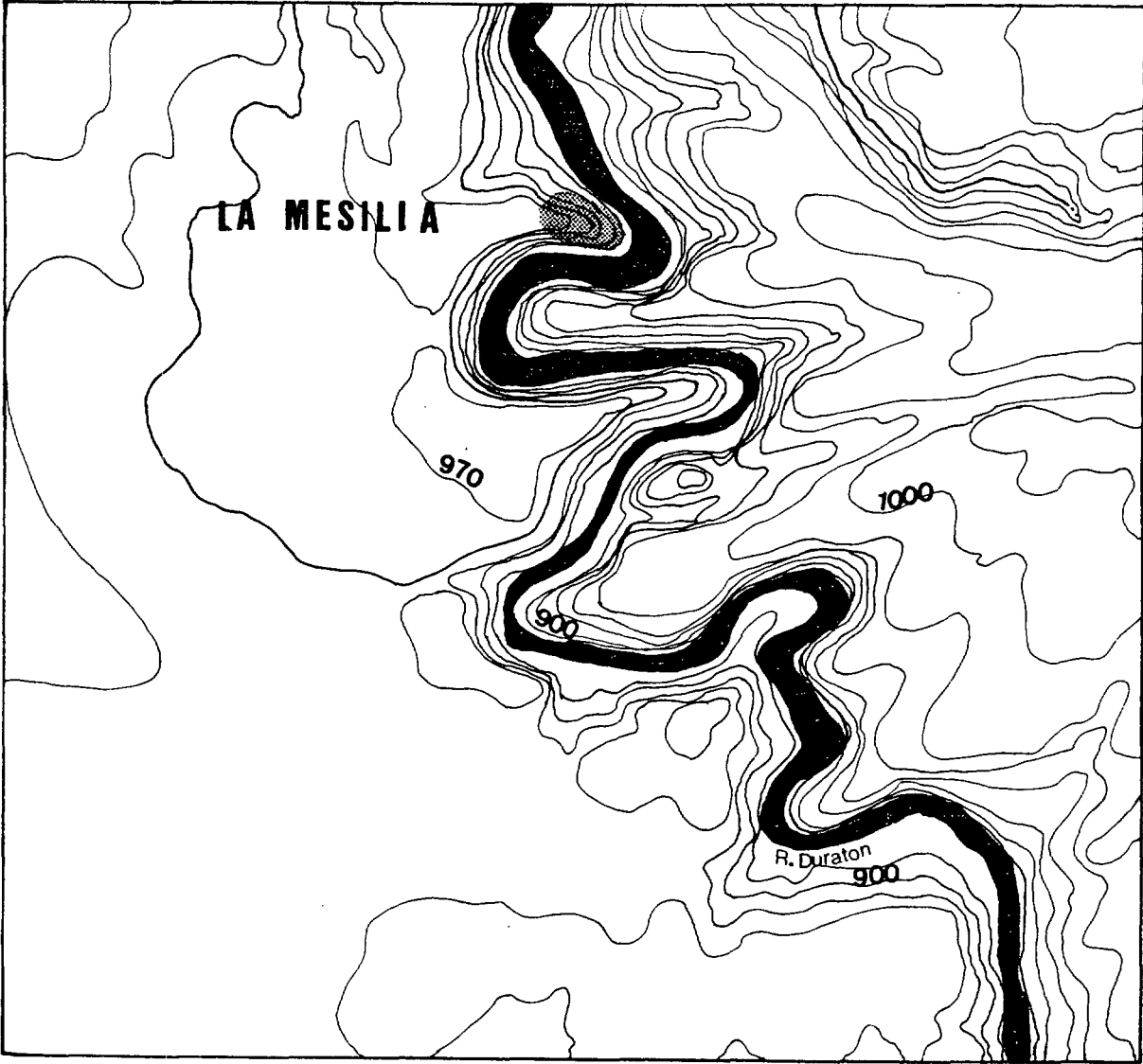
existencia de una Tejera en el término de Boceguillas).

En último lugar las posibilidades de comunicación del territorio de explotación estarían centradas en las rutas naturales del río Serrano y del Duratón; la primera con un carácter más local, aunque permitiendo el acceso río arriba hacia el sector más oriental de la provincia, y la segunda como ruta principal, que desde Sepúlveda se dirigía hasta el paso de Somosierra, recorriendo a su paso los mejores pastos del territorio. Otras rutas de carácter local sin duda se esparcieran por este espacio haciendo posible el aprovechamiento de sus recursos, pero su trazado resultaba más dificultoso, debido a la uniformidad topográfica. Los Mapas de la zona nos presentan un buen número de sendas de uña y caminos carreteros dispersos en las inmediaciones del yacimiento. Además, hay que tener en cuenta el paso de la posible vía romana que desde Segovia se dirigía a Tiermes.

YACIMIENTO: ERMITA DE SAN JULIAN.

I. Arqueología interior: El hábitat.

Tampoco son abundantes los datos que poseemos para argumentar la existencia de este yacimiento; únicamente unos pocos fragmentos recogidos por Molinero, y la referencia expresa de este autor sobre la cronología de este núcleo.



YACIMIENTO: LA MESILLA

I.Arqueología interior:El habitat.

Tal como ocurría en el yacimiento de la Ermita de S. Julián, los datos bibliográficos referidos a este asentamiento se remiten a un par de escuetas noticias debidas a Molinero, y a una mención global por parte de A. Zamora (1987,...). En la primera de las noticias (Molinero, 1950,p.643) el autor enmarca cronológicamente dentro de la Edad del Hierro dicho enclave, mencionando los materiales encontrados, mientras en la segunda de ellas, más reciente (Molinero 1971, Lám. CXXVII,fig.2,) presenta el inventario y la documentación gráfica de los pocos materiales representativos.

El asentamiento ofrece una serie de características físicas paralelizables con el resto de los ubicados a lo largo del mismo río Duratón, tales como el ya mencionado de S. Julián o el de Los Muladares, que analizaremos seguidamente. La propia geomorfología de toda la zona formada por un amplio macizo calcáreo cortado por el curso zigzageante y encajado del río Duratón, brinda puntos donde instalar fácilmente un hábitat amparados por las excelentes condiciones de defensa natural. Este yacimiento de La Mesilla pertenece al antiguo término municipal de Burgomillodo, hoy correspondiente al ayuntamiento de Carrascal del Río, y se localiza sobre uno de los últimos escarpes de la margen izquierda del Duratón antes de que éste salga de las hoces para regar la vega de Cobos,

Carrascal y S.Miguel de Bernuy. La altitud estaría alrededor de los 960-970 mts., con una altura relativa frente al río de casi 100 mts practicados en una pared vertical; és esta misma pared la que rodea el núcleo por sus lados Sur, Este y Noreste, siendo exclusivamente necesario para un perfecto aislamiento defensivo practicar una línea de protección por el Norte y Oeste. El emplazamiento del hábitat sólo le permite un dominio visual del cañon del río y de las zonas más inmediatas de ambas orillas, controlando el paso de la ruta natural del Duratón. Sin embargo, es posible establecer una perfecta intervisibilidad con el cercano yacimiento de Los Muladares.

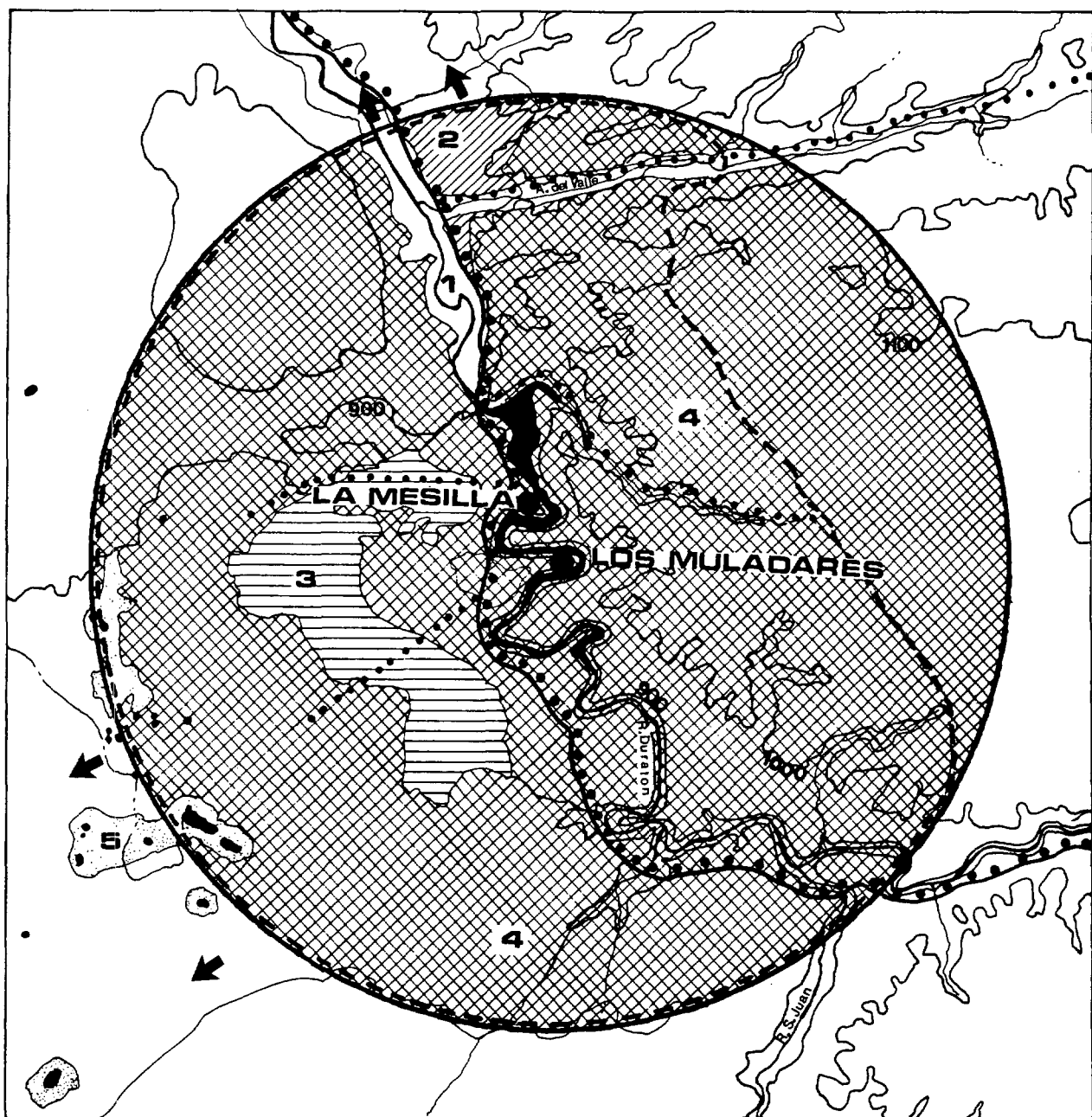
El generalizado arrasamiento del hábitat protohistórico a causa del prolongado poblamiento durante época romana y medieval (por su parte el yacimiento de la II Edad del Hierro había producido un efecto similar sobre las estructuras de Cogotas I), y la fuerte erosión existente en estos escarpes, hace muy difícil conocer la extensión del hábitat, si bien nos da la impresión, ante la escasez de restos y la acumulación de éstos en las cercanías de la pared, de tratarse de un poblado de pequeñas dimensiones construido en el área más inmediata al cortado. Por sus dimensiones no creemos que pasase de ser uno de los denominados "castillos o torres" (Blasco, 1987, p.302), debido a su excelente posición defensiva.

Su tipología como emplazamiento estaría a caballo de los Tipos B y C de Llanos (1974), aunque quizás más cercano a los denominados "hábitat en escarpe".

Como ha quedado expresado con antelación la ausencia de excavaciones arqueológicas puntuales en el yacimiento no permiten realizar ninguna precisión a cerca de las

características constructivas y de la organización del espacio dentro del asentamiento, ni por supuesto, su estratigrafía poblacional, aunque ésta siempre puede rastrearse a través de los variados restos arqueológicos recogidos en superficie o desprendidos en los escarpes del río.

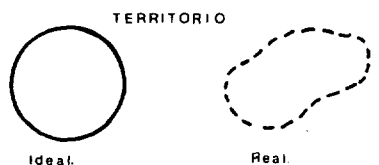
Son muy escasos, pues, los restos materiales que conocemos se reducen a los publicados en su día por Molinero. En nuestras visitas al yacimiento no hemos conseguido localizar (tal vez en el curso del río, hoy anegado por el pantano, fuese más fácil encontrar restos de esta etapa, teniendo en cuenta la dirección de los arrastres) nuevos restos arqueológicos claramente enmarcados en este período; sin embargo, no por ello creemos que los de Molinero dejan de ser válidos. Estos se resumen en unos pocos fragmentos de cerámica pintada de tipo "celtibérico" con algún motivo de semicírculos y de bandas, y formas cuenquiformes o globulares. De ellos presentamos documentación al respecto en la figura



Escala 1:50.000



- 1 TIERRA DE ALUVION
- 2 PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3 POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4 POCO PRODT. MONTE
- 5 PRADOS Y PASTIZALES



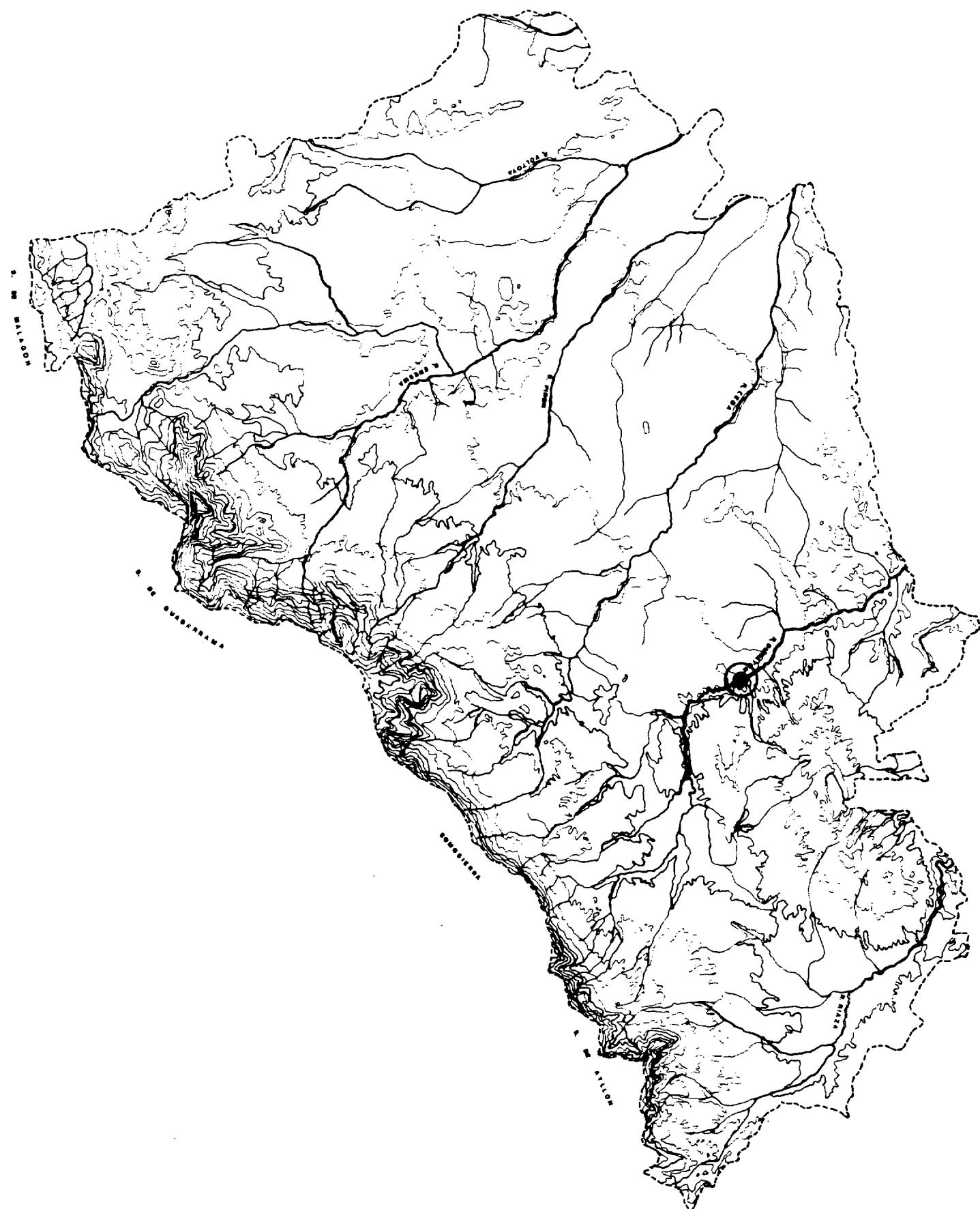
➔ EXPANSION HIPOT. DEL TERRITORIO

CAMINOS

- Principal.
- Secundario.
- Via Romana.

— CURSO DE AGUA ● FUENTE, POZO ● LAGUNA

◆ YAC. ARCILLA ▲ CANTERA



II. La arqueología exterior: El territorio.

Muy pocas novedades ofrece el análisis del territorio de este asentamiento distintas de las ya comentadas para el yacimiento de Sepúlveda. De todos modos, existenciertos aspectos diferenciadores que conviene explicar con algún detalle.

En lo referente al área ocupada por este territorio, aún pensando que debió tratarse de un hábitat de escasas dimensiones, lo que lógicamente implicaría una notable reducción de la superficie explotada, variable que hemos aplicado para el caso del yacimiento de Los Mercados, a pesar de ello, las específicas características de este espacio y las muy reducidas posibilidades de aprovechamiento agrícola nos han inducido a mantener un límite de mayores proporciones (círculo ideal de 5 Kms), como si de comunidad sedentaria de fuerte base recolectora se tratase. Incluso pensando en un pastoreo estante como principal sistema productivo de alimentos, las necesidades de recursos implicaría, a nuestro juicio, la mayor extensión de su territorio de explotación. Sin embargo, este espacio ideal ha de ser ligeramente corrido, teniendo presente el impedimento tan notable que supone el cañón del río, sólo accesible por determinados lugares (hoy el pantano supone un impedimento añadido más de cara a comprender esta valoración); tampoco es despreciable la subida altitudinal en casi 200 mts de los terrenos de la margen derecha. Un elemento más a cotejar, y sin duda el más importante, es el referido a la exacta ubicación del

yacimiento, en esta ocasión en la orilla izquierda, lo que convierte a este sector en las tierras de preferente explotación. Así, pues, para nosotros el territorio "real" se adecuaría a grandes rasgos al "ideal", con la salvedad de la corrección topográfica de la margen derecha del río. En nuestro Mapa... hemos marcado también unas hipotéticas áreas de expansión del territorio, bien hacia los pastizales frescos de los bordes de las lagunas endorreicas de la inmediata Tierra de Pinares, bien proloongándose a lo largo de la vega del Duratón aguas abajo de Burgomillodo, único espacio cercano donde se encuentran suelos con buenas posibilidades de producción agrícola.

Los factores climatológicos de este territorio son similares a los definidos para Sepúlveda, tanto en temperaturas (media de 8 a 10) como en pluviometría (entre 400 y 800 mms) o en índice de período de heladas (6 a 8 meses de media). Ello hace posible, siempre que el factor "suelo" no se convierta en un obstáculo insalvable, y esto sucede frecuentemente en dicho macizo calcáreo, que se puedan explotar cereales de secano, leguminosas, o cultivos forrajeros. A este respecto las características geológicas del territorio se podrían definir del siguiente modo....

Geológicamente este sector del Duratón en poco varía de lo ya analizado para Sepúlveda, perteneciendo toda la orilla derecha y una estrecha franja de la izquierda a un origen cretácico, con afloramiento rocoso casi en superficie, mientras la mayor parte de este sector Oeste está ocupado por los arenales cuaternarios. La excepción a este panorama tan

general lo representan la cuña miocena encajada entre las arcillas y las arenas y los terrenos de aluvión de reciente formación en el extremo más septentrional del valle del Duratón.

Contando con ambos condicionantes, el climatológico y el geológico, la vegetación potencial del territorio trazado estaría representada por tres comunidades: en todo el territorio de la margen derecha y una estrecha franja de la izquierda un dominio de encinares y sabinas albares habitual sobre substratos calizos (aún en el siglo XVIII debieron de existir algunos rodales de este bosque, puesto que Madoz recoge la presencia de un "monte de enebros" en el término de Burgomillado); sobre los arenales cuaternarios del sector Oeste una comunidad de encinares con pinos y en la vega amplia del Duratón una vegetación típica de ribera formada por choperas, alamedas, juncales,... Este panorama forestal hoy se encuentra drásticamente transformado, afectando la deforestación a la totalidad de los suelos calcáreos (en estos momentos, ante la escasa presión del pastoreo y el abandono de estas tierras marginales se ha iniciado una lentísima recuperación de la vegetación natural) y a la mayor parte de los terrenos de aluvión, mientras los arenales han sido exclusivamente repoblados por pinos resineros (como único recuerdo de esta vegetación natural estarían topónimos como "Fuenterrebollo", pueblo ubicado en las cercanías en esta Tierra de Pinares). Solo se conserva un pequeño bosque de encinas de mediano porte al Oeste del yacimiento, sobre la estrecha franja de tierras miocenas insertada entre los arenales y las calizas.

Entre ambas situaciones extremas habría que suponer el estado de la vegetación durante el período prerromano; una desforestación que suponemos afectaría al entorno inmediato del yacimiento y quizás a las tierras de mayor aptitud para el cultivo situadas en la vega amplia del Duratón, sin descartar rozas y quemas para la potenciación de los pastos. Un hecho, sin duda, muy a tener en cuenta a la hora de evaluar el proceso desforestador de este territorio, siempre en el campo de las posibilidades, sería la presencia de un poblamiento continuado durante etapas precedentes; el Duratón, sobre todo, en su curso medio, es el núcleo habitacional más importante de toda la provincia de Segovia durante el horizonte Cogotas I (Bronce Final) (Lucas Pellicer, 1987 (en prensa), hace una muy sugerente valoración histórica de la problemática de dichos hábitats y las estaciones de pintura rupestre esquemática, recogiendo en amplitud toda la bibliografía al respecto). Incluso no sería descabellado suponer que en muy poco o en nada han cambiado las formas de aprovechamiento de este espacio.

Por lo que respecta al análisis de los suelos, en el Mapa se puede observar con claridad la correspondencia del territorio a terrenos "poco productivos" (+ 85%), sin duda dominio del monte en sus diversas variedades, y sobre los que no se puede descartar un aprovechamiento de cierta importancia (leña, pastos de temporada, productos de recolección,...); en porcentajes menores al 5% se situarían tanto las tierras de aluvión del Duratón y del A. del Valle, los suelos de buena productividad agrícola y los pastizales de las cercanas

lagunas endorréicas. Sólo en porcentajes ligeramente superiores se colocarían los suelos de origen miocénico de mediana calidad, que debido a la escasez de buenas tierras para el cultivo agrícola, en esta ocasión tienen más posibilidades de haber sido labrados. De este análisis creemos que se desprende con bastante claridad el tipo de aprovechamiento más lógico, con mayores posibilidades de pastoreo y en menor escala de una agricultura de cereales de secano que sirviese de complemento necesario e imprescindible para los animales y los hombres de estos pequeños núcleos de población (y nos referimos tanto a éste de La Mesilla como al cercano de los Muladares, al que haremos extensivo todo el estudio de arqueología espacial).

Sobre estos terrenos pobres para la agricultura cerealista tradicional (sólo la presión demográfica durante algunos períodos históricos ha sido la causante del cultivo de estas "tierras marginales"), sin embargo ha sido abundante una comunidad ecológica con animales de tamaño medio y pequeño: conejos, liebres, perdices, algún jabalí,....., y con unas excelentes posibilidades de pesca, cuya utilidad no debió ser desaprovechada por los habitantes del núcleo. Para su cotejo no disponemos de restos óseos de animales recuperados científicamente.

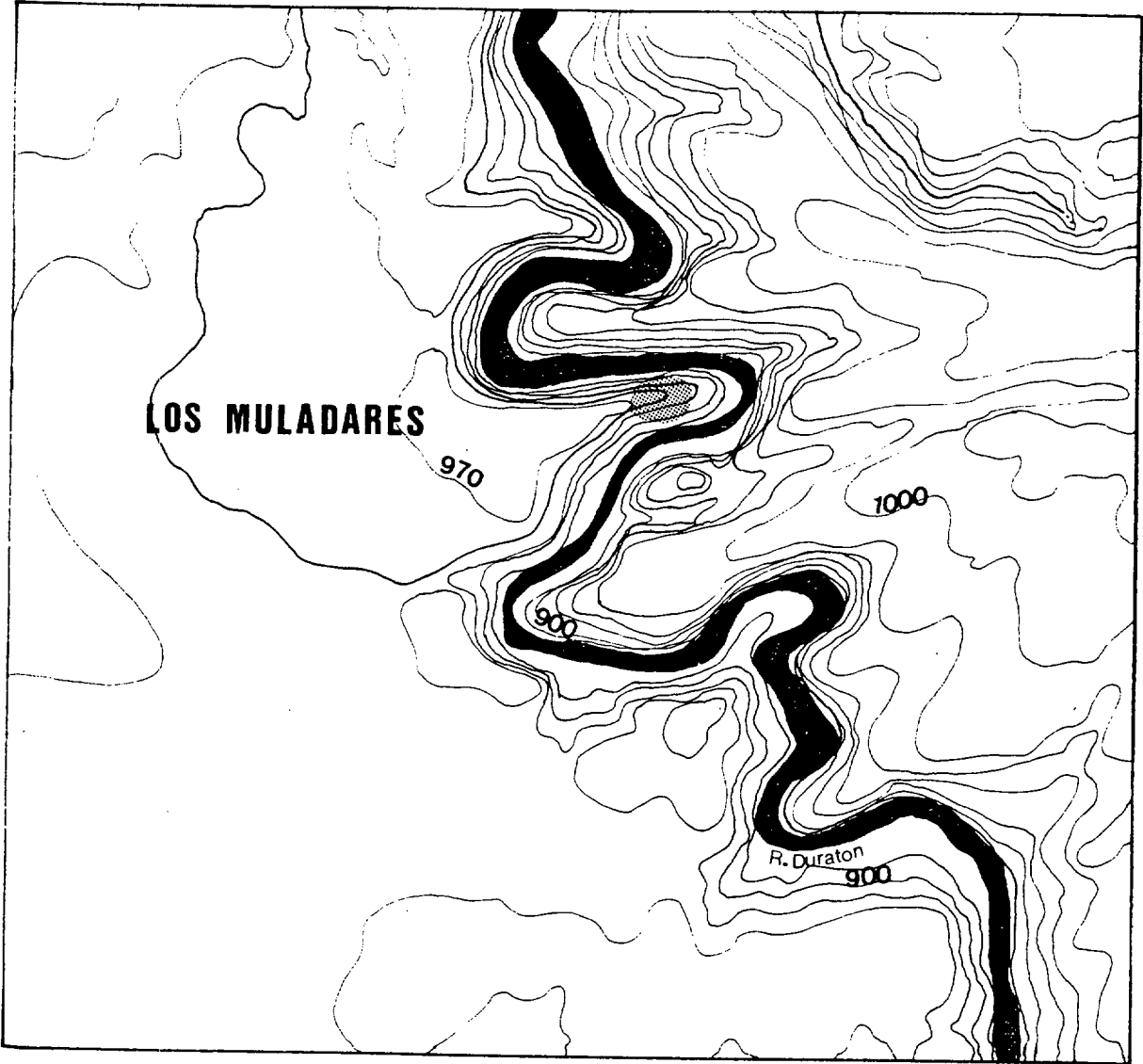
Por su parte, los recursos hídricos son bastante más abundantes, y son aportados tanto por los cursos de agua: Duratón, como el principal junto a los pequeños regatos que en él desaguan, Arroyo de la Hoz, Río S. Juan,..., como por las lagunas endorréicas más cercanas de la Tierra de Finares.

Otros tipo de recursos como los minerales de aprovechamiento metálico, están totalmente ausentes de este territorio de explotación, que únicamente es rico en piedra caliza local, muy útil para construcción. Tampoco encontramos en él algún yacimiento de arcilla destacable, aunque los barroes de las tierras de aluvión pudieron ser utilizados en estas funciones.

Las posibilidades de comunicación en y a través de este territorio están circunscritas fundamentalmente a la importancia de la ruta natural del Duratón por su margen izquierda como eje principal, en prolongación del camino ya marcado en el Mapa de Sepúlveda en su marcha hacia el Duero. Esta ruta permite el contacto de los diferentes núcleos existentes a lo largo de su curso, además de recorrer las tierras de mayor potencialidad agrícola. Las mayores dificultades las ocasiona el propio cañón del río, haciendo muy difícil una comunicación, perpendicular; no imposible por medio de los pequeños barrancos. Más fácil, aunque muy problemático de concretar en una ruta natural, sería la comunicación con todo el sector Oeste y con la vega del río a partir de la actual presa de Burgomillado. Una importancia más secundaria, pero en absoluto despreciable, tendría el estrecho pasillo del Arroyo del Valle mediante el cual se supera el crestón calizo, dando salida hacia la Serrezuela.

Resumen, puede decirse que del análisis de la arqueología exterior de este territorio compartido por los pequeños enclaves de La Mesilla y Los Muladares, se desprenden

unas posibilidades de explotación muy escasas para el cultivo agrícola, aunque no desechables, y una mayor acentuación en el aprovechamiento de los recursos de base ganadera, y sin lugar a dudas, en la recolección. El carácter polivalente en la explotación del medio por parte de estas sociedades antiguas nos hace pensar en una complementariedad de producciones, tomando, al menos, como base el nivel de subsistencia.



YACIMIENTO: LOS MULADARES.

I.Arqueología interior: El habitat.

También para este yacimiento son muy escasas las noticias recogidas en bibliografía; como en los casos precedentes sólo contamos con los datos y materiales aportados por Molinero (1950, p.643; 1971, Lám.CXLIX. fig.2). A. Zamora suponemos que lo engloba en el conjunto genérico, sin especificar lugares o asentamientos, que da como existente en el Duratón (1967,p.40). Por el momento la única documentación disponible sobre restos arqueológicos es la ya citada de Molinero, puesto que en el yacimiento no se han practicado excavaciones que vengán a corregir o confirmar tales datos.

En lo referente a las condiciones físicas y características geomorfológicas, comparte todos los elementos ya analizados en el vecino hábitat de La Mesilla. El yacimiento se encuentra en terrenos del municipio actual de Carrascal del Río, aunque con antelación perteneciese a Burgomillado. También en este caso se ubica en uno de los escarpes calizos asentados en la misma orilla izquierda del Duratón, a menos de 1 Km. en línea recta aguas arriba. En este lugar el río ha formado un meandro muy pronunciado en el corte de la pared, rodeando totalmente el escarpé por tres de sus lados. De este modo, posibilita un enclave de inmejorables condiciones defensivas,al que sólo le basta con una pequeña línea de cierre al Oeste para su perfecto aislamiento. A pesar de dicha ubicación fuertemente defensiva, la altitud entre

960-970 mts sólo permite un control visual del valle encajado a sus pies, y de los primeros escarpes de la otra orilla. Desde él se observa muy bien el yacimiento de La Mesilla. La calificación tipológica del emplazamiento estaría entre los tipos B y C de Llanos, con mayor similitud a los definidos "hábitats en escarpe".

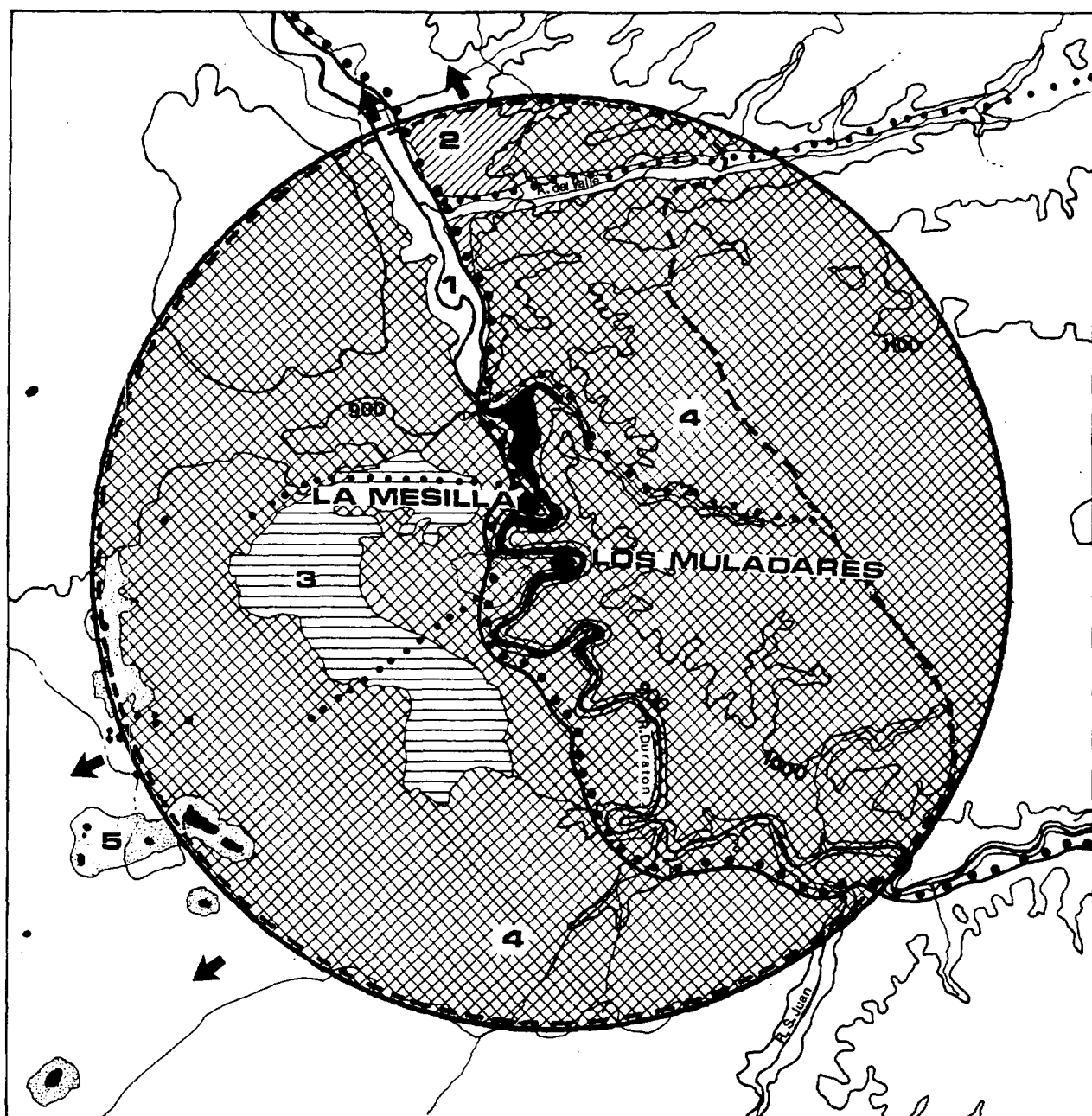
La escasez de restos, así como la pequeña superficie en que éstos se hallan dispersos, dentro de la ya muy reducida superficie habitacional permitida por el escarpe, nos conduce a pensar en uno de los hábitats denominados como "castillos o torres", donde a las cortas dimensiones se une la excelente posición defensiva.

Como en el caso de la Mesilla, o de la Ermita de S. Julián, muy poco o nada puede decirse de la organización del espacio dentro del asentamiento; las propias condiciones erosivas de la vertiente y la posterior reutilización en época romana, es posible que hayan ocasionado una casi completa destrucción de las estructuras de la Edad del Hierro.

Los únicos restos disponibles cuya adscripción parece clara a la Edad del Hierro, son los dados a conocer por Molinero. Se trata de fragmentos de cerámica a torno, en tipos globulares y cuenquiiformes, pintada con bandas y otros motivos lineales, habituales entre los conjuntos clásicos celtibéricos de la II Edad del Hierro.






De los datos conocidos de la arqueología interior del asentamiento, tanto en Los Muladares, como en La Mesilla, se desprende un hecho a destacar: la fuerte tradición poblacional

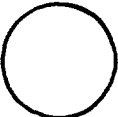









en ambos núcleos, extensiva en su mayor parte a todos los asentamientos del Valle Medio del Duratón. Tal vez a las propias condiciones geoestratégicas de los enclaves, haya que unir este hecho como una razón de peso a la hora de analizar las causas del poblamiento de este sector provincial. Y ello en función de un medio natural con unas condiciones económicas más duras o ajustadas para un tipo de vida "sedentario" determinado como standar en estas etapas finales de la protohistoria de la Meseta.

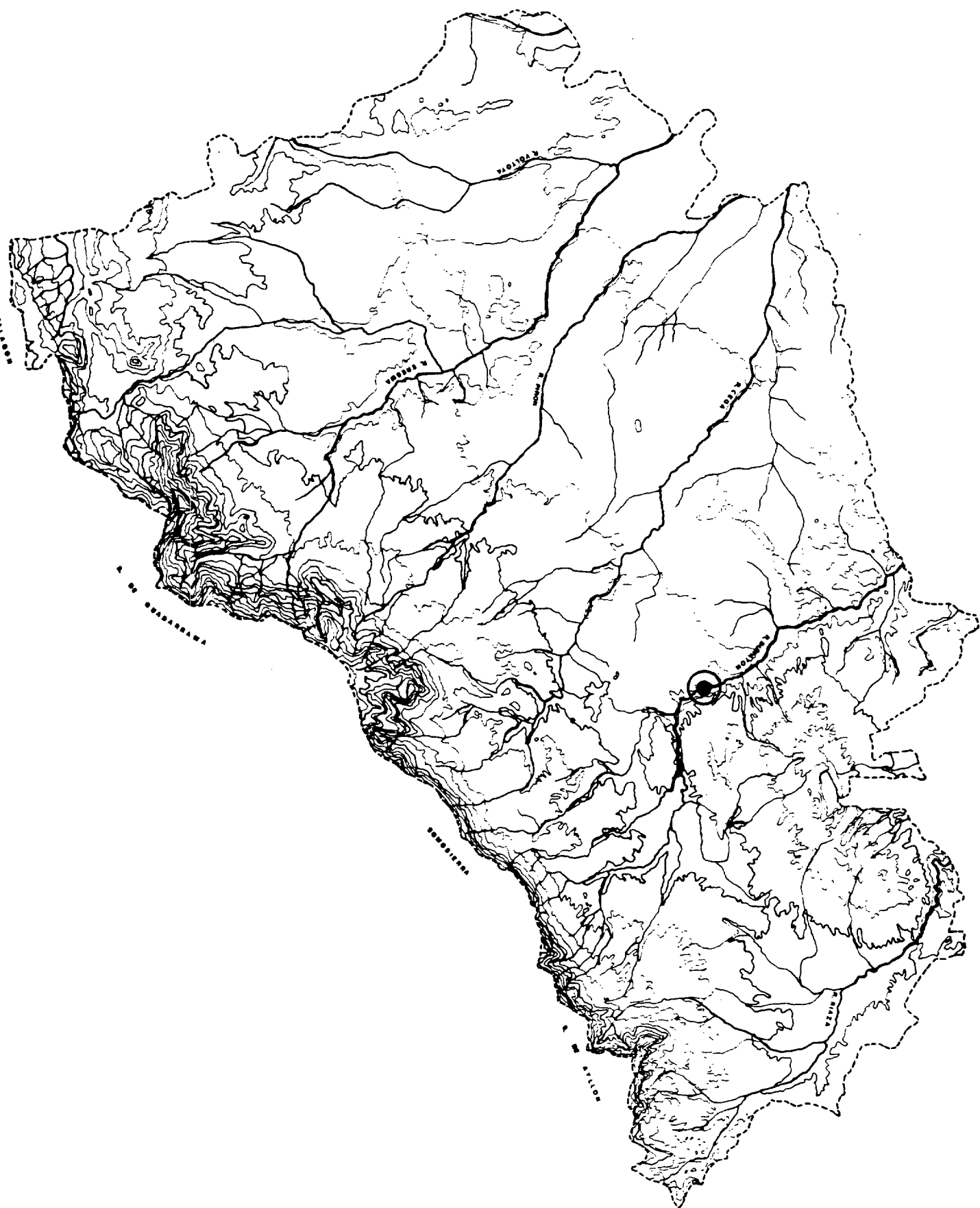


Escala 1:50.000

0 1 2 3 4 5 kms.

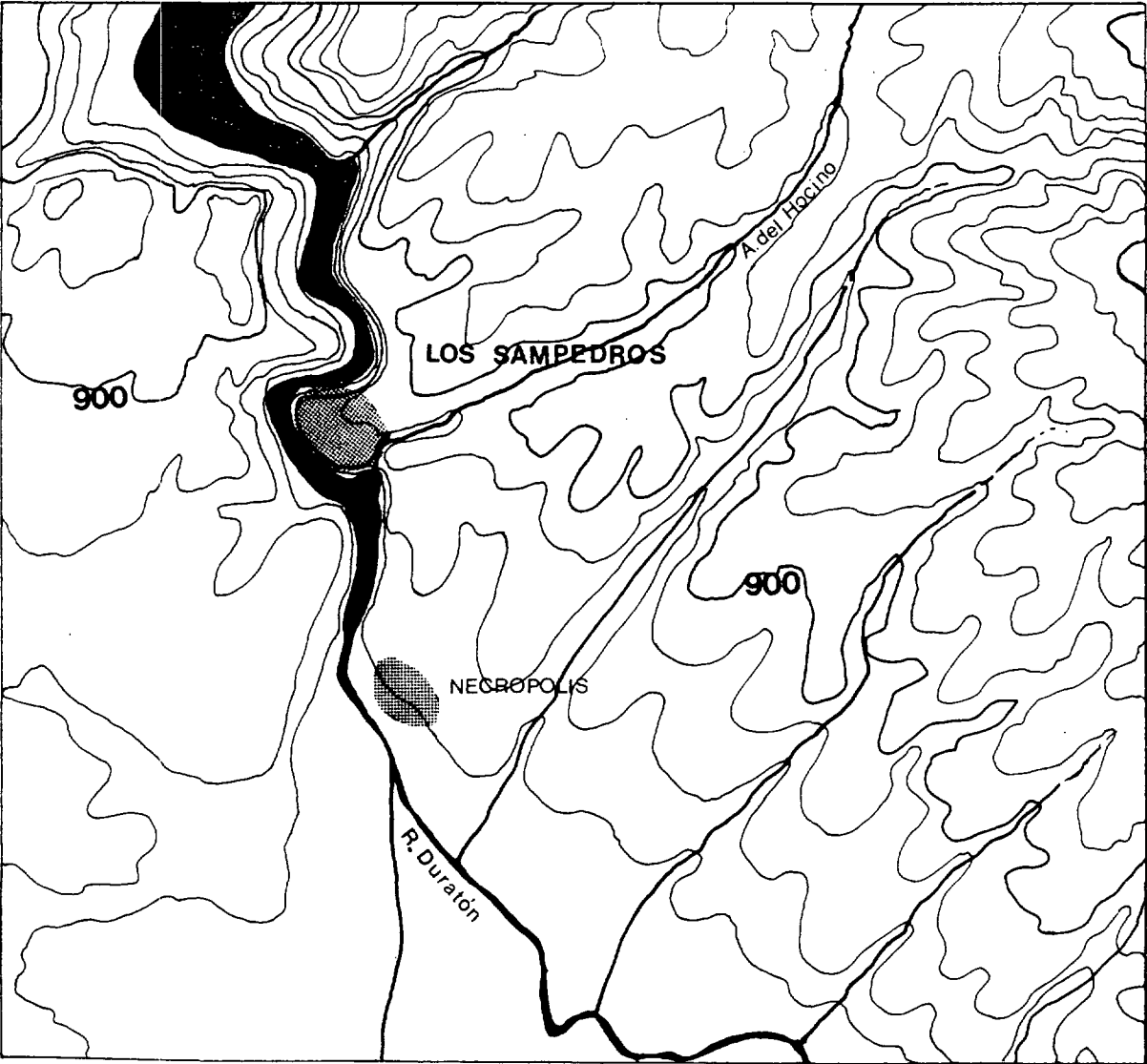
- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES

- TERRITORIO
-  Ideal.
-  Real.
- ➔ EXPANSION HIPOT. DEL TERRITORIO
- CAMINOS
-  Principal.
 -  Secundario.
 -  Via Romana.
-  CURSO DE AGUA
-  FUENTE, POZO
-  LAGUNA
-  YAC. ARCILLA
-  CANTERA



II. La arqueología exterior: El territorio.

Ya dejamos constancia en páginas precedentes, al referirnos al análisis espacial del yacimiento de La Mesilla, que dicho territorio de explotación lo considerábamos compartido por ambos núcleos de población. No creemos que existan razones para pensar en una competitividad extrema de estos dos yacimientos, circunstancias en función de las cuales habría que plantearse la existencia de dos territorios de explotación diferenciados, sino más bien una cooperación o al menos una cohabitación entre dos hábitats cuya relación jerárquica (y para ello nos acojemos a parámetros como las dimensiones del asentamiento o el papel histórico desempeñado por cada uno, habitualmente usados para cotejar tal fenómeno) debió ser de igualdad. Indudablemente tal relación nunca vamos a conseguir saberla con total seguridad.



YACIMIENTO: LOS SAMPEDROS.

I. Arqueología interior: El hábitat.

También en este caso la documentación bibliográfica con que contamos para el conocimiento de este núcleo es muy escasa. Las habituales referencias genéricas por parte de Molinero, a través de las cuales da a conocer la existencia de materiales típicos de la Edad del Hierro localizados en el paraje de Los Sampedros, lugar donde se ubica un despoblado medieval, del que los restos aún en pie de las dos "iglesias" son un recuerdo permanente (Molinero 1950, p.644; 1971, Lám. CXXVII, fig.2).

Recientemente A. Zamora (1987,p.39) ha publicado el dato, calificándolo de documentación inédita, referido a la existencia de un puñal tipo Miravecche-Monte Bernorio aparecido en el entorno de este yacimiento. Por nuestra parte hemos realizado las indagaciones precisas de cara a averiguar todo lo relacionado con este hallazgo, poniendo en nuestro conocimiento el propio interesado el total de los objetos recuperados así como las circunstancias y el lugar donde se localizaron; circunstancias éstas que especificaremos más adelante.

De este asentamiento y sus alrededores hemos llevado a cabo una prospección minuciosa, recogiendo un pequeño lote de materiales arqueológicos tanto en el castro como en las márgenes del Duratón donde muchos de éstos se han precipitado por efecto de los arrastres erosivos. No se han efectuado ningún otro tipo de investigaciones científicas.

El lugar donde se asienta este poblado prerromano perteneciente al actual municipio de S. Miguel de Bernuy, muestra una serie de características geomorfológicas ya habituales en yacimientos anteriormente analizados dentro del mismo valle del Duratón: un crestón calizo de formación cretácica situado en la misma cornisa cortada del río, y rodeado por un pronunciado meandro del mismo en sus lados Oeste y Norte. Aunque por el Sur lo limita el barranco del Arroyo del Hocino, la posición enclinada de su superficie correspondiente al final del escarpe del Sector de la Serresuela, nos proporciona una tipología de asentamiento a caballo entre los típicos hábitat en "espolón" y los ubicados en el borde de un escarpe (Tipos B y C de Llanos). El Este presenta una notable estrangulación entre el barranco y el meandro del río, siendo el único lugar de acceso. Su posición defensiva es, pues, patente.

La superficie total del lugar de asentamiento se acerca a las 7 Has, si bien resultado complicado saber si todo este espacio estuvo habitado en época prerromana; la distorsión ocasionada por el arrastre de los restos materiales dificulta esta apreciación. De todos modos, sería uno de los yacimientos cercanos a las 4 Has de superficie habitada, un término medio entre los "grandes poblados" como Coca o Segovia, y los "caseríos o torres", alguno de los cuales se ubican a lo largo de este mismo valle. Su altitud está entre 860-840 mts, con una altura relativa frente al entorno variable (40 mts sobre el cortado del río), controlando visualmente los escarpes inmediatos de la otra orilla, y sobre todo, el amplio valle que el Duratón define al Sureste del poblado, donde está

localizada la necrópolis. Este control es extensivo a la vía natural que discurre por el curso de este eje fluvial. Ningún núcleo prerromano es visible desde Los Sampedros.

En lo referente a los recursos hídricos del yacimiento, desconocemos la existencia de alguna fuente en el propio hábitat, con lo cual el abastecimiento se debió realizar desde el río (existe un acceso tallado en la roca en la pared Norte, inclusive con escaleras, desde donde se puede alcanzar con facilidad el río; la dificultad estriba en conocer su origen, ya que el lugar se habitó con total seguridad en época medieval), o bien desde el arroyo del Hocino. No tenemos constancia de algibes o pozas talladas en la roca donde almacenar agua.

Mayores problemas tenemos a la hora de precisar la organización del espacio interior de este hábitat, al no contar con excavaciones arqueológicas. Un rasgo destacable a primera vista es su arquitectura defensiva, compuesta por un tramo rectilíneo, precedido de un foso, que sirve para cerrar el único acceso vulnerable del castro, en su lado Este. La muralla de un espesor oscilante entre 3-4mts, hoy apenas deja ver su primera hilada construida a base de grandes ortostatos calizos; en ella se abre perpendicularmente un acceso, donde se debió colocar la única puerta del poblado. El amontonamiento de tierras y piedras producto del derrumbe de ésta no deja ver otras características constructivas. Por su parte el foso, picado en la roca blanda caliza, a pesar de estar muy relleno aún conserva una anchura cercana a los 10 mts y una altura de más de 2,5 en alguno de sus puntos.

De la arquitectura doméstica, trama urbana, planta de las viviendas,,no tenemos ninguna constancia; sólo algunos restos de adobes calcinados evidencian en alguna medida su uso como material de construcción.

El conjunto de restos muebles está representado en su mayoría por fragmentos cerámicos, los cuales pueden agruparse del siguiente modo:

- Cerámicas a mano (el grupo más numeroso, y localizado casi en su totalidad en la cima del escarpe), con predominio de cuencos hemisféricos, algunos de borde exvasado, otros planos, otros engrosados,...., con superficies espatuladas, tocas o bruñidas. Las decoraciones, escasas, engloban incisiones a peine, digitaciones sobre el borde, mamelones circulares. Destacan, además, una base umbilicada y otra en arranque de pie elevado.

- Cerámicas a torno (menos numerosas porcentualmente, pero con mayor número de fragmentos significativos, recogidas en la cima y, sobre todo, en la orilla del río), donde se pueden encontrar formas globulares y cuencos, aquellos con los clásicos bordes de pico de pato o palo de glof, y éstos con ellos regruesados hacia el interior; en cuanto a sus decoraciones destacan los motivos típicos del área celtibérica: bandas, círculos y semicírculos concéntricos,... Es preciso poner de relieve la abundancia de bordes pintados en el exterior, e incluso en el interior, y los engobes pictóricos de coloración ocre-rojiza. Tampoco queremos dejar pasar la singularidad de dos fragmentos: el primero de ellos (Fig. n.44), de reducidas dimensiones, muestra una pasta muy

clara y un motivo de bandas efectuado con una pintura de color marrón muy espesa, paralelizable con las características técnicas que hemos observado en las primeras producciones a torno "de tradición ibérica" llegadas a estos puntos de la Meseta. En cuanto al segundo (Fig. n.38), es un fragmento de borde acampanado con una decoración de motivos lineales rastreable entre los vasos de la etapa celtibérica tardía, bien representados en Roa o en Clunia.

Otros restos, en este caso pétreos, son los fragmentos de molino, dos de ellos circulares y uno de barquillo, confeccionados en arenisca de la zona el último y granito los otros dos.

Estos materiales muebles sirven. a su vez, para confirmar la realización de actividades domésticas como la molturación de granos dentro del poblado, y por tanto, la constatación de un sistema productivo en que los cereales tuvieron un papel clave en el abastecimiento alimenticio de la población, y por extensión, en la propia explotación del territorio. Culturalmente, ambos tipos de molino demuestran la presencia de tradiciones distintas, con una incidencia más antigua de tipo continental para los molinos de barquillo, y más reciente, contemporánea de las producciones celtibéricas y con una tradición similar a éstas, para los circulares.

En cuanto a los materiales cerámicos, permiten realizar una valoración aproximativa cronológica (lógicamente carecemos de cualquier dato estratigráfico del yacimiento), comenzando por aquellos cuya pertenencia puede estar en el I Hierro, o en

una etapa intermedia entre éste y el II Hierro (arranque de pie anular, decoraciones sobre el borde plano,...), aunque su reducido número y escasa significación apenas dejan cabida a una apreciación hipotética de esta etapa más antigua del castro; el fragmento de cerámica a peine podría estar evidenciando la etapa más antigua de la II Edad del Hierro, con una clara pertenencia al Horizonte Cultural de Cogotas II, en que no faltarían productos llegados de los círculos ibéricos o iberizados a través de la Submeseta Sur, como las cerámicas de pastas claras y pintura espesa. Más patente y masiva es la presencia de una etapa celtibérica clásica, que a la vez, parece significar el momento de máxima extensión del asentamiento incluso fuera del núcleo principal, (hemos localizado algunos fragmentos de cerámica celtibérica clásica en el cerro contiguo en la otra orilla del Arroyo del Hocino), cuyo poblamiento debió pervivir durante el período tardoceltibérico. El hábitat, que tengamos conocimiento, se mantuvo durante la etapa romana resurgiendo con gran plenitud durante la Edad Media.

Como ya adelantábamos, además del poblado tenemos constancia de la existencia de una necrópolis a partir del hallazgo de un conjunto de materiales metálicos y cerámicos, seguramente relacionados con el ajuar de alguna tumba. El punto de localización se sitúa en una pequeña loma a la orilla derecha de la vega del Duratón, al sureste del poblado, distante aproximadamente un kilómetro de éste, y perfectamente visible desde él. Los objetos en ella encontrados son los siguientes:

- Puñal de hierro, de tipo Miraveche -Monte Bernorio, del que se falta en su totalidad la empuñadura y la contera de la vaina; la hoja (25 ctms) de cuatro mesas se abre en dos aletas en su parte superior, no mostrando el habitual estrangulamiento que algunas variantes de este puñal llevan en su último tercio. La vaina (19,7 ctms) que ha perdido gran parte de su cara posterior, si bien está adaptada a las características del puñal, en cambio sí muestra dicho estrangulamiento; bajo la boquilla cuadrangular aparecen cuatro pequeños discos circulares que sirvieron de remache al vástago que sujetaba por la parte interior la correa para colgar del cinturón. Aunque no presenta la vaina las decoraciones de nielados de plata de los ejemplares más ricos, sí muestra el detalle de un pequeño haz de líneas horizontales bajo los cuatro remaches.

- Punta de lanza de hierro (31,6), con vástago para enmangue circular de ligero estrangulamiento en la boca, y hoja de cuatro mesas escasamente definidas.

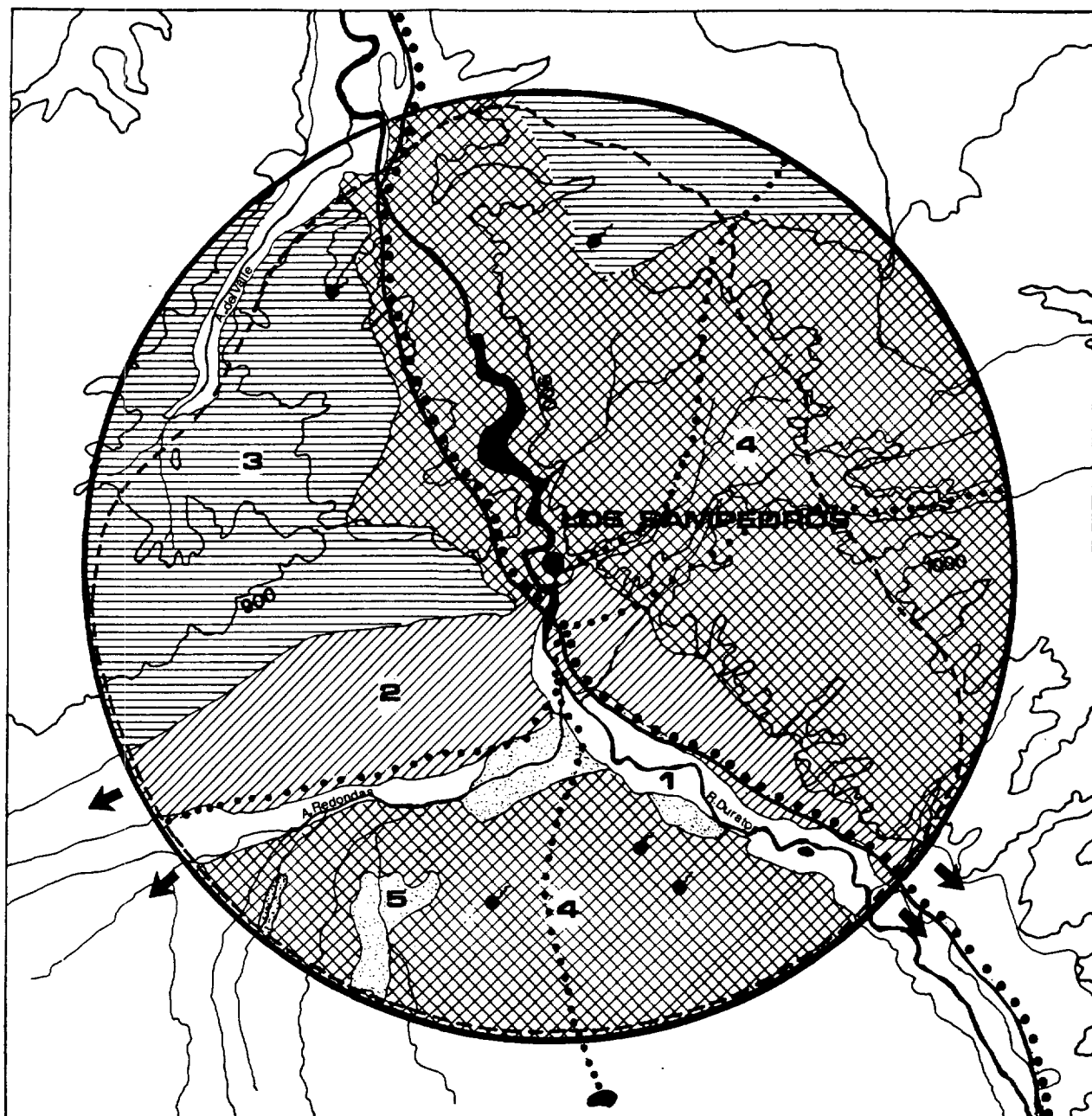
- Vaso cerámico realizado a mano (8,5 ctms de diámetro de boca y 7 de altura), carenado y con borde vertical entrante; pasta de buena calidad, de coloración negra intensa y acabado bruñido.

- Tapadera perforada a torno (9,5 ctms de diámetro de boca y 5,5 de altura), tronco cónica con el bordes superior e inferior salientes; pasta y factura de mediana calidad, dando la impresión de tratarse de un objeto realizado por manos poco expertas en el torno, como así mismo demuestra el

excesivo espesor de las paredes. En cambio la coloración rojiza evidencia una cocción oxidante plena.






- Fragmento de botella globular de cuello estrangulado y boca muy exvasada (4,5 ctms de diámetro); pastas muy depuradas y coloración naranja-clara y decoración de bandas horizontales con pintura rojo-vinosa bajo el cuello.

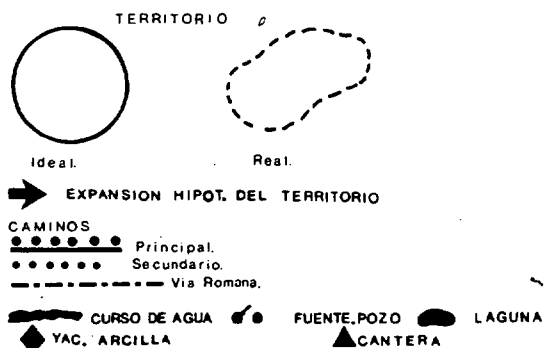
Indudablemente no tenemos la plena constatación de que este conjunto de materiales formara parte de una sola tumba. Sin embargo, a partir de un ligero análisis nos permite realizar una valoración de la necrópolis en el sentido de constatar en ella la presencia de elementos metálicos atribuibles a personajes militares con ampliso paralelos en los círculos de Cogotas, Miraveche o en la denominada "cultura del Tajo". La convivencia de producciones cerámicas a mano, a tono lento y a torno rápido nos ofrecería una cronología relativa en tono a mediados del siglo IV a.C., momentos en que aún están vigentes los puñales tipo Miraveche-Monte Bernorio, con variantes ya avanzadas como la que aquí se muestra. Estos materiales estarían documentar sólo parcialmente el desarrollo que hubo de tener la necrópolis, si nos atenemos a la amplitud cronológica evidenciada en el poblado de Los Sampedros. De todos modos su importancia es más que considerable si nos atenemos a la escasez de necrópolis localizadas en territorio segoviano.

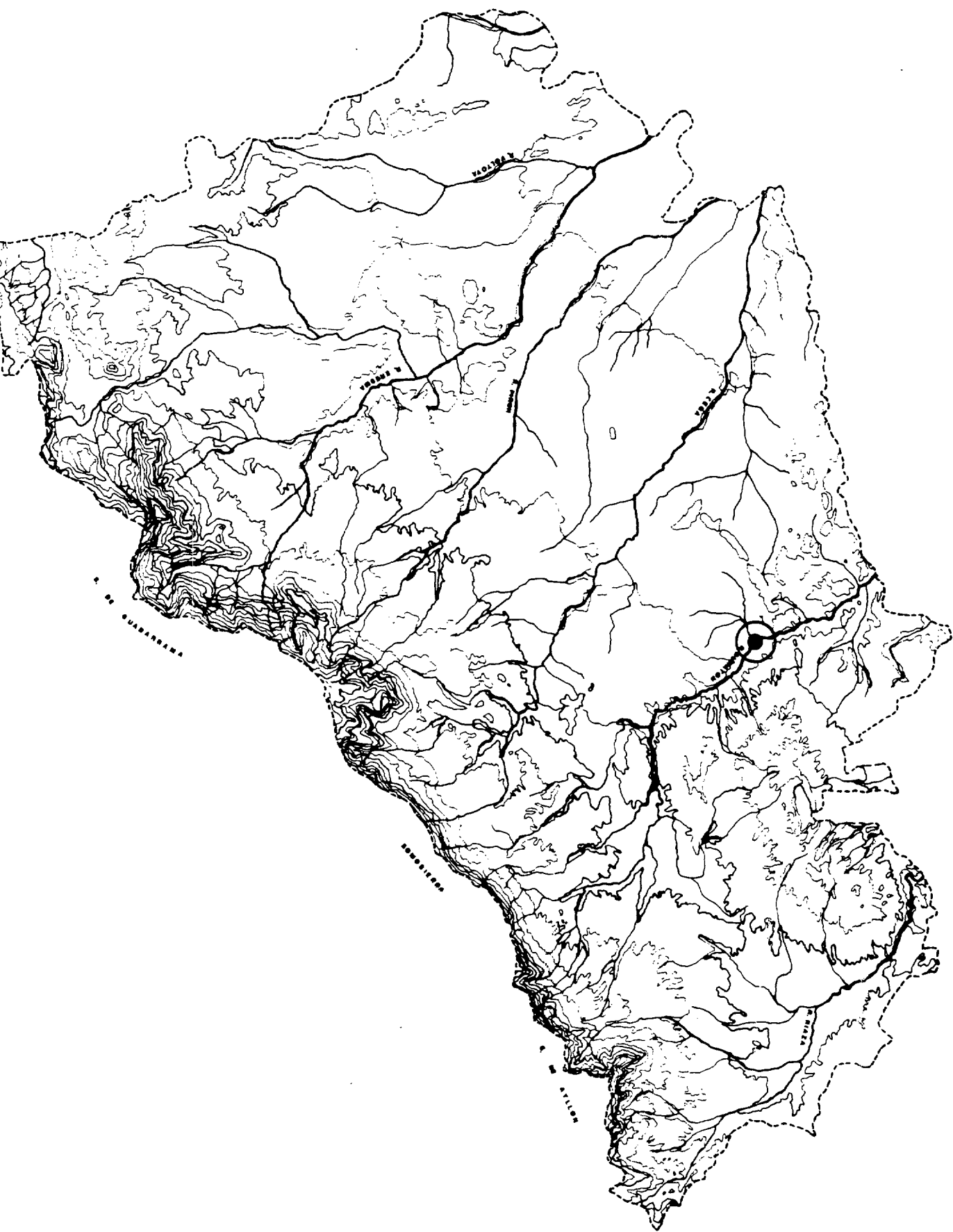


Escala 1:50.000



- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES





II. La arqueología exterior: El territorio.

En relación a la superficie del yacimiento, encuadrable entre los de tamaño medio, hemos creído oportuno definir un territorio de explotación ceñido al trazado ideal del círculo de 5 Kms de radio. Como la oscilación topográfica no es importante, centrándose el terreno más accidentado al Este del yacimiento, ha sido sólo en este sector donde hemos corregido su definición, adecuándolo a una supuesta línea isocrónica, que en este caso está marcada por la cota 1000 mts. A pesar de contar con un valle fluvial encajado, su dificultad es mucho menor que el tramo inmediato a Sepúlveda o a Burgomillado; en nuestro caso el acceso y la comunicación es bastante fácil entre ambas orillas. Por otra parte, el grueso de los suelos de mayor potencialidad agrícola se concentran en áreas próximas al asentamiento y carentes de impedimentos topográficos. Es muy posible que el territorio de explotación no incluye la estrecha vega del arroyo del Valle, ubicado en el límite Norte de dicho espacio. Al contrario, hemos señalado dos posibles direcciones de expansión, tanto aguas arriba del arroyo de las Redondas, en cuyas inmediaciones existen suelos muy sueltos y fértiles, de fácil laboreo para la agricultura tradicional, como por la vega del propio Duraton.

Las condiciones climáticas vienen enmarcadas en el tipo Mediterráneo Templado, con una temperatura media anual entre 10-12 grados C., unas precipitaciones en torno a 500 mms (en concreto para S. Miguel de Bernuy se contabilizan 509

(M.A.P.A. 1980, HOJA 402,)), y un período de heladas oscilante de 7 a 9 meses. Estas condiciones vienen a definir un tipo de clima donde es posible cultivar con cierto grado de seguridad cereales de secano, leguminosas, tubérculos, ..., cultivos todos ellos perfectamente adaptables a las necesidades de la agricultura tradicional. Los únicos condicionantes vendrían dados por la variación significativa de alguna de estos factores climáticos, hecho que estadísticamente parece producirse con bastante regularidad (Luelmo 1974,.....), afectando de un modo crucial a la media de las cosechas.

Consecuentemente la geomorfología de este territorio es variada. En todo el sector de la orilla derecha del río Duratón es patente la continuidad de la formación cretácica donde la roca aflora a escasos centímetros de la superficie; sin embargo es esta estructura geológica la que ha permitido el desarrollo de posiciones defensivas de gran valor estratégico, en una de las cuales se asienta el poblado (su porcentaje de ocupación llega casi al 50%). En el espacio comprendido entre el Duratón y el Arroyo de las Redondas se extienden las arenas albenses que dan comienzo a la Tierra de Pinares formadas en el cuaternario; también a este período corresponden las vegas y tierras bajas de ambos cursos de agua. Y finalmente el sector Noroeste está constituido por los terrenos miocenos de los páramos, en los que destaca por su valor agrícola la cuesta.

En este territorio debió existir una variada vegetación natural adecuada a grandes rasgos a este marco geomorfológico,

y representada por las siguientes comunidades permanentes:

- En los vegas y márgenes fluviales de formación reciente una comunidad permanente de árboles ripícolas (olmos, álamos, sauces, chopos,...), alternando con praderas de herbáceas, carrizales, junqueras,..., sobre aquellos tramos encharcados en invierno y primavera. Hoy si que presente está misma comunidad, aunque reducida al mismo borde de los cursos de agua o suplantada por especies de mayor rendimiento no autóctonas. El mismo dominio vegetal se extendería a los bordes de las lagunas endorréicas y arroyadas de temporada de los arenales.

- Sobre las calizas y páramos un dominio del encinar con algunas sabinas albares sobre los suelos más pobres. En el siglo XIX Madoz confirma la presencia de un bosque de "encinas y roble" (el llamado Monte de Fuentidueña), un encinar poco poblado en la cuesta de los páramos y un monte de enebros en los escarpes calcáreos más pobres. En la actualidad se mantienen estos mismos restos, aunque más deteriorados.

- En los arenales un dominio de los Quercus con una posible presencia de focos de pinos negrales o piñoneros. Hoy estos últimos, a intancias sobre todo de la actividad antrópica, han pasado a dominar totalmente esta formación geológica.

Indudablemente hay que pensar que durante la etapa prerromana esta situación del medio vegetal se encontraría en franco retroceso como fruto de la desforestación necesaria para la consecución de tierras de labor o pastos para el ganado. Y hay que pensar que dicho proceso afectaría ante todo

a los sectores con suelos más aptos para el cultivo (vegas de los ríos y cuesta de los páramos) y a los espacios inmediatos al propio yacimiento, donde el abastecimiento para usos domésticos haría mayor mella. Si tenemos en cuenta los datos proporcionados por la investigación arqueológica está presión sobre el medio forestal se debió iniciar durante el Bronce Final, tuvo un fuerte impulso en la etapa prerromana (el asentamiento posee ahora unas dimensiones notables, con una acentuación en la explotación agrícola, dando como resultado una mayor presión antrópica), y se prolongó sin discontinuidad a momentos posteriores.

En cuanto a los suelos, evaluado como principal recurso en la explotación de este territorio, su distribución también se adecúa a grandes rasgos a la estructura geomorfológica trazada. En el Mapa.... observamos que las tierras de aluvión no suponen más allá del 3% , mientras los terrenos calificados como poco productivos, y donde el monte debió ser el dominio más lógico, llegan a ocupar más del 50% de este territorio. En posiciones intermedias estarían los suelos de aceptable productividad agrícola centrados en torno a las vegas del Duratón y Arroyo de las Redondas, y a la cuesta de los páramos de la margen izquierda de este arroyo (15%), así como también los suelos calificados de "potencialmente agrícolas", que tienen su asiento preferente sobre los páramos. Por último, los pastizales y prados permanentes estarán remitidos a pequeños reductos ubicados en las áreas endorréicas y en las tierras bajas al borde de los cursos de agua, y en su mayor parte muy cercanas al yacimiento.

Como ha quedado patente a lo largo de este análisis, los recursos fluviales de dicho territorio de explotación estarían aportados por el Duratón en primer lugar, seguido del Arroyo de las Redondas así como de los regatos y arroyadas que vierten a éste último. Tradicionalmente ha sido posible el uso de las aguas de este curso para riego de pequeños huertos mediante el uso de acequias. En cambio, son poco abundantes las fuentes o pozas, destacando las localizadas en los puntos de nivel freático muy superficial en los arenales de Tierra de Pinares.

Aunque no disponemos del dato imprescindible de la arqueología interior relativo a los restos óseos del yacimiento, de un modo hipotético se puede pensar en una comunidad ecológica presidida por animales de tipo medio como conejos, perdices, liebres, ..., sin descartar una fauna de mayor porte con jabalí o cérvidos. En esta misma comunidad es preciso incluir la pesca fluvial y en las pequeñas charcas de la zona; Madoz alude a la existencia de barbos, cachos, bermejuelas, tencas, e incluso anguilas entre las especies aún presentes en el siglo XIX en el Duratón y demás cursos de la zona.

En último lugar, nos queda por referirnos a los recursos minerales de la zona. Están ausentes totalmente los minerales de aprovechamiento metálico, sin embargo el territorio es rico en recursos pétreos para la construcción, debido al

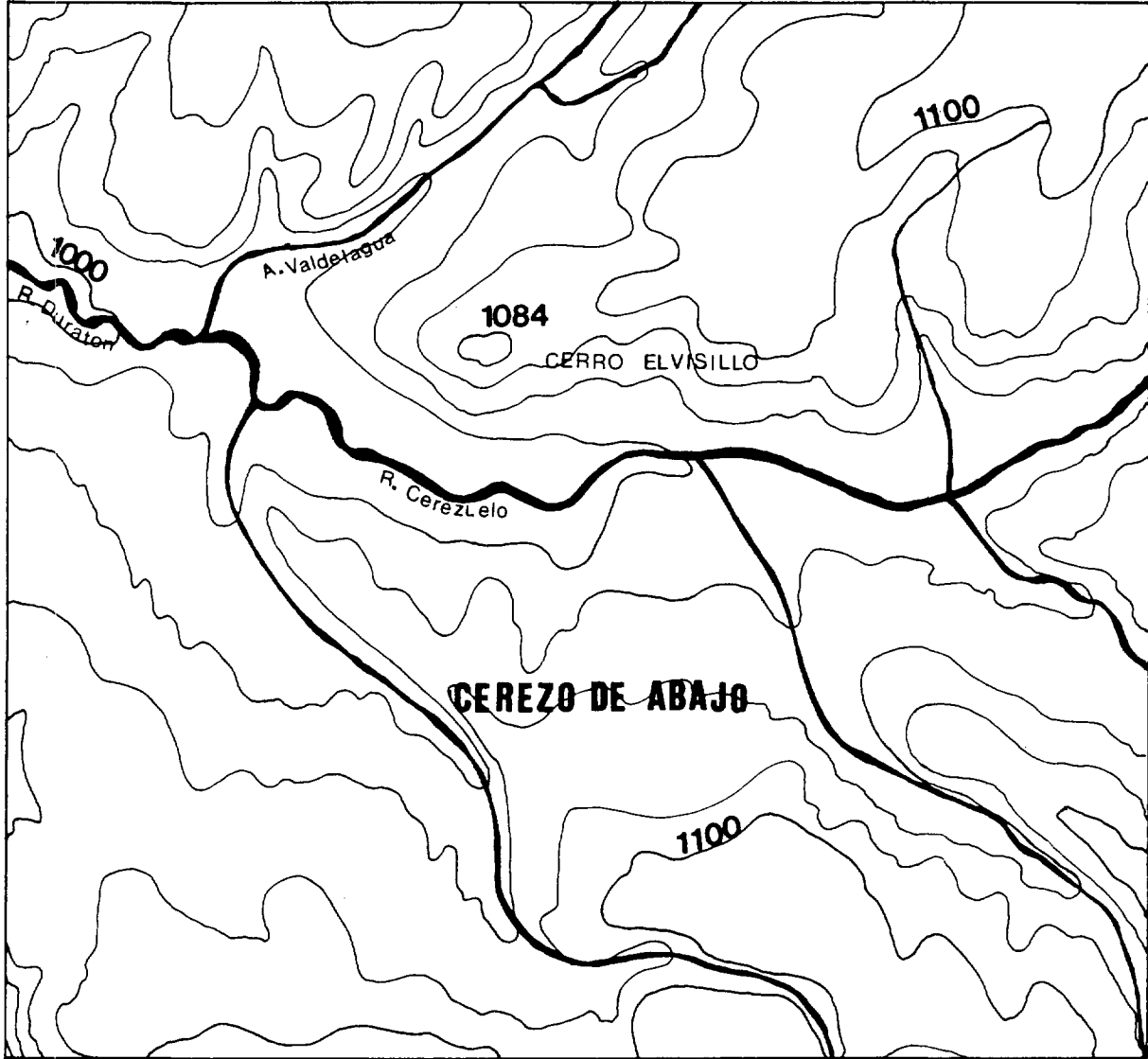
afloramiento calizo en superficie; incluso algunas piedras más duras, como las areniscas se aprovecharon para la confección de molinos. No conocemos ningún foco de arcillas importante, si bien gredas y barro del borde de los cursos de agua se debieron usar para la confección de adobes, constatables en la supercie del asentamiento.

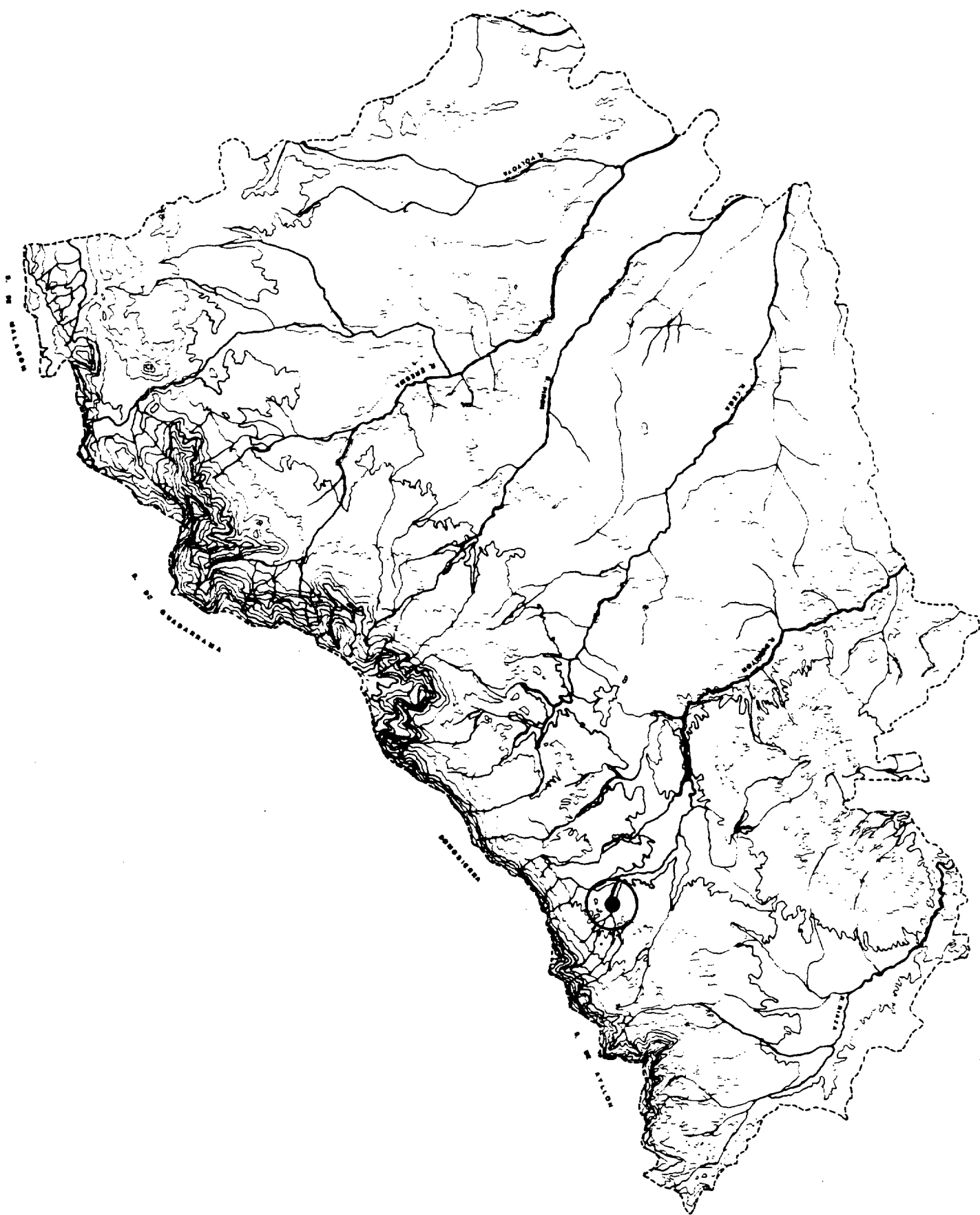
El aprovisionamiento de recursos como el granito o los minerales metálicos entrarían dentro del territorio de captación (SCA) anual, con muchas posibilidades de tener su origen en las faldas serranas para el primero, y algunas menos para el segundo, si bien no puede descartarse la procedencia del foco ferruginoso de la Sierra de Ayllón. En este mismo territorio de captación anual de recursos habría que enmarcar la siempre posible trashumancia de "corto" y "medio" recorrido, tanto a las praderas veraniegas de la Sierra, como hacia los pastizales de primavera de los escarpes de La Serrezuela.

Como último punto nos quedaría por valorar la incidencia de las comunicaciones locales o regionales que hagan posible los contactos a través de este territorio y la explotación de los recursos del mismo. Como ruta de primera importancia sigue siendo el curso del Duratón mediante el cual se posibilita la explotación de su fértil vega, se contacta con los yacimientos inmediatos aguas arriba, y se abre a las relaciones con el valle del Duero. En un nivel secundario habría que colocar la fácil ruta por la vega del Arroyo de las Redondas, la que se dirige hacia el Noreste por el curso del Hocino o la que se prolonga por los pastizales de la Tierras

de Pinares (aún hoy se conoce un tramo de cañada ganadera con el nombre de "Cañada de Navatraviesa" que conduce a los pastos del borde de dicha laguna); a este mismo grupo correspondería la ruta que barranco arriba nos lleva hasta Los Castros.

En resumen, los recursos existentes en el territorio del yacimiento de Los Sampedros ofrecen unas posibilidades de explotación variadas, con buenas y cercanas tierras para el cultivo de cereales, pastizales y praderas de aceptable calidad y uso progresivo durante el año, y una amplia zona de monte donde aprovechar los frutos de recolección, la madera y, en menor medida, los pastos. Sin embargo, carece de recursos de minerales tan apreciados en estos momentos. Un territorio de explotación, por lo demás, perfectamente accesible, y en gran parte, sobre todo las mejores tierras, controlable desde la posición estratégica del asentamiento prerromano.





YACIMIENTO: CEREZO DE ABAJO.

Los dos últimos yacimientos que vamos a incluir dentro de la Cuenca del río Duratón, tanto éste de Cerezo de Abajo como el de Boceguillas del que hablaremos seguidamente, vienen definidos por un elemento común: de ambos desconocemos su ubicación exacta, por el momento, y aquellos materiales que supuestamente serían más representativos. Sin embargo, las noticias proporcionadas por Molinero y Juberías respecto a las características culturales de éstos nos merecen bastante crédito, puesto que hacen alusión a restos arqueológicos extremadamente específicos, tales como las fíbulas "celtibéricas" en un caso y "célticas" en el otro, de los cuales, además, los dos autores poseían un conocimiento amplio por el contacto mantenido con el Marqués de Cerralbo y Juan Cabré, y por lo tanto, con los abundantísimos materiales similares procedentes de las innumerables necrópolis de la Edad del Hierro excavadas por sendos investigadores. De todos modos, hemos creído conveniente calificar de "hallazgos imprecisos" los restos y noticias de tales características, calificativo que haremos extensible a algunos otros puntos de la provincia de Segovia.

(Esta anotación general debemos hacerla también en la introducción sobre el análisis de la Arqueología interior y de los territorios de explotación).

Dicha valoración se refleja en la imposibilidad de cotejar los datos referidos a la "Arqueología interior" y, así mismo, de hacer una precisión detallada sobre la explotación

de su territorio, si bien en este aspecto es más fácil proceder a un acercamiento del contexto.

Remitiéndonos ya de una forma concreta al yacimiento de Cerezo de Abajo, contamos con dos tipos de noticias:

. Las de J. Juberías (Documentación inédita de la antigua Comisaría de Excavaciones), con una fecha en torno al final de los años cincuenta, en que da a conocer la existencia de "...fibulas celtibéricas y otros objetos celtibéricos ...". Los materiales pasaron a integrar la Colección Cerralbo, donde hasta el momento nos ha resultado imposible dar con ellos.

. Los pocos materiales publicados por Molinero (1871, Lám. CXXXIX,...) entre los que destacan algunos fragmentos de cerámica pintada y una fusayola circular, que seguramente pueden adscribirse al período celtibérico.(figura....)

El yacimiento de Cerezo de Arriba se encuentra enclavado en la cabecera del río Duratón, en las inmediaciones del paso natural de Somosierra; en concreto son el río Cerezuelo y el río del Puerto, en unión del conjunto de arroyos que a ellos desaguan, los que forman la cuenca alta de dicho curso fluvial. Geográficamente pertenece, pues, al Sector del Piedemonte de la Sierra, ubicándose en el mismo borde de contacto entre éste, el sector típicamente serrano, y las depresiones miocénicas inmediatas; su apertura, además, hacia las tierras de llanura es muy significativa. De todos los puntos dotados de una fácil defensa natural (característica, por lo demás, común al grueso de los núcleos habitados durante la II Edad del Hierro), destaca, a nuestro

entender uno, el Cerro del Visillo, encaramado en un espolón entre el arroyo Valdelagua y el río Cerezuelo. Desde su cota, en torno a los 1100 mts, se controla visualmente no sólo el faldón de la Sierra con el paso de Somosierra, sino las tierras de la vega media del Duratón aguas abajo. Coinciden en este cerro otras rasgos a tener muy en cuenta como es el paso a su pie de la Cañada Real Segoviana, ruta ganadera de importancia sobradamente reconocida.

El territorio ubicado en los alrededores de Cerezo de Abajo, término en el que hay que suponer el centro del yacimiento, posee unos caracteres geomorfológicos interesantes. La mitad de dicha superficie corresponde al complejo metamórfico del crestón del Sistema Central, mientras la otra mitad está integrada por terrenos de formación miocena; sólo en el borde de los cursos fluviales encontramos suelos cuaternarios. Todo este espacio se sitúa a una media de 1100-1200 mts de altitud, llegando a superar en la pendiente serrana estas cotas. Las condiciones climáticas también son en cierta medida diferentes del resto del Valle del Duratón, destacando el mayor índice de pluviosidad, por encima de los 700 mms., la abundancia de precipitaciones en forma de nieve y la extremada dureza de los meses de invierno.

La vegetación, como un recurso básico y de importancia mayor que en el resto de los yacimientos analizados dentro de la Cuenca del Duratón, se adapta en gran medida a estos rasgos geomorfológicos. La comunidad permanente de mayor importancia son los rebollares sobre suelos pobres en bases, en ocasiones también denominados "melojares guadarrámicos" (Izco 1984,

pp.312-319), y que responden a las constantes climáticas existentes entre un piso montano de mayor humedad, y el típico mediterráneo. Estos rebollares son muy ricos en plantas herbáceas, sobre todo, gramíneas por lo que la utilización tradicional ha sido como pastizales para la ganadería, a parte de sus aprovechamientos selvícolas. Esta comunidad atestiguada en las noticias de Madoz para el siglo XIX, hoy sigue manteniéndose en determinados bosquetes relictos. A este respecto, se puede anotar el topónimo de "rebollar" en las cercanías de Cerezo de Abajo. Lo mismo puede decirse en cuanto a la existencia de "dehesas", algunas de ellas hoy sin porte arbóreo o con un ligero matorral.

La segunda comunidad en importancia es la asentada en las inmediaciones del curso de los ríos; en este caso son los rebollares y fresnedas típicos de los suelos húmedos. Al Oeste sobre terrenos más pobres en bases, frente al Cerro del Visillo se localiza una formación diferente, presidida por las encinas con alguna sabina albar. De ambas comunidades se mantienen en la actualidad numerosos bosquetes. Y finalmente, el piso montano estaría poblado por pinares silvestres.

A tenor de el panorama presente hoy en que, frente a territorios de otros yacimientos de este mismo valle, destaca la abundancia de bosques o matorrales representativos de la vegetación potencial enunciada, dichas comunidades naturales no debieron sufrir con una desforestación extrema durante la etapa que venimos estudiando. La ausencia de otros establecimientos de población permanentes en periodos cronológicas anteriores en este área aboga en favor de la existencia de una comunidad vegetal casi intacta, cuyo proceso

de deterioro se iniciaría precisamente en este periodo preromano.

En posición muy distinta a la anterior se encontrarían los suelos. La propia distribución litológica del territorio formada a base de materiales metamórficos o procedentes del deterioro de éstos, todos ellos pobres en componentes orgánicos, es la responsable de la pobreza de los suelos de cara al cultivo. Más del 80% del territorio lo constituirían terrenos calificados como "poco productivos", y sólo en torno al 20% lo integrarían suelos de muy escasa potencialidad para el cultivo de cereales, que autores como Madoz califican con el epíteto de "tierras centeneras", en razón al cultivo más habitual. Sin embargo, esta pobreza en suelos aptos para el cultivo se ve ampliamente compensada por la riqueza en pastizales y praderas naturales, ubicadas en las márgenes encharcadas de los cursos de agua, y, sobre todo, en el reborde serrano. En numerosas ocasiones sería el mismo bosque de melojos o encinas el asiento de dichos pastizales. La riqueza en recursos hídricos ayuda a potenciar el dominio de los prados. A este respecto hemos marcado en el Mapa... adjunto la dispersión de las praderas y pastizales naturales en el entorno de Cerezo de Abajo, lo que ayuda a comprender la riqueza del territorio de cara a un aprovechamiento ganadero.

En lo referente a los recursos minerales de tipo metálico sí tienen alguna importancia en el espacio definido por el territorio de nuestro yacimiento, quedando englobado dentro del Area II, correspondiente al tramo serrano

de Somosierra. Tanto a través de las noticias antiguas recogidas por Cortázar (Mapa de Minerales I), como de los datos más recientes extraídos del Catastro Minero y de los Mapas Metalogenéticos (Mapa de Minerales II), se ponen en evidencia algunos focos de minerales de cobre y argentíferos. Tampoco queda demasiado alejado el yacimiento del Area III ubicada en la inmediata Sierra de Ayllón, en la que son relativamente abundantes los minerales de Hierro. Indudablemente esto no prueba su explotación durante etapas protohistóricas, pero no por eso deja de ser un dato a considerar en cualquier análisis que intente profundizar en el aprovechamiento de los recursos naturales en dichos períodos.

También son muy abundantes los materiales pétreos, sobre todo granito, cuya dedicación más destacable, a parte del uso local en construcción, estaría en la manufactura de piedras de molino, tanto de barquillo como circulares, cuya existencia es manifiesta en la práctica totalidad de los yacimientos prerromanos de la provincia de Segovia. No ocurre lo mismo en lo referente a los recursos de materiales arcillosos, puesto que nos encontramos con una litología con predominio de terrenos metamórficos o resultantes de su deterioro.

Sin embargo, Las rutas naturales de comunicación que pueden rastrearse a lo largo de este territorio merecen la consideración de importantes por su valor regional, e incluso por su significación en las comunicaciones entre ambas Mesetas. Dichos caminos serían los siguientes:

-Eje natural del Duratón, continuando aguas arriba por el curso del río del Puerto hasta encaramarse al mismo paso de Somosierra. Una variante de dicha ruta principal estaría en el valle del río Cerezuelo, cuyo eje nos conduce al alto Riaza y por el puerto del Reventón a las tierras de Guadalajara. El contacto a través de esta variante del centro de la Meseta Norte y el foco celtibérico es evidente.

-La segunda ruta sería, suponiendo que aceptamos, a grandes rasgos, el trazado ancestral de estos caminos, la hoy conocida como Cañada Real Segoviana; proveniente de tierras sorianas en su discurrir hacia el Puerto de Somosierra cruza el río Cerezuelo frente al Cerro del Visillo. También este camino puede valorarse como una ruta de amplia utilización en los contactos de todo el centro peninsular.

Por cuanto se refiere a los trazados de pequeños caminos de carácter local, la imprecisión del hallazgo impide así mismo el esbozo de éstos, cuyo papel fundamentalmente estaba en hacer posible la explotación inmediata del territorio.

Ante estos datos aportados, podemos concluir que el yacimiento de Cerezo de Abajo, respecto a su territorio de explotación, ofrece unas posibilidades de aprovechamiento económico centradas proritariamente en las actividades ganderas, actividades de recolección de los productos del monte y de caza de las especies de la comunidad ecológica en él instalada, y en menor medida, como sector más reducido, quizás marginal, la agricultura. También el sector serrano

enmarcado en torno a Somosierra y en el que se integraría el yacimiento de Cerezo de Abajo, se pudo convertir en uno de los puntos de origen para la captación de recursos en el marco del "territorio anual" de muchos de los yacimientos de la Cuenca del Duratón, accediendo a él fácilmente a través de la ruta natural trazada por el curso de dicho río. Y finalmente sin descartar, en modo alguno, el beneficio de alguno de los recursos de minerales metálicos. Cronológica y culturalmente, si tomamos en consideración los datos los materiales conocidos, ciertamente muy escasos, y las noticias de los materiales recogidos, este yacimiento estaría perfectamente adscrito a la plena II Edad del Hierro.

YACIMIENTO: BARBOLLA.

Conforme aludíamos en líneas precedentes, este últimos yacimiento incluido en la Cuenca del Duratón también nos resulta desconocido por el momento, aunque en función de los datos de Juberías debe de coincidir y subyacer bajo un pequeño vicus romano existente en el término actual de Barbolla, y del que recientemente se han descubiertos restos de un pequeño puente y un corto tramo de camino. Las noticias que de él poseemos son exclusivamente bibliográficas; en ellas Molinero aporta textualmente los siguientes datos:

"Un labrador entregó a D. Justo Juberías fíbulas del hierro céltico y objetos romanos encontrados en un despoblado que está a unos dos Kms. de la población, cerca de la carretera de Sepúlveda. No se han hecho excavaciones".
(Molinero, 1951, pp.198, n.156 y Mapa 4).

Molinero, erróneamente, ubica el yacimiento en el término de Boceguillas, cuando en realidad está en el citado de Barbolla, si bien no muy lejos de la divisoria de ambos.

La noticia, para nosotros válida dado el conocimiento que Juberías posee de los materiales celtibéricos y la correspondencia confirmada con el pequeño hábitat romano, tiene una fecha aproximada de 1947, años durante los cuales el autor recorrió la mayor parte de los pueblos de los partidos de Sepúlveda y Riaza, prospectando y recogiendo cualquier indicio arqueológico; gran parte de estos datos y materiales pasaron a engrosar los fondos de la Colección Cerralbo, actualmente en el Museo Arqueológico Nacional. Tampoco en

este caso hemos podido localizar los restos depositados en dicho Museo, y donde probablemente se encuentran los objetos arqueológicos a que hacemos mención, pertenecientes a este yacimiento de Barbolla.

Así, pues, muy pocos datos podemos avanzar referidos a su arqueología interior. Sin embargo, en cuanto a la tipología del asentamiento debió tratarse, como en el caso del inmediato yacimiento de Los Mercados, en Duratón, de un hábitat en "caserío", ubicado en llano, sin defensa natural (Tipo A de Llanos); no dispone de otro control que el de las tierras y prados que le rodean. Geográficamente esta enclavado en medio de la vega del río de la Hoz, cuyas aguas afluyen al Duratón frente al yacimiento de Sepúlveda, y con una altitud aproximada de 950 mts.

De mayor interés resulta el análisis de su territorio de explotación. Geomorfológicamente el yacimiento se encuentra establecido sobre los terrenos cuaternarios inmediatos al curso del río de la Hoz y los miocenos que les rodean. Las condiciones climáticas son las de un tipo Mediterraneo templado, con precipitaciones en torno a 600-650 mms., temperaturas de 10-12 grados de media, y un margen entre 7-9 meses de heladas. Ello contribuye a proporcionar a este área unas aceptable potencialidad agricola en cultivos de secano.

Aún hoy quedan reductos, sobre todo en el sector más oriental, de la vegetación natural que pobló este territorio: rebollares en dicho sector oriental, y encinares en el resto, reservando la ribera de los cursos de agua para fresnos,

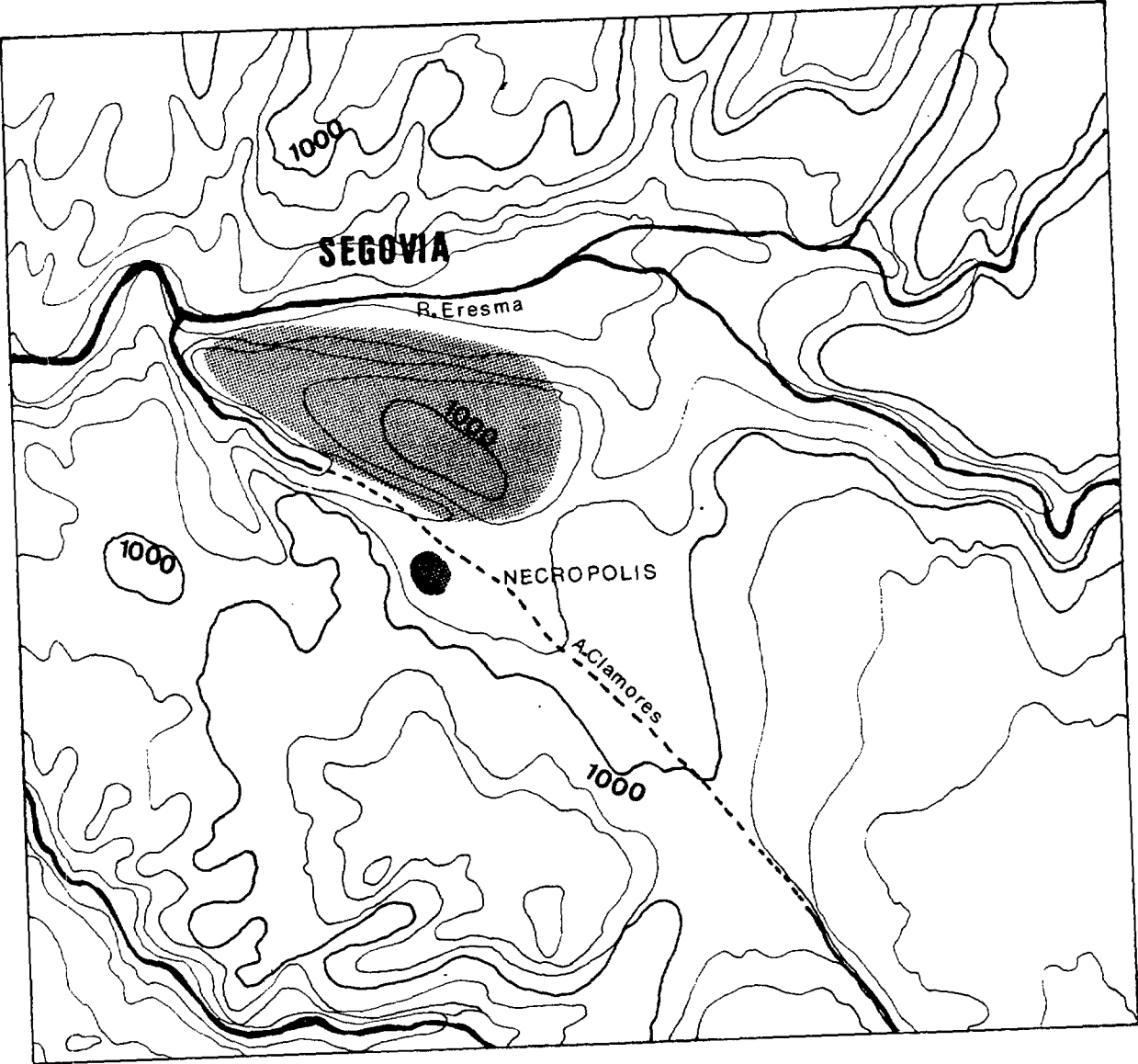
álamos, olmos, y chopos. La actividad antrópica sobre el territorio debió de repercutir en un deterioro notable de este espacio forestal, puesto que la presión ejercida sobre sus fértiles suelos no sólo procedería de este pequeño hábitat, sino también de Sepúlveda, puesto que en su momento anotábamos estas tierras miocenas del río de la Hoz como territorio del expansión de este último yacimiento.

El recurso más destacable de este pequeño hábitat es sin duda, el suelo. Más de las tres cuartas parte de él lo componen terrenos de aluvión y de gran productividad agrícola; sólo su franja más oriental la integran suelos de menor calidad o dedicados a monte. Casi la totalidad de sus prados está dispuesta sobre el mismo curso del río, en tierras bajas, anegadas durante las estaciones lluviosas. Estamos, pues, ante un territorio de gran potencialidad para el aprovechamiento agrícola en cultivos de cereales de secano, sin despreciar el complemento tan importante que suponen los excelentes pastizales de ribera. Incidirían más si cabe en esta valoración de los suelos los abundantes recursos hídricos, en forma de fuentes, regatos y arroyos, todos ellos subsidiarios del río de la Hoz.

Por el contrario, es un territorio carente de recursos de minerales metálicos, e incluso escaso en piedra para construcción. Sin embargo, es muy a tener en cuenta la importancia de un foco de arcillas en el mismo límite Oeste.

En conclusión, podemos valorar este yacimiento del término de Barbolla, cuya confirmación merece una prospección

minuciosa y muy complicada a causa del arrasamiento ocasionado por la moderna agricultura, como un hábitat de escasas dimensiones dedicado preferentemente a la explotación de las tierras de buena calidad del arroyo de la Hoz, y quizás por ello, ubicado en medio de dicho espacio; en él no destaca una preocupación defensiva o geoestratégica, sino la función económica derivada del aprovechamiento del medio. Jerárquicamente es fácil pensar en una dependencia del yacimiento de Sepúlveda, foco hacia el que derivarían sus producciones, donde adquirirían las manufacturas necesarias y en el cual tendrían un refugio en caso de peligro inminente. A nuestro juicio, estos pequeños caseríos establecidos en la Cuenca Media del Duratón, cuya existencia es rastreable a través de las fuentes clásicas, suponen una clara y lógica racionalización en la explotación de los territorios; de ahí que cuando las condiciones geopolíticas cambian como efecto del avance del proceso romanizador y se clausuran muchos de los castros defensivos, los pequeños caseríos dedicados a las actividades agropecuarias subsistan en mayor medida, e incluso se potencian sin que aparentemente varíen en sus funciones dentro del proceso productivo.





Croquis de la ciudad de SEGOVIA
Zona intramuros y barrio de San Marcos
PLANO CATASTRAL
Escala 1: 2000

■ NECRÓPOLIS S. MILLÁN

YACIMIENTO: SEGOVIA

1.Arqueología interior: El hábitat.

Con el análisis de este yacimiento ubicado en el casco antiguo de la actual ciudad de Segovia, iniciamos el estudio del Valle del Eresma, destacable por encontrarse en él núcleos poblacionales de primera magnitud (Coca, y este mismo de Segovia), y por corresponderse con el eje natural de comunicaciones más importante durante la II Edad del Hierro en nuestra provincia, y tal vez en todo el centro de la Meseta Norte.

De todos los yacimientos inventariados para este período prerromano e incluidos en la actual provincia de Segovia, es éste conocido con el mismo apelativo, (ya en las fuentes clásicas se le da este nombre al asentamiento indígena), el que cuenta con un mayor número de aportaciones bibliográficas. Y nos referimos con el denominador de "aportaciones bibliográficas", puesto que en ninguno de los estos pequeños estudios se aborda la problemática subyacente al período prerromano de esta ciudad. De igual modo, el conocimiento arqueológico es muy parcial y reducido, careciendo hasta el presente, quizás debido a las escasas posibilidades de encontrar áreas intactas o poco removidas por el desarrollo urbano posterior, de un planteamiento de investigación arqueológica que afronte en amplitud el estudio de las etapas más remotas del surgimiento de su población. Como resultado de este panorama tan poco evocador, el

conocimiento arqueológico del yacimiento prerromano queda resumido a un conjunto de materiales cerámicos rescatados en su mayor parte de escombreras o zonas muy removidas y a los escasos ejemplares de escultura zoomorfa, bien conocidos desde antiguo. En honor a la verdad, quizás deba decirse que la propia dinámica de la ciudad con sucesivas construcciones y reconstrucciones hasta nuestros días puede haber sido la causante de la profunda destrucción del asentamiento prerromano.

Con la intención de realizar sólo una escueta reseña, puesto que la mayor parte de los trabajos ya fueron recogidos y en alguna medida valorados en el capítulo de la historiografía, damos cuenta de ellos con la siguiente relación. Los primeros datos, en concreto la existencia de esculturas de verracos, están ya incluidos en la obra de Gil González Dávila, a fines del siglo XVI (1589). Estos mismos objetos son citados como elementos representativos de las culturas prerromanas en Segovia en las obras de Colmenares (1637), Somorrotro (1820), Bosarte (1804), Quadrado (1889) Castellarnau (1891) o Paredes Guillén (1902 y 1904). Desde mediados del siglo XX, con la llegada de Molinero a Segovia, comienzan a salir a la luz noticias sobre restos de materiales cerámicos de tradición celtibérica aparecidos en la zona alta de Segovia; dichas noticias se van a potenciar con el desarrollo de excavaciones al pie del Acueducto (Almagro Basch-Caballero Zoreda 1975-1977), y en un buen número de puntos de la ciudad, debidas especialmente a la labor de A. Zamora (1975, 1976). A esta tarea investigadora habría que unir la prospección recolectora de restos con un origen en la

actividad constructora (para la conservación del yacimiento arqueológico sería destructora) dentro del casco histórico de Segovia (Ortega-González 1975; Ruano 1976). Estas investigaciones son la base fundamental existente hasta el día de hoy para afrontar la reconstrucción de la II Edad del Hierro en Segovia, aportando el grueso de los materiales arqueológicos conocidos.

El primer rasgo a detallar en el estudio de su arqueología interior es el referido a sus características físicas. El área donde se encuentra el yacimiento puede encajarse en la superficie de erosión del reborde serrano (Unidad estructural II), aunque ya en la línea de contacto con las llanuras miocenas (Unidad IIIa), que se extienden por el interior de la provincia. Tomando las palabras de Ruiz Hernando, la ubicación del asentamiento de Segovia se produce en "...un punto de transición geomorfológica y en un lugar de contacto de tres formaciones geológicas: primero arcillas, areniscas, conglomerados oligocenos y neógenos que dan los llanos y valles meseteños; luego calizas, margas y arenas cretáceas, que dan las serrezuelas y relieves de bordes y finalmente granitos y gneis del zócalo, que dan la sierra". (Ruiz Hernando 1982, Tomo I, p.13). Es una disposición muy meridional respecto a la cuenca del Duero, ya en el mismo límite con el Sistema Central que pone término a dicho espacio geográfico. En concreto, el castro se ubica sobre un paquete de materiales cretácicos, con arenas basales y calizas culminantes estratificadas; un conjunto que previamente ha sido tallado por la incisión de los cursos de agua, en este

caso el Eresma y el Cíamores, que discurren en profundas hoces. Así queda constituido uno de los típicos espigones fluviales, con unas características defensivas de primer orden, que se mantienen, aunque con menor entidad, también en el sector Sureste, punto en el que hoy se dispone el Acueducto romano. La superficie de este macizo rocoso excede holgadamente las 30 Has. Hoy, con los datos arqueológicos que poseemos, resulta muy difícil saber si todo él estaba habitado durante la etapa prerromana, puesto que la dispersión de los materiales en clásicas escombreras o niveles de arrastre pueden falsear esta apreciación. Este núcleo de asentamiento se encuentra a una altitud en torno a los 1000 mts., entre 60 y 80 mts por encima de los cursos que le bordean. Su orientación, libre de cualquier resguardo, hace posible tanto el soleado de la roca como el azote de los vientos del Norte, convirtiendo el emplazamiento en un lugar de duras condiciones climáticas, que, sin duda, siempre fueron compensadas por la excelente posición defensiva del castro.

Conforme a esta disposición geográfica del yacimiento de Segovia, el emplazamiento se puede encajar perfectamente en el tipo "B" de Llanos (1974), correspondiente a los hábitats en espigón fluvial, a todas luces el más abundante entre los yacimientos de la etapa prerromana en la Meseta Norte.

En íntima relación con estas mismas características físicas estaría la posición geoestratégica del yacimiento, con un control y dominio visual de su entorno más inmediato. En este sentido la propia altitud similar o algo mayor de las cornisas cretácicas que le bordean y la estrechez de los

valles, no permiten una visibilidad prolongada en dirección Norte y Oeste; en cambio desde la roca sí se hace visible con claridad todo el territorio del piedemonte serrano e incluso toda la vertiente septentrional de la Sierra. De este modo, podemos decir que una buena parte de su territorio de explotación es controlado desde lo alto del asentamiento. La distancia a los yacimientos más inmediatos, no visibles desde Segovia, (Cerro de Tormejón y Cerro de Castejón) está en unos 18-20 Kms. En definitiva una posición geoestratégica que estaría más que justificada por la ubicación geográfica del asentamiento en el punto justo de contacto de La Sierra y El Llano, y pudiendo controlar el eje de comunicaciones más importante entre el Centro de la Cuenca del Duero y la Meseta Sur, definido por el curso natural del Eresma.

Más difícil resulta realizar alguna precisión sobre la organización del espacio interior del propio hábitat. Hasta el momento parece desconocerse cualquier resto de arquitectura doméstica o defensiva. Por tanto, resulta imposible cualquier precisión microespacial. A todo lo más que puede llegarse es a evaluar la dispersión de los hallazgos, y ello con las reticencias que acabamos de enumerar. De todos modos, no queremos dejar de mencionar un par de datos que pudieran abrirnos alguna luz sobre las características arquitectónicas; el primero de ellos se refiere a la noticia recogida en el texto de A. Zamora, y que "a posteriori" él no pudo cotejar, proporcionada por T. Hauschild y W. Grünhagen, referida a la existencia de "...una posible talla en las calizas, en forma de escalón, quizás parte integrante de una probable

muralla...", en las obras de desescombro del antiguo Colegio de los Maristas (A. Zamora 1975, pp.34-35). Y la segunda, al hallazgo recientemente con motivo de la canalización de cables telefónicos de parte de una estructura rupestre de una habitación de época romana; este tipo de construcción arquitectónica, propia de lugares con afloramiento en superficie de calizas muy blandas, es muy posible que fuese iniciado durante el período prerromano, tal como puede consignarse para el caso de Termancia, núcleo prerromano arévaco que posteriormente también fue romanizado. No es descabellado pensar en el reaprovechamiento de sistemas de construcción tradicionales durante la etapa prerromana, de los cuales incluso tendremos constancia en otros hábitats provinciales, como el Cerro Tormejón o el Cerro de la Sota, por lo demás, yacimientos vecinos a éste de Segovia.

Sin embargo, ambos ejemplos no pasan de ser unas ligeras apreciaciones, cuya confirmación debe ser probada con hallazgos arqueológicos definitivos, pero cuya presencia es imprescindible valorar en la organización de su espacio interno. No en vano sigue estando pendiente contar con algún elemento de análisis indicativo de aspectos referidos al urbanismo de las primeras etapas del poblamiento de esta ciudad, tanto celtibérica como romana.

Más prolijos han sido los hallazgos de restos de la cultura mueble, fundamentalmente materiales cerámicos: a su estudio hay que remitir cualquier idea sobre la valoración cultural y cronológica de la II Edad del Hierro en Segovia. El grueso de la documentación procede de la recogida de restos extraídos en obras de construcción o de excavaciones de

urgencia realizadas con motivo de éstas, en su mayor parte a cargo del Museo Provincial de Segovia. Por nuestra parte, vamos a remitirnos exclusivamente a los datos y objetos publicados, cuya documentación gráfica traemos a estas páginas (Figs.). De cara a una mayor claridad en el análisis desglosamos los restos conforme a su lugar de procedencia en la trama de la ciudad:

.- Escombrera del antiguo Colegio de los Hermanos Maristas. Un buen conjunto de materiales, el más abundante del que tenemos constancia hasta el momento, es recogido en los estudios de A. Zamora (1975), Ortega Fuente-González Zamora (1975), y E. Ruano (1976). Todos ellos tienen su origen en un vertedero de más de 20 mts de potencia, de los cuales 18 son de cronología "celtiberica"; la localización de cerámicas romanas en su base descarta cualquier valoración estratigráfica. Del análisis de este grupo de materiales puede realizarse la siguiente valoración:

- . Escasez de las producciones a mano, representadas por tres fragmentos (Fig....n....): dos ellos correspondientes a probablemente a una copa de pie elevado con estampillados simples circulares, y el restante a un vaso con decoración de bandas impresas por puntillado de peine?

- . Presencia relativa de cerámicas a torno con estampillas (Figs....n....), a veces en combinación con pintura.

- . Abundancia generalizada de manufacturas torneadas. comunes entre las producciones del celtiberismo clásico y tardío; entre las formas se observan vasos de borde vuelto y de borde cefálico, copas, platos, boles o cuencos,... en nada

distintas de los tipos conocidos. Lo mismo puede decirse de los motivos decorativos, gracias a los cuales es posible diferenciar lo clásico (semicírculos, segmentos de círculo, bandas finas y anchas, líneas onduladas o en meandros,...) de lo tardío (representaciones zoomorfas, arcos, óvalos, reticulados,...). Entre estos últimos se puede destacar un fragmento (Fig....n....) con representación zoomorfa cenital, motivo también localizado entre los vasos de Numancia (Watttemberg 1963, Romero 1976), fibulas (en concreto una fibula procedente de El Berrueco- Watttemberg 1963, Tabla XVIII, 8) e incluso alguna tessera de hospitalidad (Burillo 1988, p.182). Por otra parte, nos interesa destacar un aspecto técnico rastreable en las descripciones y dibujos de estas producciones: la bicromía en la pintura de algunos de estos motivos. Una bicromía que con mayor acierto se puede tachar

en muchos de estos fragmentos quizás mejor como una diferencia tonal en la aplicación de la misma pintura, resultado de la mayor proporción de agua en la mezcla. De igual modo es muy interesante la abundancia de pastas ocres-amarillentas, incluso para productos no atribuibles a la etapa tardoceltibérica. Ambos datos estarían poniéndonos en la pista de un posible alfar ubicado en el entorno del Valle del Eresma. Y nos referimos expresamente a este sector provincial, puesto que como veremos más adelante también en Coca nos encontraremos con pinturas "bicromas" en piezas de pastas claras.

Otros materiales destacables serían bolas estampilladas o puntilladas, una fusayola bitroncónica, unas pinzas de depilar de bronce con el entalle de pasta vítrea, y

un fragmento de hacha pulimentada.

En resumen, un conjunto de elementos que adscriben perfectamente el asentamiento de Segovia a la II Edad del Hierro, con una fase Cogotas II inicial poco rastreable por el momento, una fuerte eclosión durante el período celtibérico clásico y un claro mantenimiento de este vigor en el asentamiento durante la etapa tardoceltibérica, enlazando con el proceso de romanización del yacimiento.

.- Calle Real 4.

Las siguiente muestra en importancia procede de la recogida de materiales de la excavación de unos pozos efectuados con motivo de las obras de reafirmado de un local en la parte sur del castro. El conjunto apenas sobrepasa la veintena de fragmentos, y fue objeto de un pequeño estudio por parte de A. Zamora (Zamora 1976). De la documentación fotográfica en él presentada (por nuestra parte, hemos decidido traspasar a dibujo de línea estos materiales para una mejor comprensión ya que la reproducción mediante fotocopia es difícilmente apreciable), se desprenden unas características ya observadas con antelación: pastas anaranjadas o claras con engobes amarillentos, pinturas a un solo color o bicromas en tonos oscuros o rojo claros, formas globulares de borde vuelto, platos, cuencos o boles, motivos semicirculares, de bandas, rombos rellenos, etc..., indicativo todo ello de producciones torneadas celtibéricas clásicas y tardías. Una especial mención merece el fragmento de "barniz rojo", fechado por el autor entre los siglos IV-III a.C, y que para él supone el elemento cronológicamente más antiguo del inicio del

asentamiento en el castro de Segovia. Menos concluyente es la afirmación a partir de un fragmento de cerámica recocida, relativa a la existencia de un alfar en el casco del poblado; materiales con idéntico deterioro, y número muy abundante, han sido rescatados por nosotros "in situ" en niveles de habitación en el yacimiento de la Plaza del Castillo de Cuéllar, como productos resultantes del fuerte incendio que destruyó el poblado, provocando con ello la superación del punto de cocción de estos vasos (en torno a 1000 grados) y por tanto, la deformación y el burbujaeado de la estructura cerámica.

.- Pilares del Acueducto:

Con motivo de la realización de una excavación en las cimentaciones de esta obra hidráulica, se localizaron, en concreto en un silo dispuesto en el Pilar 108, un conjunto de fragmentos de cerámica de diferentes épocas, entre los cuales los autores (Almagro Basch, M. y Caballero Zoreda, L., (1974-1977) p.39) hacen mención a la presencia de algunos pertenecientes a lo que ellos denominan "tradición ibérica", y que no deben de ser otra cosa que manufacturas celtibéricas. Indudablemente el hallazgo está muy revuelto, con posibilidades de estar removido de contexto, aunque no deja de ser significativo el hecho de su ubicación fuera del recinto del castro; lamentablemente no contamos con documentación gráfica al respecto.

Menos suerte tuvo contraviniendo las esperanzas puestas en ella, en cuanto a la localización de material prerromano, la excavación en el Corralillo de S. Sebastián, ya dentro del

recinto murado.

.-San Juan de los Caballeros:

Al efectuar la excavación de la necrópolis medieval adjunta a la Iglesia de San Juan de los Caballeros, A. Zamora rescató entre los materiales del revuelto de las tumbas un conjunto de pequeños fragmentos muy rodados de cerámica celtibérica (pastas amarillentas, motivos pictóricos de bandas, semicírculos, ...). De ellos tampoco se publicó documentación gráfica. De todo modos es un dato más a tener en cuenta en la dispersión de estos materiales en el recinto de la ciudad. (A. Zamora, 1976, pp.10-11; 1979, p.579).

.- En un solar de la calle de S. Agustín, donde la roca afloró a unos 20 ctms, A. Zamora anota el hallazgo de algunos restos de cerámica celtibérica (A. Zamora 1976, p.15).

.-Como materiales con una procedencia menos determinada estarían los publicados por Molinero (A. Molinero 1972, Lám. CXV), si bien es muy posible que pueda tratarse de los que años antes había localizado en la bajada de El Alcázar a La Fuencisla, en el punto más extremo de la roca (Molinero 1950, p.644). En la decena larga de fragmentos cerámicos, se vuelve a poner de manifiesto la presencia masiva de cerámicas a torno con formas y decoraciones típicas de las manufacturas celtibéricas clásicas y tardías (uno de los fragmentos -Fig. ...número,...- es una ficha, recortada de un vaso pintado); destaca de nuevo la bicromía en la pintura de algunas bandas, dato éste que hemos querido destacar con antelación. Sin

embargo, nos interesa abundar en un par de fragmentos, cuya apariencia (Molineró no publica un inventario pormenorizado de estos materiales con lo cual se nos escapan las características técnicas respectivas) denota su producción a mano; el primero de ellos está decorado con incisiones "a peine" y el arranque de un gallón impreso, lo cual permite adscribirle sin ninguna duda al horizonte Cogotas II, claramente rastreado en otros yacimientos de la provincia. El segundo muestra una decoración de pequeñas líneas incisas con un instrumento de cabeza roma colgadas bajo una banda de impresiones apuntadas, seguramente hechas con el mismo instrumento; motivos decorativos similares han sido estudiados por nosotros entre las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas (Cuéllar), calificándoles como productos que responden a la "tradición de tipo Soto" y a los influjos de C.U. Tardíos en la Meseta (Barrio, 1988,p.398). Ambos fragmentos, por el momento raros entre lo conocido del yacimiento de Segovia, nos ponen en la pista de la posible existencia de un momento formativo anterior al mundo celtibérico, y que habría que enmarcar entre Soto II-Cogotas II. La presencia de un substrato poblacional anterior a la II Edad del Hierro debe ser un hecho que la lógica impone como generalizado, pero que la evidencia de los materiales arqueológicos no nos confirman en la misma medida. A nosotros se nos hace muy duro creer en el surgimiento prácticamente espontáneo de hábitats tan importantes como este de Segovia, y más desechando cualquier teoría invasionista como explicación. Indudablemente aceptamos la llegada de elementos "culturales" foráneos que pueden ser aceptados, asimilados y

reinterpretados por estos grupos.

Otros lugares de aparición de hallazgos a mencionar, recogidos puntualmente en el estudio de A. Zamora (1976, pp.11-12), pero con una significación dudosa al no tener constancia efectiva al respecto, son la Iglesia de S. Martín y "un jardín de esta ciudad", donde la historiografía cita la aparición del famoso plato de barniz negro con representación de un guerrero y grafitos celtibéricos (Heiss 1888; Zamora 1976, Nota 11). De ellos no cabe otra valoración que anotar el dato, referido siempre a la dispersión de los hallazgos dentro de la trama urbana de la ciudad.

NECROPOLIS:

Como un elemento más, a la vez integrado y a la vez diferenciado, de la arqueología interior del yacimiento de Segovia, hay que catalogar la localización del lugar de una necrópolis "celtibérica" (A. Zamora 1976, p.12; 1979, pp.523-542). La aparición de una urna de incineración en la excavación efectuada en el atrio de la Iglesia de S. Millán, cuya forma responde sin paliativos a tradiciones alfareras celtibéricas (vaso globular con borde acampanado y pie de copa sencillo y de escasa altura), aunque contiene como ajuar una fibula de charnela romana lo cual viene a proporcionarle una cronología del final del s. I d.C., es indicativo de la existencia en ese lugar de una necrópolis que responde a todas las características de los cementerios prerromanos. Mientras

que el resto del ajuar, una fusayola redondeada, apenas da alguna indicación temporal aunque sí en cuanto a tradición cultural, en cambio este dato sí lo aportan los fragmentos de cerámica T.S. (Dragendorf 24-25). La urna procede del Nivel III, el nivel celtibérico según el excavador, muy destruido, y en el cual se localizó, además, otro conjunto de fragmentos cerámicos calificados también de celtibéricos. Estos mismos habían hecho su aparición en el nivel anterior, el II, "... formado por tierras procedentes de la destrucción de los enterramientos y de relleno".

La ubicación de la necrópolis está fuera del castro, en lo que podría considerar como la vega del arroyo Clamores, al Sur del yacimiento, y perfectamente visible desde éste. El autor se manifiesta partidario, como hipótesis de trabajo, de la existencia de "pequeñas" necrópolis de incineración en el entorno de la ciudad celtibérica, en clara conexión con la continuidad de culto evidenciada por la permanencia en dichos lugares extramuros de numerosas parroquias.

En conclusión, un dato que puede ser valorado no por sí mismo, ya que su cronología excede con creces el periodo cronológico que estudiamos, sino por servirnos de elemento referencial o indicativo de un hecho probable: la existencia de necrópolis celtibéricas en el entorno de la ciudad y en puntos cercanos y visibles desde ésta. Una constante que habría de manifestarse más allá de los límites temporales de la II Edad del Hierro, como más allá de estos mismos límites llegaron las influencias de la cultura celtibérica. Y esta urna puede ser un fiel reflejo del mantenimiento de la población indígena y de sus tradiciones.

LAS MANIFESTACIONES PLASTICAS: LOS VERRACOS:

A pesar de que en sentido estricto podríamos integrar estas esculturas dentro del grupo que calificamos como "restos muebles", hemos creído conveniente en función de sus características específicas concederles un espacio de análisis diferenciado. Como indicábamos en páginas anteriores, estas esculturas zoomorfas de granito, denominadas ya de antiguo "verracos", fueron los primeros elementos conocidos de la cultura prerromana de la ciudad de Segovia, habiendo pasado a formar parte como un componente más de su trama urbana, al menos desde el siglo XVI en que tenemos constancia escrita de ello. A partir de este momento su presencia será continua entre los autores que de una u otra forma estudian la historia y los monumentos de Segovia (Colmenares, Somorrostro, Bosarte, Quadrado, Molinero, Zamora,...). Y también entre aquellos que se preocupan por analizar este tipo de manifestaciones culturales (P. Paris, Paredes Guillen, González Dávila, López Monteaquedo, Martín Valls, F. Hernández Hernández, Blanco Freijeiro,...). Dado que en este momento nuestra intención no es otra que aportar una descripción de las piezas, todos aquellos aspectos relativos a su funcionalidad, tipología, significación, origen artístico, ...etc, los abordaremos en un capítulo posterior, junto al resto de estas esculturas, todas ellas localizadas en Coca. Si bien disponemos de una descripción de rasgos bastante detallada a cargo de G. López Monteaquedo (1983, pp.518-520) y de dibujos antiguos recogidos por Somorrostro (1820, Láminas, 4 y 5), creemos oportuno visitar cada una de las esculturas

con el fin de comprobar sus caracteres y realizar un dibujo "in situ", puesto que no disponíamos de este tipo de documentación gráfica, en la cual los rasgos pueden observarse de una forma más precisa (Bien es verdad que uno de ellos lo dibuja y fotografía Martín Valls, 1974, fig. 1, n.4, y Lám. III, 1; y Blanco Freijeiro fotografía todo el conjunto [1984, figs. 21, 30, 33, y 34]). Los cuatro verracos que conocemos tendrían lógicamente su lugar de procedencia en algún punto que desconocemos del castro y por tanto fuera de contexto, compartiendo con la mayor parte de los verracos conocidos esta lamentable circunstancia.

Descripción de las piezas:

VERRACO I: En la actualidad se encuentra en la Plazuela de S. Martín, a la entrada del Torreón de Lozoya.

Medidas: Longitud: 220 ctms. Altura máxima: 92. Anchura máxima: 65 ctms.

La obra claramente representa un toro, en posición estática, al que le faltan el morro, las patas desde la rodilla, parte del pedestal y la peana completa. Es posible que la cornamenta fuera postiza, quedando sólo en su lugar los orificios de encaje. Aunque el estado de conservación no es deplorable, la pieza muestra una superficie bastante erosionada, debido a lo cual casi han desaparecido detalles como las orejas o los ojos. Por contra están muy marcadas las

mandíbulas y una acanaladura entre el testuz y el morrillo; de ésta G. López Monteagudo piensa que es posterior. Conserva una parte de la papada, simple y sin tablas. La línea del dorso apenas muestra un leve pronunciamiento en el morrillo y en la grupa; sobre él lleva marcadas unas cuantas cazoletas entre las que destaca por su mayor profundidad la realizada sobre la cruz. La parte trasera del animal no evidencia señales del rabo ni de los testículos; sólo una cazoleta profunda se ubica en el lugar del ano. Si se distingue la posición del pene. Las cuatro patas están esculpidas por separado, quedando aún todo el antebrazo. Además de las patas, la pieza estuvo unida a la basa mediante un pedestal cilíndrico colocado bajo el vientre, y del cual quedan 15 ctms. Técnicamente este toro manifiesta un notable modelado, eliminando la rigidez de planos de otros ejemplares, que le proporciona a la pieza cierta suavidad de líneas.

VERRACO II: Como el anterior está situado en la Plazuela de S. Martín, frente a la puerta del Torreón de Lozoya.

Medidas: Longitud: 153 ctms. Altura máxima: 82 ctms.
Anchura máxima: 59 ctms.

En este caso sí se trata de un cerdo o "verraco". El dato más singular de su estado de conservación, a parte de la erosión superficial generalizada, es que presenta en su mitad una fractura arreglada desde hace tiempo con grapas de hierro y cemento; en la actualidad en su lado izquierdo tiene un agujero, al estropearse parte de esta masa. Las pérdidas ma

significativas están en las patas, rotas por debajo de los corvejones, y en la totalidad de la jeta. La cabeza conserva bien diferenciadas las orejas en forma de dos óvalos concéntricos aplanados y los agujeros de los ojos. El dorso, con un ligero hundimiento en el centro, está recorrido por el cordón que representa el espinazo, el cual en su extremo anterior termina en la jeta y en el posterior con un abultamiento que parece simular el rabo. Tiene bien marcados los testículos, y en menor medida el pene. Resulta de enorme interés el trabajo de sus patas, cada una por separado, realizando a la vez la función de pedestales. La disposición de las extremidades anteriores ligeramente adelantadas y las posteriores en situación de fuerza, con la cabeza inclinada, manifiestan en el animal una actitud de acometida.

VERRACO III: Aunque en la actualidad está ubicado en el Museo Arq. Nacional, debe de tratarse del verraco que apareció empotrado en el muro de la huerta de un convento de la ciudad y donado posteriormente (siglo XVIII) a dicho Museo.

Medidas: Longitud: 186 ctms. Altura máxima: Altura máxima: 93 ctms. Anchura máxima: 46 ctms.

También esta pieza representa claramente un cerdo. Resulta muy expresivo su estado de conservación, ya que el lado derecho se muestra con todos sus detalles plásticos, mientras el izquierdo no sólo ha perdido éstos, sino una buena parte del granito de que se componía. La explicación posible puede estar en su colocación continuada a la intemperie por este lado, seguramente embutido

longitudinalmente en un muro. La cabeza mantiene todos los detalles: orificios oculares, mandíbulas, jeta, orejas circulares aplanadas y menos pronunciada la boca. El dorso se encuentra inclinado hacia su parte posterior, con la cruz como punto más elevado, rasgo mediante el cual el artífice (artesano o artista, como queramos denominarlo) proporciona un enorme vigor y fuerza al animal. Sobre esta línea del dorso hay perforadas cinco cazoletas de tamaños distintos: desde 9 a 3 mms de diámetro, y de profundidad variable pero escasa. En la parte posterior del cerdo sólo se aprecia un orificio en la posición del ano. Destaca en este ejemplar el pronunciamiento del pene, con las realistas ondulaciones del vientre. Sobre el antebrazo y prolongándose en dirección al dorso se aprecian un par de verdugones, de los denominados habitualmente "landas". En cuanto a sus patas, en esta ocasión no se encuentran aisladas una a una, aunque sí destacan notablemente de cada bloque, que a su vez hicieron la función de pedestales.

VERRACO IV: Es el ejemplar conocido como el "verraco de la Torre de Hércules"; se encuentra embutido, al menos desde el siglo XI en que fue construido el edificio, en el muro de este torreón, situado en el interior del Convento de Las MM. Dominicas. Junto a él se halla, esculpido en otra piedra también integrada en el muro, una figura humana, a la cual la historiografía clásica segoviana le ha venido atribuyendo, sin duda erróneamente, el nombre de Hércules. Ambas piezas a todas luces son de distinta época y traza. Por nuestra parte no vamos a entrar en el análisis de la polémica que desde

antiguo existió sobre este equivocadamente llamado "grupo escultórico".

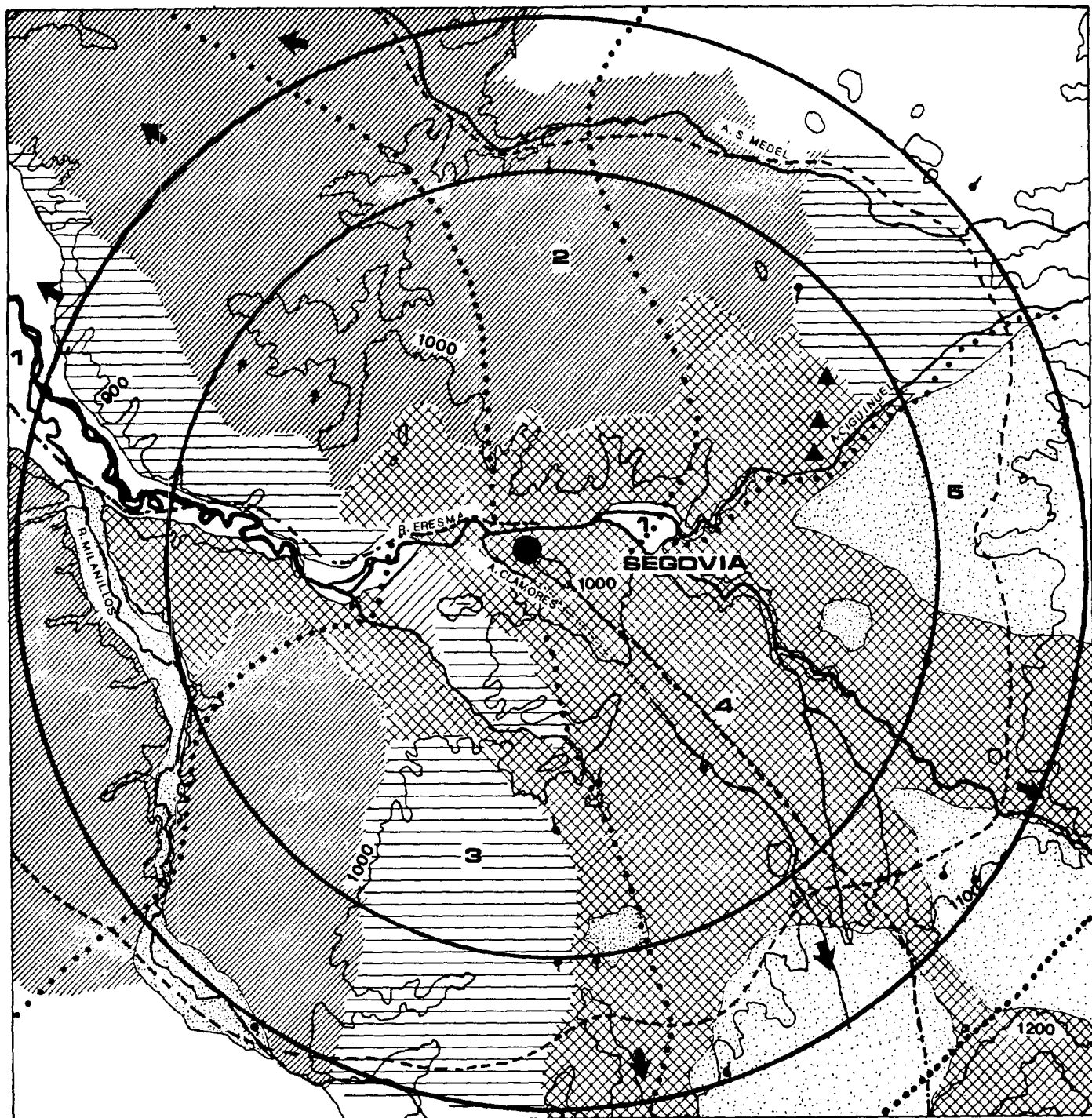
Medidas: Longitud:66 ctms. Altura máxima:79 ctms.
Anchura máxima:64 ctms.

Lo más interesante de este ejemplar es que se compone exclusivamente de una cabeza, a la cual nosotros tenemos razones para creerla "exenta", y que no se trata de un ejemplar embutido del que sólo es visible ésta. Los datos al respecto nos fueron aportados por J.A. Ruiz Hernando, quien en el momento de restaurar la Torre, y una vez eliminado el enyesado de las paredes, pudo palpar la forma interna de la piedra. Este nos indico que se trataba de un paralelepípedo escuadrado del cual sobresalía exclusivamente la cabeza. Indudablemente siempre queda la duda de saber cuándo se realizó el escuadrado, si en el momento de ejecutar la pieza o con posterioridad, a fin de facilitar su instalación en algún edificio, quizás incluso más antiguo que el torreón medieval que hoy le sustenta.

Su conservación, seguramente en razón de esta continuada permanencia bajo cubierta, es muy buena. Incluso quedan bastantes restos de un pigmento rojo sobre orejas, morro y mandíbulas. Esta coloración debe ser más reciente al momento de realización de la cabeza, pues también se encuentra sobre el pie derecho de la figura humana; ¿de cuándo?, es difícil saberlo. Por otra parte, La ejecución de las orejas es plana y con forma de óvalo, muy similar a la realizada en los dos cerdos ya descritos. Así mismo, como en el ejemplar de






la Plazuela de S. Martín, el cordón que representa el espinazo se prolonga hasta el final de la jeta. En cambio en este cerdo de la Torre de Hércules se han ejecutado con toda precisión los colmillos. Igualmente puede observarse la abertura de la boca. La nula erosión superficial deja ver un modelado preciso, centrado en la ejecución de aquellos detalles que caracterizan la cabeza del animal, en un claro afán de esquematismo representativo, que a todas luces puede entreverse del estudio de todo este conjunto de escultura zoomorfa de la Meseta Norte.

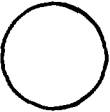






Un último detalle a precisar sería el relativo al lugar de origen del material pétreo -granito- en que están esculpidos todos los ejemplares. La ubicación de Segovia dentro de una zona de litología metamórfica, abundante en este tipo de litología, induce a pensar en la posible extracción local de los bloques donde se tallaron las esculturas. Ello a su vez redundaría a favor de la teoría según la cual existirían talleres ambulantes de artesanos-escultores, responsables de la ejecución de estas piezas en castros alejados del círculo abulense o salmantino, donde la producción masiva de escultura zoomorfa de "verracos" hace necesaria la radicación de dichos talleres.

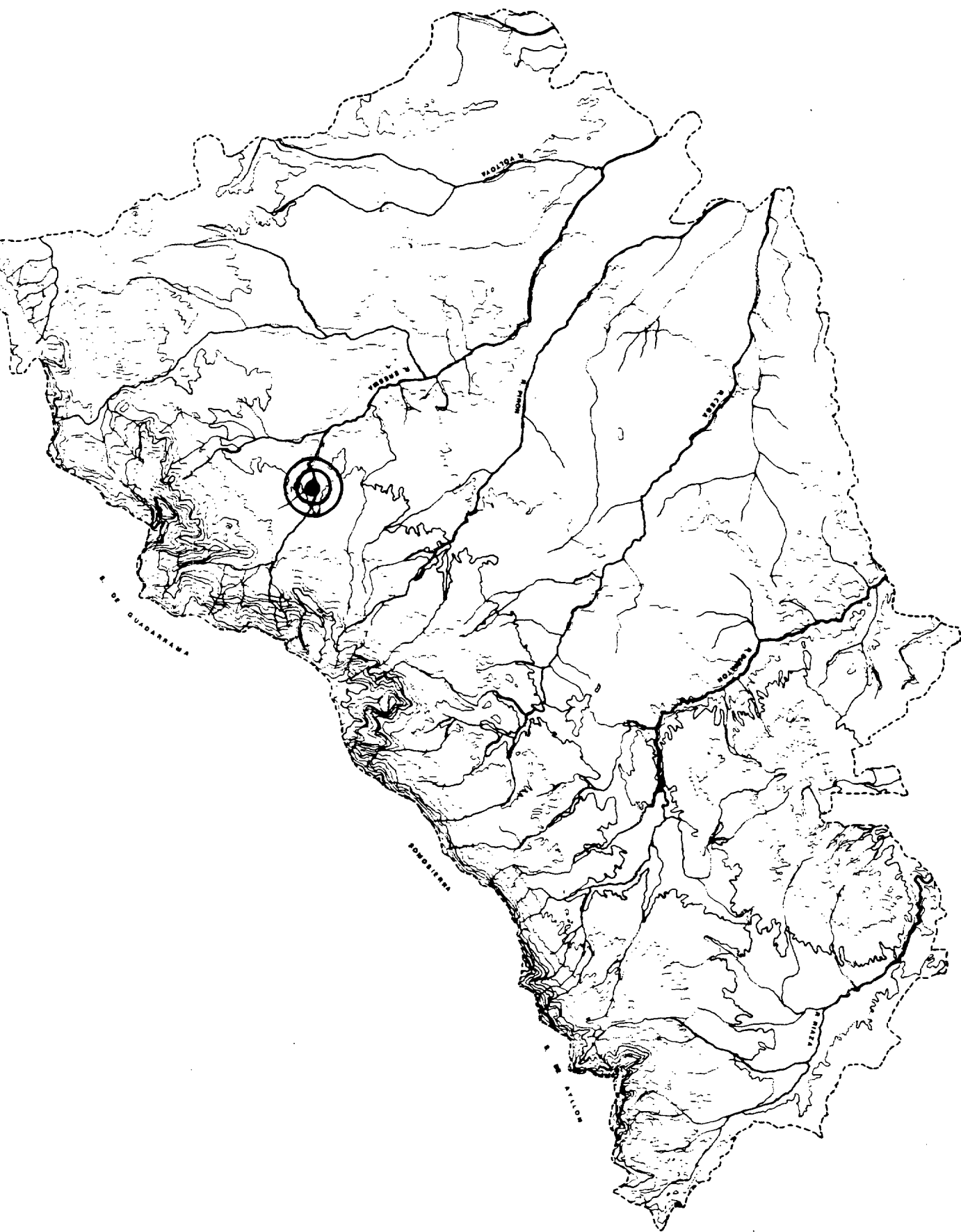


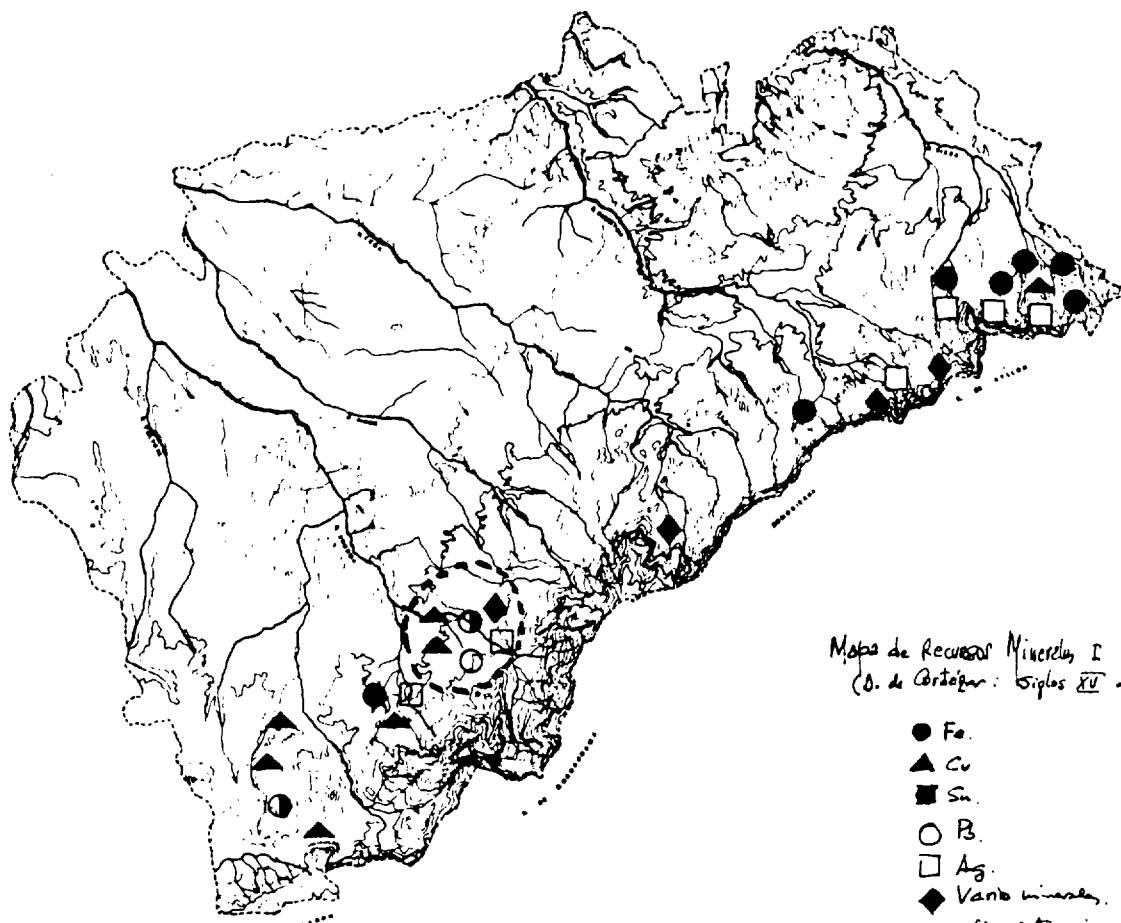
Escala 1:50.000

0 1 2 3 4 5 kms

- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES

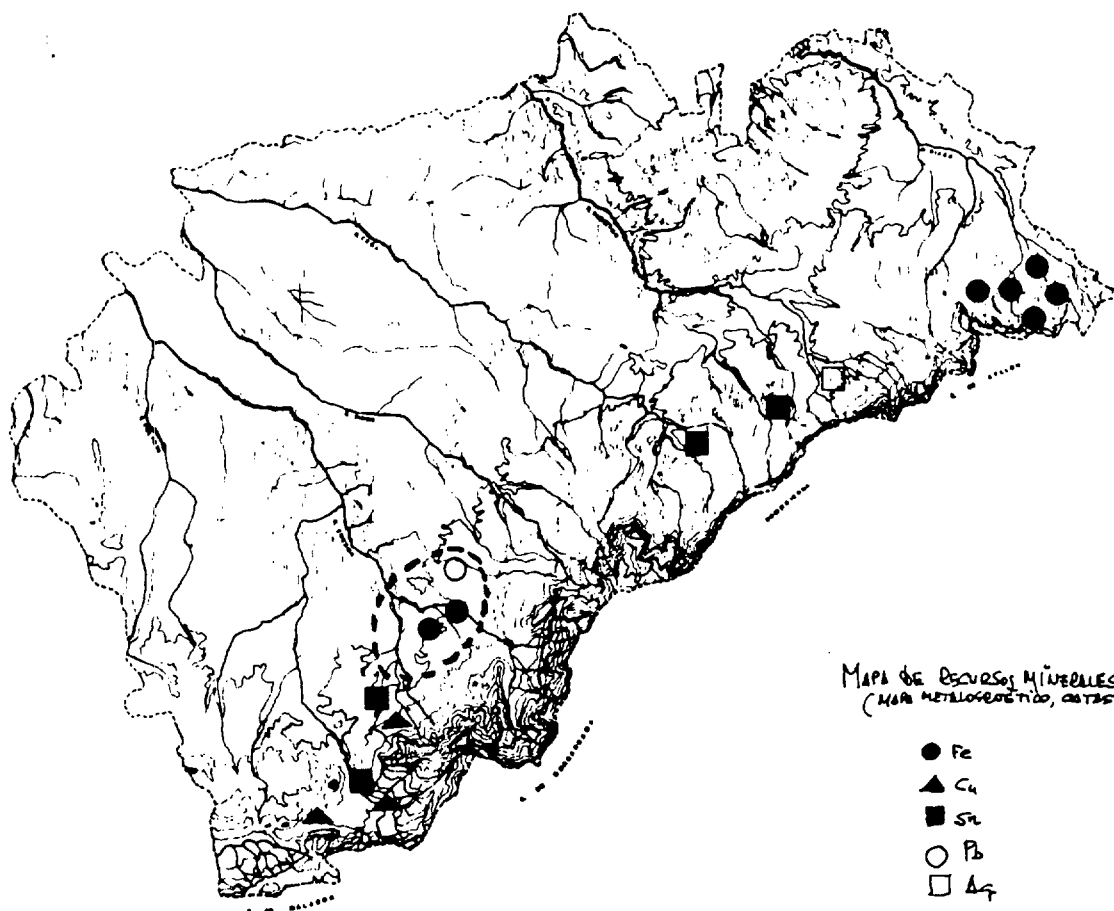
- TERRITORIO
-  Ideal.
-  Real.
- ➔ EXPANSION HIPOT. DEL TERRITORIO
- CAMINOS
- Principal.
 - Secundario.
 - Via Romana.
-  CURSO DE AGUA
-  FUENTE, POZO
-  LAGUNA
-  YAC. ARCILLA
-  CANTERA





Mapa de Recursos Minerales I
(O. de Aragón: Siglos XV al XIX)

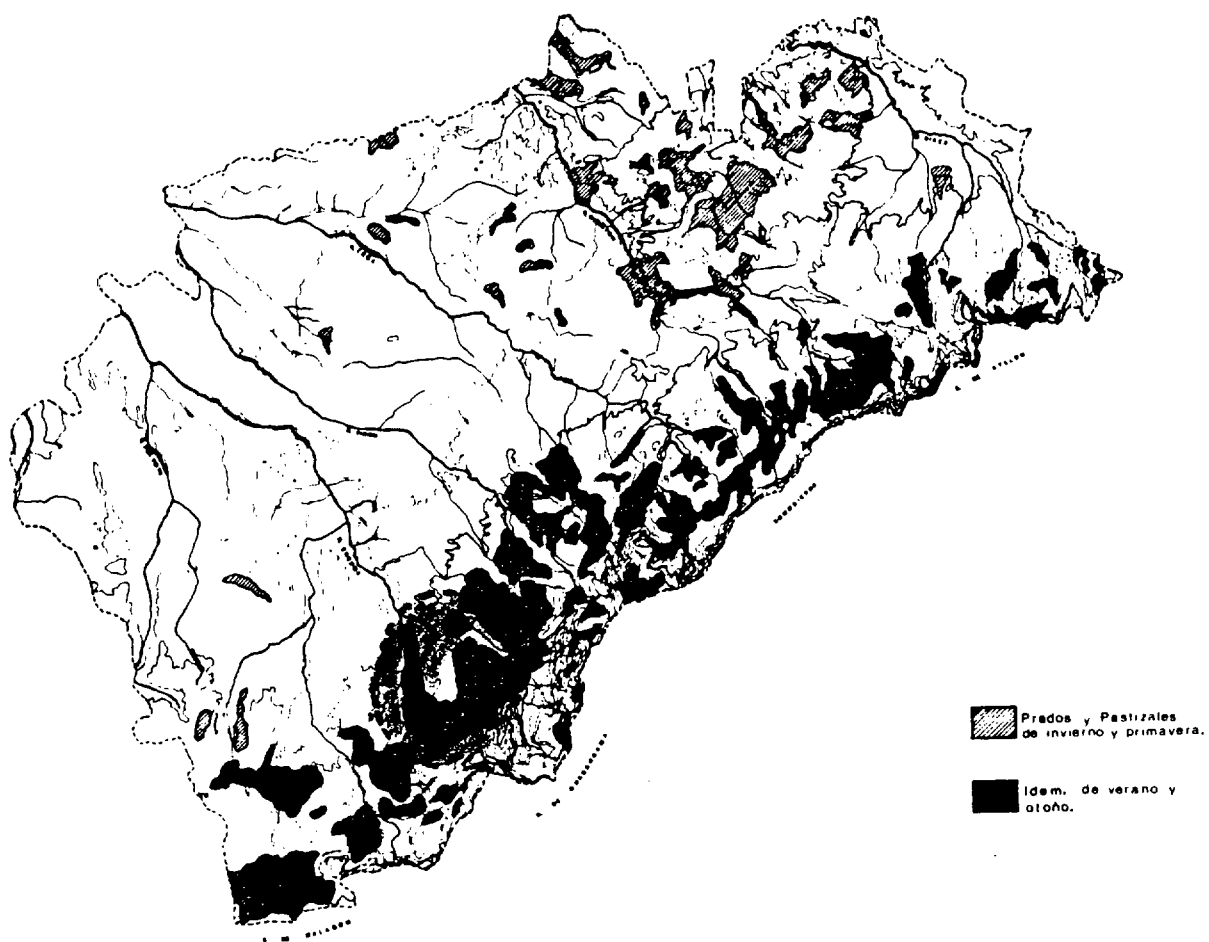
- Fe.
- ▲ Cu
- Sn.
- Pb.
- Ag.
- ◆ Varios minerales.
- ⊙ Sin determinar.



Mapa de Recursos Minerales II
(Mapa metalogénico, catastro minero)

- Fe
- ▲ Cu
- Sn
- Pb
- Ag

Yac. 98501d: AREA DE MINERALES.



YAC. TEGONÁ: AREA DE PASTOS
CORRIENTES.

II. Arqueología exterior: El territorio.

(Ver Mapa de la fig.....).

Geográficamente el territorio dispuesto en las cercanías del yacimiento de Segovia se inserta en dos unidades estructurales: llanuras miocenas formando las depresiones (IIla) hacia el Norte, y el piedemonte serrano de la superficie de erosión (IIa) al Sur. Esta ambivalencia estructural y geográfica, a nuestro modo de ver, tendrá una importancia considerable a la hora de plantear el aprovechamiento de los recursos.

Tomando como punto de partida el tamaño de la superficie definida como utilizable o correspondiente al yacimiento de Segovia (+ de 30 Has), el mayor de todos los incluidos en la geografía de nuestra investigación protohistórica, hemos trazado un territorio de proporciones superiores a lo habitual. Es éste por lo demás un hecho que ya era puesto de relieve en la introducción metodológica previa. De este modo, al círculo de 5 Kms. de radio, se superpone otro que alcanza los 7 Kms. Adjunto a estos trazados modulares, disponemos una línea en coincidencia con la posible distancia isocrónica, que recortaría levemente este territorio en su prolongación hacia la vertiente serrana, y en cambio, iría más allá de los límites estrictos río abajo del Eresma. Para nosotros la expansión (hipotética) en esta dirección obedece a una razón tan evidente como es la necesidad de contar con buenas tierras de labor aptas para practicar en ellas una agricultura cerealista de secano con resultados

aceptables para un sistema tecnológico de trabajo tradicional, pudiendo abastecer así a una población que hubo de ser numerosa. En este punto conviene precisar que el aprovechamiento de los recursos varia sustancialmente en intensidad conforme se incrementa la distancia desde el asentamiento, volviéndose más selectivo en su explotación. Esto podría explicar, siempre como posibilidad, para nuestro yacimiento, el laboreo de las buenas tierras de la vega del Eresma más allá de los 7 Kms. o el pastoreo de las estribaciones serranas curso arriba de los ríos Eresma o Ciguiñuela.

No queremos dejar de anotar la particularidad que ofrece la ubicación del asentamiento en un punto de difícil acceso por lo que ello puede suponer para las comunicaciones dentro del territorio. Sin embargo, a pesar de que el lugar de emplazamiento goza de unas excelentes características defensivas, también posee ciertos lugares a través de los cuales la introducción en el castro presenta menos dificultades. Este impedimento podría alargar ligeramente los tiempos de recorrido a cualquier punto del territorio de explotación, si bien no supone una contrariedad tan importante como para recortar su trazado.

Otro aspecto a considerar es el relativo a los factores naturales que actúan como condicionantes en la caracterización de este territorio en su papel de proveedor de unos determinados recursos, prioritariamente agropecuarios. En primer lugar, la geología del área responde a un esquema variado. Tomando como eje una línea con dirección

Noreste-Suroeste que pasase por el yacimiento, todo el espacio ubicado hacia el Este lo forma un substrato de materiales primarios mientras que las tierras del Oeste son de constitución terciaria. Entre ambas unidades, no obstante, se dispone una especie de cuña de materiales cretácicos profundamente modelados por los cursos de agua. Es en esta pequeña unidad donde se asienta la población y el territorio más inmediato. El Cuaternario queda reducido a espacios de menor superficie en la vega del río Milanillos, del río Frío, y más escasos aún en el río Eresma. En consecuencia con su disposición, cada una de estas unidades responde a un posicionamiento altitudinal de mayor elevación (entre 1100-1200 mts. este tercer escalón del piedemonte serrano) para el substrato primario, mientras que los terrenos de formación terciaria ocupan las cotas inferiores a 1000 mts., quedando esta última reservada para los cretácicos.

El segundo factor a considerar es el referente a su climatología. Los índices que la definen están en torno a los 500 mms de precipitación anual, una media entre 10-12 grados de temperatura (Mediterraneo templado), con un periodo de heladas que puede llegar a sobrepasar los seis meses. Mientras que estas son las condiciones propias de los terrenos llanos y de menor altitud, en la vertiente de la Sierra los índices varían ligeramente, bajando la temperatura media hasta 8-10 grados, aumentando la pluviometría por encima de los 600 mms y el periodo de heladas (mediterraneo templado fresco). En respuesta a dichas variables, el territorio es muy propicio para la práctica de los cultivos de cereales en secano en los terrenos micocenos o cretácicos, e incluso en los primarios,

pero en éstos el substrato geológico les hace más válidos para el asiento de pastizales. Por supuesto, estas mismas condiciones hacen posible cultivos de huerta, algunos frutales en el fondo de las vegas de los ríos, aprovechando los reducidos microclimas que en ellas se forman. En conclusión, un territorio que agroclimatológicamente ofrece unas condiciones diversificadas (Sierra-Llano) en gran medida ajustadas a las necesidades de aprovechamiento de la economía de estos pueblos prerromanos de la Meseta.

En cuanto se refiere a la vegetación, hoy nos encontramos con un panorama muy negativo; apenas existen masas boscosas con una mínima entidad dentro del área de explotación preferente. Esta situación ha sido propiciada por la presión demográfica del núcleo urbano de Segovia a lo largo de los siglos; bien es verdad que hoy las condiciones han variado y se está produciendo cierta recuperación. De todos modos, contamos con algunos ejemplos de aquella vegetación relictas como son un pequeño bosque de encinas, el conocido como Monte de Riofrío, algunos rebollares de bajo porte en el pareje epónimo de Robledo, y ciertos rodales de fresnedas aclaradas y "mochas" en las inmediaciones de Revenga y de Madrona, que parecen ponernos en la pista de aquella situación inicial, a la hora de tratar de esbozar las características de la vegetación potencial de este territorio. Tomando como punto de partida el Mapa de Rivas-Martínez y Saénz de Rivas, junto a otros estudios más recientes (Mapa de Cultivos. MAPA. Hoja 483. pp. 9-10. Madrid 1983), y sin perder de vista las constantes geológicas y climatológicas de dicho espacio, podemos realizar la siguiente sistematización:

a.- Sobre suelos con substrato calizo, en todo el Noroeste del territorio, se encontraría una comunidad vegetal presidida por encinares con alguna sabina albar.

b.- Al Sureste del yacimiento, en terrenos pobres en bases también sigue manifestándose una comunidad presidida por los encinares.

c.- Conforme nos acercamos al borde serrano, sobre estos mismos terrenos pobres en bases, hacen su aparición los rebollares.

d.- Por último, en las riberas de los numerosos ríos y arroyos, y en aquellas áreas inundables, se asienta una comunidad ripícola de fresnos, álamos o chopos, conservadas en mayor medida que el resto de las comunidades vegetales.

Esta hipotética situación inicial no debió de permanecer intacta durante el período al que nos referimos, si valoramos en justa medida la presión que sobre su espacio vegetal inmediato debió de ejercer una población numerosa como la asentada en Segovia. Necesidad de tierras abundantes para cultivos cerealistas de secano, para la extensión de praderas o para el simple abastecimiento de madera como combustible o como material de construcción, debieron de surtir un efecto claramente desforestador. A ello puede sumarse, sin duda, la actividad desarrollada por otros grupos humanos anteriores en el tiempo, pero con una incidencia cualitativamente menor, si nos atenemos a los escasos datos arqueológicos disponibles hasta el momento: un taller de sílex epipaleolítico en las inmediaciones de El Parral (A. Zamora 1987, p.26), alguna cueva con materiales campaniformes como La Tarascona (Delibes, G, y Municio, L. (1981)), o la constancia de cierto yacimiento de

fondos de cabaña del Horizonte Cogotas I en las inmediaciones del arroyo Tejadilla (A. Zamora, 1987, pp.37). A todas luces, el momento de máxima presión sobre el medio vegetal debió de coincidir con la II Edad del Hierro; y es muy posible que las áreas donde la deforestación se hiciese más patente coincidiesen con las que hemos evaluado como mejores tierras de cultivo asentadas en los valles fluviales de los ríos Milanillos y Eresma, o bien con un rodal en torno al yacimiento fruto de esa explotación intensiva ya indicada (leña, construcción, cultivos, pastoreo,...). De todos modos, un panorama que distaría mucho del que hoy nos encontramos, y en el que las masas arbóreas cubriesen una parte aún considerable del territorio.

Tampoco queremos dejar sin anotar la importancia de los prados naturales que existen en las cercanías del yacimiento (más adelante, en la evaluación de los suelos haremos un comentario más preciso), pero sobre todo, aquellas praderas de la falda serrana y las ubicadas en altura, las cuales permiten "sensu stricto" la alternancia necesaria para el mantenimiento de una cabaña ganadera abundante, como la que debieron poseer estos pueblos a la luz de los datos ofrecidos por las fuentes clásicas. Por ello hemos creído conveniente adjuntar un Mapa de prados (Fig. ...), en el cual señalamos la zona de preferente y más fácil utilización desde el asentamiento de Segovia.

A tenor de la permanencia de una comunidad vegetal de estas características es más que posible pensar en la presencia de una comunidad ecológica abundante, tanto en animales propios de llanura (conejos, liebres, perdices,...)

como en aquellos más comunes en los espacios serranos (cérvidos, suídos, e incluso peces,...). Carecemos de datos osteológicos que avalen esta proposición, pero la misma realidad actual nos hace pensar en su congruencia (Sánchez Vaquero, J. y Pérez Mellado, V. 1983).

Otro de los recursos que más destaca en el análisis de este territorio de explotación, es el alto número de cursos de agua que riegan todo él. Fuentes, regatos, arroyos,.. que desde la falda de la sierra van a desaguar al curso principal, el Eresma. En su discurrir permiten tanto el abastecimiento de los ganados como el riego de pequeñas áreas de huertas.

El siguiente recurso a enumerar son los suelos. Ya hemos adelantado algunos de los caracteres más singulares relacionados con su formación geológica, preferentemente la clara ambivalencia (terrenos miocenos=suelos agrícolas; terrenos primarios=suelos ganaderos), que de entrada proporciona una complementariedad de aprovechamientos muy útil en la explotación del territorio. En el Mapa respectivo (Fig.....) hemos realizado un análisis pormenorizado, el cual se puede concretar del siguiente modo:

.-Las tierras de aluvion, ubicadas con preferencia en la vega del Eresma, son muy escasas, apenas un 3-4% dentro del entorno inmediato al yacimiento, aunque esta superficie se amplía notablemente río abajo. Es de destacar el área situada en la confluencia de los ríos Eresma y Ciguiñuela, frente al núcleo habitado; su actual aprovechamiento como huertas nos da una idea de su alto potencial agrícola.

.-Mucho más abundantes, en torno al 40%, son las tierras de buena producción agrícola. Se ubican en el interfluvio del

Eresma y Arroyo S. Medel, al Noroeste del asentamiento, y en torno al río Milanillos, en el sector Suroeste del territorio. Probablemente fue en ellas donde tuvo una mayor incidencia la deforestación.

.-En más corta proporción, aproximadamente el 15%, encontramos suelos que potencialmente pudieron tener algún tipo de uso de cara a los cultivos agrícolas. Se hallan dispersos en las zonas de contacto entre los terrenos primarios y los terciarios.

.-En torno al 30% se puede evaluar la superficie, que por su escasa potencialidad agrícola, debió de seguir cubierta por las masas arbóreas autóctonas. Sin embargo, esto no quiere decir que sean terrenos improductivos, puesto que de ellos se pudo aprovechar el pasto de temporada, los frutos de recolección, la madera y la abundante comunidad de animales salvajes.

.-Y en último lugar, es preciso mencionar los prados y pastizales dispuestos tanto en la misma vertiente del piedemonte serrano como en la ribera del río Milanillos. Su aprovechamiento ganadero debió ser muy valorado.

La cercanía del yacimiento de Segovia a la vertiente serrana le hace partícipe de una de las áreas con mayor presencia de recursos minerales de toda la provincia (Área I.) En el Mapa que adjuntamos puede observarse la existencia de Hierro, Cobre, Plomo, Plata, y otros de más difícil determinación, como se pone de manifiesto a través de los datos de las fuentes más antiguas. Algo más alejados de nuestro asentamiento están los focos estanníferos de Otero de

Herreros y S. Rafael. Como aludíamos en su momento, al describir este tipo de recursos, tenemos constancia arqueológica de que esta comarca minera se explotó, al menos desde el inicio de la presencia romana, y sin descartar su beneficio desde momentos anteriores, con un carácter eminentemente local para el aprovisionamiento de los núcleos poblacionales inmediatos, caso de Segovia y del resto de los asentamientos ubicados en el valle del Eresma. Tampoco queremos dejar de hacer alusión a otros recursos minerales, en este caso no metálicos, tales como el granito (material usado para la confección de molinos y de esculturas de "verracos"), o las calizas de fácil talla, existentes ambos en abundancia dentro del territorio de explotación del yacimiento de Segovia.

Para finalizar este análisis sólo nos resta por detallar las vías o rutas que hacen posible la explotación y la comunicación entre asentamiento y territorio, y entre éstos y otros núcleos o regiones habitadas. Por no desviarnos de la denominación dada en los yacimientos ya descritos, dividiremos las rutas en principales y secundarias. Entre las primeras podemos destacar las siguientes:

-La ruta del Eresma. No cabe ninguna duda en calificar este eje natural como el principal trazado de comunicaciones de todo este territorio. Por él discurrió posiblemente uno de los caminos de conquista usados por los romanos para acceder al control de las tierras del interior; posteriormente se habrá de convertir en uno de los tramos de la vía 24 del It. de Antonino, de Emerita a Caesaraugusta citándose Segovia como

la quinta mansión. Estos datos, ya desarrollados en capítulos precedentes, permiten suponer una utilización en momentos precedentes, durante la etapa de desarrollo de la II Edad del Hierro. En este sentido lo detallábamos como uno de los caminos de conquista, a través del cual penetraron los romanos en la Meseta Norte. El valor de este camino en lo referente a la explotación del territorio radica en que mediante su trazado el yacimiento accede tanto a las tierras de cultivo como a los pastizales y montes serranos. Tampoco es preciso olvidar la importancia que dicha ruta hubo de tener en las relaciones comerciales entre las gentes afincadas en las cuencas del Tajo y del Duero respectivamente. Del mismo modo sirve de eje de conexión con los poblados del mismo valle: Cerro del Tormejón, y Coca.

-Otro de los caminos cuya importancia cabe destacar es el que con dirección Noreste se introduciría hacia el centro de la provincia después de cruzar las tierras cerealistas del entorno del Arroyo de S. Medel. Se trataría de uno de los posibles recorridos de la vía que, según la historiografía citada en su momento, uniría Segovia con Termancia, conectando a su vez comarcas provinciales donde están presentes yacimientos romanos.

-La otra variante posible de la anterior vía recorrería la misma falda serrana, con un trazado asimilable al del camino ganadero conocido con el nombre de Cañada de la Vera, y como éste, alejado unos pocos kilómetros del núcleo de Segovia. El valor de esta ruta estaría en relación con el aprovechamiento de los pastos del piedemonte serrano durante la primavera y primeros meses del verano, tal como han seguido

haciendo los rebaños del Mesta desde la Edad Media.

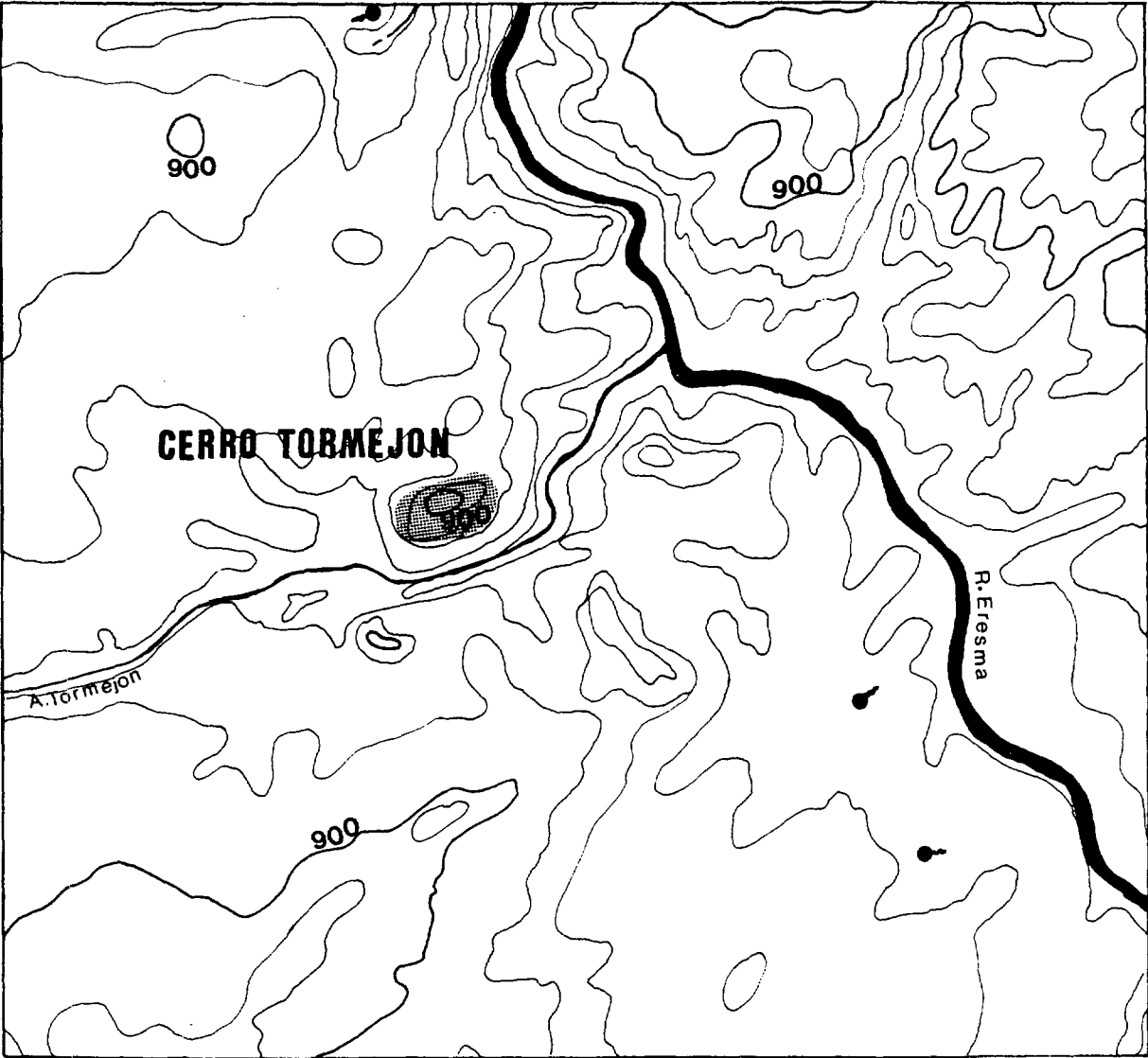
Y aún más, ambas variantes de esa supuesta vía entre Segovia y Termancia, suponen claramente un eje de comunicaciones y contactos entre los pueblos del Oriente y el Occidente de la Meseta; unas relaciones mostradas con suficiencia en la documentación arqueológica que poseemos de esta etapa prerromana (cerámicas, sistemas defensivos,...).

-Con una importancia paralela, y en gran medida representando la continuidad del trazado anterior en su discurrir hacia las tierras más occidentales de la Meseta, nos encontramos con otra ruta, que ciertos autores han evaluado como la posible vía romana de conexión entre Segovia y Ávila. Localmente dicho trazado conduciría desde el poblado a las buenas tierras surcadas por el río Milanillos.

-Finalmente sólo nos cabe mencionar las posibilidades de existencia de otros caminos de rango secundario que pudieron discurrir tanto hacia las faldas de la Sierra (cursos de los arroyos Cigüñuela y Tejadilla) como a las tierras de la margen derecha del Eresma. Su justificación vendría dada por las mismas necesidades de explotación de los recursos del territorio.

A modo de escueto resumen, valorando los elementos de su arqueología exterior e interior, podemos decir que el yacimiento prerromano de Segovia, inserto en un espacio geográfico ambivalente y complementario en cuanto a sus recursos agropecuarios, muestra, a pesar del exiguo conocimiento científico que aún tenemos, una notable variedad y riqueza de elementos culturales. A través de ellos parece

manifestarse un desarrollo iniciado tímidamente en los comienzos de la II Edad del Hierro, sin que contemos con datos concluyentes para pensar en un substrato poblacional inmediatamente anterior. Sobre este período de formación va a surgir una etapa celtibérica vigorosa, momento en que en el castro da la impresión de existir un remonte demográfico importante, si nos atenemos a la dispersión tan extensa de los restos en la superficie de la ciudad actual. Unos factores que unidos a su excelente posición defensiva y estratégica, dominando el paso y la ruta de mayor envergadura hacia el centro del Duero desde la Meseta Sur, abierto por tanto a los contactos de uno y otro lado de la Península, van a convertirle en un "oppida" referido en las fuentes clásicas a causa de su temprana lucha con los romanos. Sin embargo, la trascendencia de la cultura celtibérica de Segovia se prolonga más allá de los primeros momentos de la romanización, como evidencia el hallazgo de la urna "celtibérica" del s.I,d.C. en la necrópolis de San Millán.



YACIMIENTO: CERRO TORMEJON

Arqueología interior: El hábitat.

Las primeras noticias sobre este yacimiento se las debemos a A. Molinero, que lo recoge entre los enclaves adscritos a la Edad del Hierro (también entre aquellos que tienen materiales romanos), en la primera relación de yacimientos segovianos publicada (Molinero 1950, pp.643.). Años más tarde presenta el mismo autor el escueto pero significativo conjunto de materiales en que se basaba dicho encaje cultural (Molinero 1971, Lám. CXXX y CLII). En esta misma fecha sale a la luz un breve estudio del yacimiento, con aportación de la documentación gráfica preceptiva, a cargo de M. R. Lucas y V. Viñas (1971, pp.76-85); es el primer trabajo donde se afronta una valoración cultural y cronológica de los restos encontrados en el Cerro Tormejón. Finalmente, en 1979 se realizó un estudio más amplio a cargo de F. Gozalo, fruto de los resultados obtenidos en la excavación arqueológica efectuada en el asentamiento dos años antes (F. Gozalo Viejo 1979.); en él se ofrece un análisis minucioso de los restos arqueológicos tanto muebles como arquitectónicos, así como una síntesis de las diversas etapas en que el enclave estuvo habitado. De todos ellos, en especial de éste último por la relevancia que tiene su documentación obtenida mediante excavación, vamos a obtener los elementos de juicio suficientes para proceder al estudio de la etapa prerromana de este núcleo.

El Cerro Tormejón está ubicado en la que hemos denominado Unidad Estructural III (Depresiones); y más en concreto en la IIIa, que engloba las llanuras onduladas miocénicas de la Tierra de Segovia. En este paisaje tan característico destacan los afloramientos de rocas plutónicas del relieve plegado de Sta. María de Nieva (Unidad Va), que emergen junto al propio yacimiento y en el territorio septentrional a éste. Dichos afloramientos del zócalo dan lugar a la formación de cerros testigo, uno de los cuales podría ser éste, dispuesto junto a la margen izquierda del arroyo Tormejón en las cercanías de su confluencia con el Eresma. Su altitud oscila entre los 875-900 mts. Se trata de un de los típicos cerros amesetados, desde el cual se domina todo el espacio circundante. Estructuralmente se encuentra basculado hacia el Sur y el Oeste, siendo de más difícil acceso por el Este, e inaccesible por el Norte. En líneas generales presenta una excelente defensa natural. La superficie del Cerro se aproxima a las 6 Has, aunque como hemos anotado en ocasiones anteriores, es muy difícil saber si se utilizó todo él como hábitat al mismo tiempo. Este aspecto es difícil de conocer con precisión ya que no contamos con una excavación total; por otro lado, las sucesivas reocupaciones posteriores a la etapa prerromana y el propio desarrollo geológico en superficie distorsionando la dispersión de los restos materiales inciden en esta misma línea. El aprovisionamiento de agua pudo hacerse desde el manantial que brota en los escarpes de la ladera sur, completándose con el cuadal proveniente del arroyo Tormejón.; un curso en la actualidad casi seco en verano, pero que en la etapa

prerromana debió ser algo más abundante, si echamos mano de los escasos datos con referencias al clima aportados por la fuentes romanas.

Es muy significativo en este yacimiento su posición de altura relativa, en torno a los 40-60 mts., respecto al medio y tierras circundantes; se trata sin duda de una disposición geoestratégica clara frente al medio, aunque desde él no sean visibles otros yacimientos contemporáneos. La distancia a los más inmediatos, Coca y Segovia, es muy similar, cercana a los 25 kms. Si en cambio puede controlarse a la perfección la importante ruta de comunicaciones del eje del Eresma, convertido en la posterior vía 24 del It. de Antonino.

Estos caracteres geomorfológicos hacen que el emplazamiento deba enmarcarse en el Tipo "D" de la seriación realizada por A. Llanos (1974), correspondiente a "cerros amesetados", que emergen frente al medio circundante.

Carecemos de una documentación suficiente, a pesar de la excavación arqueológica efectuada por F. Gozalo, para poder acercarnos con seguridad a la organización interna de este hábitat. El acceso parece estar bien indicado por el camino aún hoy existente y que sube hasta la misma cota del cerro. La defensa del asentamiento en la vertiente Norte está en parte, satisfecha por la misma conformación natural. A su vez, si nos atenemos a las indicaciones dadas por Lucas-Viñas (1971, pp.77.), esta defensa pudo estar complementada en aquellos lugares de fácil acceso por "... un paramento artificial, a modo de muralla, a juzgar por algunas piedras

más gruesas que parecen delimitar las construcciones...". Nada al respecto es aportado en el trabajo de F. Gozalo, por lo que cabe suponer que este dato precisaría de una confirmación arqueológica, teniendo en cuenta la sucesiva reutilización del lugar. De todos modos, es muy lógico pensar que esas líneas de defensa estuviesen ubicadas en dichos puntos vulnerables durante el período prerromano, aunque con posterioridad puedan haber sido reaprovechadas.

Algunos datos más concretos poseemos sobre la arquitectura doméstica obtenidos en la excavación del año 1977. En concreto en el Corte 2 se localizó un muro rectilíneo de sillarejo de caliza y pizarra, trabado con barro, en dirección SO-NE, cuya adscripción cultural puede hacerse a partir de la bolsa de materiales celtibéricos aparecidos en la base del mismo, correspondiente al Nivel IV. También fue encontrado, en la Cata B, otro muro (el autor lo denomina "poyete") construido a partir de una base de lajas de pizarra y mediante una caja del mismo material con el interior relleno de adobes (una sistema que puede asemejarse al típico cajado o encofrado), y cuya pertenencia a la etapa prerromana es más problemática. Otros elementos a tener en cuenta son los silos circulares excavados en la roca rellenos con materiales de esta época y un hueco de poste, como elemento éste último indicativo del tipo de sujeción de las cubiertas. (F. Gozalo 1979, Láms. IV, V y VII). Un posible rasgo de esta arquitectura doméstica apreciable a simple vista es que la planta cuadrangular de algunas casas da la impresión de estar excavadas en la roca del Cerro, mostrándose como un caso más de la arquitectura rupestre observada en otros yacimientos importantes del ámbito

celtibérico, y cuya posible utilización apuntábamos para el caso de Segovia; de todos modos, y contando con la amplia continuidad de poblamiento en este punto, es muy difícil asegurar la cronología de dichos restos. En definitiva, lo apuntamos como un rasgo más a tener muy en cuenta. Aunque estos datos son muy exigüos para extraer cualquier valoración precisa sobre la caracterización de su arquitectura doméstica, es fácil pensar que se trata de un poblado de estructuras con planta de tendencia rectangular, que tal vez en ciertos casos fueran talladas sus cimientos en la roca del substrato. Nada, a partir de dichos elementos, puede inferirse respecto a la distribución urbana sobre el cerro o a la existencia de ámbitos de carácter público (calles, edificios singulares, espacios abiertos comunes,...), a la espera de la realización de futuras investigaciones.

Una mayor abundancia presentan los restos muebles, fundamentalmente la cerámica. El grueso de ellos proceden de la excavación de 1977, aunque ya con antelación habían dado a conocer algunos fragmentos en los trabajos de Molinero (1971) y de Lucas-Viñas; estos últimos los recogemos en su totalidad en nuestro trabajo (Figs....), mientras que de los rescatados y estudiados por F. Gozalo hemos creído conveniente reproducir sólo aquellos más significativos de cada una de las producciones, a fin de no hacer abrumadora la documentación y dado que el trabajo aún permanece a la espera de una edición pública. Bien es verdad que su aprobación como Memoria de Licenciatura del autor le concede un carácter de trabajo de investigación cuya consulta resulta necesaria en cualquier

análisis de la Arqueología de la provincia de Segovia (Figs.....).

La descripción del conjunto de materiales de la etapa prerromana del Cerro Tormejón puede sistematizarse del siguiente modo:

.Cerámicas a mano: Entre los vasos lisos destacan formas principalmente cuenquiformes y troncocónicos, con superficies espatuladas o bruñidas y cocciones irregulares que dan tonos desde los rojizos a los negros. La cerámica decorada está representada por las incisas "a peine", impresas "a peine" o con estampados circulares de dedos. Los motivos son los habituales: bandas horizontales, sogueados, cestería, soles, etc... Especial significación, por cuanto a su extrañeza entre las producciones meseteñas merecen los escasos fragmentos de "cerámica de retícula bruñida".

.Cerámica a torno: El grueso se corresponde a los productos típicos torneados del período celtibérico, en su mayoría formas cerradas de cuello vuelto o cefálico, y de tamaños diferentes. En cuanto a las pastas, además de las anaranjadas habituales en estos vasos, sobresalen las ocre y amarillentas, y los engobes de tonalidades similares. En cambio en a la pintura encontramos vasos monocromos frente a otros en que se ha utilizado la bicromía (una bicromía más tonal que de cambio de color, ya puesta de relieve en el caso de Segovia), correspondiendo los tonos claros (rojizos, ocre, marrón claro,...) a las bandas anchas y los más intensos (achocolatados, vinosos o marrones oscuros, negros,...) para las líneas que las inscriben. Estos detalles, pastas claras y bicromía, también comprobados en Segovia y en Coca, van a

convertir estas producciones en un conjunto enormemente significativo, del cual puede argumentarse la adscripción a un taller ubicado en la zona. Una evaluación similar puede hacerse de un pequeño conjunto de fragmentos de galbo decorados con un número variable de líneas finas, que en ocasiones componen una especie de haz; su rareza es notable en yacimientos celtibéricos, encontrándose, no obstante, en lugares como Cuéllar decorando formas calificables de "importadas" en la Meseta y con una cronología centrada en los primeros momentos de la II Edad del Hierro en la Meseta. Más comunes son los motivos decorativos: bandas de distinto grosor, semicírculos y cuadrantes concéntricos, rombos, triángulos, meandros, líneas colgadas, jotás,..... Mayor rareza ofrecen los círculos con aureola de puntos, los reticulados, los escaleriformes, los triángulos rayados, dobles hachas, eses o patos, florales, dientes de lobo...; a veces, estos motivos se integran en una composición calificada por F. Gozalo de "barroquizante" (F. Gozalo, 1979, pp.101-123).

En último lugar, dentro de las producciones a torno queremos poner de relieve el fragmento de "barniz rojo", publicado por Lucas-Viñas (1971, pp.80-81, y fig,1,2), que fechan en torno al siglo IV-III a.C.; y así mismo, el fragmento de pie de "campaniense", con una cronología que puede oscilar entre fines del siglo II e inicios del I a.C. Apuntamos aquí su existencia por la importancia que tiene a la hora de plantearse el final de la etapa preromana de este poblado, y por extensión de estos yacimientos instalados en el Valle del Eresma, y los inicios de una temprana llegada de

productos romanos, entre los que habría que incluir otros fragmentos de campaniense en Coca, así como las monedas (Hispanica con leyenda ibérica y republicana). Difícilmente se puede hablar en estos momentos de un proceso romanizador. Ambos fragmentos, pues, cabe calificarlos de "importados" dentro de este área de la Meseta Norte.

Otros restos muebles realizados en cerámica o material arcilloso serían bolas, pesas de telar piramidales o trapezoidales, fusayolas oviodes,... Especial significación tiene el fragmento de caballito de cerámica, y el morillo representando esquemáticamente la cabeza de un équido; ambos elementos, raros en el conjunto de materiales arqueológicos prerromanos de este área de la Meseta, quizás sea mejor enmarcarlo en el grupo de las "manifestaciones plásticas", en el cual hemos integrado los verracos. En páginas sucesivas abordaremos conjuntamente la problemática y las características de dicho grupo, en razón de lo cual obviemos en este momento cualquier análisis detallado.

Finalmente entre los objetos realizados en hueso contamos con un punzón y un colmillo-colgante perforado. Realizados en piedra se han localizado una fusayola aplanada y un hacha-martillo; esta última, vinculada tal vez, con trabajos de extracción de piedra o de excavación de silos dentro del mismo yacimiento. Como único objeto metálico se recogió en prospección (Lucas Viñas 1971 p.82) una fíbula anular hispánica, de la que no contamos con representación gráfica.

En cuanto a las estratigrafías se refiere, puesto que

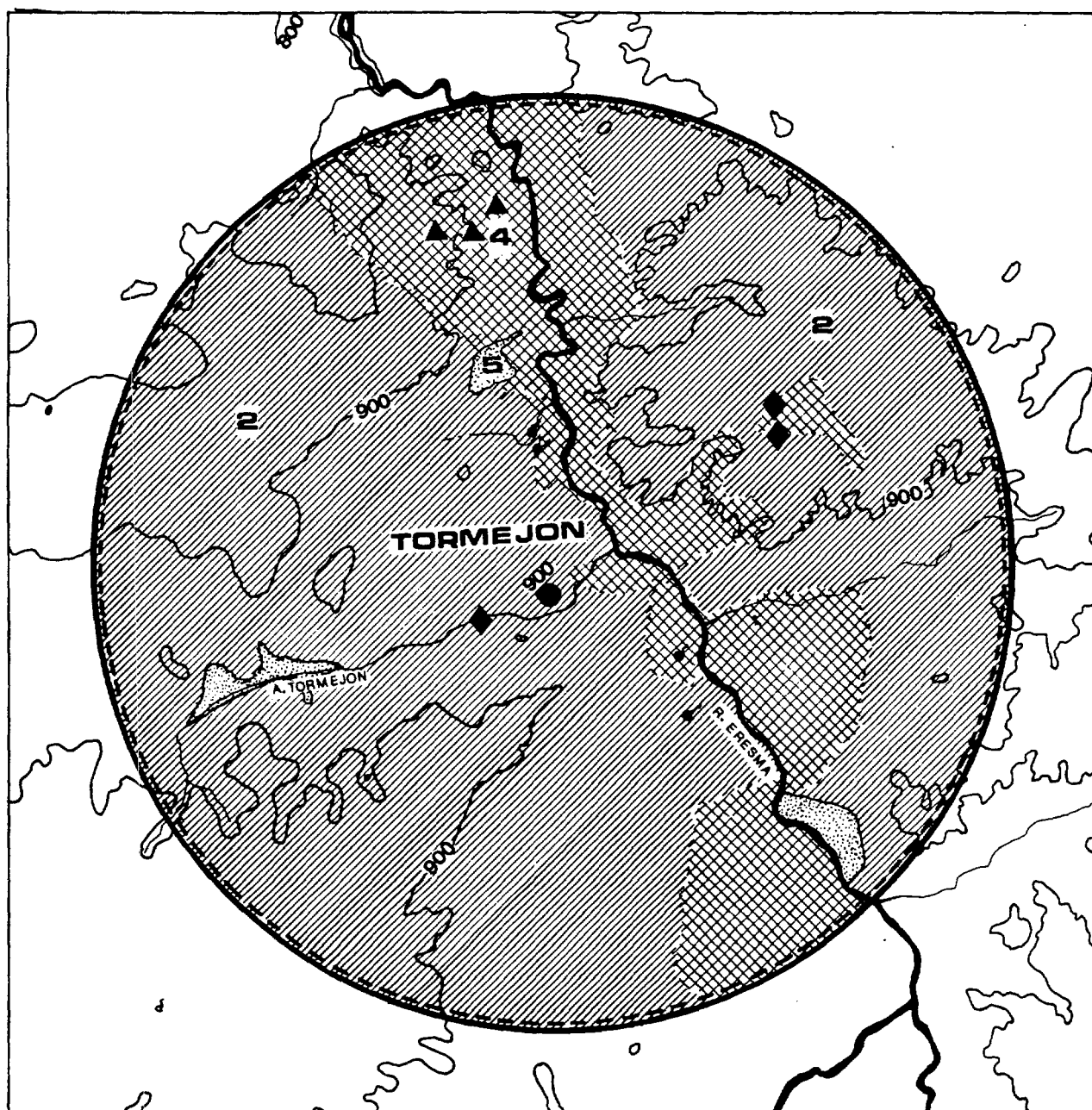
contamos con una excavación arqueológica, tienen poca utilidad para esbozar el desarrollo del hábitat prerromano, debido a las fuertes remociones ocasionadas como resultado de la continuada utilización de este hábitat en etapas posteriores, y como fruto de la destrucción por efecto de las tareas agrícolas. Sólo el Nivel IV del Corte 2 y los Niveles 6, 7 y 8 de la Cata B; estos últimos pertenecientes a los silos, donde se localizó el grueso del material prerromano. F. Gozalo les denomina como "Niveles vacceos".

Más escasos son, aún, los datos referidos a la existencia de una necrópolis con cronología de la II Edad del Hierro. Este mismo autor hace mención a la noticia recogida del dueño de una tejera sobre el hallazgo de una urna pintada con huesos calcinados y bolas de barro en su interior, objetos todos ellos hoy desaparecidos, localizada en una pequeña meseta cercana al yacimiento durante los trabajos de extracción de arcilla. El lugar exacto, una pequeña elevación destacada de su entorno, está situado al otro lado del arroyo Tormejón, al sur del Cerro, y perfectamente visible desde éste, del que dista unos cientos de metros. Hoy corta este terreno la línea del ferrocarril. Sin embargo, a pesar de esta noticia, la prospección efectuada no dio ningún resultado positivo. En consecuencia, aún contando con la palpable coherencia de los datos referidos a la urna, la existencia de la necrópolis hemos de ponerla en dudas, si bien admitiendo la posibilidad.

A la hora de proceder a una valoración final de la






etapa prerromana de este yacimiento, no deseamos dejar pasar por alto algunos elementos de clara significación cultural (un fragmento de borde de "cerámica a la almagra" (Lucas-Viñas 1971, pp.80, y Fig 1,1- y otro de "cerámica de Boquique" -F. Gozalo 1979, Lám.X, 1), que hacen pensar en la presencia de un substrato poblacional en el Cerro, identificable durante el Neolítico Final y el Horizonte Cogotas I (Bronce Final). El desarrollo de la II Edad del Hierro, en sus inicios con la fase Cogotas II, parece ser el momento de pleno asentamiento poblacional confirmado con suficiencia por sus materiales, al que no son ajenos la llegada de materiales fruto de los contactos comerciales más allá de la Meseta, en especial con el Sur de la Península, como evidencian son los fragmentos de retícula bruñida y los de barniz rojo". Una fuerza mayor da la impresión tener la etapa celtibérica, a partir de finales del siglo IV a.C. con una prolongación clara durante la fase conocida como tardía hasta bien entrado el siglo I a.C., momento en el que llegan objetos -cerámica campaniense- asociados con el comienzo de los contactos con los soldados romanos en este sector provincial. F. Gozalo, con acierto, afirma entrever una diferenciación en el desarrollo poblacional del cerro basándose en la dispersión de los restos cerámicos en superficie. Así aparece como zona de asentamiento preferente durante la etapa celtibérica más clásica el sector Oeste, mientras que desde fines del siglo II a.C. es el sector Este del mismo Cerro el habitado preferentemente. Más difícil resulta, como intenta este autor, concordar los períodos de luchas intensas que según las fuentes clásicas ocurrieron en

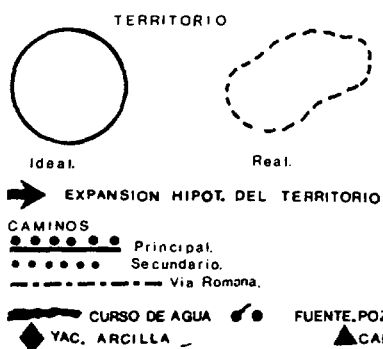
la zona -Luculo 151, y Onco Pompeyo 74 a.C.- con la presencia de cerámicas a torno características, a tenor de las propuestas "historicistas" hechas algunos años antes por F. Wattenberg (1959, 1963, 1978,...). En el momento actual de la investigación parece quedar desechada, o al menos muy complicada de probar arqueológicamente en estratigrafía, esta argumentación.

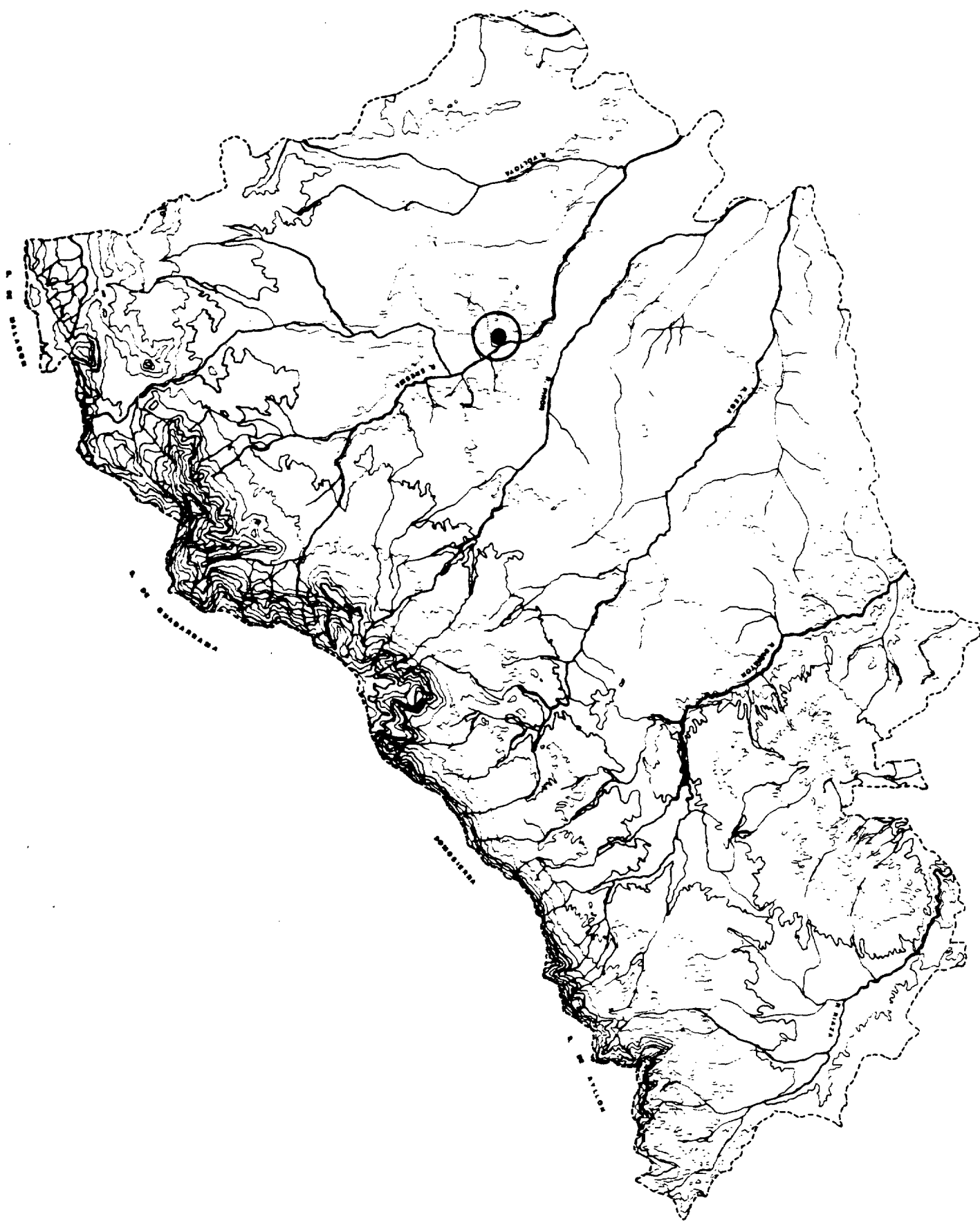


Escala 1:50.000



- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES





II. Arqueología exterior: El territorio.

El marco geográfico en que se inscribe este espacio provincial pertenece a la Unidad Estructural IIIa (Llanuras miocenas de las Depresiones), y sólo una parte de su sector septentrional es preciso encajarla en los denominados "relieves plegados" (Unidad Va). Tal como se desprende de las anotaciones realizadas en el Mapa correspondiente (Fig. ...), el territorio de explotación definido para este yacimiento del Cerro Tormejón quedaría enmarcado en un radio de 5 Kms; el tamaño mediano del asentamiento aboga en favor de esta demarcación. Las características topográficas del área, carente de accidentes de alguna importancia que impidan una fácil movilidad, nos hace pensar en una posible coincidencia entre la demarcación ideal trazada en los modelos teóricos y la distancia isocrónica real a los diversos puntos del territorio. Tampoco creemos necesaria la expansión en la explotación del territorio fuera de esta línea a no ser de forma esporádica y en busca de recursos excepcionales (por ejemplo, pastos frescos de primavera y verano en las márgenes del piedmonte serrano para alimentar la cabaña ganadera), pues dentro de él, al menos teóricamente, existe suelo suficiente de buena calidad para el desarrollo de los cultivos cerealistas de secano, base principal de la economía de poblados como éste. No podemos olvidar que estamos en el centro de las mejores tierras trigueras de la provincia de Segovia.

Como factores determinantes de la valoración anterior,

estarían los agroclimatológicos y los geológicos. En relación a estos últimos es preciso decir que el territorio explotado por este asentamiento se ubica, a grosso modo, en las denominadas llanuras miocenas; sin embargo, en este punto el espacio provincial es recorrido por un relieve plegado de muy escasa importancia correspondiente al zócalo paleozóico (Unidad Va), y que pertenecería todo el sector al Noroeste del yacimiento. Entre este zócalo, cuyo afloramiento sólo se manifiesta con cierta relevancia en las cercanías del río Eresma en forma de crestones y macizos de pizarras, y las llanuras terciarias del área meridional, se disponen un reducido paquete de formación secundaria. El Cuaternario hace su aparición en las inmediaciones del Eresma, antes de penetrar en el substrato paleozóico. Todo este conjunto se desarrolla en una altitud media entre 800-900 mts, no superando esta cuota.

El segundo de los factores físicos que actúa en calidad de condicionante de las características naturales de explotación de los recursos es la climatología, expresada en unos rasgos muy concretos. De los datos pluviométricos existentes para las dos estaciones más cercanas distantes menos de diez kilómetros del yacimiento, Carbonero el Mayor y Sta. María la Real de Nieva, se desprende una precipitación en torno a los 450 mms y una temperatura media entre 10-12 grados, con mediciones muy extremas entre estaciones; tampoco es despreciable el largo período de heladas, calculado de 6 a 8 meses. Estas variables delimitan un clima Mediterráneo Templado, de características ligeramente menos duras que el de la ciudad de Segovia, donde los cultivos en secano de otoño y

primavera son adecuados, siempre que las condiciones no varíen de un modo sustancial (falta de lluvias, alargamiento de las heladas,.....).

En relación a la cubierta vegetal originaria en la zona, de los datos contenidos en el Mapa de Vegetación de la provincia de Segovia (Rivas-Martínez-Sáenz de Rivas 1969) podemos hacer la siguiente relación de espacios con distinta masa arbórea:

.Una comunidad presidida por la encina sobre los terrenos pobres en bases, que componen la práctica totalidad de estas llanuras miocénicas a uno y otro lado del Eresma; una comunidad vegetal que incluso se mantiene en aquellos lugares donde afloran las masas de pizarra. Como testigo de esa situación tenemos el bosque de encinas que rodea el Cerro de la Virgen del Castillo (Bernardos), en el mismo borde septentrional del territorio de explotación. Esta especie parece estar en fase de progresión sobre las tierras de mala calidad, no aptas para los cultivos de cereales, sobre todo, en los márgenes del Eresma.

.Al Sureste del yacimiento y en un reducto de menor entidad en el Noroeste, sobre terrenos más ricos en bases la comunidad de encinas contaría con algún porte de sabina albar. En aquellos sitios donde la cubierta vegetal se ha reintegrado se ha hecho con especies pináceas, quedando, como mucho, un matorral de porte arbustivo como único representante de la vegetación anterior.

.La vegetación ripícola de carácter climácico se sigue conservando en gran medida en las orillas de los cursos de agua, si bien hoy día las especies autóctonas se están

cambiando por otras foráneas de mayor rendimiento económico.

Indudablemente este estatus vegetal hoy apenas muestra los escasos rasgos que hemos detallado, encontrándonos con un territorio desforestado en más de un 90%. La situación no debió ser tan extrema durante el período que estamos analizando, si bien las características propias de este territorio de cara a su explotación en actividades agrícolas de carácter extensivo hubo de surtir un efecto destructor de la cubierta vegetal arbórea ante la inminente necesidad de tierras de cultivo o de pastos. Hay que suponer que al menos amplios rodales de las mejores tierras sufrieron este efecto. Un dato a tener en cuenta es el tamaño del hábitat, englobable a grosso modo entre los intermedios, y en consecuencia, por tanto, una presión sobre el medio menos transformadora o destructora de la cubierta vegetal que si se tratase de uno de los grandes "oppida", caso de Coca o Segovia.

Por su parte, los suelos ofrecen una menor variedad que en las inmediaciones del yacimiento de Segovia. En concordancia con el substrato geológico, podríamos realizar el siguiente esquema: (Ver Mapa de la fig. ...)

. Las tierras de buena productividad agrícola ocupan cerca del 80% de la superficie, a uno y otro lado del curso del río Eresma; esta continuidad apenas se ve distorsionada por algún afloramiento rocoso de pizarras o calizas. Estos suelos han constituido tradicionalmente las "tierras de pan llevar" dentro de la provincia de Segovia. Por tanto, es lógico pensar que fueran explotados con estos mismos fines durante la etapa prerromana, si bien por las características de tamaño del propio asentamiento habría que pensar que la explotación más

intensa se produjese sólo en una parte de estos suelos, quedando el resto sin labrar o haciéndolo en alternancia.

. En aquellos espacios donde la roca aflora casi en superficie o integrados por arenas cuaternarias, dispuestos casi en su totalidad en las márgenes del Eresma, los suelos son poco aptos para el trabajo agrícola; sobre ellos estaría asentada la cobertura vegetal originaria, aprovechándose en este caso los recursos propios del monte (leña, material constructivo, caza, productos de recolección). Su porcentaje no iría más allá de un 17-18% del territorio. Estos suelos hoy están ocupados por algún monte de encinas, por matorrales de encina en proceso de recuperación o por pináceas repobladas.

. Los pastizales frescos, muy escasos en este territorio, apenas ocupan un 2-3% de la superficie; y se localizan en las inmediaciones del arroyo Tormejón y en la margen derecha del Eresma.

El territorio dispone en suficiencia de los recursos hídricos necesarios para su abastecimiento; estos son proporcionados en primer lugar por el Eresma y el arroyo Tormejón, inmediato al yacimiento. Tampoco faltan algunas fuentes y otros cursos menores subsidiarios del Eresma. Sin embargo, es difícil encontrar puntos donde sea posible el regadío tradicional.

Por cuanto se refiere a otros recursos distintos, el área carece de minerales de tipo metálico; sin embargo, mayor abundancia muestran los materiales pétreos, en especial las pizarras y gneis, cuya utilización en la construcción de muros

queda patente en el yacimiento. Ejemplo de ello serían las excelentes canteras que hoy explotan las pizarras de la zona. Así mismo, encontramos buenos yacimientos de arcillas, uno de los cuales está en las cercanías del propio Cerro, en el punto donde F. Gozalo cree pudo ubicarse la necrópolis del poblado.

Las rutas o sistemas de comunicación a través del territorio de explotación del Cerro están definidas por el eje natural del Eresma; a él se circunscribe el camino ganadero más importante de la zona (Mapa de Cañadas de Segovia. Abellán-Olivera) y la vía 24 del It. de Antonino, que desde Segovia se dirigía a la mansión de Coca. Como expresamos en su momento, si bien no se conoce el hecho real de la vía salvo en unos pocos metros en las cercanías de Segovia, la presencia de algunos enclaves o yacimientos romanos (Sta. Inés, el mismo Cerro de Tormejón, o el Cerro de la Virgen del Castillo), induce a pensar que el trazado pudo discurrir por estos parajes. Este camino habría que calificarlo como el principal eje de comunicaciones del yacimiento tanto para la explotación del territorio como para el desarrollo de los contactos con los hábitats más cercanos, e incluso para sus conexiones suprarregionales, a través de las cuales llegarían los escasísimos productos calificables como "importados".

Con un carácter más secundario y local es posible plantear la presencia de otras rutas:

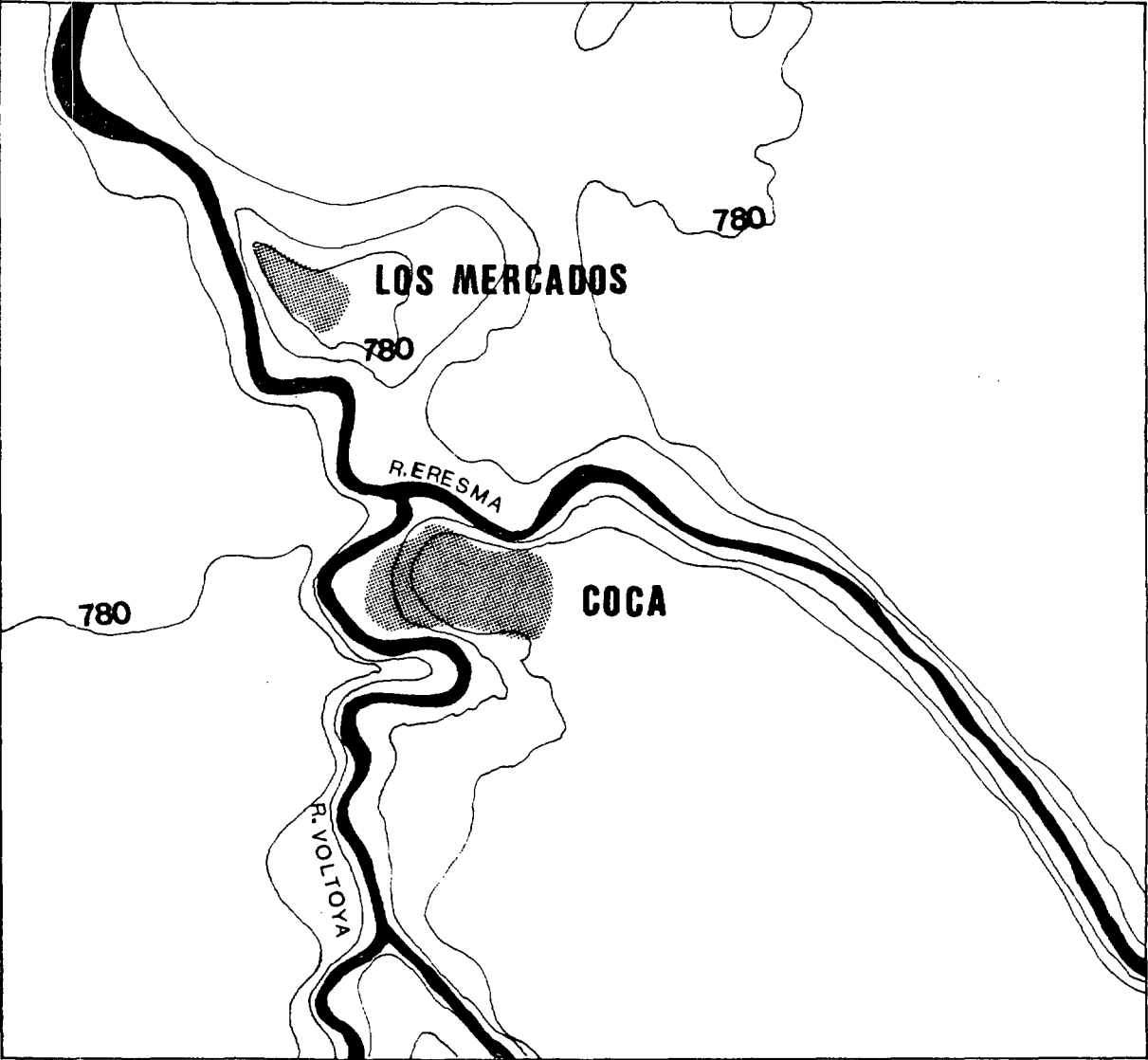
-Hacia el Este, cruzando el Eresma a la altura de su confluencia con el Tormejón, un camino que conduciría a las tierras de la margen derecha; en este sector hemos localizado excelentes recursos de arcillas para cerámica. Más allá de

los límites marcados es muy difícil plantear con claridad un trazado en medio de las tierras llanas.

-Hacia el Oeste, el curso del arroyo Tormejón pudo servir como una ruta muy válida para acceder a los mejores suelos agrícolas, y a ciertos pastizales.

-Existen otras rutas posibles con el mismo carácter local, pero su trazado entraña numerosas dificultades en medio de un terreno tan llano, sin ejes claros canalizadores, como sucedía con los anteriores caminos. Aquí la ruta pudo ir por cualquier punto, haciendo más fácil la explotación del territorio.

Por último sólo nos resta hacer una valoración del conjunto de elementos que caracterizan la arqueología exterior de este asentamiento. Por encima de otros podemos apuntar dos: la presencia de un territorio de excelente potencial agrícola y el paso por él de un eje de comunicaciones de primer orden para el centro de la Meseta Norte. No creemos que resulte complicado ver en estos rasgos económicos y geoestratégicos, a los cuales de forma inseparable habría que unir la existencia de puntos con una buena defensa natural -caso del propio Cerro Tormejón- una explicación lógica al establecimiento de hábitats como éste. Por lo demás, rasgos compartidos, si bien con ciertas variaciones, por el grueso de los yacimientos prerromanos que estamos estudiando, y a la vez, comunes al tipo de aprovechamiento del territorio durante la II Edad del Hierro en la Meseta Norte.



YACIMIENTO: COCA.

1. LOS AZAFRANALES.

2. CASTRO DE LA CUESTA DEL MERCADO.

1. Arqueología interior: El hábitat.

De todos los yacimientos de la provincia de Segovia es éste de Coca el que goza de un número más amplio de estudios; bien es verdad que éstos tienen un carácter muy parcial en su referencia estricta a la problemática de la II Edad del Hierro, incluyéndose en ocasiones como un capítulo introductorio de investigaciones centradas en períodos históricos más recientes. (Sólo vamos a incluir en este preámbulo aquellos trabajos en los cuales se haga constar de alguna manera a la etapa cultural e histórica que estudiamos; existen otros trabajos, principalmente relacionados con la numismática y la epigrafía, insertos en los períodos romano y medieval de Coca, de los que por razones obvias vamos de silenciar dicho contenido, aunque recogeremos en ellos todo lo relacionado con el período preromano).

El punto de partida habría que buscarlo, a nuestro modo de entender, en la importancia que las fuentes históricas dan al enclave de la antigua Cauca, tanto celtibérica como romana; detalle éste que comentábamos en intensidad en el análisis de las fuentes clásicas. Puesto que a ellas haremos mención profusamente en el texto que sigue, sólo creemos oportuno anotar en este momento una escueta reseña. Los historiadores más antiguos de la provincia de Segovia, Colmenrares

(1637-1969- pp.71-73) y Somorrotro (1820, pp.99-100, y 172), comentan la importancia del yacimiento de Coca, basándose en los textos clásicos, e incluso conocen alguno de los verracos. Posteriormente, el Conde de Cedillo (1913, pp.364-366), Schulten (1928), o Barrientos (1936), aportan datos arqueológicos más abundantes, como resultado de las visitas y prospecciones al yacimiento. Con la aparición del tan conocido "jarro tartésico" (Blanco Freijeiro (1953), García Bellido (1956 y 1960), y Blázquez (1975), de nuevo este asentamiento entrará a formar parte de los análisis referidos a la expansión de los productos coloniales por el interior peninsular, valorándole como un punto a tener muy en cuenta. Otros trabajos como los de Molinero (1950 y 1971), Lucas-Viñas (1971 y 1973), o el más amplio de Wattemberg (1959), J.L. de Frutos (1981) o Zamora (1987), vuelven a poner de manifiesto esta relevancia. En último lugar, como estudios a nuestro entender más significativos para el análisis del período prerromano de Coca, estarían los de F. Blanco (1986,1988) en los cuales se recoge y en gran parte se analiza, aunque sea de un modo muy sintético, la documentación arqueológica de la Coca prerromana, conocida hasta el momento. Y ello dentro de un marco de mayor amplitud cronológica en el que se inscriben ambos trabajos. De ellos vamos a extraer muchos de los datos necesarios utilizados en el análisis de este yacimiento.

Antes de especificar las características físicas de Coca, tenemos que hacer constar que la vida durante la II Edad del Hierro se desarrolla en dos hábitats diferenciados, aunque cercanos entre sí (en línea recta unos 800 mts, y algo más de

un kilómetro por el acceso lógico cruzando el Eresma por el puente actual): El Castro de la Cuesta del Mercado y Los Azafranales. Esta afirmación que de entrada realizamos, aludiendo a la contemporaneidad de ambos enclaves durante este período, tiene como fundamento la constatación de la existencia de restos materiales, sobre todo cerámicos, semejantes en los dos puntos. Un desarrollo paralelo que se trunca con el despoblamiento del Castro de la Cuesta del Mercado a mediados del siglo I a.C. (F. Blanco 1986, p.11 , y 1988, p.20), y la continuidad urbana en los Azafranales y en lo que hoy es el casco de Coca. Esta solución implica que los dos núcleos de habitación formaran parte del mismo grupo poblacional, conocido a través de las fuentes históricas como Cauca. O bien que fuesen dos hábitats de nombre y poblamiento diferenciado, como apunta el mismo autor. Mientras no existan datos de otra índole, que demuestren claramente la separación, culturalmente ésta no se puede probar.

En relación con el ámbito geográfico, Coca está ubicada al Noroeste de la provincia de Segovia, en el sector más cercano al valle del Duero, enmarcándose en la unidad estructural calificada como "Depresiones" , y en concreto en el borde occidental de la depresión que forma la "Tierra de Pinares" (IIIb). Participa de las características geológicas que habíamos descrito como propias de este espacio provincial: formación cuaternaria, litología de depósitos de arenas silíceas bajo los cuales, por efecto de la erosión de los ríos, aparecen en los valles arcillas arcósicas. Ha sido el efecto de la erosión fluvial en estos paquetes blandos el conformador de los escasos puntos con unas condiciones de

defensa natural aceptables, siempre ubicados en la confluencia de dos corrientes. Desde las tierras circundantes, ninguno de los dos yacimientos destaca sobradamente por su mayor elevación frente al entorno inmediato: entre 780-785 mts para los asentamientos y unos pocos metros menos para las tierras río abajo, mientras que más al Sur y al Oeste la altitud llega a sobrepasarse gradualmente en más de una decena de metros. Sin embargo, la altitud relativa frente a los valles encajados que les bordean sí es importante, colocándose entre 50 y 60 mts por encima de éstos.

Así pues, el hábitat de Los Azafranales se dispone en la confluencia de los ríos Eresma y Voltoya; el trazado ondulante de ambos ríos estrangula levemente el espigón dejando desguarnecido sólo el sector oriental de dicho terreno. Al norte de este reducto, a esa distancia ya citada en torno a los 800 mts., se encuentra el castro de La Cuesta del Mercado; en este caso no es un espigón sino un meandro fósil del río Eresma el que rodea la meseta triangular del yacimiento, quedando de nuevo accesible el lado sureste. La orientación de ambos yacimientos se acomoda al eje Noroeste-Sureste. Sin embargo, la superficie habitada calculada por F. Blanco a partir de la dispersión de restos arqueológicos culturalmente bien definidos o tomando como base algún indicio de sus sistema defensivo, varía notablemente de uno a otro, siendo en Los Azafranales de unas 15 Has y de 3,3 Has en el castro de La Cuesta del Mercado (F. Blanco, 1988, p.22). Schulten, por el contrario, cifraba en sólo 7 Has la zona habitada en el primero de ellos (Schulten 1928, p.8).

El abastecimiento de agua para los dos yacimientos hubo

de producirse tanto de las fuentes cercanas como de los dos ríos que surcan bajo ellos. No es descabellado pensar en la existencia de aljibes donde almacenar el agua. Del mismo modo, pudieron realizarse pozos, puesto que el nivel freático se encuentra relativamente somero.

En función de estas características físicas, el yacimiento de Los Azafranales encaja a la perfección en el Tipo "B" de Llanos (1974), correspondiente a los hábitats ubicados en espigón fluvial. Por su parte, el castro de La Cuesta del Mercado, aunque de rasgos muy similares debido al cambio de trazado en el curso del Eresma, tal vez pueda encuadrarse mejor en el Tipo D del mismo autor, o bien en una posición intermedia entre ambos. De todos modos cada uno de dichos asentamientos responde claramente a los rasgos topográficos más habituales de los poblados prerromanos de la Meseta.

Las condiciones geoestratégicas de Coca vienen definidas más por su posición privilegiada en una ruta de comunicaciones de tanta trascendencia para el centro de la Meseta como el eje del Eresma, y posteriormente derivada en la vía 24 (It. de Antonino), que por el control visual sobre su territorio de explotación o por las relaciones de intervisibilidad con otros asentamientos. Las distancias a estos núcleos más cercanos supera en todos los casos: Cuéllar, Cerro de Torrejón, Matapozuelos,... la veintena de kilómetros.

Como reflejo de la situación compartida por la mayor parte de los yacimientos segovianos, también en este caso ha sido muy remisa la investigación arqueológica, por no decir

inexistente hasta hace algunos años. Sin embargo, ninguno de estos trabajos, tanto los realizados por M.V. Romero y J.R. López durante 1980 como los llevados a cabo en los dos últimos años por F. Blanco, han sido publicados hasta el presente. De los primeros disponemos de un pequeño informe recogido en el Archivo Central del Ministerio de Cultura (Catalogado con el número 92.849).

De todos modos, parece existir una concordancia notable entre los datos estratigráficos conocidos en la excavación y los observados mediante la prospección sistemática. Ya Schulten en su comentario del viaje a Coca habla de la claridad con que se muestra la estratigrafía en la zona Sudoeste del hábitat de Los Azafranales, donde los procesos erosivos en vertiente habían avanzado más: una "capa ibérica" y sobreponiéndose "la romana". Esta supuesta simplicidad es detallada de forma precisa en la excavación de dos catas (A y D), durante la campaña de 1980; sus autores sistematizan el desarrollo en cuatro fases:

- I. Revuelto (Presencia de materiales romanos, medievales y celtibéricos).
- II. Celtibérico (Planta de casas, hogares, cerámica celtibérica a torno y en menor número a mano, fibula anular hispánica,...)
- III. Celtibérico antiguo (Tipos de cerámica a mano sin decoración).
- IV. Suelo virgen. (Romero-López 1980, n. 92.849).

Recientemente F. Blanco ha publicado una estratigrafía

(Fig.) localizada en las zonas de derrumbe erosivo del actual cementerio, muy cerca del punto al que aludía Schulten, y que se sucede del siguiente modo en poco más de 1,30 mts:

- (8) Nivel virgen de arenas terciarias.
- (7) Nivel de Cogotas II con cerámicas a mano.
- (6) Nivel de arcillas compactas (posible piso), estéril.
- (5) I Nivel de incendio con restos de carbón.
- (4) Nivel sin especificar por el autor; podría tratarse de restos del mismo incendio.
- (3) Nivel celtibérico, con cerámicas a torno de motivos geométricos.
- (2) II Nivel de incendio.
- (1) Nivel superficial de gran espesor,, con restos romanos, celtibéricos, de Cogotas II y medievales. (F. Blanco 196, pp.6-7 y fig. 6).

Como puede comprobarse a partir de estos datos, en que los ofrecidos por la prospección parecen coincidir e incluso completar los de la excavación, existe un esquema estratigráfico bastante homogéneo en este yacimiento, que parece completar todo el II Hierro , prolongándose más allá de él. Por otro lado, sirve de base para establecer el desarrollo arqueológico de la etapa prerromana de Coca y como elemento de comparación con otros yacimientos de la provincia, en especial con Cuéllar, del que también poseemos una buena estratigrafía.

A pesar de contar con esta excelente documentación estratigráfica, el panorama sobre la organización del espacio interior en ambos asentamientos es mucho más oscuro. Por lo que respecta a los sistemas defensivos, las noticias son muy escuetas y en gran medida carecen de comprobación fehaciente. Schulten en el lado Sudoeste del hábitat de Los Azafranales dice advertir "...huellas de las murallas, que en tiempos rodeaban toda la ciudad, aún en la parte protegida por los ríos", haciéndose eco del comentario que las fuentes hacen de las circunstancias que rodearon la toma por Lúculo en el 151 a.C., cuando en el texto de Appiano (Iber , 51) aluden a la defensa que los caucenses hicieron del lugar desde lo alto de la muralla y a la huida de los habitantes por las hoces de los ríos. Por su parte, F. Blanco basándose en la dispersión de los materiales celtibéricos y en un estudio exhaustivo de la topografía del terreno, piensa que la muralla prerromana posiblemente se ubicaría en las inmediaciones de la Torre de San Nicolás cerrando de este modo los 280 mts de terreno llano que separan en este punto las hoces de ambos ríos.

En cambio el sistema defensivo del Castro de la Cuesta del Mercado se muestra con mayor evidencia, puesto que aún hoy y a pesar de las continuadas labores agrícolas con maquinaria industrial, se puede observar, dato que hemos cotejado sobre el terreno personalmente, la existencia de una fosa longitudinal de 88 mts que cierra el extremo triangular de dicho espigón. Este sistema de foso con seguridad se completaría mediante la disposición de una empalizada o de una muro más sólido, los cuales serán más difíciles de contrastar.

Bastante más reducido es el conocimiento de la estructura urbanizada en cada uno de los dos asentamientos. De ésta solo tenemos constancia de algunos retazos de su arquitectura doméstica y elementos constructivos, extraídos bien a partir de la excavación de 1980 o bien de por los restos visibles en superficie y en los derrumbes de las laderas. De este modo, los muros serían de piedra caliza irregular trabadas con barro, cal o yeso y de una altura entre 40-60 cms, a partir de los cuales la pared se construiría a base de tapial y adobe, con cubiertas de materiales orgánicos vegetales. F. Blanco destaca como rasgo a considerar la enorme cantidad de estos restos que aparecen en superficie. Las casas serían de planta rectangular o cuadrangular con los esquinas en ángulo, disponiendo de un hogar (en la Cata A. de 1980, en el Nivel II, se localizan dos hogares superpuestos, de cronología celtibérica) realizado con arcilla endurecida aglutinando fragmentos cerámicos desechados y con adobes colocados en un posible papel de morillos. Los suelos de las casas parecen ser también de arcilla apisonada. En definitiva unos rasgos urbanos y unos elementos constructivos afines al grueso de los poblados prerromanos de este sector de la Meseta.

En mayor abundancia y variedad conocemos los restos muebles de estos asentamientos de Coca (mientras no dispongamos de los inventarios precisos de los materiales excavados, no es posible determinar una diferenciación muy clara en los hallazgos), provenientes en su totalidad de prospecciones. Todo el conjunto material conocido hasta hoy y

del que se disponga de documentación gráfica, lamentablemente para nosotros en muchos casos los autores se limitan a citar y describir someramente los objetos, lo reproducimos en las figuras adjuntas (Figs,). En ocasiones, como ocurre con los publicados en fotografía por Barrientos (1935-36) y en la actualidad desaparecidos, hemos creído oportuno realizar un dibujo ajustándonos a lo observado en dichas fotografías, al no disponer de descripciones ni de escalas. En otros casos nos limitamos a la reproducción mediante fotocopia.

MANIFESTACIONES PLASTICAS:

Integrándose, pero a la vez distanciándose por su contenido y su significación del conjunto del material mueble de Coca, estarían las producciones plásticas. Dentro de este grupo englobamos las esculturas zoomorfas o verracos, las terracotas de animales o humanas, la fíbula zoomorfa, y el exvoto.

Como ocurría en el caso de Segovia, son los verracos la primera manifestación de la cultura prerromana puesta de relieve por la historiografía clásica tanto de la provincia como a nivel más general (González Dávila, Colmenares, Somorrostro, Bosarte, Bosch Gimpera y Aguado Bleye, Conde de Cedillo, Molinero, Schulten,). Las tres esculturas zoomorfas hoy existentes en el casco de Coca fueron descritas e inventariadas con sumo detalle en el estudio global de G. López Monteagudo (1983, pp.-516-518). Nosotros tomando como punto de partida estas descripciones hemos constatado en la realidad las características de cada una de estas obras. De cada uno de los verracos realizamos la documentación gráfica

en dibujo, de la cual hasta el momento se carecía; Únicamente se contaba con fotografías de escaso detalle. Como es habitual en este tipo de esculturas, se desconoce su punto exacto de procedencia, aunque sin duda estarían en algún punto dentro o en el entorno del yacimiento de Los Azafranales. En este momento dos de ellas se encuentran colocadas sobre sendos pedestales en la entrada de la Villa, delante de la muralla medieval; la tercera aún sigue embutida en uno de los muros del castillo. El estado de conservación general es muy lamentable, bastante peor que en las de Segovia, apreciándose apenas unas estructuras como muñones sin rastro de detalles, confeccionadas en granito. El lugar de extracción de este material se situaría cuando menos en las faldas del Guadarrama, a una distancia superior a los 50 Kms, si es que no han sido transportadas una vez esculpidas desde alguno de los talleres que posiblemente existieron en las inmediaciones de Avila, y por tanto, a una distancia mayor de 100 Kms. De una u otra forma, son materiales, como ocurrirá con los molinos, foráneos al territorio de explotación del propio asentamiento, y con seguridad objetos del comercio regional con otras áreas o asentamientos dentro de su mismo círculo cultural. Un proceso analítico estudiando la composición mineralógica de los granitos sería el único sistema válido de aproximarnos al origen del material de estos verracos.

En concreto la descripción de las esculturas de granito sería la siguiente:

VERRACO I: Se localiza a la Puerta de la Villa.

Medidas: Longitud: 135 ctms. Altura máxima: 60 cmts.

Anchura máxima: 67 ctms.

Se trata del verraco que lleva impresa la conocida inscripción latina en su costado izquierdo (CIL II 2727). Su conservación es mala. Representa a un cerdo que ha perdido gran parte de las patas del lado derecho y casi en su totalidad las del izquierdo, diferenciándose, no obstante, en aquel el antebrazo, la rodilla, el jamón y el comienzo de los corvejones. Posee la cruz ligeramente elevada, conservándose la frente y sólo en parte la cara; en ésta se distinguen las mandíbulas y ha desaparecido la jeta. Levemente también se aprecian los testículos y el pene. Sobre el jamón izquierdo se observa un abultamiento que pudo corresponder al rabo, por la situación comprobada en ejemplares similares. Los pedestales de sustentación serían los grupos de las patas, y partiendo de la inclinación de las delanteras imprime una sensación de movimiento en actitud de "acometida".

VERRACO II: También se localiza en la Puerta de la Villa.

Medidas: Longitud: 138 ctms. Altura máxima: 54 ctms
Anchura máxima: 43 ctms.

El ejemplar es un cerdo y su conservación bastante peor que la del anterior. Las patas aunque apenas muestran su arranque dejan ver la inclinación hacia adelante en actitud de "acometida". Queda aún gran parte de la cabeza, si bien le falta la jeta, pero como en el resto de la pieza no se diferencian detalles anatómicos precisos. Una excepción parece ser el pene. La sustentación a la basa se efectuaría, también en este caso, mediante las patas, actuando como

pedestales. En el lado izquierdo presenta una importante línea de fractura rellena de cemento y una oquedad circular bastante profunda, resultado, sin duda, del mismo proceso de deterioro.

VERRADO III: Esta embutido su mitad trasera en uno de los muros de ladrillo del Castillo.

Medidas (tomadas como es de suponer sólo de la parte visible; nosotros, aún a costa de arriegarnos en exceso, hemos decidido realizar la reconstrucción hipotética del ejemplar -línea a trazos-): Longitud: 95 ctms. Altura máxima: 60 ctms. Anchura máxima: 55 ctms.

También representa un cerdo. Los rasgos anatómicos, al menos de la cabeza, son más claros que en los otros ejemplares. Esta sólo ha perdido una pequeña parte de la jeta y conserva bien indicada la línea de boca; ha sido ejecutada en posición más levantada de lo habitual en estos tipos. Se aprecian bien las mandíbulas y los antebrazos de sus patas, que se han ejecutado imprimiendo al animal un movimiento hacia adelante, similar al de los dos anteriores. La sustentación se produciría mediante las patas en función de pedestales unidas a la basa.

El resto de las manifestaciones de la plástica se corresponderían con la siguiente descripción, si es que a parte de la noticia de su existencia conocemos gráficamente la pieza:

Terracotas:

-Cabecita de cerdo: (F. Blanco 1986, p.11, fig.9). Las dimensiones que podemos extraer del dibujo serían de 7,6 ctms de longitud, por 3,5 de anchura aproximadamente. En ella son

visibles las incisiones que marcan la boca, la nariz, los ojos y las orejas. Su factura es muy tosca.

-Cabecita humana (Barrientos 1936, Lam.IV, pg. 30) Este objeto, como todos los publicados por dicho autor, en la actualidad están en paradero desconocido. No contamos con ninguna descripción, ni con la escala de la fotografía de esta pieza. A partir de este documento, el objeto se puede describir como la representación de una cabeza humana de "rasgos arcaicos", en la que destacan sobremanera los ojos almendrados y salientes, una parte de la nariz, y el cabello con un peinado que puede asemejarse a un trenzado. Desconocemos si se trata de una cabecita de bulto redondo o de un bajorrelieve.

-Cabecitas de caballo. Aunque están citadas por F. Blanco (1988, p.25), ignoramos cualquier detalle al respecto, aunque la noticia nos parece suficientemente fidedigna. Habría que ponerlas en contacto con el cuerpo de caballito aparecido en el Cerro Tormejón, y con tipos similares conocidos en otros yacimientos prerromanos de la Meseta (Roa, Numancia, Lança de Duero,...)

-Exvoto: (F. Blanco 1988, p.25). También en este caso contamos sólo con la noticia y la escueta descripción dada por el autor. Dicha figurilla representa a un hombre de pie con los brazos extendidos hacia adelante. En este caso se trata de una pieza típica del mundo ibérico, y con una representación muy escasa entre los pueblos de la Meseta Norte; solo conocemos el ejemplar de El Raso de Candeleda, recientemente publicado (F.Fernández (1986) pp.891-893, fig. 473 de la p. 894, y pp.978-980).

-La fíbula de arco con cabeza de Lobo: (F. Blanco 1988, p.25). Si bien tampoco disponemos en este caso de una representación gráfica, la descripción que hace este autor es más precisa, y , por tanto, de ella echamos mano: " No obstante, mención aparte merece una fíbula cuyo arco está formado por una cabecita de Lobo. Su geometrismo, el relleno de las cuencas oculares de pasta blanca y su excelente calidad material, hacen de esta pieza una pequeña obra de arte prerromano". Posteriormente alude al lugar de aparición en el habitat de Lo Azafranales y a su relación con motivos iconográficos similares como son las cabezas de lobo de las murallas prerromanas de Tarraco y la Pátera de Tivisa; concluye su análisis aludiendo al carácter protector que este objeto debió de tener para el individuo que lo portase. No sabemos que existan otros ejemplares de similares características en la Meseta Norte.

La valoración , sin duda importante, que de estos elementos representativos de la plástica puede hacerse, la remitimos a capítulos posteriores donde se procederá a su análisis, ya que en este momento nuestra intención se centra exclusivamente en la catalogación y descripción de los materiales.

RESTOS MUEBLES:

Cerámica:

De todo el conjunto de restos muebles es la cerámica el más abundante. Como en ocasiones anteriores obviamos la descripción detallada de los fragmentos o piezas publicadas

(Barrientos, Wattemberg, Molinero, F. Blanco,...), centrándonos exclusivamente en la sistematización de los diferentes grupos.

-Grupo Cogotas II: A tenor de los datos estratigráficos que poseemos, aparecen en el nivel más antiguo del asentamiento, prolongando su presencia, aunque en menores proporciones, más allá de esta etapa. Se trata de producciones a mano, cocidas en fuegos reductores, con superficies espatuladas o bruñidas. Las formas habituales son los cuencos oviodes o troncocónicos, los perfiles en "S" suave, los acampanados, etc... Entre los vasos que llevan decoración, destacan las incisiones "a peine" con motivos de bandas, ondulados o de cestería; en algunas ocasiones punteados sueltos. En general motivos muy simples, siendo menos habituales las combinaciones barrocas y los puntillados "a peine" tan típicos en yacimientos como Cuéllar. En los vasos de pastas y acabados más toscos la decoración se remite a impresiones y ungulaciones en el labio.

Tampoco faltan en Coca los vasos decorados con estampillas, bien las simples de puntos y oquedades o bien las más complejas de círculos cuartelados, tréboles, hojas,... Generalmente se les considera de cronología más tardía, enlazando su aparición con la de los primeros productos torneados.

-Grupo celtibérico: Del conocimiento que en la actualidad se tiene sobre las características de estas producciones, por nuestra parte creemos que puede realizarse la siguiente diferenciación:

.Cerámicas celtibéricas clásicas: A ellas

corresponderían los vasos con decoraciones más simples de bandas, semicírculos y cuadrantes concéntricos, rombos encadenados, ondas, meandros,....Las formas más usuales son las de perfil en "S" con borde cefálico. Muy característico de Coca desde un primer momento van a ser las pastas claras variando desde anaranjados muy suaves hasta ocre y amarillentos, con un acabado exterior excelente, que a veces es califaicado de "jabonoso"; también están presentes los engobes, siempre en estas tonalidades claras. F. Blanco alarga su existencia en Coca hasta bien entrado el s. I a.C.

.Cerámicas celtibéricas tardías: Según este mismo autor, a los productos más clásicos les van a suceder otras donde las formas y motivos varían de un modo significativo. Las pastas mantienen los mismos colores ocre y amarillentos, y los mismos acabados lustrosos. Ello es una prueba evidente de la continuidad de los mismos talleres y los mismos yacimientos de arcilla. En cuanto a los tipos ahora nos encontramos con perfiles en "S" de borde vueltos redondeados, baquetones y molduras sobre los galbos, cuencos de bordes regruesados, vasos acampanados, "kalhatos", copas de fuste corto y pie sencillo, platos de recuerdan tipos campanienses,... Pero el cambio más visible parece llevarse a cabo en la decoración. Aunque se mantienen algunos motivos tradicionales como los semicírculos concéntricos, surgen otros novedosos: eses tumbadas o "patos", metopados de svásticas, hachas dobles, triángulos colgados rellenos,.... Carácter de excepcionalidad tienen los escasos temas figurados: aves, vegetales,..Sin embargo, uno de los rasgos más destacables de las producciones de Coca durante esta etapa tardía son las

decoraciones bícromas (ocres y marrones) o policromas, combinando ocres, marrones, rojos y blancos; en ocasiones da la impresión de tratarse de un mismo color aplicado con distinta intensidad, lo cual provoca un cambio de tono. La pauta seguida en la composición se mantiene muy constante, utilizando las coloraciones claras para las bandas anchas y las más oscuras para las líneas laterales y el diseño de los distintos motivos.

Como último dato, aunque esté su análisis fuera de nuestro cometido concreto, hay que anotar las escases de fragmentos de cerámicas campanienses, lo que si por una parte demuestra, del mismo modo que lo harán los hallazgos numismáticos, una temprana presencia del elemento romano republicano, por otra es indicativo del irrelevante peso del elemento colonizador latino frente a la solidez de la cultura indígena en estos momentos finales de la II Edad del Hierro.

En definitiva, un conjunto de caracteres en las producciones celtibéricas ya observados en los otros dos yacimientos del eje del Eresma, (Cerro Tormejón y Segovia), que convierten las producciones de este sector en un grupo tremendamente singular y diferenciado. Ello hace posible que pensemos, y a esto nos hemos referido en páginas anteriores, en la existencia de algún taller o talleres en el entorno de uno de estos yacimientos; no podemos olvidar además, que en el caso de Coca, por ejemplo, estamos en una zona donde los paquetes de excelentes arcillas terciarias son abundantes. La presencia de alfarerías tradicionales hasta el día de hoy así parece refrendarlo.

Junto a las cerámicas, también contamos en Coca con otros objetos realizados en arcilla, algunos de ellos cocidos a la misma temperatura de los vasos y otros sólo secados al sol. La relación recogería los siguientes tipos:

- . Bolas o canicas, de distintos tamaños, generalmente decoradas con puntillados diseñando cuadrantes, acanaladuras, estampillados, impresiones de puntos,...

- . Fusayolas troncoconicas, bitroncocónicas o de perfil redondeado.

- . Pesas de telar prismáticas y rectangulares.

Aunque por su abundancia y escasa significación cultural no se suelen recoger entre el conjunto de estos objetos realizadas en arcilla, el grueso de la producción se dedicó a la confección de adobes, utilizados en grandes cantidades en la construcción. Así parece ponerse de relieve con su localización masiva en superficie en los cos asentamientos.

Objetos de piedra:

La mayor parte de estas piezas son molinos de mano abarquillados y sus respectivos machacadores, de dimensiones variadas y confeccionados en granito, cuyo punto de procedencia hay que situar en el Sistema Central. También se encuentran algunas fusayolas realizadas en caliza de la zona.

Mención a parte habría que hacer de la decena de nachas pulimentadas recogidas en Coca y sus inmediaciones (Cuesta de la Mora) desde hace bastante tiempo. Los tamaños son muy distintos, si bien las reducidas dimensiones de algunas son indicativo de su función votiva o ritual. La dificultad de su

adscripción cronológica precisa estriba en su amplitud, puesto que su producción se inicia desde etapas eneolíticas y se prolongaría, como pone de manifiesto G. Delibes (Delibes 1974 y 1975), hasta la Edad del Hierro, momento en el que tendrían una presencia muy significativa. Al menos para uno de los ejemplares, el recogido en el Cerro de la Cuesta de la Mora, la cronología sería del Bronce Final, puesto que en éste se recogió junto con restos cerámicos correspondientes a dicho período (F. Blanco 1986, p.21). Por nuestra parte, el dato es valorable desde el punto en que estas hachas pulimentadas estarían evidenciando la presencia de un importante substrato poblacional en Coca y sus alrededores, que en definitiva haría mucho más lógico el surgimiento de un núcleo de tanta envergadura durante la II Edad del Hierro. Por el momento carecemos de restos arqueológicos en el mismo núcleo de Coca que sirvan como botón de muestra de la presencia de dicho substrato, a excepción del conocido "jarro tartésico" de bronce, que comentaremos seguidamente.

Objetos metálicos:

Son bastante numerosos en Coca los hallazgos de objetos metálicos; sin duda, a ello no es ajena la labor selectiva de los detectores de metales y de los furtivos. Los encontramos recogidos en todas las publicaciones referidas al yacimiento, aunque de una forma generalizada carecemos de las descripciones precisas de estos materiales.

En primer lugar, por su número, destacan las fibulas confeccionadas en bronce (conocemos solo un ejemplar de plata,

del cual no se cita ninguna otra característica- Blanco 1986, p.12-). Los tipos son muy variados:

.Fibulas de doble resorte simples (Barrientos 1936) y con placa de arco (Blanco 1988, p.24).

.Fibulas de torrecilla (Barrientos, 1936 y Blanco 1986 y 1988); es el grupo más numeroso.

.Fibulas de arco simples y con doble anilla (Blanco 1988).

.Fibulas anulares (Molinero 1971, Romero-López 1980, Blanco 1988); entre éstas destaca una de las denominadas por Cuadrado (Tipo 4g) "de anillo grueso".

De su análisis somero se desprende una cronología que puede prolongarse desde finales del siglo VI-incipios del V a.C., momento en el que podrían encajarse las de doble resorte más simples, hasta los siglos II-I a. C., fecha posible para los ejemplares más modernos de torrecilla o anulares.

F. Blanco pone de relieve igualmente la existencia de otros objetos metálicos de carácter más excepcional, tales como las cuentas de collar de bronce "...de forma troncoónica múltiple a modo de anforitas", un broche de cinturón tipo Miraveche "...finamente decorado con motivos geométricos punteados, y todo muy simétrico...", (Blanco 1988, p.24), y una "...barrita de oro lisa, con tan solo una pequeña abrazadera decorada, y cuya función se nos escapa..." (Blanco 1986, p.12 y fig. 10).

En cuanto al armamento se refiere, en Coca se han encontrado también algunas piezas. Quizás la más destacable

es el puñal de antenas publicado por Barrientos y hoy desaparecido. Dicho puñal en líneas generales respondería a estos caracteres: material de hierro, tres haces de nervaduras en la hoja, guarda con escotaduras en "S", empuñadura de sección poligonal, y pomo de dos antenas con la misma sección; la vaina lleva tirantes rectangulares y el juego del brocal en semicírculo,...Lamentablemente no existe escala en la única fotografía conservada, si bien E. Cabré y J. Morán (1965), personas a toda luces muy experimentadas en el conocimiento de este tipo de piezas, le calculan unos 310 mms. En cuanto a su tipología habría que enlazarle con los conocidos como tipo "Alcácer-do-Sal", tan profusamente estudiados en su momento por Cabré (E.Cabré y J. Cabré, 1934, pp. 85 y ss.). De todos modos, hemos de decir que, si bien se puede encajar a grandes rasgos en este grupo formal, el puñal de Coca se puede entender como un subtipo de muy rara aparición entre la panoplia militar de los pueblos prerromanos de la Meseta, y cronológicamente sincrónico (mediados del siglo IV incios del III a.C.) a las espadas de antenas circulares atrofiadas, tan comunes en las necrópolis de yacimientos de esta etapa.

Por su parte, el armamento ofensivo está representado por hojas de lanza de nervio central confeccionadas en hierro y un numeroso conjunto de puntas de flecha de bronce con aletas laterales y de tamaño variable (desde 3 a 9 ctms.) Estas últimas piezas son casi una excepción entre las armas arrojadizas conocidas dentro de la Meseta; sin embargo, parecen querer refrendar con su aparición el texto de Appiano, cuando en la toma de Lúculo en el 151 a.C. este autor hace mención de tales armas arrojadizas utilizadas por los

caucenses (F. Blanco 1986, p.13 y fig.12).

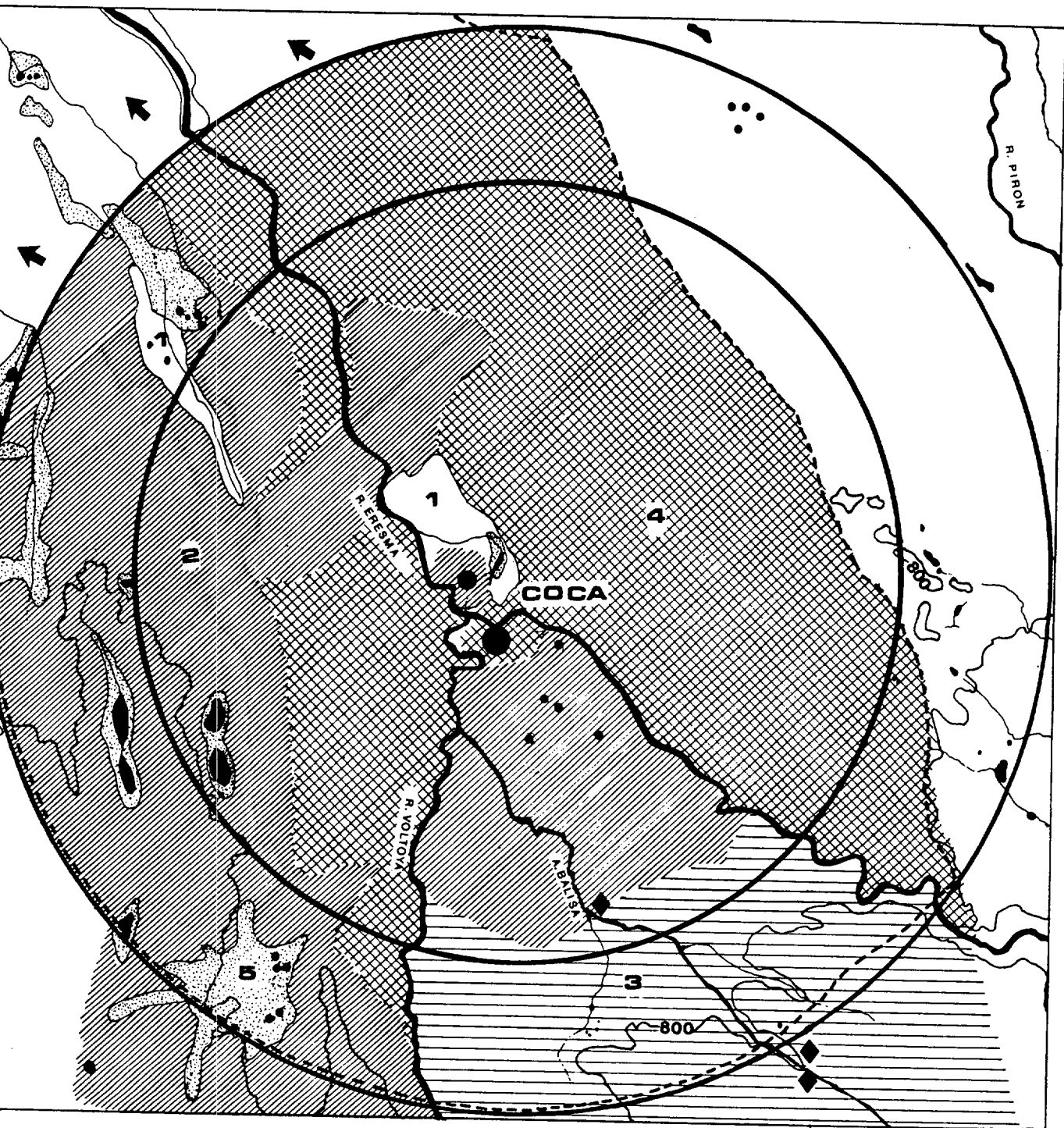
Solo nos queda referirnos entre los objetos metálicos al bien conocido "jarro tartésico"; su presencia estaría en íntima relación, al menos, con ese substrato poblacional que parece entreverse con antelación a la II Edad del Hierro. Tampoco se puede descartar la posibilidad que este objeto, fechado a partir del siglo VI a. C. en su momento de producción, haya que conectarlo con los primeros momentos del horizonte Cogotas IIa, puesto que en Coca contamos con un grupo bien diferenciado de cerámicas incisas a peine" de motivos muy simples, producciones a las que se considera en el punto de origen de dicha fase cultural, enlazando con los últimos momentos del I Hierro, representados en la zona del Duero Medio por el horizonte "Soto II". No es nuestra intención realizar un estudio de dicho jarro, ya que lo ha sido en numerosas ocasiones, sino valorarlo exclusivamente como el elemento más indicativo de las relaciones o contactos de los pueblos de la Meseta con las culturas meridionales más avanzadas.

En cuanto a la industria ósea carecemos, por el momento, de datos al respecto.

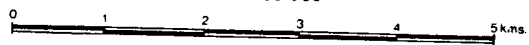
Como resumen final de este análisis de los aspectos referidos a la arqueología interior de Coca, cabe decir que tanto de los escasos datos estratigráficos como de los materiales conocidos se desprende un claro proceso de desarrollo a lo largo de toda la II Edad del Hierro, desde fines del siglo VI-inicios del V a.C. hasta bien entrado el siglo I a.C. Más difícil resulta apreciar con claridad un

substrato de la I Edad del Hierro, a pesar de contar con un elemento tan excepcional como es el jarro de bronce. Las características topográficas de emplazamiento y de control geoestratégico del territorio circundante, hacen de los dos asentamientos, Los Azafranales y el Castro de La Cuesta del Mercado, dos hábitats típicos de la etapa prerromana en la Meseta. Desconocemos a qué razones responde la existencia contemporánea (en función de los materiales hasta finales del siglo II a.C. aproximadamente) de dos asentamientos tan cercanos, lo que sin duda duplicaba las necesidades defensivas y las costosas obras de infraestructura en general. En cierto modo este hecho parece desmitificar el carácter centralizador que se ha venido concediendo a la estructuración poblacional de la Meseta Norte durante la II Edad del Hierro. Por el momento la arqueología no permite atisbar una diferencia cultural, aunque de entrada ya el tamaño de cada uno de los asentamientos, con una diferencia de 1 a 5 en favor de Los Azafranales, puede inducir a pensar en un cierto grado de predominio de éste sobre el castro de La Cuesta del Mercado, que a lo largo de un proceso de cuatro siglos de convivencia va a conducir a su desaparición en beneficio del primero. De igual modo desconocemos si se trató de una absorción gradual o de un hecho histórico, quizás bélico, como desencadenante final de la unión en un solo asentamiento.

En conclusión, y a pesar del conocimiento arqueológico tan parcial que aún tenemos de la etapa prerromana de Coca, este yacimiento sigue poseyendo un interés clave para el conocimiento de la protohistoria más reciente de la Meseta Norte.

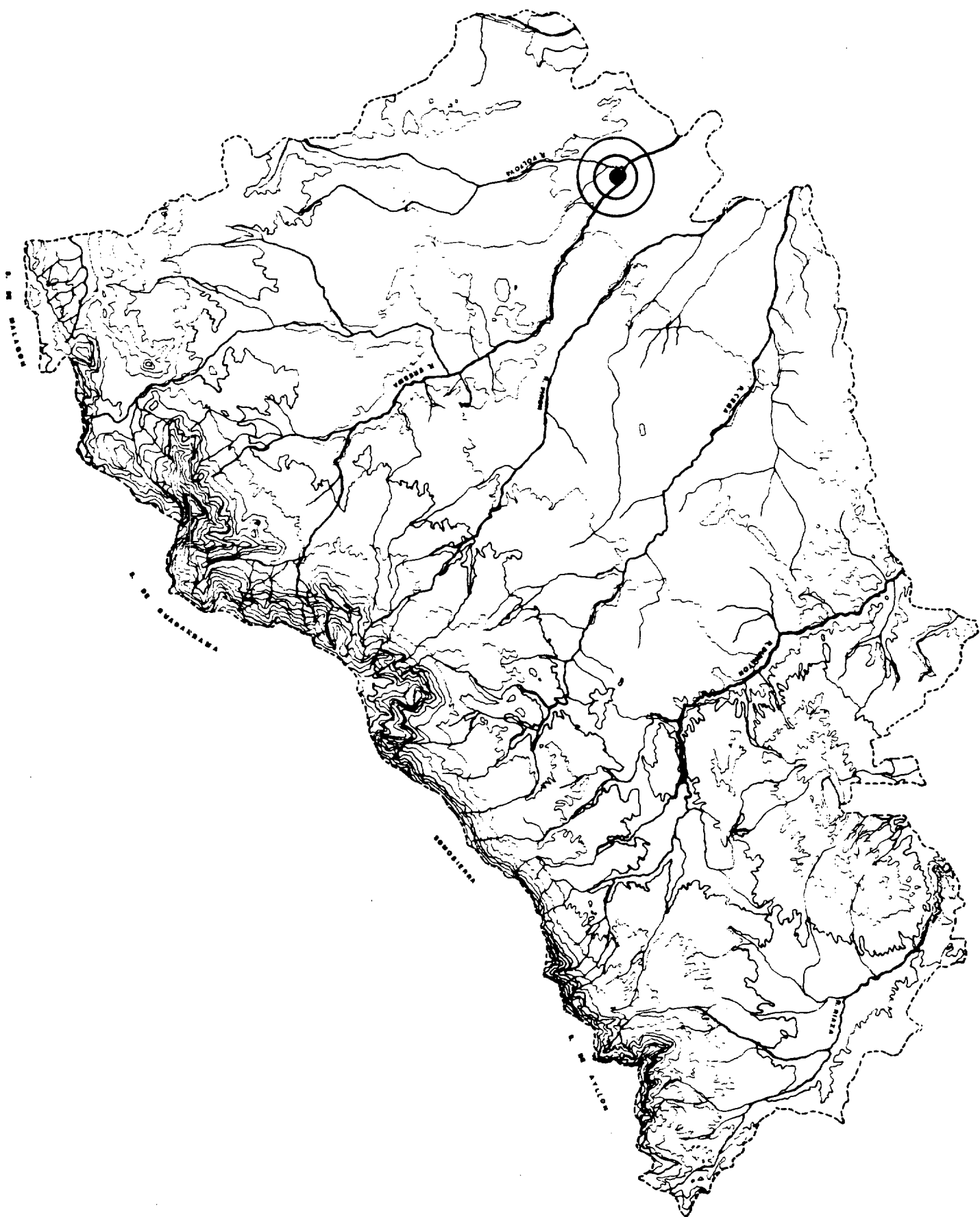


Escala 1:50.000



- 1 TIERRA DE ALUVION
- 2 PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3 POTENCIALMENTE PROD. AGRICOLA
- 4 POCO PROD. MONTE
- 5 PRADOS Y PASTIZALES

- TERRITORIO**
- Ideal.
- Real.
- EXPANSION HIPOT. DEL TERRITORIO
- CAMINOS**
- Principal.
- Secundario.
- Via Romana.
- CURSO DE AGUA
- FUENTE, POZO
- YAC. ARCILLA
- LAGUNA
- CANTERA



II. ARQUEOLOGIA EXTERIOR: EL TERRITORIO.

La primera característica destacable a simple vista es la ubicación de Coca en medio de una llanura de arenas que sustentan la masa forestal de pinos, hoy conocida con el epónimo de "Tierra de Pinares" (Unidad estructural IIIb). Este carácter de tierra llana viene avalado por la escasa diferencia altitudinal entre sus puntos extremos: alrededor de 50 mts, con una media de 780 mts., estando basculado el territorio hacia el Noroeste. Por otra parte, es el único de los yacimientos prerromanos de la provincia de Segovia asentado en esta amplia comarca. Sólo Cuéllar y S. Miguel de Bernuy (hábitat de Los Sampedros) tienen algún contacto con esta misma unidad geográfica, si bien en ambos casos se disponen en el borde mismo de ella. Como veíamos en el capítulo referente al estudio de los rasgos geográficos, la Tierra de Pinares (IIIb) forma parte junto a las Llanuras Miocénicas (IIIa), cada una con su propia caracterización, de la Unidad Estructural III, conocida bajo el nombre de "Depresiones". Sin embargo, es preciso afirmar que también en el caso de Coca, aunque los asentamientos sí están inmersos en medio de los arenales silíceos, una parte del territorio, la más alejada de los núcleos, con cerca del 35%, queda incluida en las Llanuras Miocénicas. De este modo, compartiría ese carácter periférico de los dos asentamientos citados, y pondría de relieve un aspecto tan singular del poblamiento prerromano en la provincia de Segovia como es la ausencia o al menos el desconocimiento de yacimientos en esta gran comarca de la Tierra de Pinares, cuando durante la fase Cogotas I en

el Bronce Final conocemos abundantes puntos habitados. Un valoración más pormenorizada de este problema la realizaremos en el capítulo posterior, donde se analizarán los rasgos definitorios de los asentamientos de la II Edad del Hierro en Segovia.

Centrándonos en el estudio concreto del territorio de explotación de Coca, la superficie de aprovechamiento inmediato de recursos la hemos enmarcado hipotéticamente en un círculo concéntrico de 7 Kms, tal como ya hacíamos para Segovia. Las razones de esta ampliación son las mismas: tamaño del asentamiento (para Coca de los dos núcleos habitados) y, por tanto, necesidades mayores de tierras. Una aproximación al posible territorio real (distancia isocrónica) la hemos marcado con la línea discontinua, la cual sólo se separa de los círculos en el sector oriental. Aunque el escaso desnivel dentro del territorio, entorno a los 50 mts de uno a otro extremo salvo en los valles encajados de los ríos, sería indicativo para los defensores del modelo teórico de su pleno acomodo a los círculos, por nuestra parte marcamos este límite hacia el Oeste tomando como base las escasas posibilidades de recursos agrícolas a la derecha del río Eresma; tampoco es un sector con buenos pastos, por lo que vería notablemente reducida la capacidad de aprovechamiento de estos arenales silíceos, en exclusiva como monte, carente además de unos ejes fluviales que facilitasen su penetración a una distancia mayor. Con los cuatro kilómetros que aún restan hasta Coca, hemos creído contar con un reducto de monte suficiente, sin contar con otras zonas dispersas a lo largo del territorio donde las

masas arbóreas nubieron de ser también habituales. Así pues, a nuestro modo de entender, la expansión en el aprovechamiento fuera de los círculos teóricos debió llevarse a cabo por los terrenos terciarios de la margen izquierda del Eresma y Voltoya.

En cuanto a los factores climáticos se refiere, el área de Coca pertenece conforme la clasificación seguida de Papadakis a un tipo de Mediterráneo templado (G. Calonge Cano, en un estudio reciente lo califica desde la perspectiva de la climatología "genética" o "dinámica" como Mediterráneo frío) (G. Calonge, p,21). Las precipitaciones anuales tomadas en Coca indican una media de 462 mms, con un porcentaje cercano a la mitad caídos durante el invierno, con un periodo de extrema aridez en los meses de verano. Las temperaturas medias son de 12 grados, con un índice de 3-4 grados en invierno y de 20-22 en verano; las heladas pueden alargarse hasta siete meses. Estas condiciones hacen viable la siembra de cereales de invierno con buenos resultados, así como leguminosas, algún frutal,... Todo este conjunto de factores pone de manifiesto que las limitaciones a los cultivos en este territorio no vienen dadas ni por el clima ni por los límites topográficos, aunque la falta de regularidad del primero puede ocasionar la pérdida total o parcial de las cosechas, sino que son los rasgos edafológicos los que van a determinar el aprovechamiento de los recursos, y más en una agricultura incipiente de base tradicional como la desarrollada por estas gentes durante la II Edad del Hierro.

El esquema geológico de la zona de Coca ofrece una muy clara bipolarización. Si tomamos como línea divisoria un eje con dirección Noroeste-Sureste a la izquierda y paralelo al Eresma-Voltoya, todas las tierras occidentales a él son de formación miocénica, y estarían comprendidas en las denominadas Llanuras Miocénicas (Unidad Estructural IIIa). A la derecha se extienden los depósitos de arenas plio-cuaternarias. Sólo en el fondo de los valles que atraviesan esta masa de arena afloran depósitos de arcillas arkósicas o terrenos de aluvion, sobre todo, en las inmediaciones de la población de Coca. (Calonge -1957-, en el Capítulo II realiza un estudio pormenorizado de la morfogénesis de La Tierra de Pinares, en el cual queda incluido gran parte de este territorio; pp.59-123.)

Tomando como punto de partida los singulares factores naturales de este espacio, podemos hacer una valoración de sus recursos. Y en primer lugar de la vegetación. Las mismas fuentes históricas que nos hablan de Coca, y en concreto el texto de Appiano cuando relata la toma por las tropas romanas bajo el mando de Lúculo en el 151 (Appiano, Iber. 50-51), alude a la presencia de una zona boscosa y de otra de claros desforestados (se trataría de los puntos donde se recogía "forraje", tanto si este procede de prados como si fuese cereal verde), ubicada en las inmediaciones del yacimiento. La reconstrucción de las especies vegetales o mejor de los dominios propios de cada comunidad la hemos hecho a partir del Mapa de Vegetación de Rivas-Martínez y Sáinz de Rivas (1969); la distribución responde a grosso modo a las características

geológicas y edáficas del territorio. Así, contamos con estos grupos:

.Sobre los suelos ricos en bases de formación miocénica, dispuestos en la zona Oeste, la comunidad permanente está presidida por la Encina, no faltando algunos portes de sabina albar.

.Sobre los arenales silíceos, en la actualidad ocupados íntegramente por las pináceas (P. Pinaster y P. Pinea), el dominio de una comunidad vegetal de Quercetum. Hoy, al haber remitido en parte la gran incidencia antropica, principal responsable de la imposición de las coníferas en este medio, es posible encontrarse pequeños rodales de este bosque antiguo en fase de reconstrucción.

.En las riberas de los ríos y de las abundantes lagunas endorréicas, domina una comunidad ripícola de chopos, álamos, sauces, juncales,...En su entorno surgen las mejores zonas de pastos de este territorio.

Tomando como punto inicial esta variada cubierta vegetal debieron incidir las gentes que, al menos desde el horizonte Cogotas I, se asentaron en estas tierras. Con los datos hoy existentes el afianzamiento del proceso desforestador preferentemente en aquellos suelos más aptos para el cultivo o los pastos (suelos miocénicos y endorréicos) se debió producir desde los comienzos de la II Edad del Hierro, momento en el que puede constatararse ya el abundante poblamiento en los dos núcleos de Coca. Lo más lógico es pensar en una desforestación más intensa en las inmediaciones de los asentamientos y en las tierras buenas para el cultivo, y muy reducida o inexistente en los suelos arenosos,

agrícolamente improductivos. La explotación de los recursos de estas masas arbóreas está perfectamente admitida, como hemos venido poniendo de relieve. Productos de recolección, leña, madera de construcción, caza, pastos ocasionales,... convierten los bosques en áreas susceptibles de un excelente aprovechamiento por las comunidades agrícolas tradicionales, entre las que cabe incluir ésta de la etapa prerromana.

De todos modos, el recurso más apreciado y explotado parecen ser los suelos. En el Mapa adjunto puede observarse su distribución en el territorio, que de forma sucinta pasamos a detallar:

. El mayor porcentaje, en torno al 43%, correspondería a las tierras poco productivas, arenales casi en su totalidad, en las cuales el monte sería la cubierta más propicia. Acupan toda la margen derecha del Eresma, y una franja más estrecha a su izquierda, que se prolonga por el Voltoya. Su aprovechamiento tuvo otros usos que más arriba hemos indicado.

. En segundo lugar, con un 37% aproximadamente, estarían los suelos de buena producción agrícola. Mayoritariamente se asientan sobre los terrenos terciarios de la parte occidental, salvo algunas franjas de menor importancia y calidad aguas abajo de Coca, o en el triángulo de confluencia de Voltoya-Balisa-Eresma. De dichos sectores ya hemos descontado la superficie de las zonas endorréicas, de difícil cultivo por la falta de un drenaje eficaz, a causa del afloramiento de la capa freática, y más durante un período que climáticamente parece ser algo más húmedo y lluvioso que el presente. Este

tipo de suelos, genéticamente definidos como "tierras pardas meridionales", han sido los de resultados más óptimos para la agricultura tradicional.

. En una proporción bastante más reducida, no más del 15%, encontramos ya los suelos de baja potencialidad agrícola, los cuales si bien fueron labrados en períodos históricos de enorme presión demográfica, durante la etapa prerromana es muy posible que permaneciesen cubiertos en gran medida por el bosque de encinas. Abarcan la franja más al Sur del territorio entre el Eresma y el Voltoya.

. Apenas un 2% ocuparían las zonas calificables como "de aluvión". Están centradas en su mayor parte en los alrededores del Castro de la Cuesta del Mercado, en la margen derecha del Eresma, y en un pequeño reducto a lo largo de un regato junto al camino de Las Carretas.

. Un porcentaje parecido habría que conceder a las zonas de pastos, generalmente ubicadas en torno a las lagunas y arroyadas endorréicas, muy frecuentes en el área occidental del territorio de explotación. Las características de estos prados y pastizales, con hierba fresca y abundante gran parte del año, permiten el sostenimiento de una importante cabaña ganadera, en alternancia con el pastoreo de rastrojos y barbechos.

Este esquema de distribución de los aprovechamientos del suelo que de un modo hipotético hemos valorado para la etapa prerromana de Coca, puede cotejarse por su similitud con el existente a mediados del siglo XVIII en este sector provincial de "Tierra de Pinares":

Sembradura Viñas Prados Montes Pastos Improductivo

53% 5% 3,3% 31,8% 2,2% 4,5%
(García Sanz 1977, p.127)

Indudablemente, en el recuento de comparación habría que sumar los montes, pastos, improductivos, y, con ciertas dudas, las viñas (43,5% en total), lo que sería prácticamente igual al de "suelos poco productivos-monte-" de nuestra clasificación. Bajo el calificativo de sembradura se englobarían los suelos de los tipos (1) (2) y (3). Esta comparación, en definitiva, pone de relieve la escasa variación en la explotación de los recursos agropecuarios hasta tiempos muy recientes, cuando los avances técnicos han hecho posible una transformación sustancial-tierras de secano en regadío- o una intensificación de los cultivos -no se guarda la norma tradicional de "año y vez" sino que se cultiva inenterrumpidamente gracias a los fertilizantes minerales-.

Una consideración bien significativa dentro del territorio de explotación tienen los recursos hídricos. Por una parte estarían los cursos fluviales de primer orden: Eresma, Voltoya, y Balisa, y los pequeños arroyos y regatos que desaguan en ellos; y por otra, las lagunas, arroyadas y pozos. El carácter endorréico de gran parte de la zona occidental, con un manto freático más alto de los 7 mts de la actualidad, hace posible la existencia de numerosos pozos casi en superficie o mantiales que desaguan en las charcas más cercanas. Su origen parece estar en una fase neotectónica de finales del Würm (Calonge Cano 1987, p.123), que contribuyó a su vez al encajamiento de los ríos y a la escasa jerarquización de la red. A nuestro modo ver, estas zonas

endorréicas hubieron de ser especialmente aprovechadas durante la etapa cultural que estudiamos, tanto por la calidad y abundancia de sus pastos, como por convertirse en nichos faunísticos de gran interés para la caza (abrevadero de animales, anátidas,...) o la pesca (anfibios, peces de agua dulce-tencas, carpas,...-).

Frente a este panorama, los recursos minerales son muy reducidos. Los de tipo metálico están totalmente ausentes; y entre los no metálicos estarían la piedra de construcción y, en mayor medida los yacimientos de arcillas. Incidimos especialmente en estas últimas, muy abundantes en las margenes del Arroyo Balisa, donde se localizan unos cuantos tejares, hoy ya abandonados. Sin embargo, en Coca aún queda una alfarería tradicional, que se surte de estos barro. La presencia de arcillas de buena calidad haría posible la existencia de talleres cerámicos con la finalidad de abastecer a la población; si a ello unimos la enorme singularidad de las producciones localizadas en Coca, y en menor medida en otros yacimientos cercanos, -barros muy claros, tratamiento superficial de las pastas mediante "pulido" por retorneo, bicromía o policromía, ciertos motivos pictóricos específicos,...- no resulta descabellado pensar en dicha posibilidad. Evidentemente sólo el hallazgo del alfar, o bien la correspondencia analítica entre barro de la zona y materiales cerámicos, podría hacer válida la hipótesis.

Por último, sólo nos resta enumerar y describir las diferentes rutas que hicieron factible la explotación del

territorio, los contactos con sus vecinos y las comunicaciones con otros pueblos distintos, más allá de sus propios límites. Excepcionalmente frente a otros yacimientos de la provincia, incluida Segovia, para Coca contamos con la referencia dada por las fuentes del paso de dos vías romanas (dado que la problemática de las vías fue tratada ampliamente en su respectivo capítulo, sólo haremos una pequeña referencia al respecto, remitiéndonos para cualquier duda a dicho análisis).

La primera de ellas es la vía 24 del Itinerario de Antonino procedente de Segovia y con dirección a Septimania, que a grandes rasgos seguía la ruta del Eresma. Ya comentábamos en el análisis del Cerro Tormejón algunas de las características de su trazado hasta ese punto; desde aquí se conduciría por la orilla izquierda del Eresma hasta su entrada en Coca, manteniendo la misma orilla desde este núcleo y hasta la siguiente mansión, Nivaria, probablemente situada en la zona de la confluencia del Eresma y el Adaja, en el pago de Sieteiglesias. Por parte de autores como Wattenberg se piensa que su trazado desde Coca iría en dirección a Portillo (Porta Augusta), y por lo tanto, cruzando los arenales entre este río y el Pirón. En algunos puntos mantiene este mismo trazado una cañada ganadera. Es por tanto, una ruta de comunicación de primer orden, con un carácter interregional por encima de su utilización a nivel local en la explotación de su propio territorio.

La segunda vía es la citada en el Anónimo de Rávena (IV,44), que proveniente de Complutum se dirigía hasta Coca. Esta vía, cuya determinación problemática ya analizamos,

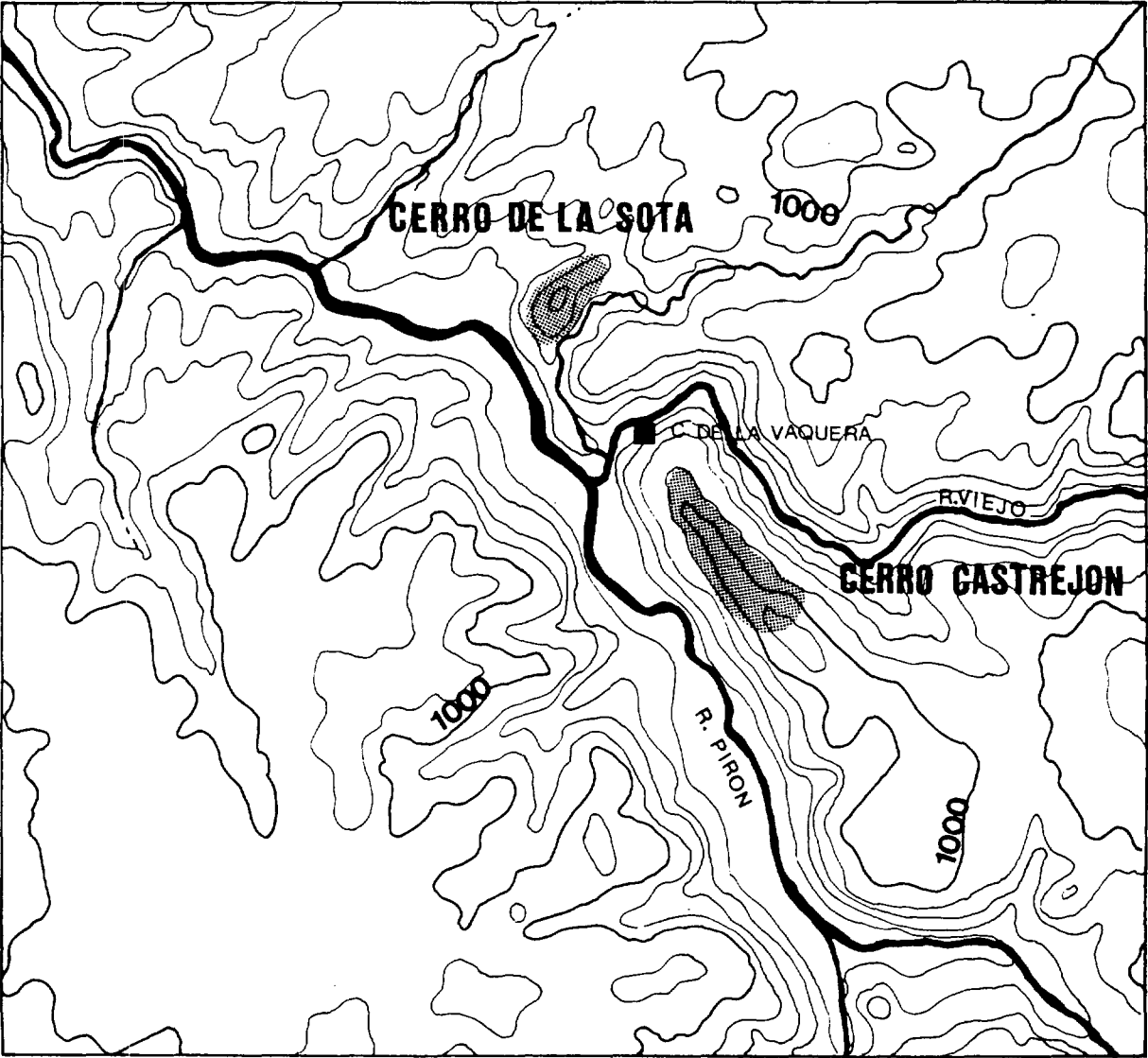
tendría un trazado más oriental que la anterior, hasta buscar la mansión de Albaceña cuya ubicación vienen situando en la cabecera del río Cega. La entrada en el territorio de Coca se realizaría a través del interfluvio Pirón-Eresma, accediendo directamente al castro de La Duesta del Mercado y una vez cruzado el río (F. Blanco se inclina por ubicar un puente romano en el mismo lugar del actual edificado en el siglo XVII)[Blanco 1986, p.15], subiría al hábitat de Los Azafranales. Desde Coca se fundiría con el trazado de la vía 24. Su valoración no sólo puede hacerse en función de la comunicación que hace posible con otras áreas provinciales mas al Este y con el centro de la Meseta Sur traspasando los pasos centrales de la Sierra, sino también en función de su carácter local, cruzando el sector que hemos calificado como de permanencia del bosque compacto de encinas.

Con un carácter más secundario habría que plantearse la existencia de otras rutas. Una de ellas podría ser la que surcase el eje del Voltoya, por donde hoy pasa la cañada ganadera que conduce los rebaños hacia la mejor zona de pastas de la falda serrana, el Campo Azálaro; así mismo, otra podría ir por el arroyo Balisa, donde se encuentran los mejores yacimientos de arcilla, profusamente explotados para construcción y tal vez para cerámica durante este periodo. Más difícil resulta esbozar las rutas hacia los terrenos llanos miocenos del Oeste, donde hubo de concentrarse la explotación cerealista y el pastoreo de las lagunas y dehesas endorréicas; por ellos es muy fácil establecer sendas o caminos carreteros.

En definitiva un conjunto de rutas de comunicación que

permiten tanto la explotación y el aprovechamiento de los recursos básicos del territorio como los contactos más allá de sus propios límites con los poblados más cercanos e incluso con otras regiones peninsulares. De especial importancia nos parece la cercanía y facilidad de comunicación de Coca con el valle del Duero, eje principal de los contactos de estos pueblos prerromanos de la Meseta Norte.

Como conclusión del estudio de la arqueología exterior del núcleo poblacional de la Coca prerromana, podemos referirnos a la presencia de un territorio con aprovechamientos económicos muy contrastados, con áreas prácticamente improductivas frente a otras de gran potencial agrícola y ganadera. Los recursos, excepción hecha de los minerales metálicos, son suficientes en su entorno para abastecer una población abundante. Posee, además, una apertura muy significativa hacia otros puntos de la Meseta, dando la impresión de servir de nexo entre los poblados del borde serrano, caso de Segovia, y los del centro de la Cuenca del Duero, utilizando para ello el corredor del Eresma.



YACIMIENTO: TORREIGLESIAS.

1. CERRO DE LA SOTA.

2. CERRO CASTREJON.

I. Arqueología interior: el hábitat.

Es muy escaso el conocimiento que tenemos de estos dos asentamientos, el Cerro de la Sota y el Cerro Castrejón, situados en dos puntos muy cercanos del valle del río Pirón. Por su parte a la Cueva de la Váquera, en cuyo interior se han localizado materiales "celtibéricos", hemos decidido no considerarla un núcleo aislado, sino integrante del asentamiento de el Cerro Castrejón, en cuyas calizas está formada. Geográficamente pueden enclavarse en la Unidad Estructural II, en la denominada "superficie de erosión", y que se corresponde con el piedemonte de este sector serrano de Somosierra. A decir verdad, la ubicación está en la misma línea de contacto de esta Unidad y la siguiente (IIIa), integrada por las llanuras miocénicas del centro de la provincia. Esta disposición a caballo entre dos áreas geográficas bien definidas, cada una de ellas con un aporte distinto pero complementario de recursos, se convierte, pues, en uno de los factores más interesantes en el análisis de estos yacimientos. También debe valorarse en su justa medida la cercanía y facilidad de comunicación con uno de los pasos claves del sector de Somosierra: el puerto de Malangosto, en la misma cabecera del río Pirón.

Las primeras noticias referidas a la existencia de

materiales de la II Edad del Hierro en este punto de la provincia fueron dadas por Lucas-Viñas (1971, pp.72-76), quienes al presentar un conjunto de restos cerámicos recogidos en la Cueva de la Vaquera, ponen de manifiesto la pertenencia de un pequeño grupo de fragmentos a vasos torneados, con las típicas decoraciones pintadas "celtibéricas" de bandas o círculos concéntricos. Y ello dentro de una continuidad cultural desde la Edad del Bronce hasta el período visigodo, que pone de relieve, una vez más la permanencia de un fuerte substrato poblacional en un "nicho ecológico" determinado, el cual, más que recibir aportes étnicos trascendentales, cambia en función de unos procesos de aculturación cargados de rasgos bien diferenciados en cada etapa. Por otro lado, la reutilización de la cueva durante este período prerromano, es una muestra palpable del enquistamiento de ciertos usos y formas de vida, puesto que en estos momentos las viviendas se localizan generalmente al aire libre, y no en hábitat rupestre. Quizás esta segunda idea pueda ser un reflejo de lo que con antelación anotábamos.

Los otros dos estudios se los debemos a A. Zamora; el primero de ellos explicando una proyección arqueológica en el término de Torreiglesias (1974-1977, pp.383-396), mientras que el segundo se centra en la excavación realizada en la cueva de la Vaquera (1976). Mediante el sondeo estratigráfico realizado en esta cavidad, se documentó estratigráficamente la presencia de materiales cerámicos celtibéricos, confirmando las apreciaciones hechas por Lucas-Viñas, en cuanto al uso de este hábitat rupestre durante dicha etapa prerromana. El segundo de los estudios, tiene para nosotros una gran importancia, puesto

que en él A. Zamora pone de relieve, por primera vez, la existencia de dos núcleos habitados, en este caso al aire libre, durante este período cronológico: El Cerro de la Sota y el Cerro Castrejón. En él lleva a cabo un análisis pormenorizado de las características habitacionales de ambos puntos, así como de la constatación de un conjunto de restos, a través de los cuales la vinculación con la II Edad del Hierro parece manifiesta.

Adentrándonos ya en el análisis de ambos asentamientos, entre sus características físicas más significativas está su ubicación en un enclave geomorfológico singular; como ya incábamos se trata de una zona de contacto entre dos unidades estructurales (II y III), en medio de las cuales se inserta un paquete de calizas de formación cretácica rematado en una cobertera aplanada. Sobre ellas ha actuado el modelado de los cursos de agua, dando lugar a un sistema de valles encajados y de espigones salientes; en éstos, aunque la profundidad no es excesiva, entre los 60-80 mts de diferencia con las superficies altas, las vertientes son empinadas, y en ocasiones, auténticos tajos verticales, preferentemente en la línea de cornisas. Así la zona elevada, amesetada, adquiere unos rasgos muy claros de hábitat defensivo por excelencia. El sector definido por tales caracteres apenas sobrepasa los 3 kms. de largo en el curso del río Pirón, centrado en el punto de su confluencia con el río Viejo donde se encuentran nuestros dos hábitats.

El primero de los asentamientos, el Cerro Castrejón, se sitúa encima de lugar de unión de ambos ríos, con una altitud

en torno a los 1000 mts; la forma del espigón es apuntada y estrecha, como si de un pasillo alto entre las dos vertientes se tratase. Por sus lados Norte, Este y Oeste se encuentra cortado, mientras que resulta accesible desde el flanco meridional, llegando por lo alto de las planicies clacáreas. La zona habitada durante la II Edad del Hierro parece estar reducida al extremo más septentrional, donde según A. Zamora se halla dispersa la cerámica de tipo "celtibérico"; el resto se debió poblar, sobre todo, en etapas posteriores (Zamora, 1974-1977, p.390). La superficie de esta parte del cerro estaría en algo más de 2,5 Has., sin contar su expansión en ladera, la cual parece más insegura. Sin embargo, resulta más difícil conocer con cierta precisión el porcentaje habitado de esta superficie, a causa fundamentalmente de la erosión y los arrastres de la cubierta. Las condiciones geoestratégicas del Cerro Castrejón son aceptables, puesto que no sólo permite controlar desde su asiento el valle inmediato y una buena parte de las tierras que le rodean, sobre todo, río abajo, sino que también es visible el Cerro de la Sota, igualmente habitado durante esta etapa prerromana. Casi 1 Km. de distancia les separa en línea recta, que se convierte en más de 2,5 Km. siguiendo el camino más lógico por la vertiente oriental del Cerro Castrejón. Sin embargo, otros yacimientos fuera de este valle, caso del situado en la ciudad de Segovia, se encuentran a unos 22 kms, tomando la ruta más recta, indicada por el "Camino Viejo de Turégano a Segovia".

Bajo el Cerro de Castrejón se localiza la Cueva de la Vaquera, cuya utilización en época celtibérica está

suficientemente probada. Sus galerías están abiertas en las calizas del Cretácico Superior. Sabemos, en función de los restos encontrados (prospección de Lucas-Viñas, y excavaciones de 1973-1974 y 1988-89), que al menos la primera sala de la Galería A, junto a la boca, estuvo habitada durante dicho período. Esta boca estaría a unos 8-10 mts por encima del nivel actual del río Viejo, en el extremo septentrional del Cerro Castrejón, dominando perfectamente el valle y los prados que existen en la confluencia de ambos ríos. (Zamora 1979, p.11). Es seguro que este pequeño hábitat no puede desvincularse del poblado al aire libre situado en altura, siendo como mucho el lugar de habitación de un reducido grupo de gente, quizás de una familia.

El aprovisionamiento hídrico para el abastecimiento humano y de los animales, tanto en el caso de la cueva como en el del Cerro, pudo hacerse con facilidad y en abundancia de los ríos directamente o de la Fuente de la Vaquera.

El segundo de los poblados al aire libre, el Cerro de la Sota, está ubicado algunos cientos de metros río abajo, en la orilla derecha del Pirón. En este caso es una meseta de más reducidas dimensiones, con un aprovechamiento habitable algo superior a 1,5 Has., dispuesta a menor altitud -960-980 mts- que los escarpes calizos que la rodean -1000-1025 mts-; de éstas cornisas le separa una pequeña vaguada, aislando este altozano cónico frente al conjunto de su entorno. Por su parte meridional la rodea un pequeño arroyo, que desemboca en el río Viejo muy cerca de la Cueva de la Vaquera, y por el Oeste el curso del río Pirón. De este modo, el Cerro de la Sota a pesar

de su menor altitud que el Cerro Castrejón, da la impresión de contar con una mayor autonomía frente al espacio geográfico que le rodea. Comparte y a la vez se asemeja en sus condiciones geoestratégicas a las ya detalladas para el anterior asentamiento: dominio sobre el valle y las tierras inmediatas, control de la ruta del Pirón, El aporte de recursos hídricos se produciría desde el arroyo que le bordea, desde el río Pirón, o bien, y en este caso con suma facilidad desde el pequeño manantial situado junto a su flanco oriental, en la vaguada que le separa del frente de cornisas. Mayor dificultad entraña, mientras no dispongamos de investigaciones arqueológicas puntuales, conocer el grado de correspondencia cronológica entre ambos yacimientos, si bien los restos encontrados en prospección parecen indicar una coexistencia al menos durante el período celtibérico más clásico.

En consecuencia con las características físicas definidas para cada uno de los casos, el tipo de asentamiento conforme la clasificación de Llanos (1974) sería el "B" (hábitat en espolón fluvial) para el Cerro Castrejón, y un intermedio entre "C" y "D" (hábitat en escarpe y hábitat en cerro amesetado) para el Cerro de la Sota. Por su parte la Cueva de la Vaquera, como tal hábitat rupestre durante la II Edad del Hierro, no se halla recogido como un tipo representativo en las seriaciones existentes al respecto. Por su tamaño ambos yacimientos se encuentran entre los poblados de dimensiones medias, en concreto en el grupo tercero, con una superficie de 0,5 a 2,5 Has.

Muy pocos datos conocemos acerca de la organización y estructura del espacio interior en estos yacimientos; la carencia de excavaciones arqueológicas, excepción hecha de la Cueva de la Vaquera, sólo permite tomar con cautela, una cautela obviamente referida a la cronología, los elementos rastreables en superficie. En cuanto a dicha cueva lo único que conocemos es la presencia de restos dentro del espacio acotado por la cavidad natural de la Primera Sala de la Galería A; no sabemos que se haya localizado algún otro resto indicativo de estructuras edificadas en ella.

En el Cerro de Tormejón, A. Zamora habla de ciertos restos arquitectónicos en el extremo Norte, donde localizó los escasos fragmentos de cerámica celtibérica. Cita la presencia de algunos muros en la cumbre y ladera NE, los cuales aunque "...pudiesen tener alguna base antigua..", su reaprovechamiento hasta momentos recientes, le mueve a tomar con algunas reservas este dato (A. Zamora 1974-1977, p.390). No se observa ningún rastro de amurallamiento que cierre dicho reducto, reforzando significativamente la defensa de este punto.

Una mayor relevancia parecen tener las estructuras observadas en el Cerro de la Sota, que este mismo autor describe con detalle (Zamora 1974-1977, pp.387-389). En primer lugar pone de manifiesto la existencia de un corredor o foso artificial -anchura 4mts, altura visible 1,5 mts-, tallado en la roca caliza, que desde la misma base del cerro junto al río asciende por la ladera meridional hasta la cumbre; algunos tramos se encuentran anegados. El mismo A. Zamora habla de tres posibles finalidades: corredor de acceso para carros,

foso defensivo, o colector para canalizar el desagüe de escorrentía de la ladera. De todos modos, al corresponderse uno de los tramos con el trazado de un gran muro derruido, se inclina por calificarlo como una obra defensiva. En diversos lugares de la cima se observan también algunas soleras excavadas en la roca, pertenecientes quizás al cajeado inicial de algunas casas con el fin de aprovechar mejor una sólida cimentación. En este mismo sentido, como parte integrante de la arquitectura doméstica del poblado, podrían interpretarse los restos de muros y aterrazamientos dispersos por la vertiente meridional, realizados a base de sillarejo calizo sin trabar. Del mismo modo que en el Cerro Castrejón su continuada reutilización para ciertos cultivos agrícolas y el tipo de aparejo constructivo, tan usual hasta nuestros días en la arquitectura tradicional de los campos, hacen que resulte muy difícil su adscripción segura al período prerromano. Como resultado del estudio de todos estos elementos del hábitat, A. Zamora piensa que el Cerro de la Sota sería el núcleo poblacional más importante durante la II Edad del Hierro de los dos existentes.

Este mismo autor comenta los hallazgos de restos cerámicos, en este caso sin rodar, junto al cauce del arroyo que bordea el cerro en su parte meridional, y que interpreta como un dato "...en favor de la localización de la necrópolis en ese mismo cerro".

Lamentablemente el conocimiento que poseemos de los restos muebles es muy exiguo, y se reduce en su mayor parte a referencias bibliográficas, excepto un pequeño número de

fragmentos cerámicos dibujados entre el conjunto de la excavación de La Vaquera. Se contabilizan un total de 64 fragmentos integrantes del grupo de la cerámica "celtiberica", dispersos en los niveles superiores (Nivel de superficie a Nivel VIII); las características de estos vasos serían: pastas de estructura compacta y fina, coloraciones claras oxidantes, posibles engobes ocre, manufactura a torno, pinturas de óxido en colores oscuros,....., que vienen a coincidir con las producciones típicas de esta época. A causa de la escasa significación de estos fragmentos, sólo se encuentran dibujados tres, dos con decoración pintada (1976, fig. VI,41; fig. VII, 63 y fig. VIII, 81); el primero de ellos con un motivo de bandas en pintura bicroma, alternando los trazos anchos más claros con las líneas finas que les contornean en tonos más oscuros. El segundo fragmento lleva el clásico tema de semicírculos concéntricos.

Los hallazgos del Cerro de la Sota citados por A. Zamora se pueden sistematizar del siguiente modo:

-Elementos cerámicos: Cerámica a torno vulgar y cerámica fina pintada con motivos de semicírculos "rojos o pardos".

-Elementos pétreos: Fragmentos de molinos circulares y de molederas.

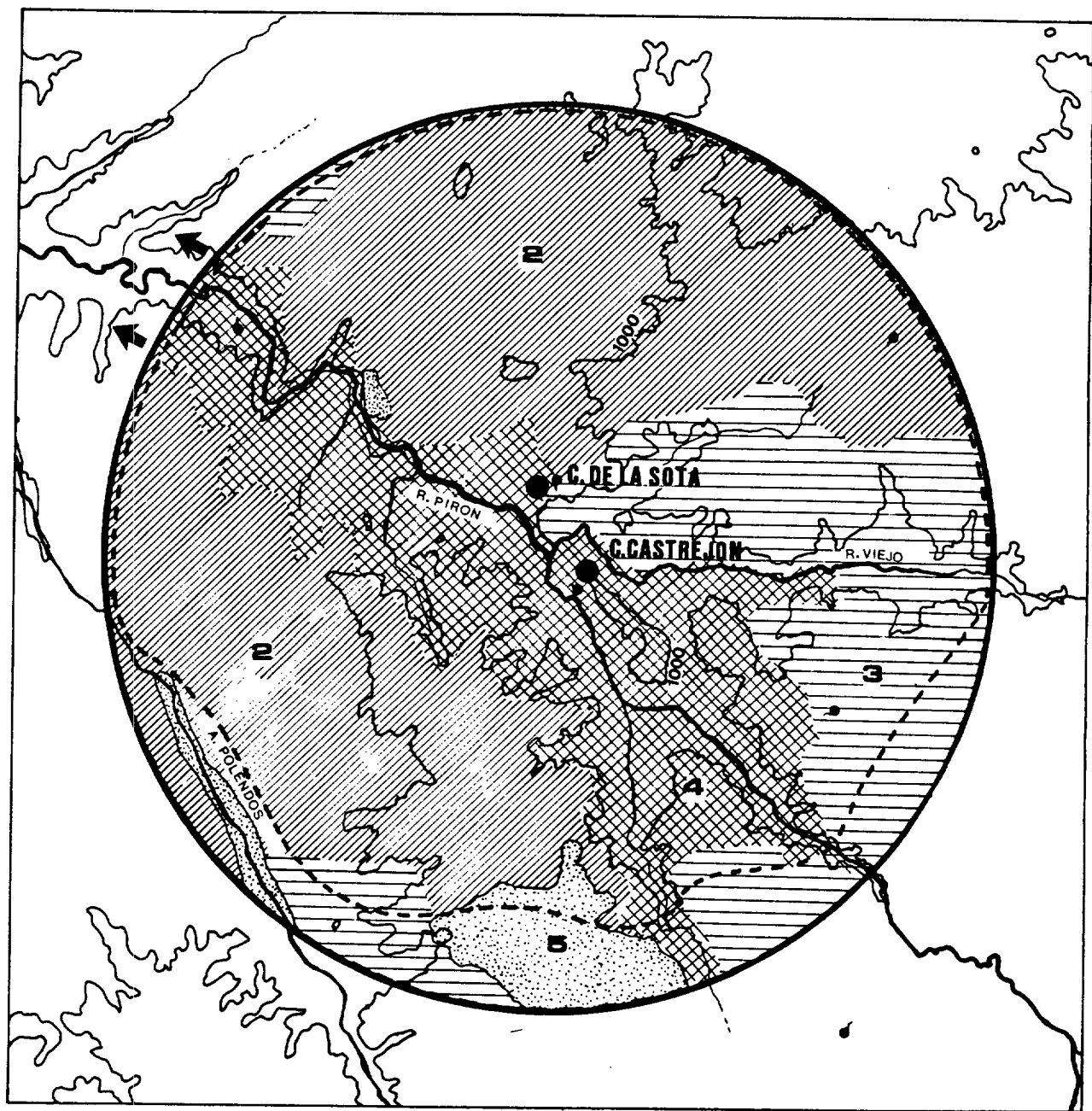
-Elementos metálicos: Dos cuchillos afalcatados y una fibula zoomorfa.

Por el contrario en el Cerro de Castrejón sólo se localizó un escaso número de fragmentos de cerámica de tipo celtiberico.

A. Molionero, por su parte, también tiene conocimiento de los materiales arqueológicos procedentes de este área de confluencia entre los ríos Pirón y Viejo; él mismo recoge en su amplio catálogo de la provincia de Segovia, algunos fragmentos cerámicos englobados bajo la denominación de "Edad del Hierro Céltico y Edad del Bronce". Sin embargo, es más probable que correspondan a esta última, puesto que entre las decoraciones destacan los cordones digitados y la técnica de "Boquique", esta última representativa del Bronce Final. (Molineró 1971, p. 95, y Lám. CLVIII,1).






Resumiendo, podemos afirmar que los asentamientos ubicados en la confluencia de los ríos Viejo y Pirón durante la II Edad del Hierro, dan la impresión de inscribirse en la línea de una aparente continuidad poblacional evidenciada desde finales del Neolítico hasta el Bronce Final. Sin embargo, tomando como guía la periodización cultural dada por válida en la Meseta Norte, nos faltarían los materiales arqueológicos necesarios para rellenar el hueco del I Hierro, así como de la fase Cogotas IIa, existente entre el horizonte Cogotas I del Bronce Final y el período celtibérico, iniciado como pronto en los primeros años del siglo IV a.C. El problema no sólo es difícil de resolver en este caso, sino que presenta una similitud más que manifiesta con lo ocurrido en el curso medio del río Duratón, el otro reducto poblacional especialmente significativo en nuestra provincia. ¿Existió realmente esta ruptura o es sólo una apariencia mostrada por la ausencia de mayores investigaciones? ¿O tal vez haya que ir pensando en un desarrollo cultural diferenciado de los

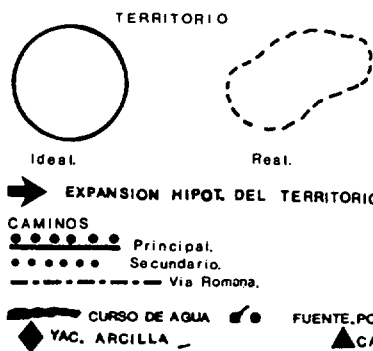
cánones?. Son cuestiones importantes que por el momento avanzamos, y ante las cuales no es fácil entreveer una solución. Evidentemente, lo que no nos llega a convencer es dicha ruptura poblacional al término de Cogotas I, , con un surgimiento tan manifiesto de tanta envergadura durante la etapa celtibérica.

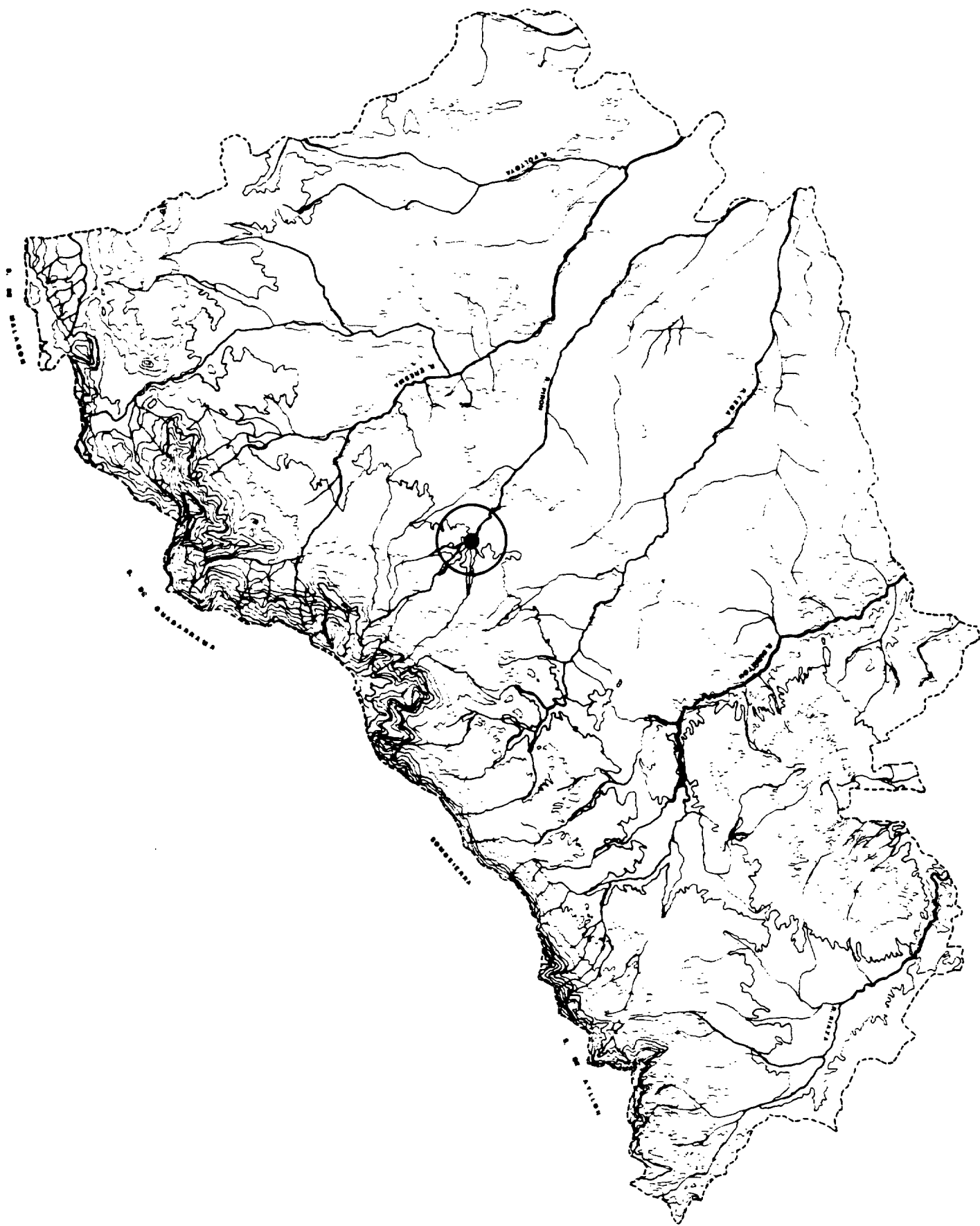


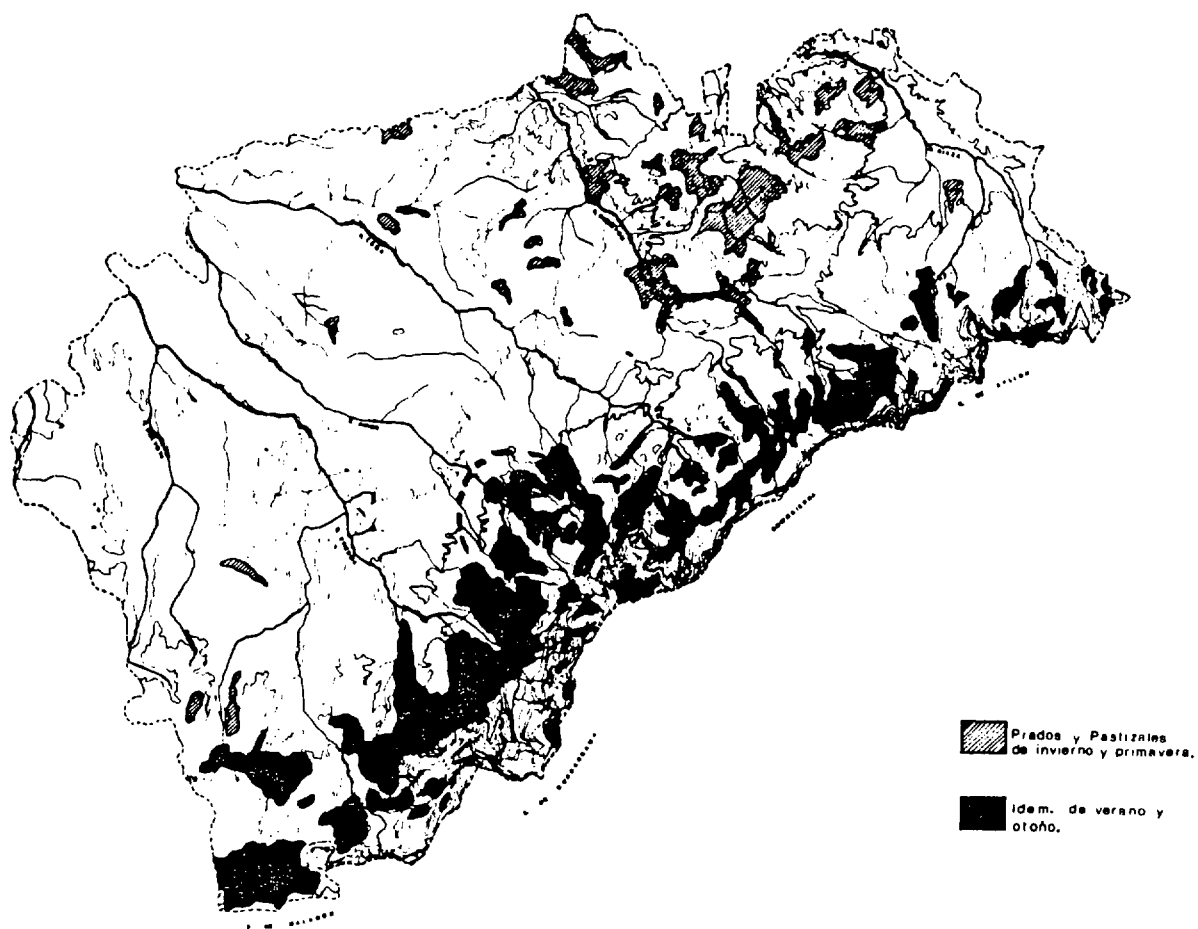
Escala 1:50.000



- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES







Yaci: CERRO DE LA SOTA
CERRO TORMEJO.

II. Arqueología exterior: El territorio.

A la hora de acometer la definición del territorio de explotación, hemos creído conveniente, como ya sucedía en el caso de Coca, englobar en uno solo el de ambos yacimientos; su cercanía hace muy difícil pensar en una división del territorio, y si esta se produjo, más difícil aún valorar dicha diferenciación aunque sea de forma hipotética. Y aún más complicado hablar de un control de los recursos por parte de uno frente al otro. Además, conforme los restos arqueológicos disponibles, debió de existir una concordancia cronológica en la vida de estos dos poblados durante la II Edad del Hierro.

El modelo de evaluación teórica se circunscribe al círculo de 5 Kms de radio; en él quedan comprendidos unos 10 kms lineales del curso medio del río Pirón, centrado en el sector de confluencia del río Viejo. A ambos lados de este eje la porción de tierras es muy similar. La media altitudinal del territorio se sitúa entre 900-1000 mts, pudiendo llegar hasta 1050-1060 mts en las tierras más cercanas al reborde serrano. Los mayores desniveles (60-80 mts) se dan entre el fondo del valle y las cornisas calcáreas que le bordean, en los alrededores de los dos asentamientos. De todos modos, en ningún caso se trata de accidentes insuperables, sino que los accesos entre los núcleos habitados y este supuesto territorio de explotación sin carecer de cierta dificultad son bastante factibles, tanto a través de lo alto de los escarpes como remontando las vertientes por los lugares menos inclinados. En consonancia con este análisis, la distancia isocrónica -real-

vendría a coincidir a grandes rasgos con el la límite ideal. Quizás no se llegase hasta el arroyo Polendos ni a las tierras meridionales más alejadas, ya en el mismo reborde montañoso. Sin embargo, la localización de los suelos de aluvión a partir del límite NE nos inclina a pensar en una posible vía de expansión hacia ellas siguiendo el curso del río Pirón. Del mismo modo, los pastos frescos del reborde serrano, en este caso algo más alejados, debieron ser aprovechados de forma estacional, indicándonos, pues, otra vía factible de expansión.

Como ya expresamos, geográficamente el territorio de explotación se encuentra a caballo y compartiendo dos unidades estructurales, la II (superficie de erosión del piedemonte serrano) y la III (depresiones miocenas), cada una de las cuales aporta sus características en cuanto a los aprovechamientos se refiere. Ello, sin duda, se deriva del esquema geológico propio de la zona: un substrato paleozoico de rocas metamórficas más o menos degradadas en el sector suroeste, un conjunto de llanuras y depresiones de formación terciaria al NE y SE, y un potente paquete de calizas cretácicas alineado con dirección SO-NE, que se introduce como una cuña entre los dos primeros. En definitiva, un territorio de formación geológica polivalente que en consonancia se verá reflejado en el variado aporte de recursos naturales.

Para la evaluación del clima, podemos tomar como referencia los datos pluviométricos de tres estaciones, dentro de cuyo triángulo se enmarca el territorio en cuestión: Torreval de S. Pedro en la misma falda serrana con 651 mms.,

Turégano al NE con 510 mms., y Cantimpalos al SO con 521 mms. Así, pues, las precipitaciones quedarían en ese margen entre 500-600 mms. Las temperaturas se colocarían entre 10-12 grados, con un amplio período de heladas de 6 a 8 meses, y una marcada aridez estival; rasgos todos ellos propios de un tipo de clima Mediterráneo templado. Quizás en la parte más próxima al reborde de la Sierra dichos parámetros se agudizaran, acercándose al un tipo de clima Mediterráneo templado fresco. Estas condiciones son más que suficientes para el desarrollo de cultivos cerealistas en secano, de leguminosas e incluso al abrigo de los valles de árboles frutales; las limitaciones van a venir impuestas sobre todo por la composición de los suelos.

En lo que respecta a la vegetación natural, está presidida por una formación Durilignosa de bosques o bosquetes perennifolios donde la "encina" es el árbol más abundante. Rivas Martínez-Sáenz de Rivas (1969) hacen una ligera distinción a partir de las características de los suelos. Sobre los suelos pobres en bases son los encinares los que prevalecen, mientras que sobre los paquetes calizos en combinación con este tipo de *Quercus* se instalan con cierta profusión los enebros, llegando en ocasiones a dominar el monte; así lo recoge en sus descripciones Madoz. La vegetación del fondo de los valles es una comunidad ripícola formada por chopos, álamos, sauces, juncales,.... bajo los cuales se instalan praderas de excelente calidad. Todavía en la actualidad se mantienen, y en cierto modo se recuperan, los bosquetes de encinas y enebros, ocupando los terrenos más

pobres en las inmediaciones de los ríos Viejo y Pirón, incluso en ocasiones los mismos yacimientos, como lo evidencia el matorral de enebros del Cerro Castrejón, y el encinar en el Cerro de la Sota. La misma zona es prolija en topónimos referidos a formaciones vegetales hoy inexistentes: Los Tomillares, El Monte, El Bosquecillo, Chaparrales,....., que son el reflejo de un panorama pasado. Tomando como punto de partida el conocimiento de la vegetación potencial de este territorio, durante la II Edad del Hierro la situación debía de ofrecer ya amplios rodales desforestados, tanto en las inmediaciones de los asentamientos como en aquellos terrenos miocenos más adecuados para el cultivo, sin descartar otras áreas para el aprovechamiento de los pastos de temporada. A pesar de ello, las características de un sector importante de suelos, según veremos más adelante, inducen al mantenimiento de amplios espacios forestados conviviendo con otros desprovistos ya de la cubierta arbórea. A dicho estado hubo de contribuir de forma sustancial la presencia de un poblamiento probablemente continuado (en páginas anteriores hemos aludido a dicha problemática) desde finales del Neolítico hasta dicho momento, y con una especial incidencia durante el Bronce Final. Este reducto del valle del Pirón se asemeja en este rasgo habitacional al valle medio del Duratón, descrito en páginas anteriores, moviéndonos por ello a tener muy en cuenta en el análisis del poblamiento durante este período la posible pervivencia de un amplio substrato de base tradicional.

Por cuanto a los suelos se refiere, su distribución obedece a grandes rasgos al esquema geológico ya descrito, y

como en aquel demuestran una gran polivalencia. En correspondencia con lo trazado en el Mapa...., el análisis de forma sucinta sería el siguiente:

- En torno al 45% de suelos calificados de "productivos agrícolas"; su dispersión se realiza por los terrenos miocenos, al Norte de la margen derecha del Pirón, y entre éste y el arroyo Polendos. No se trata de tierras excepcionales, sino más bien de producción aceptable. En el primero de los casos la distancia al punto de los asentamientos es corta, prolongándose bastante más hasta las tierras de labor de la orilla izquierda.

- Los suelos bajo la denominación de "potencialmente agrícolas" estarían cercanos al 20%, ubicándose en la parte alta de las mesetas calcáreas en el interfluvio de los ríos Pirón y Viejo, así como a la derecha de este último. Igualmente en este porcentaje se incluyen algunos suelos de composición silícea, incluidos en el piedemonte de la Sierra. Es probable que no se abriesen al laboreo agrícola, aunque sí pudiese afectarles algún sistema de aprovechamiento como pastizales para el ganado.

- Un mayor porcentaje, hacia el 25%, pertenecería a suelos "poco productivos"; sobre ellos se mantendría un monte de encinas y enebros, base para el aprovisionamiento de leña, madera para la construcción, frutos recolectables o animales de caza. Ocuparían prácticamente todo el corredor del Pirón, integrado por las crestas calizas donde la roca aflora casi en superficie y las vertientes inclinadas.

- Más o menos un 5% sería el espacio ocupado por prados, situándose no sólo en el borde del piedemonte serrano

(factores como la mayor humedad edáfica, o las características líticas del suelo incidirían favorablemente), sino también en estrechas praderas lineales, de apenas unos pocos metros, al borde de los cursos de agua. (A causa de su poca significación debido a la escala utilizada en el Mapa, hemos decidido no proceder a su representación gráfica, con el fin de no distorsionar comparativamente los datos).

Junto a los suelos, es preciso destacar los recursos hídricos, que de entrada pueden calificarse de abundantes. Seguramente su situación geográfica, muy próxima al dorsal montañoso, es la responsable más directa de este rasgo. A parte de los dos cursos principales, Viejo y Pirón, un buen número de regatos, manantiales, fuentes y arroyos riegan amplios espacios de este territorio, incidiendo de una forma positiva en su aprovechamiento.

En cuanto a los recursos minerales, la zona carece de minerales de tipo metálico; tampoco conocemos yacimientos de arcillas de cierta entidad, si exceptuamos los focos locales al borde de los cursos de agua. En cambio el territorio es abundante en materiales pétreos, tanto calizos como graníticos, a partir de los cuales se construyen muros o molinos de mano respectivamente, como ponen de manifiesto los hallazgos en los asentamientos.

En último lugar, sólo nos quedan por analizar las rutas de comunicación que hiciesen posible la explotación y los contactos a través de dicho territorio. Entre las que podemos

calificar de principales, por su carácter regional habría que situar:

.El Corredor del Pirón, como eje natural, a través del cual se puede acceder al puerto de Malangosto (25 Kms aproximadamente desde nuestros asentamientos), y desde aquí a la Meseta Sur. En dirección contraria, río abajo se enlaza con el área central de la Cuenca del Duero. Por esta misma ruta podrían alcanzar los rebaños los pastos de las faldas serranas.

.La ruta conocida y cartografiada como el "Camino Viejo de Turégano a Segovia", que procedente de las tierras orientales de la provincia atraviesa el Pirón frente a nuestro yacimientos por el caserío de Covatillas, para dirigirse a Segovia por lo alto de las cornisas calcáreas. Se trata, además, de un camino con una evidente tradición ganadera, quizás correspondiéndose con el trazado del Cordel de los Sorianos. Un planteamiento hipotético similar podría mantenerse en cuanto a su relación o coincidencia con el desarrollo de la vía que uniese Segovia con Clunia; en este caso la presencia de un asentamiento romano en Torreiglesias apoyaría tal supuesto (A. Zamora 1974-1977, pp.391-392). De este modo, esta ruta no sólo propiciaría los contactos con yacimientos en uno y otro sector provincial y por extensión a las áreas orientales y occidentales del Sur de la Meseta Norte, sino el acceso a las mejores tierras de labor de todo su territorio.

Con un carácter más secundario tendríamos el corredor del río Viejo y el del arroyo del Valle; ambos ampliando la comunicación con los rebordes serranos. De aplicación

exclusivamente local existirían sendas o atajos, cuyo planteamiento de trazado es más complejo, pero que a fin de cuentas harían más factible la explotación intensiva del territorio inmediato a los asentamientos, penetrando por montes, tierras de labor, o pastizales.

Del análisis realizado de la arqueología exterior de estos asentamientos, se desprende como rasgo singular su ubicación en un territorio con recursos de aprovechamiento complementario: por un lado terrenos de calidad aceptable para el laboreo de cereales de secano, y por otro un área, la geográficamente integrada en el piedemonte serrano, más adecuada para el pastoreo. De igual modo, las comunicaciones hacen posible una adecuada explotación de todos sus recursos, y una apertura tanto hacia otros núcleos celtibéricos de la provincia como hacia las tierras de la Meseta Sur. En definitiva una estrategia en la que se combinan la elección de emplazamientos de carácter defensivo, los factores económicos de explotación, y el dominio y acceso a un sistema de comunicaciones, responsable sin lugar a dudas, de la integración de estos yacimientos en el conjunto de la cultura celtibérica de la Meseta Norte.

HALLAZGO SUELTO: RIOFRÍO DE RIAZA.

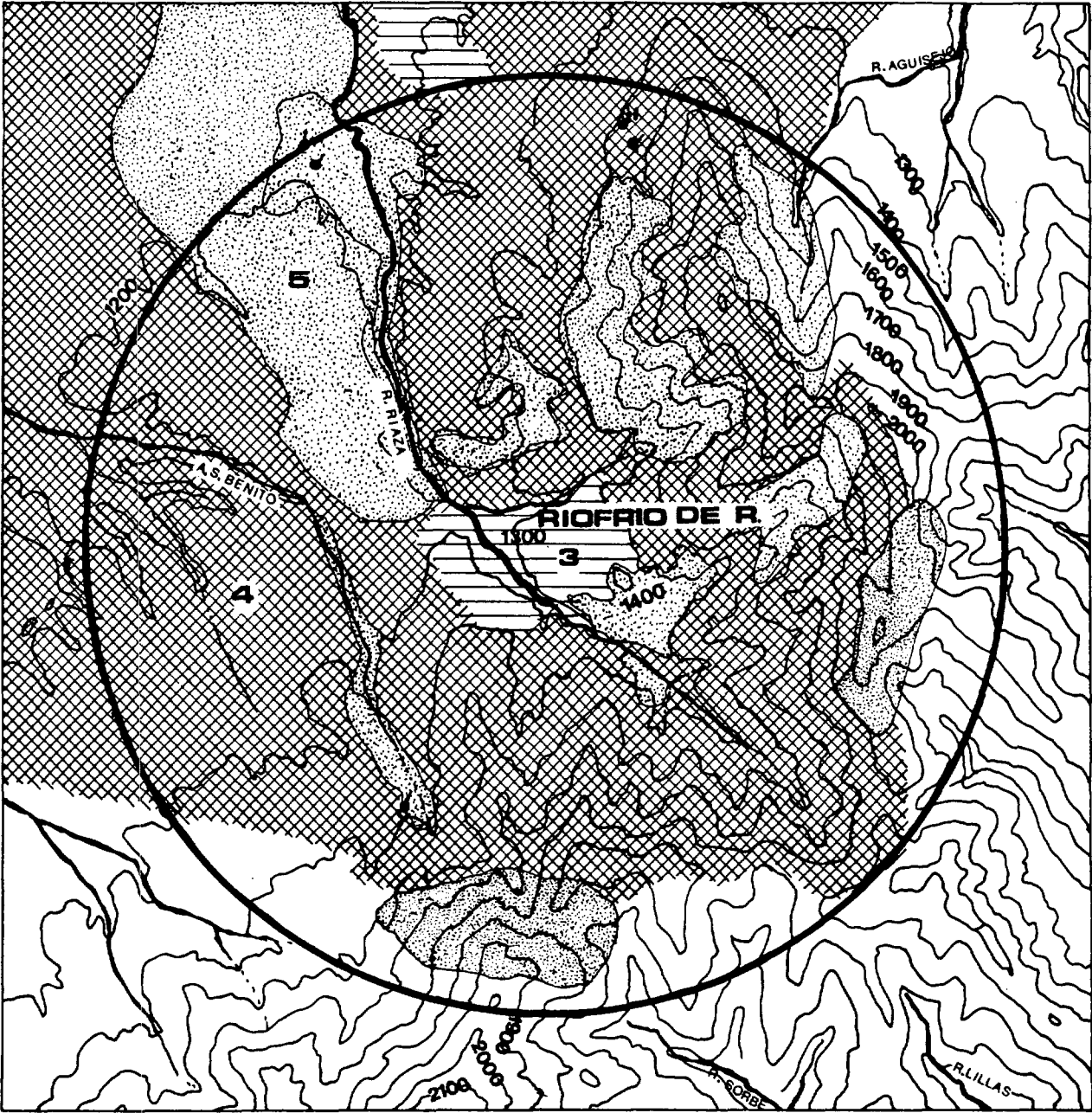
Al ser éste un hallazgo casual, que no se puede asociar a un yacimiento concreto, no tiene sentido referirnos a la problemática de su arqueología interior, esto es, al hábitat. Aunque el único resto disponible, una fíbula de doble resorte, es conocido desde antiguo, no tenemos noticia de ningún otro elemento, ni que se tenga constancia del asentamiento (necrópolis o poblado) al que estaría subordinada. Nuestra pesquisas entre los habitantes del lugar ha resultado valdía. Tampoco ha sido fructífera la visita y prospección llevada a cabo en la medida de lo posible, puesto que lo accidentado del terreno y la casi generalizada cubierta arbórea o herbácea ocultan cualquier rastro en superficie. Ello nos ha inducido a suponer que la presencia de este objeto bien puede estar en relación con un poblado de reducidas dimensiones (lógicamente si el núcleo habitado tuviese el tamaño de Ayllón, Segovia o Cuéllar, difícilmente hoy sería desconocido ante el volumen tan ingente de restos arqueológicos que suelen generar), o con un establecimiento de tipo ocasional, surgido con el fin de aprovechar los pastos serranos. Y si tenemos en cuenta la situación geográfica de Riofrío de Rianza en las inmediaciones del Puerto de la Quesera, paso natural de comunicación hacia las tierras del Alto Tajo, y con seguridad transitado durante este período prerromano, otra posibilidad de explicación al hallazgo sería considerarle con el calificativo de objeto extraviado por alguno de los transeuntes. De todos modos, de los tres planteamientos este último es el que nos parece menos probable, puesto que sin duda, requeriría un alto índice de casualidad.

Por tanto como único aspecto a tratar estaría la descripción del objeto y su valoración cultural. La publicación del hallazgo se lo debemos a Molinero, quien lo recoge dentro del conjunto de adquisiciones del Museo de Segovia (1971, Lám. CXXV, n.185). En ningún otro estudio del mismo autor, ni siquiera en el que establece una relación de los yacimientos conocidos en Segovia hasta ese momento (1950), se recoge este yacimiento o esta pieza. La descripción que de ella podríamos hacer sería la siguiente:

- Fíbula de doble resorte confeccionada en bronce. La longitud es de 10 ctms. y la altura máxima de 5 ctms. Se mantienen íntegra y con un buen estado de conservación (sólo presenta una fragmentación en la segunda espira del resorte de cabeza). El punto de partida ha sido un alamabre fundida de sección circular, en el cual ya se dejó un volumen de material mayor a la altura de donde debería colocarse el puente. Cada uno de los resortes está formado de cuatro espiras; en ellos el hilo circular ha sido ligeramente aplanado en su cara posterior. Como dato característico mantienen las espigas internas sobre las que se enrollaron, formadas por un solo hilo de metal observable bajo el puente. El pie es corto, de media caña apuntada. El puente presenta una planta oval, conseguida mediante el aplastamiento del alambre en aquella zona previamente engrosada. Esta placa muestra una decoración muy sencilla de pequeños círculos estampillados, dispuestos en tres bandas.






Así pues, la única valoración es la que podemos realizar a partir de esta pieza. Desde el punto de vista tipológico se

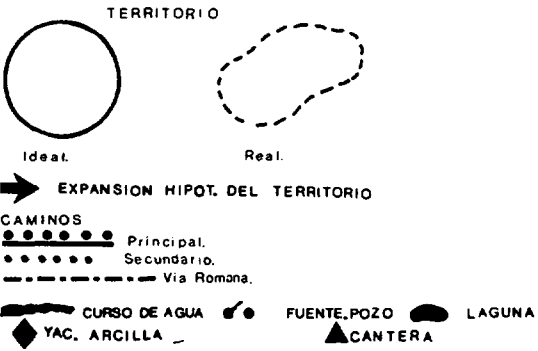
puede encajar en el tipo "C" de Cabré-Morán (1977) de su seriación de las fibulas de doble resorte en la Meseta Oriental, con una fechación desde mitad del siglo VI a.C. hasta mitad del siglo IV a.C. Además, este tipo de placa oval en el puente muestra una implantación preferentemente meseteña, producto quizás de un taller de la zona. Sus paralelos más inmediatos están en cercanas necrópolis de Soria y Guadalajara (Alpanseque, Garbajosa, La Olmeda, La Mercadera,...). En el cementerio de la Dehesa (Ayllón), situado a unos veinte kilómetros en el mismo eje fluvial, contamos con un buen número de ejemplares de doble resorte, pero en este caso todas ellas son del tipo más sencillo, con el puente filiforme o aplanado, a los cuales se les supone el precedente de estas piezas con puente de placa. Por remitirnos a clasificaciones bien recientes, estaría en el tipo "3C" de Argente Oliver (1988, pp. 106-109), para el que ofrece una cronología similar a la anterior, en torno a mediados del siglo V a.C. y hasta la mitad del siguiente. En conclusión, un hallazgo perfectamente enmarcado por tipo y fecha entre los materiales conocidos en este sector de la Meseta Oriental, y con una ubicación en una ruta de paso obligada entre ambas vertientes de la Sierra de Ayllón.



Escala 1:50.000



- 1  TIERRA DE ALUVION
- 2  PRODUCTIVO AGRICOLA
- 3  POTENCIALMENTE PRODT. AGRICOLA
- 4  POCO PRODT. MONTE
- 5  PRADOS Y PASTIZALES



II. Arqueología exterior: el territorio.

Así, pues, aunque hayamos descartado el análisis de la arqueología interior, si creemos necesario esbozar las características del territorio en que se halla inmersa esta pieza. Ello puede sernos de gran ayuda a la hora de sopesar las razones que posiblemente incidieron en la presencia de dicho hallazgo en este punto concreto de la provincia de Segovia.

Riofrío de Riaza y su entorno inmediato están encajados a caballo entre el relieve plegado de la Sierra de Ayllón (Unidad Vb) y la superficie de erosión existente a sus pies (Unidad IVb). Este espacio, cortado por la incisión profunda del valle del río Riaza desde su misma cabecera, presenta un relieve accidentado en su parte oriental y meridional y más llano en el sector noroeste, a la derecha del curso fluvial. Sobre él, hemos trazado el modelo teórico de 5 Kms de diámetro. Sin embargo, la presencia de un relieve tan abrupto nos obliga a pensar en una corrección en torno a la línea de 1600 mts; 300 mts por encima de la cota de Riofrío de Riaza (paradójicamente es el pueblo de mayor altitud de toda la provincia). En dirección NO la ausencia de cotas significativas hace más fácil y rápida la comunicación, y por tanto, no creemos que implique un recorte en el límite territorial. Fuera de esta línea isocrónica quedan zonas de excelentes praderas naturales, tanto en la alta montaña como río abajo del Riaza, cuyo aprovechamiento no hubo de pasar desapercibido para las gentes que habitaron o frecuentaron este territorio.

La geología del área viene definida por los siguientes rasgos:

- Una formación masiva en materiales paleozóicos (esquistos, pizarras, cuarcitas,...) del sector más elevado, el correspondiente propiamente a la Sierra de Ayllón.

- Una superficie de erosión constituida por materiales detríticos terciarios (Plioceno), de coloración rojiza, sepultando el relieve anterior.

- Una cuña, encajada entre ambos, compuesta por rocas metamórficas (genitos, gneis,...).

La climatología de la zona responde a un tipo de clima Mediterráneo templado fresco en las zonas de menor altura, y Mediterráneo templado frío para las cotas más elevadas. El índice de precipitaciones supera los 800 mms anuales, con temperaturas medias entre 6-10 grados C, y un amplio período de heladas que puede llegar hasta los 10 meses como máximo. El régimen de humedad es elevado, y no existe un déficit anual de precipitaciones, tal como ocurre en la mayor parte de la provincia. En estas condiciones agroclimatológicas no son imposibles los cultivos de cereales o de leguminosas (alrededores del casco urbano de Riofrío de Riaza), instalados en las suelos de mayor profundidad, y siempre en una altitud de 1300 mts o menor a ésta, sin embargo dada su posición extrema es más viable y menos arriesgado optar por su explotación como praderas.

En cuanto a los recursos, en primer lugar heremos mención a la vegetación. Al ser ésta una zona con mayor

índice de oceanidad (precipitaciones elevadas y temperaturas más bajas), la habitual formación Durilignosa da paso a una distinta, la Aestilignosa, integrada por robledales (*Quercus toza*) y hayedos (*Fagus sylvatica*). Junto a las orillas de los cursos más importantes también se encuentra una vegetación ripícola de fresnos, álamos o sauces. En las cotas más altas cambia de nuevo, apareciendo los piornales serranos y las praderas de las altas cumbres. No queremos dejar de resaltar la importancia de estos prados de altura, habitualmente conocidos con el nombre de "cervunales", al ser esta planta, el *Nardus stricta* o cervuno, la dominante en su cubierta herbácea. Estas praderas higroturbosas se suelen distribuir en el fondo de las hoyas de origen glaciar, sobre suelos bien regados por arroyos de desagüe superficial (Izco 1984,p.128). Al mantenerse frescas durante el verano, cuando las praderas más bajas ya se han secado, sirven como agostaderos ideales para el pastoreo de ganados. De este modo, se convierten en la alternancia necesaria para la explotación ganadera extensiva de las tierras de llanura, por ejemplo de las tierras de Fersno o de Ayllón situadas a poco más de veinte kilómetros en la misma cuenca del Riaza, y por tanto, a no más de jornada y media de viaje para un rebaño trashumante (ajustándonos a los términos reales este tipo de trashumancia hay que calificarla de "corto recorrido" o "transterminancia"). Como puede observarse, la valoración de uno de los recursos naturales más singulares de este territorio de explotación abre paso a una de la hipótesis, ubicación de un establecimiento estacional, adelantada al inicio del estudio de este hallazgo.

En la actualidad el territorio aún mantiene una cubierta vegetal abundante, en la que se hallan presentes todas estas especies, con formaciones tanto arbustivas (matorrales) como arbóreas (bosques o montes). La deforestación se manifiesta en forma de amplias superficies abiertas junto a los núcleos actuales de población y en las áreas de pastos más frescos. Una situación que ya recogía Madoz con unas condiciones muy similares: praderas naturales con medianas hierbas, matas de robles, hayedos, tejos, brezales, Durante el período que nos concierne estudiar, es muy posible que el panorama se asemejase en mayor medida a la formación originaria descrita, pero ya con algunos rodales deforestados con el fin de establecer en ellos praderas de más fácil aprovechamiento por los ganados. No creemos que las rozas tuvieran como fin ubicar en ellas campos de cultivo cerealista. Un dato más en favor de esta incipiente deforestación nos lo proporciona la ausencia de hallazgos o yacimientos cronológicamente anteriores a la Edad del Hierro.

La comunidad ecológica que aún hoy se halla en este territorio es copiosa, como suele ocurrir en toda la vertiente serrana. Madoz recoge la presencia de especies conocidas en la actualidad como perdices, conejos, liebres, jabalíes, o zorros, y otros hoy desaparecidos como lobos o corzos, que seguramente son un reflejo aún reducido de la comunidad existente en el período prerromano, y cuyo aprovechamiento no hubo de pasar desapercibido a estas gentes.

Por cuanto se refiere a los suelos, la propia estructura geológica de esta zona es suficientemente expresiva. Si

tomamos como indicador las posibilidades agrícolas, hemos de concluir que estamos ante unas terrenos de mediana o mala calidad. Sin embargo, esta aptitud cambia radicalmente de cara a su aprovechamiento ganadero. Genéricamente se puede calificar como "tierra parda húmeda", de alta acidez, escasa profundidad, y abundantes restos vegetales sin descomponer. En el Mapa adjunto realizamos la siguiente clasificación de los suelos:

- En torno al 60% de la superficie terrenos "poco productivos", sin duda dominio del monte. Su aprovechamiento para el pastoreo de ganados no se puede desacartar.

- Los suelos con algun potencial agrícola no rebasan el 5% del total, y se localizan junto al núcleo de Riofrio de Riaza.

- El 15% restante pudo ser el asiento dedicado a pastizales y praderas de alta montaña, con distribución preferente junto al cauce del río Riaza, una vez que ha salido de la cota 1300.

Otro aspecto a considerar son los recursos hídricos. En el territorio de explotación que analizamos éstos son muy abundantes, puesto que no sólo contamos con los cursos más destacables (río Riaza, cabecera del río Aguiasejo, arroyo de S. Benito,...), sino con un buen número de regatos, arroyuelos, manantiales, o fuentes. La cercanía a la montaña propicia esta profusión de caudales, más que suficientes para el abastecimiento de esta demarcación. Junto a ellos surgen los mejores prados, y durante la época de deshielo son los responsables de un encharcamiento necesario para que crezca

hierba abundante.

En último lugar, sólo nos resta por mencionar los recursos minerales. Los de carácter pétreo se encuentran en abundancia a lo largo de toda la zona: granitos, pizarras, cuarcitas,... que pudieron utilizarse tanto para la construcción como para confeccionar molinos, afiladeras,..., objetos bien conocidos en los poblados prerromanos. No contamos, sin embargo, son focos de arcilla de calidad para la manufactura de cerámicas. De igual modo, tampoco existen yacimientos de minerales metálicos dentro del territorio, aunque no se puede perder de vista la cercanía del "Área de la Sierra de Ayllón", núcleo donde afloran menas de hierro. Su significación fue puesta de relieve en el capítulo I (pp.....).

La explotación de los recursos del territorio se hizo posible por la existencia de un conjunto de rutas de comunicación. La más importante es la definida por el eje natural del río Riaza. Aguas arriba se asciende con facilidad hasta el Puerto de la Quesera, a través del cual se ponen en contacto las dos vertientes serranas, posibilitando las comunicaciones entre las tierras de Guadalajara y el sector más oriental de Segovia. Y aún más, descendiendo por el curso fluvial se accede con rapidez al centro del Valle del Duero. En los alrededores de dicha ruta natural se distribuyen amplias zonas de pastos. De una importancia menor serían los cursos del río Aguirosejo, que apenas penetra en el territorio, y el arroyo de S. Benito con su salida hacia la cabecera del

Duración. Entre las rutas eminentemente locales tendríamos las sendas y caminos que conducen desde el valle hasta las praderas de altura, siguiendo el trazado de numerosos regatos, por ejemplo los que suben a la Pradera de Zopegado y al Alto de Cervunalillo, por citar sólo algunos.

A modo de conclusión final del análisis realizado a partir del hallazgo de Riofrío de Riaza, podemos afirmar que el hipotético establecimiento, bien estacional o bien de carácter permanente pero de proporciones reducidas, hubo de estar en función del aprovechamiento de los recursos ganaderos, en especial por la alternancia que suponen con los pastizales del llano. No podemos descartar que la localización se produjese en una necrópolis, puesto que lo habitual en este tipo de objetos de adorno es su presencia como ajuar en las tumbas de incineración, tal como lo demuestran sus paralelos inmediatos. También hay que resaltar la importancia que hubo tener para los contactos y relaciones comerciales entre las tierras orientales de ambas mesetas el eje natural del Riaza, cuya fluidez queda probada si tenemos en cuenta los paralelos más cercanos para nuestra fíbula de doble resorte, situados en su mayor parte en necrópolis de la provincia de Guadalajara. La cronología aportada por esta pieza, a caballo entre los siglos V-IV a.C., coincide con un momento de fuerte eclosión en las relaciones dentro de todo el área oriental del interior peninsular, que con seguridad está en la base de formación del mundo celtibérico más clásico.